

San Alfonso M^a de Liguorio

Doctor de la Iglesia

PREPARACIÓN PARA LA VIDA ETERNA

*Y esta es la promesa que El nos
hizo: la vida eterna (1 Jn 2,25).*

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-7770-502-X

Depósito legal: M. 22.394-2000

Printed in Spain

Impreso en España por:

Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Herreros, 42. Políg. Ind. Los Ángeles

GETAFE (Madrid)

PRÓLOGO

San Alfonso M^a de Liguorio vivió en el siglo XVIII, estudió la carrera de jurisprudencia consiguiendo ya a los 16 años el birrete doctoral en ambos derechos, necesitando dispensa especial por su corta edad. Ejerció la abogacía con tanto éxito que en ocho años ganó todos los pleitos. Pero temeroso de los peligros del mundo tomó la serie resolución de abandonarlo y dedicarse por completo al servicio de Dios. Consagrado sacerdote, el celo por la salvación de las almas le movió a fundar la congregación de misioneros del Santísimo Redentor. Durante muchos años él fue el primer misionero, recorriendo pueblos y ciudades. Es un apóstol humilde, resuelto, inflamado del amor de Dios y de las almas a las que prodiga su piedad y su tiempo en el confesionario, en el púlpito y en la catequesis de los niños...

A pesar de su resistencia tuvo que aceptar por obediencia al Papa la dignidad episcopal. Luchó por la reforma del seminario y del clero, siendo sus pastorales exponentes de su preocupación y su celo por la santidad del sacerdocio y la salvación de las almas.

Su celo por la salvación de las almas, que tan caras habían costado al Redentor, le hacía no contentarse con lo que oyeran cientos o miles de personas. Jesucristo murió por todas y era preciso salvarlas a todas. Pensó en los libros, en grandes ediciones de libros populares que pudieran llevar su voz y el mensaje evangélico a todos los rincones de la tierra, y, decididamente se hace escritor. Escribe cómo hemos de amar a Jesucristo, qué razones tenemos para amar a Jesucristo, y cuánto es lo que merece Cristo que le amemos. Entre los muchos libros que escribió se destacan

por su popularidad *Las Glorias de María*, las *Visitas al Santísimo Sacramento*, la *Práctica de Amor a Jesucristo*, *El amor del Alma*, las *Reflexiones sobre la Pasión, de Jesucristo*, la *Preparación para la Muerte*, *Del Gran Medio de la Oración*, etc.

En la «*Civiltá Católica*» se dice que San Alfonso M^a de Liguorio «sobrepaja con gran ventaja a todos los escritores eclesiásticos de los últimos siglos». Nuestra madre la Iglesia lo ha reconocido así al distinguirlo con el glorioso título de «Doctor de la Iglesia». Entre todos los innumerables santos que se han dedicado al apostolado de los libros, solamente son hasta ahora 33 los que la Iglesia ha distinguido y honrado con este honorífico título de doctores de la Iglesia. Y entre esos 33 que ostentan ese glorioso título de doctores, hay tres que se destacan sobre los demás por su gran sabiduría y la importancia de sus escritos. Estos son: en la edad antigua o primeros años del cristianismo, sobresale San Agustín; en la edad media, santo Tomás de Aquino, y en la edad moderna, San Alfonso María de Liguorio.

En el *Acta Doctoratus* se dice que así como a San Gregorio compete el título de *Teólogo*, a Santo Tomás el de *Angélico*, y a San Bernardo el de *Melífluo*, a San Alfonso le encaja como ninguno el de *Doctor Celosísimo*, pues entre todos ha sido el Doctor de la Salvación de las almas.

En la introducción de las Obras de San Alfonso, publicadas por la BAC, dice: «El intentar hablar convenientemente de las obras de San Alfonso es algo que aterra. ¿No es para aterrorizar el introducirse en la selva de sus más de cientos once libros y opúsculos impresos y cerca de dos mil manuscritos? ¿No es de admirar que en esa vida viera San Alfonso cuatrocientos

tas dos ediciones de sus obras y bendijese, después de fallecido, cerca de cuatro mil reimpresiones? ¿No admira que el total de las ediciones del texto original sobrepase con mucho el número de cuatro mil cientos once? ¿Quién sabe que el Santo Doctor llegó a ver en vida noventa traducciones de sus obras, que hoy sobrepasan las trece mil? ¿Quién no se admira del aplauso universal con que el mundo recibió la herencia alfonsiana, llegando a dieciocho mil las ediciones del texto original y las de las traducciones reunidas?». Por eso no es de extrañar que sus libros se puedan encontrar en todas las buenas bibliotecas católicas del mundo, así como en las principales librerías de cada país, traducidas a sus respectivos idiomas.

El título de este libro que hoy les presenta nuestra editorial, en el original se denominó: «*Sermones Abreviados*», pero por el tema del que tratan, parecido al de Preparación para la Muerte, nosotros en contraposición lo hemos titulado: Preparación para la Vida Eterna considerando que la muerte no es un fin, sino simplemente un medio o camino para entrar en la vida eterna, que es el fin para el que hemos sido creados, y hacia el cual constantemente caminamos.

Andrés Codesal

1. Perdida el alma, se habrá perdido todo

INTRODUCCIÓN: *Indiferencia con que los cristianos pierden el alma.*- Os exhortamos, hermanos, a que os aventajéis más y más en ocuparos en lo vuestro, así escribe el Apóstol. La mayor parte de los mundanos concentran su atención en los asuntos terrenos. ¡Cuánta diligencia para ganar un pleito, para alcanzar un empleo, para concertar un matrimonio! Apenas si se come y apenas si se duerme. Y ¿qué es lo que se hace para salvar el alma? *Hermanos*, dice San Pablo, *ocupaos en lo vuestro*, es decir, en el asunto de vuestra salvación eterna.

I. GRANDEZA DE ESTA PÉRDIDA.-I. «A las bagatelas de los niños, dice San Bernardo, se les deja el nombre de bagatelas, de juegos, de pasatiempos; y a las bagatelas de los mayores se les bautiza con el nombre de negocios»; y, sin embargo, por estas bagatelas muchos pierden el alma. La pérdida en un negocio puede repararse en otro. Pero si se muere en estado de pecado y se llega así a la desgracia de perder el alma, ¿qué medio habrá para reparar tamaña desgracia? *¿Qué provecho sacará un hombre, dice Jesucristo, si ganare el mundo entero, pero malograre su alma? ¿O qué dará un hombre a trueque de recobrar su alma?* (Mt. 16, 26).

Iº. *Valor del alma perdida.* «¿Quieres saber el valor de tu alma?, pregunta San Euquerio. Pues, si no crees al Creador, pregunta al Redentor». Es decir, para comprender el valor de tu alma, no te baste saber que Dios, tu Creador, la hizo a su imagen, y mira a Jesucristo, que derramó por ella su propia sangre para rescatarla. *No con cosas corruptibles, con plata o con oro, fuisteis*

rescatados..., sino con la preciosa sangre de Cristo, como de cordero sin tacha ni mancha» (1 Ped. 1, 18).

Si Dios tiene al alma en tan grande estima, sabed que por su parte el demonio la estima tanto, que para hacerse dueño de ella no duerme, sino que continuamente anda dando vueltas en torno suyo, sin darse un momento de reposo. Por eso exclama San Agustín: «¿Cómo? ¿Vela el enemigo y tú duermes?» Cierta príncipe pidió a Benedicto XII un favor que en conciencia no le podía conceder, por lo que respondió al embajador: «Escribe a tu príncipe que si yo tuviese dos almas, podría aventurar una para complacerle; pero como no tengo más que una, no la puede perder»; y rechazó la demanda regia.

2.º Naturaleza de esta pérdida: total y por maderías. Piénsalo bien, hermano mío: si salvas el alma, ¿qué te importa haber fracasado en los negocios terrenos?; no por eso serás menos feliz por toda la eternidad. Pero si la pierdes, ¿de qué te habrá valido tener durante la vida riquezas, honores y placeres? *¿Qué provecho sacará un hombre si ganare el mundo entero, pero malograre su alma?* Cuando se pierde el alma se pierde todo. De esta máxima se valió San Ignacio de Loyola para ganar para Dios tantas almas, y entre ellas a San Francisco Javier. Estudiaba éste a la sazón en París y no soñaba más que en grandezas mundanas, cuando cierto día le habló así San Ignacio: «Francisco, ¿a quién sirves? Sirves al mundo, pero el mundo es traidor que promete y que no cumple. Y en el supuesto de que cumpliese, ¿cuánto tiempo durarían los bienes que te promete? ¿Podrían durar más que tu vida? Y después de tu muerte, ¿de qué te valdrían los honores si tuvieses la desgracia de condenarte? Francisco, añadió el santo, *¿qué prove-*

cho sacará un hombre si ganare el mundo entero, pero malograre su alma?»

3.º *Resultado de esta pérdida: la desgracia eterna, y entre las dos eternidades no hay medio. Una sola cosa es necesaria* (Lc. 10, 42). No es necesario acumular riquezas en la vida ni alcanzar honores ni dignidades. Lo necesario es salvar el alma, porque si no mereciéramos el cielo seríamos condenados al infierno. No hay término medio: o salvación o condenación. Dios no nos ha creado para esta tierra ni nos conserva la vida para acumular dinero o procurarnos placeres. *Tenéis vuestro fruto en la santidad, y el paradero, la vida eterna* (Rm. 6, 22). Nos creó, por tanto, y nos da la vida temporal para que conquistemos la eterna.

II: CONDUCTA INSENSATA DE MUCHOS CRISTIANOS.-

Quien no se aplica, ante todo, a salvar el alma es un loco, decía San Felipe Neri.

1º. *Olvidan la eternidad para apegarse a bienes pasajeros.* Si hubiera dos clases de hombres, una de mortales y otra de inmortales, ¿qué dirían los primeros al ver a los segundos preocupados de las cosas terrenales? «¡Cuán insensatos sois!, exclamarían con razón; ¿conque podéis adquirir los bienes inmensos y eternos del paraíso y perdéis el tiempo andando tras de los bienes miserables y pasajeros de este mundo? Y por adquirir estos bienes, ¿todavía os exponéis al peligro de ir a arder por toda la eternidad en el infierno? Dejados a nosotros buscar los bienes terrenos, ya que tenemos la desgracia de no esperar nada en la otra vida». Pero no; todos somos inmortales, y cada uno de nosotros en la vida ha de ser eternamente feliz o

eternamente desgraciado. He aquí la desgracia de la mayoría de los cristianos: no pensar más que en la vida presente y nada en absoluto en la futura. *Si fueran sabios, comprenderían estas cosas, meditarían en su suerte final* (Dt. 32, 29). Si tuvieran esta sabiduría, ¿cómo se desasirían de los efímeros bienes de esta tierra y cómo fijarían los ojos en aquel porvenir en que entrarán después de la muerte para ser por toda la eternidad o reyes en el cielo o esclavos en el infierno! Cierta día que San Felipe Neri hablaba con Francisco Zazzera, joven de talento y enamorado del mundo, díjole así: «Hijo mío, conseguirás brillante fortuna, serás excelente abogado, llegarás a obispo, más tarde a cardenal y quién sabe si te elegirán Soberano Pontífice... Pero ¿y después?, ¿después? Vete y piensa bien en estas dos palabras últimas». Vuelto el joven a su casa, se dio por completo a Dios, abandonó todas las esperanzas terrenas y, dejando el mundo, ingresó en la misma congregación de San Felipe, donde murió santamente.

Pasa la configuración de este mundo. Inspirado en estas palabras, escribe Cornelio Alálide: «El mundo es como una escena». La vida presente es a modo de comedia que pasa y acaba. ¡Dichoso quien en esta comedia representa bien su papel salvando el alma! Si no fuere así, después de pasar la vida acumulando riquezas y brillando en el mundo, merecerá que se le trate de loco y se le condene como al rico del Evangelio, a quien se dijo: *Insensato, esta misma noche te exigen tu alma; y lo que allegaste, ¿de quién será?* (Lc. 12, 20). Comentando la expresión *te exigen el alma*, dice Toledo que el Señor nos dio el alma en depósito para guardarla de los asaltos de los enemigos, por lo que los ángeles vendrán en la muerte para exigirnos el alma y presentarla en el tribu-

nal de Jesucristo; y si la hubiéramos perdido, preocupados tan sólo de reunir bienes terrenos, estos bienes dejarán de ser nuestros, pero ¿qué se hará del alma?

2.º *La muerte les mostrará la nada de esos bienes y su culpable locura.*- ¡Pobres mundanos! ¿Qué les quedará en la hora de la muerte de todas las riquezas amontonadas, de todas las grandezas de que hubieran disfrutado en la tierra? *Durmiendo están sus sueños, y fallaron las manos de todos los varones esforzados* (Sal. 75, 6). La muerte acabará con el sueño de la vida presente, y los mundanos experimentarán que nada adquirieron para la eternidad. Preguntad a todos los grandes de la tierra, a todos los ricos y a todos los emperadores. Vivieron entre riquezas, honores y placeres, y ahora se hallan en el infierno. Decidles: «¿Qué os queda de todos los bienes mundanos?»; y los desgraciados tendrán que responderos gimiendo: «¡Infelices de nosotros!, que ¿qué nos queda? Nada, absolutamente nada».

3.º *Sabed, pues, que no hay más que un solo bien y un solo mal.*- Razón tenía, por tanto, San Francisco Javier al decir que en el mundo no hay más que un solo bien y un solo mal: el único bien es salvarse, y el único mal, perderse. Por eso decía David: *Una cosa al Señor tengo pedida y por ella yo anhele: el morar en la casa del Señor todos los días de mi vida* (Sal. 26, 4). Una sola cosa pedí y pediré siempre a Dios: que me dé la gracia de salvar el alma; porque, salvada ésta, todo se habrá salvado, y perdida, todo se habrá perdido. Y el colmo de la desgracia es que, perdida el alma una vez, está perdida para siempre.

2. Perdida el alma, se habrá perdido para siempre

I. LA VERDAD PROBADA: *Una muerte, una eternidad.*- Lo importante es que no se muere más que una sola vez. Si se muriera dos veces, podría quizás uno perder el alma la primera vez y en la segunda recuperarla y salvarla. Mas no; solamente se muere una vez, y, errada la primera, se yerra para siempre. Santa Teresa lo recordaba a menudo a sus monjas: «Hijas mías, ¡un alma, una eternidad!» Un alma: si la perdéis, todo lo habéis perdido; una eternidad: perdida el alma una vez, está perdida para siempre. «Perder el alma una vez es perderse para siempre».

«No hay error mayor, dice San Euquerio, que descuidar el negocio de la eterna salvación». Error que sobrepasa todo error, porque es error sin remedio. Todo otro mal se puede reparar; si uno pierde una suma de dinero por la calle, es posible que la encuentre en otra; si pierde un empleo, una dignidad, puede luego recuperarlos; y aun cuando se perdiere la vida, si se logra salvar, todo está remediado. Quien pierde el alma y se condena, padece un mal sin remedio.

II. CONSIDERACIÓN: I.º DESOLACIÓN.- ¡Qué desolación padecen los condenados cuando piensan que para ellos pasaron los días de salvación y que no pueden ya tener la más mínima esperande de remediar su eterna ruina!

2.º *Declaraciones.*- *Concluyó el estío, y nosotros no hemos sido salvados.* Por eso se lamentarán y clamarán siempre inconsolablemente: *Luego extraviados anduvimos de la senda de la verdad, y la luz de la justicia no brilló para nosotros* (Sal. 5, 6). Y ¿de qué servirá reco-

nocer el error padecido cuando ya no se puede remediar?

3.º *Pensar*.- Nada atormenta tan cruelmente a los réprobos como el pensamiento de haber perdido el alma por culpa suya. *He resuelto aniquilarte, Israel; ¿quién será en tu socorro?* (Os. 13, 9). ¡Desgraciado!, dice el Señor dirigiéndose al condenado, únicamente tú eres la causa de tu condenación; sí, tus pecados te condenaron, porque hubiera bastado que te preocuparas de tu salvación, y me habrías encontrado presto a salvarte. Observa Santa Teresa que si algunos pierden por su descuido un anillo, un vestido, una bagatela, no comen, ni duermen, ni hallan paz, pensando que lo han perdido por su culpa. ¡Oh Dios!, y ¿cuál no será el dolor del condenado, no bien haya entrado en el infierno, al pensar que perdió el alma, que lo perdió todo y que todo lo perdió por su culpa?

PERORACIÓN: 1.º *Hay que tomar a pecho este asunto*.- Es necesario, pues, que desde hoy tomemos muy a pecho este asunto de nuestra salvación. No se trata, dice San Juan Crisóstomo, de riquezas terrenas, de las que tarde o temprano nos despojará la muerte para siempre; trátase del cielo, del cielo que se pierde para ir a padecer por toda una eternidad en el infierno. «Sí, dice el santo doctor, trátase de los eternos suplicios del infierno y de la pérdida del reino celestial».

2.º *Temor*.- Para asegurar nuestra salvación eterna debemos temer, y temer gravemente, condenarnos. *Con temor y temblor obrad vuestra propia salud*, dice el Apóstol. Mas no basta eso. Es necesario, además, que nos violentemos para huir de las ocasiones peligrosas, que resistamos a las tentaciones y que frecuentemos los sacramentos.

3.º *Hay que hacerse violencia.- El reino de los cielos es invadido a viva fuerza y los esforzados lo conquistan* (Mt. 11, 12).

Los santos tiemblan ante el pensamiento de la eternidad. «¡Ay de mí!, decía San Andrés Avelino, ¿quién sabe si me salvaré o me condenaré?» «¿Qué será de mí en la eternidad?», preguntaba, no sin temor, San Luis Beltrán. Y nosotros, ¿no temblaremos?

4º. ¡Ah!, pidamos a Jesús y a la Santísima Virgen que nos ayuden a salvarnos, porque no tenemos asunto más importante que el de la salvación. Si salimos airoso, seremos eternamente felices, y si nos equivocamos, seremos eternamente desgraciados.

3. Los mundanos viven vida desgraciada

I. EL DISFRUTE DE LOS BIENES DE ESTE MUNDO QUITA LA PAZ.- *Hidalgos*, exclama el Real Profeta, *¿hasta cuándo habéis de ser de corazón pesado? ¿Por qué amáis la vanidad y andáis tras la mentira?* Pues qué, pobres insensatos, ¿es que vais, por fin, a gustar las dulzuras de la paz, dejando que vuestro corazón se apegue a la tierra, yendo tras de los bienes del mundo, que no son más que mentira y vanidad, y viviendo en el seno de todas las delicias?

Y ¿qué medio es ese de encontrar la paz? Sabed que abandonasteis los caminos que conducían a ella para emprender la ruta que lleva a la aflicción y a los suplicios. Esperáis que el mundo os dé la paz, y ¿cómo podrá el mundo realizar vuestras esperanzas, cuando *el mundo todo estriba en el malo?*, como dice San

Juan. El mundo está lleno de iniquidades, por lo que los mundanos viven esclavos bajo el poderío del malo, es decir del demonio. Además, el Señor declara que no hay paz para los impíos, que viven privados de su gracia. *Los impíos, afirma Yahveh, no tienen paz* (Is. 48, 22).

II. LOS BIENES DEL MUNDO SON BIENES MENTIROSOS.- Los bienes del mundo son bienes aparentes, que no pueden saciar el corazón del hombre: *Comisteis y no os habéis hartado*, dice Ageo; y es que, como explica San Bernardo, estos bienes, en lugar de saciarnos el hambre, la acrecientan. Si los bienes del mundo contentaran al hombre, los grandes y los ricos serían plenamente felices; pero la experiencia demuestra todo lo contrario, y demuestra que estos tales son lo más desgraciados, siempre oprimidos por los temores, siempre recelosos y tristes siempre. Oigamos al rey Salomón; está rodeado de bienes, pero ¿qué dice? *Todo es vanidad y empeño vano*. Dice que todas las cosas del mundo son vanidad, mentiras y engaño; y no sólo son vanidad, sino también aflicción, tormento de la pobre alma, que no halla en todos los bienes terrenos cosa que le satisfaga, sino cosas que la aflijan y le causen amarguras.

III. DEJA HAMBRIENTA AL ALMA. *Sólo Dios la puede satisfacer*.- Justo castigo de quienes, en lugar de servir alegremente a su Dios, quieren servir al enemigo, es decir, al mundo, que les castiga con el suplicio de que habla la Escritura: *En pago de no haber servido a Yahveh, tu Dios, con alegría y buen corazón, por la abundancia de todo, habrás de servir a tus enemigos, que Yahveh te enviará contra ti, en hambre, sed, desnudez y penuria total* (Dt. 28, 48). Sí por-

que el hombre fantaseaba que los bienes del mundo, iban a traerle el perfecto sosiego del corazón; mas he aquí que, a pesar de todas sus riquezas, el corazón no se sacia, porque siempre pide más y no se contenta nunca con las riquezas. ¡Feliz el alma que no quiere más que a Dios, porque Dios sabrá contentarla!, como decía David: *Pon en el Señor tus complacencias, y de tu corazón colmará el ansia* (Sal. 36, 4). «Pobre hombrecillo!», exclamaba en consecuencia San Agustín, ¿qué buscas al buscar las riquezas? Busca sólo aquel bien en quién están todos los bienes». Y dirigiéndose a Dios proseguía: «Todo es tormento y sólo vos sois descanso»; la triste experiencia la hacía reconocer que el corazón del hombre, en vez de encontrar la felicidad en la tierra, no halla más que aflicciones. De igual manera el Seráfico San Francisco de Asís, por pobre que fuese, sentíase como el más rico y el más feliz de los hombres con sólo repetir: «Dios mío y mi todo». Sí, porque la paz de que disfruta el alma enamorada sólo Dios sobrepuja todos los placeres que puede brillar el mundo, y que halagan los sentidos sin que sean capaces de saciar al corazón. San Pablo lo afirma expresamente: *La paz de Dios, la que sobrepuja toda inteligencia*. Esta es la diferencia, dice Santo Tomás, que hay entre el sumo bien, que es Dios, y los bienes terrenos, que a Dios cuanto más se le posee tanto más se le ama, porque su infinita grandeza no cesa de manifestarse cada vez más, al paso que las criaturas aparecen siempre más despreciables; por el contrario, los bienes temporales disgustan no bien poseídos, porque entonces se descubre su pequeñez y se desean otras cosas que nos puedan contentar. «Cuanto más se comunica el soberano Bien al alma, son sus palabras, tanto más se le aficiona ésta y desprecia todo lo de-

más. Y al contrario sucede con los bienes de la tierra, que se desean los que no se poseen, y, no bien poseídos, se les desprecia y se desean otros».

4. Los mundanos se ponen en peligro de caer en una eternidad mucho más desgraciada todavía

I. LOS BIENES SON MALES Y NO SE CONSIGUE CON ELLOS BUEN ÉXITO.- *Canaán tiene en su mano balanza fraudulenta.* Así dice el profeta Isaías, dándonos a comprender cómo aquí Canaán está representando por el mundo. Pensemos, pues, los bienes en la balanza de Dios, no en la del mundo, que nos hace aparecer las cosas diversas de lo que son. ¿Qué son en suma, los bienes de la vida presente? *Mis días han sido más raudos que correo*, dice Job; *se deslizaron como canoas de papiro* (Job 9, 25-26). Rápidas pasan las naves como las vidas de los hombres, que van a dar al mar del morir. Si estos hombres se preocuparan tan sólo de reunir bienes terrenos, acontecerá que la muerte los hallará todos pasados, y los desgraciados no podían llevarse nada a la otra vida.

¡Qué error tan grande juzgarnos señores de unos bienes que no podremos llevar a la eternidad, a la eternidad que no acabará nunca y donde sola la virtud tendrá vigencia! «No son nuestros, dice San Ambrosio, los bienes que no podemos llevar con nosotros, porque sola la virtud es la compañera de los difuntos». Y San Agustín escribe: «Te preocupas solamente de lo que posee el rico, pero dime: en la hora de su muerte.

¿qué llevará consigo de sus riquezas?» Apenas llevarán estos tales más que una mísera mortaja, que con ellos se pudrirá en la sepultura. Y si en la vida gozaron de renombre, dice el salmista que *pereció con ellos su memoria*.

II. LA MÁXIMA DE JESUCRISTO: «QUID PRODEST?»—¡Ah!, si los hombres tuvieran siempre ante la vista esta grande sentencia de Jesucristo: «¿*Qué provecho sacará un hombre si ganare el mundo entero, pero malograre su alma?* (Mt. 16, 26), ciertamente dejarían todos de amar al mundo. ¿De qué aprovechará en el punto del morir haber poseído todos los bienes de la tierra si tuviera el alma que comenzar a sufrir por toda la eternidad en el infierno?

I.º *A esta máxima rinden testimonio los santos para su mayor bien.*—¡Cuántos cristianos ha mandado esta sentencia encerrarse en los claustros!, ¡cuántos a internarse en los desiertos!, ¡cuántos a abrazarse con los tormentos y la muerte, como hicieron los santos mártires! Léese en la historia de Inglaterra que treinta reyes y reinas abandonaron el mundo y se hicieron monjes para asegurarse una buena muerte. También este pensamiento de la vanidad del mundo impulsó a San Francisco de Borja a abandonarlo cuando vio a la emperatriz doña Isabel muerta en la flor de la juventud; entonces se resolvió a servir tan sólo a Dios, exclamando: «¿En esto paran las grandezas y las coronas del mundo? En adelante nunca serviré a Señor que se me pueda morir». La Sagrada Escritura llama al día de la muerte *día de la ruina*, porque en ese día todos los bienes del mundo, riquezas, honores, placeres, han de desaparecer sin que de ellos quede nada. La muerte todo lo obscurece con su fúnebre sombra:

ventajas y riquezas terrenas, y hasta las púrpuras y las coronas reales. «¿De qué sirven los reinos en el momento de la muerte?», preguntaba sor Margarita de Santa Ana, carmelita descalza, hija del emperador Rodolfo. Dios mismo declaró que el mal de la hora postrera quita el recuerdo de las mayores alegrías. Pues si la hora funesta de la muerte ha de poner fin a todas las delicias y pompas terrenas, ¿a qué se reducen sino a apariencia vana y engañosa? «Sí, dice San Gregorio, son falsos todos los bienes que veremos un día alejarse de nosotros; son falsos porque no pueden satisfacer las aspiraciones de nuestra alma».

2.º *A esta máxima rinden testimonio los pecadores sin provecho.*—Contemplad a este pecador envidiado por sus riquezas y honores; en medio de sus glorias viene la muerte, y ¡qué cambio tan radical! *He visto yo al impío engreírse y extenderse cual frondoso cedro; (de allí a poco) pasé y ya no estaba* (Sal. 36, 35-36).

3.º *A esta máxima rinden testimonio los condenados con desesperación.*— Los desgraciados condenados confiesan ahora la verdad de esta máxima, pero sin provecho alguno. *¿Qué provecho nos trajo la altanería? O la riqueza con jactancia, ¿de qué nos ha servido? Se pasó todo aquello como sombra.* ¿De qué nos aprovecharon, exclaman, nuestras pompas y riquezas, si ahora pasó todo como una sombra y no nos queda sino pena y desesperación eterna?

III. CONSIDERACIÓN MORAL. EXHORTACIÓN: 1.º *Atendamos a los avisos de la eternidad; preocupémonos de nuestra alma, de la que tendremos que dar cuenta.*— Pero nosotros, cristianos, abramos los ojos y tomemos a pechos la salvación de nuestra alma, ya que aún Dios nos concede su gracia. Nave-

gaba en cierta ocasión un filósofo de la antigüedad llamada Aristipo; naufragó el navío, y el filósofo perdió cuanto tenía; llegaba a la playa, como era muy estimado por su ciencia, los paisanos le indemnizaron de todo cuanto había perdido. Escribiendo entonces la aventura a los amigos de su tierra, les animaba a no apegarse más que a las riquezas de que no se puede apoderar el mar. Oigamos también a nuestros parientes y amigos que nos dicen desde la eternidad que no trabajemos en este mundo más que en la adquisición de los bienes que no se pierden con la muerte. Si queremos en la vida ocuparnos únicamente en acumular bienes terrenos, sepamos que en el momento supremo seremos tachados de locos y oiremos que se nos dice como al rico de que habla San Lucas. Había este rico recogido una magnífica cosecha; sus paneras estaban rebosantes, y él se decía: *Alma mía, tienes muchos bienes repuestos para muchos años: huelga, come, bebe, date a la buena vida*; pero entonces Dios le dijo: *Insensato, esta misma noche te exigen tu alma y lo que allegaste, ¿de quién será?* (Lc. 12, 19-20).

Daremos cuenta del alma.— Nótese la expresión: *Esta misma noche te exigen tu alma*. Efectivamente, nadie es dueño absoluto de su alma; nadie puede, por tanto, hacer de ella lo que le agrada, sino que todos tenemos el alma en depósito, para que la empleemos en el servicio de Dios. Día vendrá en que, al ser citados al tribunal del soberano Juez, debemos devolvérsela adornada de virtudes. Nuestro Señor añade: *Así es el que atesora para sí y no es rico para con Dios*. Sí; ¡qué locura es ambicionar los bienes de la tierra, en lugar de ambicionar el tesoro del amor divino! De aquí este pensamiento de San Agustín: «Si un rico no tiene caridad, ¿qué es lo que tiene?; y si un pobre tie-

ne caridad, ¿qué es lo que le falta? Quien tiene todos los tesoros de la tierra, pero carece de Dios, es el más pobre del mundo; pero el pobre que tiene a Dios lo tiene todo, por pobre que se vea de bienes terrenos.

2.º *Evitemos la locura de los cristianos negligentes.*— ¡Cosa chocante! *Los hijos de este siglo*, dice Jesucristo, *son más sagaces que los hijos de la luz* (Lc. 16, 8). Cuando se trata de sus intereses terrenos, ¡qué prudencia no despliegan los mundanos! «Mirad, dice San Agustín, el trabajo que los hombres se imponen por cosas que no pueden amar sin vicio». ¡Que fatigas se imponen por escalar un puesto y por acumular riquezas! Y qué no hacen para conservar la salud del cuerpo? Se consulta a las eminencias más distinguidas y se acude a las medicinas más caras. Y cuando se trata de la salvación del alma, los hijos de la luz, que son los cristianos, viven descuidados y retroceden ante la menor dificultad.

Su desilusión en la hora de la muerte.— ¡Dios mío!, a la luz de la candela funeraria, en la hora justamente llamada hora de la verdad, los mundanos reconocen y confiesan su locura. Entonces todos dicen: « ¡Ojalá me hubieran santificado! ¡Ojalá hubiera abandonado el mundo para no amar más que a Dios!» Felipe II, rey de España, llamó al morir a su hijo y, descubriéndole el pecho, roído por el cáncer, le dijo: «Aprende, hijo a morir y mira en lo que acaban las grandezas de la tierra». Mandó luego que le colgaran del cuello una cruz de madera y, después de haberlo dispuesto todo para morir, exclamó: «Quise, hijo mío, que estuvieras aquí presente para mostrarte cómo acaba el mundo por tratar hasta a los reyes. ¡Ojalá, añadió, que yo hubiera sido sencillo hermano converso y no rey!» Así hablan en el lecho mortuario los grandes, los ricos, los que

ante los ojos de los hombres pasan por lo más felices de los mortales. Pero ¿de qué sirven este pesar y lamentaciones a los pobres mundanos sino para hacerlos más desgraciados aún y avivarles más y más los remordimientos de la conciencia?; porque allí está la muerte, que dentro de breves instantes va a correr para ellos el telón de la escena del mundo.

3.º *Consideremos la vida que pasa como una escena que se renueva sin cesar.* A la verdad que la vida presente no es más que una escena teatral que dura poco y hasta que acaba cuando menos lo pensamos, como a tantos aconteció. Casimiro, rey de Polonia, sentado a la mesa con los grandes de su reino, murió cuando acercaba la copa a los labios; así desapareció de la escena. Celso fue elegido emperador y a los siete días fue asesinado; así acabó su papel. Ladislao, rey de Bohemia, joven de dieciocho años; esperaba a la hija del rey de Francia para casarse; cuando se preparaban espléndidos festivales, se sintió presa de crueles dolores y falleció; partieron correos a participar a la princesa que se volviera a su tierra porque para Ladislao había acabado la escena.

He aquí lo que San Pablo nos da a entender cuando dice: *Pasa la configuración de este mundo.* Esta *configuración* es como el escenario de este mundo, acerca de lo cual dice Cornelio Alápide: «El mundo es como una escena: pasa una generación y llega otra. Marcha el rey sin llevarse ni la púrpura. Contadme quintas, casas, cuántos dueños tuvisteis». Cada siglo ve renovarse la faz del globo. En las ciudades y en las naciones se renuevan incesantemente los habitantes. En el trasiego, unos pasan a la eternidad y son reemplazados por otros, que a su vez serán luego reemplazados. Cuando termine la representación, el que hacía

el papel de rey dejará de serlo, y el que poseía aquella quinta o aquel palacio no lo volverá a poseer.

PERORACIÓN: I.º Consejo del Apóstol.— De aquí el consejo del Apóstol: *El tiempo es limitado... y los que usan del mundo, como quien no abusa. Porque pasa la configuración de este mundo* (1 Cor. 7, 29-31). Por lo tanto, ya que no habemos de vivir en la tierra más que en un reducido espacio de tiempo y todo ha de acabar con la muerte, miremos al mundo con desprecio, como si no existiera para nosotros.

2.º Precepto de Jesús.— Los tesoros eternos del cielo, tesoros sobre los que nada pueden ni la polilla ni los ladrones, son los que debemos tener a pechos el atesorar, conforme nos lo manda el Evangelio: *Atesoraos más bien tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los hacen desaparecer y donde los ladrones no perforan las paredes y roban* (Mt. 6, 20).

3.º Reflexiones de Santa Teresa.— Decía Santa Teresa que no nos debemos preocupar de lo que acaba con la vida, pues la vida verdadera es vivir de modo que no se tema a la muerte. Quien viva desprendido de las vanidades de este mundo y se preocupe tan sólo de proveerse de los bienes que pueda llevar consigo a la eternidad, nada tendrá que temer de la muerte, ya que esos bienes lo harán para siempre feliz en el cielo.

5. Cuán desgraciada es la vida del pecador

I. CAUSA DE ESTA VIDA DESGRACIADA: *El corazón humano es demasiado noble para hallar la feli-*

ciudad en los placeres.— I. Los animales fueron criados para esta tierra y, por ende, encuentran contentamiento en los placeres de los sentidos. Dad a un perro un trozo de carne y le veréis contento; dad a un caballo un manojo de hierba y lo veréis dichoso, sin desear nada más. Pero el hombre ha sido creado por Dios para amarlo y vivir con El; por eso encuentra su felicidad en Dios, sólo en Dios y nunca en el mundo, aun cuando el mundo le colmara de todos sus bienes. En efecto, ¿qué suerte de bienes ofrece el mundo? Placeres de los sentidos, riquezas y honores. Como dicen San Juan: *Todo lo que hay en el mundo (es) la concupiscencia de la carne* (es decir, los placeres de los sentidos), *y la concupiscencia de los ojos* (es decir, las riquezas) *y la jactancia de los bienes terrenos* (es decir, las dignidades mundanas) (1 Jn. 2, 16). Dice San Bernardo que el hombre puede estar lleno de tales bienes, pero no puede estar contento ni saciado. ¿Cómo, en efecto, podrían saciar al hombre la tierra, el viento, el estiércol? Luego, explicando las palabras de San Pedro: *Mira, nosotros lo dejamos todo*, nos enseña el mismo santo doctor que encontró en el mundo diversas suertes de locos. Todos padecían hambre terrible, y unos comían tierra, figura de la avaros; otros se hinchaban de aire, figurando a los ambiciosos, que corren tras la gloria y los honores; otros, colocados en torno a una hoguera, tragaban ávidamente las chispas que de ellas salían, en representación de los iracundos y vengativos; finalmente, había quienes bebían el agua maloliente de un fétido lago, en representación de los impuros. Por esto, vuelto a ellos el santo, les decía: «Insensatos, todo esto, en vez de calmar el hambre, la irrita». Buen ejemplo de ello fue Alejandro el Grande, que después de conquistar medio mundo con sus victorias lloraba porque le faltaba el otro medio.

Tampoco en las riquezas.— Muchos esperan hallar la paz amontonando riquezas sobre riquezas; pero ¿es que pudo nunca saciar la tierra? «Cuántas más riquezas tiene el avaro, dice San Agustín, tanto más se abren las fauces de la avaricia, sin que lleguen nunca a cerrarse». En otros términos, la abundancia de las riquezas no calma, sino que excita la avidez. *Enviaste tus emisarios a la lejanía y descendiste hacia el seol. Con lo largo del camino te cansaste; no dijiste: «Desistiré»* (Is. 57, 9-10). ¡Pobres mundanos, qué de trabajos y de fatigas se imponen para ganar dinero y aumentar su fortuna! Pero, lejos de hallar la paz, cuanto más se enriquecen tanto más invadidos se sienten por la turbación y la tristeza. *Pasaron escasez y hambre los ricos, y al que busca al Señor ningún bien falta.* Ninguna miseria es comparable en la tierra a la miseria de los ricos, porque cuantos más bienes tienen, más desean, y como no llegan a tener lo que ambicionan, son siempre más pobres que los verdaderos cristianos, que, ávidos tan sólo de poseer a Dios, son, por ende, los verdaderos ricos, ya que viven contentos con su suerte y hallan en Dios todos los bienes. *Al que busca al Señor ningún bien le falta.* A estos verdaderos cristianos nada les falta, ya que poseen a Dios; pero a los ricos del siglo que viven sin Dios les falta todo, ya que les falta la paz. Con razón fue llamado loco el rico del Evangelio de San Lucas, que después de la espléndida cosecha decía: *Alma mía, tienes muchos bienes repuestos para muchos años; huelga, come, bebe, date a la buena vida;* pero le llamaron loco cuando le dijeron: *Insensato, esta misma noche te exigen tu alma; y lo que allegaste, ¿de quién será?* (Lc. 12, 19-20). Porque este rico se imaginaba que, proporcionándose en la mesa los más delicados man-

jares a poder de dinero, tendría paz y felicidad: *Huelga, come, bebe*. «Pues qué, le dice San Basilio de Seleucia, ¿tienes por ventura alma de puerco, que basta con engordarla para que sea feliz?».

Tampoco los honores.—¿No sonreirá, al menos, la paz a los ambiciosos colmados de honores y dignidades? *Efraím se apacienta del viento*. Por lo tanto, si los honores del mundo no son más que humo y viento, ¿cómo podrán saciar el corazón humano? *Se eleva sin cesar el alboroto* (Sal. 73, 23), dice David. En vano ven los ambiciosos colmados sus deseos, pues que su ambición y su orgullo les empujan más arriba y se despiertan con renovada fuerza las inquietudes, las envidias y los temblores.

Tampoco las voluptuosidades.—¿De qué, a fin de cuentas, se alimentan quienes viven enfangados en el vicio impuro? *Quienes comían manjares delicados... abrazaron las basuras*. ¿Y es posible que semejantes inmundicias sacien el alma y la hagan disfrutar de la paz?

II. LA NATURALEZA DE ESTA EXISTENCIA DESGRACIADA:

I.º *Privación de la paz*.— ¿De qué paz (lo repito), de qué paz pueden disfrutar los pecadores mientras viven alejados de Dios? Desgraciados...; lo tienen todo, riquezas, honores, placeres, pero no tienen paz. ¿Qué digo? Nunca la tendrán, porque no puede fallar la palabra de Dios, que dijo: *Los impíos no tienen paz* (Is. 48, 22). Los desgraciados pecadores, exclama San Juan Crisóstomo, llevan doquiera con ellos el verdugo que no cesa de atormentarlos, es decir, los remordimientos de la conciencia; a lo que San Isidoro añade esta nota: «No hay suplicio más cruel que el de la

conciencia en desgracia de Dios. ¿Quieres vivir siempre alegre? Vive cristianamente».

Continua agitación.— Para que comprendamos el estado deplorable de los infelices pecadores, el Espíritu Santo los compara a las olas agitadas por la tempestad, sin punto de reposo. *Los impíos son como el mar agitado, que no puede apaciguarse* (Is. 57, 20). Viene una ola y tras ella otra, pero todas son olas de amargura y desolación; es decir, que una nadería basta para turbar y agitar al pecador. Si alguien se hallara en una sala de baile o en un concierto de música, pero colgado de los pies y con la cabeza abajo; ¿qué contento le causarían los festines? Así acontece a quien se halla en desgracia de Dios; todo está a la inversa en el alma y, en vez de estar unido con Dios y separado de las criaturas, está unido con las criaturas y separado de Dios. Pero las criaturas, dice San Vicente Ferrer, están fuera de nosotros y no pueden entrar en nuestro corazón, cuyas delicias puede tan sólo formar Dios. Son aguas que no llegan hasta la habitación de la sed. Acontece al pecador lo que al sediento que se hallara de pie en una fuente; las aguas es cierto que le rodean por todas partes, pero mientras no entren en él para apagarle la sed, el infeliz, con sólo su contacto no podrá sentir más que una sed siempre renovada.

3.º *Vacío del alma hecha para Dios.*— *Día y noche mi pan fueron mis lágrimas, mientras me están diciendo cada día: «¿Adónde está tu Dios?»* (Sal. 41, 4). Así nos pinta David la desgraciada vida que vivía cuando reinaba el pecado en su alma. Para hallar algo de calma recorría posesiones y jardines, dábase a la música y se hundían en regias delicias; pero todas las criaturas le increpaban: David, ¿quieres que nosotras te consolemos? Te equivocas. *¿Adónde está tu Dios?*

Lo abandonaste; vete a buscarlo, porque sólo El te puede dar la paz. Después de haber oído confesar a David, y bien alto, que no hallaba tranquilidad en medio de sus riquezas reales, y después de haberle visto llorar incesantemente día y noche, prestemos atento oído a la voz de su hijo. Recuérdanos Salomón que nunca se rehusó placer que le reclamaran los sentidos: *Y nada de cuanto deseaban mis ojos les negué*, y, a pesar de ello, exclamaba: *Todo es vanidad y empeño vano* (Ecl. 1, 14). Notadlo bien; no dice solamente que todo lo terreno sea vanidad, sino también que todo es aflicción de espíritu.

4.º *Temor de los juicios divinos.*— Bien manifiesta esto la experiencia, porque el pecado lleva anejo el temor de la justicia divina. Si hubiera alguno incurrido en la ira de algún enemigo poderoso, no podría dormir tranquilo, y quien tiene a Dios por enemigo, ¿podrá gozar de paz? No; *la esperanza de los malvados perecerá*. No bien cometido el pecado mortal, asaltan al pecador grandes temores, y hasta la hoja que se mueve le infunde pavor: *Voces espantosas suenan en sus orejas*, y se diría que busca siempre la huída, aun cuando nadie le persiga: *Huye el malvado sin que se le persiga*. No lo persiguen los hombres, pero lo persigue su propio pecado. Tal aconteció con Caín, que luego de matar a su hermano Abel decía atemorizado: *Me ha de matar cualquiera que me encuentre*, y aun cuando el Señor le aseguró que nadie lo habría de hacer, Caín, perseguido por su pecado, como atestigua la Escritura, anduvo siempre errante, sin morar en parte alguna.

5.º *Los remordimientos.*— Además, el pecado trae consigo los remordimientos de la conciencia, que es el gusano cruel que siempre roe y muerde: *Su gusano no morirá* (Is. 66, 24). Aun cuando el pecador vaya al

festín, al teatro y a las fiestas, oirá en todas partes a la conciencia diciéndole: «¡Pobre de ti, que perdiste a Dios!; si murieras ahora, ¿dónde irías?» También en la vida presente es tan grande el remordimiento de la conciencia, que ha habido quienes para librarse de él han llegado a darse la muerte, como hizo Judas, que, desesperado, se ahorcó en un árbol. Cuéntase también de un hombre que cometió un infanticidio y tuvo tales remordimientos, que no le dejaban descansar; para librarse de ellos fue a encerrarse en un monasterio, y, como no hallara la paz, terminó por presentarse al juez, declarándose culpable y pidiendo él mismo la muerte.

III. LO QUE ES INCOMPREENSIBLE: *Esta vida desgraciada y la que se prepara en la eternidad cuestan muchas penas y fatigas.*— Laméntase Dios de que los pecadores se hacen culpables respecto de El de doble injusticia: primero, porque le abandonan a El, que es fuente de todo consuelo; y segundo, porque van tras de cisternas fétidas y rotas, que no pueden suministrar aguas de paz. *Dos maldades cometió mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, para excavar aljibes, aljibes agrietados, que no retienen las aguas* (Jn. 2, 13). Por eso dice Dios en otra parte: *En pago de no haber servido a Yahveh tu Dios con alegría y buen corazón, por la abundancia de todo, habrás de servir a tus enemigos, que Yahveh enviará contra ti, en hambre, sed, desnudez y penuria total.* (Dt. 28, 47-48). Harto experimentado lo tienen los pecadores: los vengativos, que tanto sufren luego de haberse vengado con la muerte de sus enemigos, huyendo pobres, desolados y abandonados de todo el mundo, para librarse de los familiares de la víctima y de los ministros de la justicia; los impuros, a quienes

tanto cuenta la satisfacción de sus criminales pasiones; los avaros, cuando roban lo ajeno. Si padecieran por Dios lo que padecen por el pecado, acumularían extraordinarios méritos para el cielo y vivirían felizmente; mas como se hallan en pecado viven vida desgraciada en este mundo y vivirán vida más desgraciada por siempre jamás en el infierno. Tal es la queja de los condenados en el infierno, que exclaman: *Nos hastiamos de los senderos de iniquidad y perdición y atravesamos páramos intransitables.* ¡Desgraciados de nosotros!, exclamarán, caminos durante la vida por un camino lleno de espinas; por cuántas penalidades arrastramos una vida desgraciada, llena de hiel y de veneno, ¿y para qué? Para abocar en esta terrible prisión y vivir eternamente existencia mucho más desgraciada.

6. Cuán feliz es la vida del justo

I. FUENTE DE ESTA FELICIDAD: *Dios, que da la paz: ejemplo de San Agustín.*— *La justicia y la paz se besarán*, dice David. Cuando la justicia reina en el alma reina también en ella la paz. Más aún, añade David: *Pon en el Señor tus complacencias, y de tu corazón colmará el ansia.* (Sal. 36, 4). Para comprender este texto es necesario señalar que los mundanos pretenden satisfacer los deseos de su corazón con los bienes de este mundo, y como tales bienes no pueden satisfacerlo, su corazón pide siempre más, y por muchos bienes que atesore nunca estará contento. Son, pues, ciertas las palabras de David: *Pon en el Señor*

tus complacencias, y de tu corazón colmará el ansia. Deja las criaturas, busca tu felicidad en Dios, y Dios satisfará todos tus deseos.

Ejemplo de San Agustín.— Esto precisamente le aconteció a San Agustín: que no hallaba la paz mientras la buscaba en las criaturas; mas cuando se desprendió de ellas y colocó su amor en Dios, fue cuando dijo: «Todas las cosas son duras, y sólo vos, Señor, sois el descanso del alma». Como si dijera: Ahora, Señor, reconozco mi locura; quería hallar la felicidad en los placeres terrenos y ahora veo que todo eso es vanidad y aflicción de espíritu. El corazón solamente encuentra la paz y la felicidad en vos.

II. EXCELENCIA DE ESTA FELICIDAD. *Sobrepaja todo sentido. Ejemplos.*— *La paz de Dios sobrepaja toda inteligencia.* (Fil. 4, 7). La paz con que el Señor inunda los corazones enamorados de El sobrepaja a cuantos placeres podemos hallar en la tierra.

Preguntádselo a San Francisco de Asís, a quien el grito de «Dios mío y mi todo» le hacía experimentar en la tierra las delicias anticipadas de la gloria. Preguntádselo a San Francisco Javier, que, hallándose entre las fatigosas misiones de las Indias le llenaba el Señor de tales dulzuras, que exclamaban: «¡Basta, Señor, basta!» Pregunto yo ahora: ¿Se encontró nunca mundano alguno tan colmado de bienes terrenos que se viera en la necesidad de exclamar: «¡Basta, Señor, basta! Tengo bastantes riquezas, bastantes honores, bastantes aplausos, bastantes placeres»? No; siempre buscarán más honores y más riquezas, y cuantas más tengan mayor será su sed e inquietud.

III. MEDIOS PARA ADQUIRIRLA.— En suma: persuadámonos de esta verdad: Dios solo contenta el

humano corazón. Los mundanos no lo quieren admitir.

1.º Temen que al darse a Dios van a vivir vida trabajosa y triste.

2.º Mas yo les diré con el profeta: *Gustad y ved cuán bueno es el Señor!* ¡Insensatos!, ¿por qué despreciáis y declaráis desgraciada esta vida que vosotros ni siquiera habéis probado a vivir? *Gustad y ved* (Sal. 33, 9).

3.º *Poned manos a la obra.*— Sí; poned manos a la obra. Asistid diariamente a la misa. Haced la meditación y la visita al Santísimo Sacramento. Comulgad, por lo menos, semanalmente. Huíd de las malas conversaciones. Habituaos a conversar con Dios, y veréis cómo Dios, si así vivís, os hará experimentar las delicias y la paz que hasta ahora no supo daros el mundo, y de la que ni tenéis la menor idea.

7. Los verdaderos insensatos son los pecadores

I. DESPRECIAN LA AMISTAD DE DIOS. *¡Gran locura!*— ¿Podrá haber mayor locura que, pudiendo ser amigo de Dios, quiera uno ser su enemigo? Tanto más que el pecador se condena por el hecho mismo a vivir vida desgraciada y ser un día condenado con la espantosa eternidad del infierno.

I.º *Esta amistad se alcanza fácilmente.*— Cuenta San Agustín que, hallándose dos cortesanos en cierto convento de monjes, uno de ellos se puso a leer la vida de San Antonio, abad: «Leía, dice el santo doctor, y al paso

que leía se despojaba del mundo» y de todo afecto terreno. Dirigiéndose luego a su compañero, le dijo: «Amigo. ¡cuán locos somos! ¿Qué es lo que buscamos? ¿Qué podemos esperar en la tierra más que ser amigos del emperador si le servimos bien? Y antes de llegar a ello, ¡por cuántos peligros habemos de pasar, y con riesgo, además, de perder nuestra salvación eterna! Además, ¿cuándo llegará el día en que el emperador nos otorgue su amistad? Pues bien, si yo quiero ser amigo de Dios, puedo serlo en este instante, con tal de que me congrese con El». Efectivamente, la gracia divina, como nos lo enseña la Sagrada Escritura, *es tesoro inagotable para los hombres, y los que se hacen con él estrechan su amistad con Dios* (Sab. 7, 14).

2.º *Los gentiles no creían en su posibilidad.*— Los gentiles creían de todo punto imposible que la criatura alcanzara nunca la amistad de Dios. Sin igualdad no hay amistad, y, como se expresa San Jerónimo, «la amistad supone la igualdad o la establece».

3.º *Jesucristo nos lo asegura.*— Con todo, merced al fiel cumplimiento de la ley divina nos hacemos amigos de Dios, en frase del mismo Jesucristo: *Vosotros sois mis amigos, si hicieréis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, pues el siervo no sabe qué hace su señor; mas a vosotros os he llamado amigos* (Jn. 15. 15).

4.º *A pesar de esto, los pecadores prefieren el odio a la amistad de Dios.*— Vuelvo a repetir: ¡qué locura la de los pecadores, que, pudiendo gozar de la amistad de Dios, viven bajo el peso de su odio! Ciertamente que Dios no odia a ninguna criatura suya, ni a los tigres, ni a las víboras, ni a los animales más inmundos. *Amas todo cuando existe, y nada de lo que hiciste abominas* (Sab. 11, 25). Por el contrario, Dios

no puede por menos de odiar al pecador: *Odias a todos los que el crimen obran*. Sí, porque Dios no puede menos que odiar al pecador como a un enemigo suyo que se opone a su voluntad. Por esto, al detestar al pecado detesta necesariamente el pecador: *Son para Dios igualmente aborrecibles el impío y su impiedad* (Sab. 14, 9).

II. VIVEN EN OPOSICIÓN CON EL FIN POR EL QUE DIOS LOS CREÓ. EXPLICACIÓN: 1.º *Este fin es la vida eterna*.— Dios no nos colocó en la tierra ni nos conserva en ella para que vayamos en pos de las riquezas, los honores, los placeres, sino para que le amemos y sirvamos en este mundo y vayamos a amarle y a poseerle al otro por toda la eternidad: *El paradero, la vida eterna* (Rm. 6, 22). Razón tenía San Gregorio para comparar la vida presente a un camino, al camino que hay entre recorrer para llegar a nuestra patria, que es el cielo: «En la presente vida, son sus palabras, estamos como en el camino que lleva a la patria».

2.º *Esta oposición aboca al camino del infierno*.— Pero la mayoría de los hombres viven, desgraciadamente, como necios, pues, en vez de emprender el camino del cielo, siguen el de infierno. Este no sueña más que en riquezas, y por viles intereses pierde los bienes inmensos del cielo. Aquél no sueña más que en honores, y por un poquito de humo renuncia al reino que le brinda el cielo. Al de más allá no le interesan más que los placeres sensuales, y por algunas miserables satisfaccioncillas de corta duración pierde la gracia de Dios, a la vez que se condena a arder eternamente en las prisiones infernales. ¡Pobres locos! Si supieran que luego de tal o de cual pecado se les habría de quemar la mano con un hierro candente o se

les tendría que encerrar durante diez años en negro calabozo, ciertamente no lo cometerían. Y ¿es que acaso ignoran los desgraciados que en pena de sus pecados serán condenados a la prisión del infierno, donde, sumidos eternamente en el fuego, no dejarán nunca de arder? Hombres hay que no dudan en sacrificar la vida del alma para conservar la vida del cuerpo. ¿Es que ignoran que perdiendo una pierden también la otra, puesto que el cuerpo tendrá que arder eternamente en el infierno? «Imposible, dice San Juan Crisóstomo, salvar el cuerpo descuidando el alma».

3.º *Viven como irracionales.* En una palabra, los pecadores pierden de tal modo la razón, que se hacen semejantes a los animales, que buscan a impulsos de su instinto la satisfacción de sus groseros apetitos, sin preocupación de ley alguna que valga. Así se portan los pecadores, no como hombres, sino como animales sin razón. «Y a la verdad, nota San Juan Crisóstomo, miramos como hombres al que conserva intacto el rasgo distintivo de hombre. Y ¿qué rasgo es éste sino la razón?»

A impulsos de los sentidos.— El hombre verdadero tiene el patrimonio de esta noble facultad; debe seguir sus luces y no obrar a impulsos de los sentidos. Si Dios diera el uso de la razón a un animal y éste en su modo de portarse siguiera sus luces, diríamos que se porta como un hombre. Pues bien, cuando el hombre, en vez de escuchar a la razón, obedece a los sentidos, ¿qué habrá que decir? Hay que reconocerlo por fuerza: este tal se conduce como un animal.

Sin preocuparse del futuro.— El que se porta como hombre, según las reglas de la razón, se preocupa del porvenir: *Si fueran sabios, comprenderán estas cosas, meditarían en su suerte final.* Si piensa en el futuro, se pre-

ocupa de lo que nos espera al fin de nuestros días, de la cuenta que tendremos que dar inmediatamente luego de nuestra muerte y, finalmente, de la gran sentencia que en consonancia con nuestras obras se habrá de seguir: o cielo o infierno eterno. «No llames sabio al que no lo es consigo mismo», dijo San Bernardo.

4.º Pierden de vista su último fin.— Los bienes de la vida presente es lo que tan sólo quieren los pecadores que no se preocupan del fin para que han sido creados. Pero ¿de qué les valdrá ganar todas las cosas sin alcanzar el fin que les habría de hacer felices? *Una sola cosa es necesaria* (Lc. 10, 42). Llegar a alcanzar la meta del fin ha de constituir nuestra única solicitud, porque, si esto erramos, lo erramos todo. Y ¿en qué consiste este fin? En la vida eterna. Sí, nos dice el Apóstol: *El paradero, la vida eterna* (Rm. 6, 22). Los pecadores viven despreocupados de conseguir este fin.

Al paso que adelantan hacia la muerte.— Se encaminan hacia la muerte, y un día se hallarán en el umbral de la eternidad sin saber dónde irán a parar. Si al piloto de un buque le preguntaran: «¿Hacia qué costas te diriges?», y él no supiera responder, todos concluirían que los dirige a la perdición, nota San Agustín. Así como los sabios del mundo, peritos en enriquecerse, en acaparar honores, en divertirse, pero ignorantes en la salvación del alma.

¡Qué decepción les aguarda!— ¡Cuán pobre fue el rico del Evangelio! Supo enriquecerse y vivir espléndidamente, pero al fin murió y fue sepultado en los infiernos. ¡Cuán pobre fue Alejandro el Grande, que supo conquistar tantos reinos y al morir fue condenado a los suplicios eternos! ¡Cuán pobre fue Enrique VIII, que se rebeló contra la Iglesia de Cristo y en el punto del morir, al ver que perdía el alma, exclamó desesperado: *Amigos, lo*

hemos perdido todo. Y ¡cuántos habrá actualmente lamentándose en el infierno y gritando: *¿Qué provecho nos trajo la altanería? O la riqueza con jactancia, ¿de qué nos ha servido? Se pasó todo aquello como sombra* (Sab. 5, 8-9). Figuramos aparatosamente en el mundo, disfrutamos de riquezas y honores; pero ahora pasó todo como sombra y no nos queda más que torturas y lágrimas eternas. «Los pecadores, dice San Agustín, la mayor desgracia que tienen es su felicidad, porque el enemigo interior, su perversa voluntad, se fortalece».

¡Qué desolación cuando lo vean todo perdido!— A todos estos descuidados de su alma les acontecerá lo que dice Salomón: *La alegría remata en duelo.* Diversiones, dignidades, riquezas, todo acaba en tristeza y eterno llanto: *He numerado mi vida como un tejedor, de la trama me ha cortado* (Is. 38, 12), como decía el rey Ezequías. ¡Desgraciados de ellos! ¡Con qué diligencia tejían la tela de sus esperanzas mundanas, con qué alegría veían la sonrisa de la fortuna, cuando sobrevino de pronto la muerte, cortóles el hilo de la existencia, y despojólos de todo y los envió a arder eternamente a la magna fosa del fuego! Y ¿qué locura mayor puede darse que el amigo de Dios quiera hacerse esclavo de Lucifer, que el heredero del paraíso quiera con el pecado hacerse condenado del infierno? En efecto, no bien cometido el pecado mortal, firma el pecador su inscripción en el número de los condenados. Decía San Francisco de Sales que, si los ángeles pudiesen llorar, llorarían al ver la ruina que causa al alma quien comete un pecado mortal y no cesarían de lamentarlo.

III. CON TODO ESTO VIVEN UNA VIDA DESGRACIADA.— Y ¿cuál será la mayor locura del pecador? Consiste en que el desgraciado pecador vive una vida infeliz.

1.º *Los bienes del mundo son insuficientes para el corazón del hombre.*— Todos los bienes del mundo no pueden contentar a nuestro corazón, porque está creado para Dios; imposible, por tanto, que encuentre nunca la paz fuera de Dios. ¿Qué son todas las grandezas y delicias del mundo sino *vanidad de vanidades?*, responde Salomón. Miserias, mentiras e ilusión.

2.º *No traen la paz.*— Salomón añadía, apoyado siempre en la propia experiencia: *Vanidad y empeño vano.* Todos estos bienes no sólo no contentan, sino que afligen al alma, y cuanto más abundantes son tanto más la aflige. Los pecadores esperan hallar paz en los pecados, pero ¿qué paz van a hallar, si *los impíos, afirma Yahvé, no tiene paz?*

Sólo Dios es quien la proporciona.— No quiero hoy extenderme sobre este tema de la vida infeliz de los pecadores, al que ya dediqué un sermón entero. Ahora tan sólo me limito a recordaros que la paz es don que hace Dios a las almas que le aman y no a quien lo desprecia y, en lugar de sus amigas, quieren hacerse esclavas del demonio, que es tirano *cruel y no se apiadará*, como dice Jeremías. Y si nos promete deleites, no lo hace por bien nuestro, nota San Cipriano, sino por tenernos compañeros de su pena y de su infierno.

8. Los santos son los verdaderos sabios

I. LA SABIDURÍA SE EXPLICA.— Estemos de ello persuadidos: los verdaderos sabios son quienes saben amar a Dios y conquistar el paraíso.

¡Felices, pues, quienes puedan decir con el libro de la Sabiduría: *Le dio la ciencia de las cosas santas!* (Sab. 10, 10).

1.º *Amar a Dios y salvarse.*— No hay ciencia más verdadera que la de saber amar a Dios y salvar el alma. A San Agustín hacíasele la primera de las ciencias: «¡Feliz, Dios mío, quien te conoce e ignora todo lo demás!»

2.º *Amar a Dios y santificarse.*— Cierta día, Fr. Gil; de la Orden de San Francisco, decía a San Buenaventura: «Padre mío, ¡qué dicha la vuestra al saber cosas tan hermosas, con las que podréis santificaros más fácilmente que yo, pobre ignorante!» «Escucha, hermano, replicóle el santo, si una viejecita, por ignorante que sea, ama a Dios más que yo, juzgadla más santa y más sabia que yo». Con lo que Fr. Gil, púsose a gritar: «Escucha, viejecita, escucha lo que dice el P. Buenaventura: «Si tú amas a Dios más que él le ama, puedes ser más santa que el»».

II. ESTA SABIDURÍA PRACTICADA POR LOS SANTOS.— «Levántanse los ignorantes y nos arrebatan el reino de los cielos», decía San Agustín, y nosotros, los doctos de mundo, ¿qué es lo que hacemos? Y a la verdad, ¡qué de ignorantes se salvan sin saber leer, pero sabiendo amar a Dios! Y ¡cuántos sabios según el mundo se condenan! ¿Qué excelsos sabios fueron San Juan de Dios, San Félix de Cantalicio y San Pascual Bailón, pobres legos franciscanos, indoctos en ciencias humanas, pero doctísimos en las divinas! ¡Cosa de maravilla y que hasta los mismos mundanos reconocen! Cuando ven a personas que viven separadas del mundo para vivir únicamente para Dios, no dudan en proclamarlas dichosas, aun cuando luego no los imiten en nada.

PERORACIÓN: *Elegid.*— Decidme, hermanos, ¿a qué bando queréis pertenecer, al de los sabios según el mundo o al de los sabios según Dios? Para acertar en la elección sigamos el consejo de San Juan Crisóstomo: «Vayamos a los sepulcros». ¡Cuán excelente cátedra es la del cementerio para conocer la vanidad de los bienes de este mundo y aprender la ciencia de los santos! «¡Ea!, pregunta el santo, ¿podéis distinguir entre tantos cadáveres los de los príncipes, los de los ricos, los de los sabios? En cuanto a mí, responde, yo no veo más que gusanos, osamentas y podredumbre». Con la muerte se desvanecieron todas sus riquezas y dignidades.

2.º *Huíd cuanto antes del mundo.*— Y ahora ¿qué es lo que tenemos que hacer? Seguid el consejo de San Pablo: *Esto, pues digo, hermanos: el tiempo es limitado. Por lo demás... Los que usan del mundo como quien no abusa. Porque pasa la configuración de este mundo.* Este mundo es escena que pasa y se acaba pronto: *el tiempo es limitado.*

3.º *Emplead los medios.*— Procuremos en los días que nos restaren de vida vivir como sabios, no según el mundo, sino según Dios, preocupándonos de la salvación del alma, empleando los medios conducentes para ello, como la fuga de las ocasiones peligrosas, la meditación, fidelidad a las reuniones piadosas de las congregaciones, frecuencia de sacramentos, hacer diariamente la lectura espiritual y asistir a diario también, si es posible, a la misa, o, al menos, a la visita al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen ante alguna devota imagen. Así llegaremos a ser verdaderos sabios y así seremos felices en esta vida y por toda la eternidad.

9. El tiempo es precioso

1.º *El tiempo es precioso porque es favorable.*— Dios nos dijo por boca de Isaías: *En el tiempo propicio te escucho y en el día de tu salvación te ayudo* (Is. 49, 8). Al explicar San Pablo este *tiempo propicio*, dice que es todo el tiempo que Dios nos concede para obrar el bien: *Mirad, ahora es tiempo favorable*, y continúa llamándolo *día de la salud* (2 Cor. 6, 2). Con lo que es idea del Apóstol, exhortarnos a no dejar pasar inúltimente el tiempo presente, al que llama día de salvación, porque, pasado tal día, ya no tendremos salvación posible.

2.º *El tiempo es breve.*— Porque nuestra vida es breve y el tiempo es corto, nos exhorta el Apóstol a los que lloran (sean) *como si no llorasen*; y los que gozan, *como si no se gozasen*; y los que compran, *como si no poseyesen*; y los que usan del mundo, *cómo quien no abusa* (1 Cor. 7, 29-35). Pues si es breve el tiempo que se nos da para la permanencia en el mundo, dice el Apóstol que no se quejen los afligidos, porque sus sufrimientos durarán poco; que no se apeguen a la felicidad quienes gozan, porque la felicidad terrena no es duradera. De lo que se desprende que hay que servirse de este mundo no para disfrutar de sus bienes caducos, sino para merecer la vida eterna.

3.º *El tiempo bien empleado, es rico en merecimiento.*— *Hijo, observa el tiempo*, (Eclo. 4, 23), dice el Espíritu Santo. Sé diligente en mirar cómo empleas el tiempo, que es la cosa más preciosa y el don más excelso que Dios te puede conceder. En efecto, «cada minuto de tiempo vale tanto como el mismo Dios», dice San Bernardino de Siena, «ya que en cada minuto de tiempo bien empleado se asegura la posesión de

Dios». Sí añade el santo, «en cada momento puede el hombre alcanzar el perdón de los pecados, la gracia de Dios y la gloria del paraíso. De aquí que San Buenaventura concluya que no hay pérdida que se pueda igualar a la pérdida del tiempo».

10. Se desprecia desgraciadamente el tiempo

1.º Los hombres lo desprecian a menudo.— Y ¿cómo tratan los hombres este bien, precioso entre todos los bienes? San Bernardo se lamenta del poco caso en que se le tiene y exclama dolorido. «Nada hay más precioso que el tiempo ni anda más despreciado. Ahí tenéis a ese hombre sentado cuatro o cinco horas ante una mesa de juego. Si le preguntáis qué hace allí esas horas enteras, os responderá que divertirse. Allí al otro, medio día en la calle o al balcón. Si le preguntáis qué es lo que hace, os responderá que pasar el tiempo. ¿Y por qué, preguntaba el mismo santo, perder así el tiempo? «Y ¿por qué perder ni siquiera una hora de las que misericordiosamente te dio el Creador en su bondad para hacer penitencia y adquirir gracia?» ¡Tiempo precioso, los hombres te desprecian durante la vida; pero en la hora de la muerte te desearán ansiosamente, y más ansiosamente te desearán en el otro mundo!

2.º Lo lamentarán tarde, pero inúltimente.— El tiempo es un bien que solamente en esta vida se halla y no en la otra; no se halla ni en el infierno ni en el cielo ¡Ah, exclamarán los condenados, si al menos se nos diera una hora! Pagarían todo cuanto pudieran por una

sola hora, por un solo minuto de tiempo que remediar su eterna ruina; pero no tendrán esta hora, ni siquiera este minuto de tiempo. En el cielo no hay lamentos; pero si de algo se pudieran lamentar los bienaventurados, sería solamente de haber perdido el tiempo durante la vida, tiempo que hubieran podido emplear en merecer una gloria más excelsa.

3.º *Sentimientos de los santos.*— Una monja benedictina se apareció después de la muerte, radiante de gloria, a cierta amiga suya, a quien comunicó que se hallaba colmada de felicidad y que, si algo pudiera desear, sería solamente retornar a la tierra para volver a comenzar a sufrir con objeto de merecer mayor aumento de gloria. «Además, añadió, sufriría con agrado hasta el día del juicio final todos los padecimientos crueles que precedieron mi muerte, aun cuando sólo fuera para alcanzar la felicidad correspondiente al mérito de un *avemaría*».

San Francisco de Borja estaba tan penetrado de esta verdad, que ponía todo su empeño en consagrar a Dios todos los instantes de la vida; por lo que cuando le hablaban de las cosas terrenas, levantaban el corazón a Dios y era tal su recogimiento interior, que, si le preguntaban en qué pensaba, no sabía qué responder; cierto día que le criticaban por esto, respondió que prefería pasar por necio a perder el tiempo en naderías.

11. Perder el tiempo es un mal y un peligro

I. ES MAL: I.º Perder el tiempo es obrar contra la voluntad de Dios.— Tal vez haya quien diga: Y ¿qué

mal hago yo?— ¡Cómo!, ¿no es mal perder el tiempo en diversiones, en conversaciones, en ocupaciones frívolas y sin provecho para el alma? ¿Es que Dios te dio el tiempo para perderlo? No, dice el Espíritu Santo, *no se te escape tu porción deseable* (Eclo. 14, 14).

2.º *Ejemplo de los obreros de la viña.*— Los trabajadores de quienes habla San Mateo no hacían mal a nadie, sino que tan sólo perdían el tiempo, y, a pesar de ello, el dueño de la viña les dijo en torno de reproche: *¿Por qué os estáis ahí todo el día holgando?* En el día del juicio, Jesucristo nos pedirá cuenta no sólo de los meses y días que hayamos perdido, sino hasta de cada palabra ociosa. *Os certifico que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres darán razón en el día del juicio* (Mt. 12, 36). Y hasta del más mínimo instante perdido habrá que dar cuenta.

3.º *¿Qué hay que pensar y cómo hay que obrar?*— Pues bien, dice San Bernardo: «Mirad como tiempo perdido todo el que no empleéis en Dios o para Dios». Por esto nos exhorta el Señor: *Todo lo que puedas hacer, con tu fuerza hazlo; porque no hay obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría en el seol, adonde te encaminas* (Eclo. 9, 10).

No dejes, pues, para mañana lo que puedas hacer hoy, porque tal vez mañana hayas muerto y estés ya en el otro mundo, donde *no hay obra*, ni tiempo para obrar el bien, *ni razón*, ya que no la hay para discurrir lo que se hace, sino solamente para disfrutar de las mercedes recibidas o para padecer la pena del mal hecho. *Hoy, si oyerais su voz, no endurezcáis, cual en Meriba, vuestro corazones.* Dios te invita hoy a confesarte, o restituir aquellos bienes, a reconciliarte con tu enemigo; obedece hoy, pues mañana puede ser que no tengas tiempo o que Dios te retire su llamada. Nues-

tra salvación estriba por completo en la correspondencia a la llamada del Señor y en el tiempo en que Dios nos llama.

II. PERDER EL TIEMPO ES UN PELIGRO: I.º *Amenazas del Señor.*— «Aun soy joven, dirá tal vez alguien; tiempo vendrá en que me consagraré a Dios». Sábetelo, hijo mío, que Jesucristo maldijo la higuera estéril, a pesar de que entonces, como nota el Evangelio, *no era tiempo de higos*. Con ello quería darnos a entender el Salvador que el hombre ha de rendir frutos de buenas obras en todo el tiempo, hasta en la juventud. De no hacerlo así, experimentará la maldición y no dará frutos, como se conminó a la higuera: *¡No más para siempre coma nadie fruto de ti!* (Mc. 11, 14).

Léese en el Eclesiástico: *No tardes en convertirte a El y no lo difieras de un día a otro, pues su furor estallará de repente* (Eccl. 5, 8). Si te hallares en pecado, no retardes el arrepentimiento y la confesión sin diferirlo para mañana, dado que si no obedeces la voz de Dios, que te llama hoy a confesión, puedes hoy mismo morir en pecado, y mañana ya no habrá remedio para ti. ¡Cosa extraña! El demonio juzga que es breve el tiempo de nuestra vida, por lo que para tentarnos no pierde ni un minuto durante el día ni durante la noche. *Bajó a nosotros el diablo con gran coraje, sabiendo que cuenta con poco tiempo* (Ap. 12, 12). Y ¿qué?; el enemigo no pierde ni un minuto del tiempo de que dispone para perdernos, y ¿nosotros perderemos el tiempo que tenemos para salvarnos?

2º. *Incertidumbre del tiempo venidero.*— Más tarde me consagraré a Dios. «¡Desgraciado de ti, responde San Bernardo; ¿por qué quieres contar con el futuro, como si el Eterno Padre hubiera puesto en tu poder el tiempo de

consagrarte a El cuando te pluguiere? Job estaba bien persuadido de que no podía contar con el futuro cuando exclamaba tembloroso: *Me llamaría entonces mi Hacedor*. Tú dices que no te quieres confesar hoy y mañana tendrás tiempo de pensar en ello. «¡Cómo!, te responde San Agustín, ¿con que no cuentas con la hora y presumes del día?» Sí; ¿cómo puedes prometerte el día de mañana, si no sabes si se te reserva una sola hora? Santa Teresa decía que el que no está presto a morir en el día, debe tener una mala muerte.

3.º *Imposibilidad de reparar el tiempo perdido.*—«Desaparecen unos en pos de otros los días de salvación, y nadie piensa en ello ni en que pasan sin volver a parar». Así deplora San Bernando la ceguedad de los insensatos que dejan pasar días y días, sin pensar que el día perdido, perdido está para siempre. Cuando se acerque la muerte, pedirán un año, o un mes, o un día; pero no lo tendrán, y sólo oirán decir: *No habrá ya más tiempo* (Ap. 10, 6). ¡Qué no se daría entonces por tener una semana, un día al menos, siquiera una hora, para ordenar los asuntos de la conciencia! Dice San Lorenzo Justiano que los desgraciados, «para alcanzar tan sólo una hora, lo sacrificarían todo, riquezas, dignidades y placeres; pero este momento se les negará. El sacerdote, de pie ante el lecho del moribundo, dirá: «Parte, alma cristiana; marcha de este mundo, porque para ti ya no hay tiempo».

4.º *Desolación y lamentos de los moribundos.*—Escuchad los lamentos del moribundo: ¡Ojalá que hubiera tomado a pecho mi santificación y hubiera empleado los años que Dios me dio para amarle!» Pero ¿de qué aprovecharán tales lamentos? ¡Qué desolación experimenta el viajero que se equivocó de camino y se da cuenta de ello cuando las tinieblas de la

noche le rodean y ya no tiene tiempo de remediar el error! Así acontecerá, al acercarse la muerte, a quien haya vivido muchos años en el mundo sin emplearlos para Dios. *Viene la noche, en que nadie puede trabajar* (Jn. 9, 4). Por esto nos amonesta el Señor: *Caminad mientras tenéis la luz, para que las tinieblas no os sorprendan* (Jn. 12, 35). Caminad por las vías de la salvación ahora que tenéis luz y antes de que os sorprendan las tinieblas de la muerte, entre las cuales nada se puede hacer sino lamentarse del tiempo perdido.

Convocó contra mí una reunión. Al punto del morir se presentan ante la conciencia del pecador todos los años que le fueron concedidos para obrar su salvación, y de los que no se valió más que para aumentar sus deudas para con Dios; preséntanse todas las inspiraciones, todas las gracias recibidas de Dios para devolverle amor por amor, de las que no se quiso aprovechar; y al cabo de todo ello, el moribundo se verá en la imposibilidad de hacer el más mínimo bien. Entonces, desgarrado por los remordimientos y sumido en estas desoladoras tinieblas de la muerte, exclamará el desgraciado: ¡Cuán loco he sido! ¡Cómo perdí la vida! ¡Años perdidos en los que podía haber ganado tesoros de méritos para mi santificación! Por desgracia, no soy santo y ya no hay tiempo para serlo. Pero vuelvo a repetirlo: ¿de qué servirán estos pesares y estas lamentaciones de la hora en que va acabarse la escena de este mundo, la lámpara va a lanzar su postrer resplandor y el moribundo a franquear el gran momento de que depende la eternidad?

PERORACIÓN: *1.º Estad siempre apercebidos.— Vosotros también estad apercebidos, pues a la hora que no penséis, viene el Hijo del hombre.* (Lc. 12, 40).

El Señor dice: *Estad apercebidos*. No dice: «Preparaos en el tiempo de la muerte», sino estad apercebidos para cuando venga, porque cuando menos lo penséis vendrá el Hijo del hombre a pedirnos cuenta de vuestra vida, y entonces será difícilísimo, con la confusión de la muerte, ajustar de tal modo las cuentas, que dejéis de ser reos ante el tribunal de Jesucristo. Cierto que la muerte puede venir dentro de veinte o de treinta años, pero también puede venir en poco espacio de tiempo, dentro de un año o de un mes. Si alguno supiera que en breve se habría de ver envuelto en un pleito del que dependería su vida, ciertamente que no dejaría llegar tranquilamente el tiempo del juicio, sino que se esforzaría por elegir un buen abogado que ilustrase a los jueces y los interesara en su favor. Y nosotros, ¿qué es lo que hacemos? Estamos seguros de que día vendrá en que se trate la causa del mayor asunto que tenemos, el asunto de nuestra vida, no ya temporal, sino eterna, y de que este día puede estar muy próximo, y ¿aun perdemos el tiempo? ¿Qué digo?, si, en vez de ajustar nuestras cuentas, lo que hacemos es confirmar con renovados delitos la sentencia de nuestra condenación a muerte eterna...

2.º *Reparad el pasado*.— Si en lo pasado tuvimos la desgracia de emplear el tiempo en ofensas de Dios, procuremos hacer penitencia de ello en lo que nos restare de vida y digamos con el rey Ezequías: *Caminaré todos mis años en la amargura de mi alma* (Js. 38, 15). El Señor nos deja vivir precisamente para que tengamos oportunidad de reparar el tiempo perdido. Así, pues, según tengamos oportunidad, obremos el bien (Gal. 6, 10).

3.º *Rescatad el tiempo perdido*.— Si en lo pasado nos condujimos como insensatos y si ofendimos a

Dios conculcando su santísima voluntad, escuchemos al Apóstol, que nos recomienda ser prudentes en lo futuro, rescatando el tiempo perdido: *Mirad, pues, con gran circunspección cómo andáis, no como necios, sino como sabios, rescatando el tiempo, porque los días son malos. Por eso no os hagáis insensatos, sino entended cuál sea la voluntad del Señor* (Ef. 5, 15, 17).

Dice San Pablo que *los días son malos*, y lo explica San Anselmo diciendo que pasamos la vida en medio de mil tentaciones que incesantemente ponen en peligro nuestra salvación, por lo que toda cautela es poca para librarnos de la eterna perdición. Y ¿qué significan las palabras *rescatando el tiempo*? «Rescatar el tiempo, explica San Agustín, es sacrificar, cuando llegare el caso, los intereses presentes a los intereses eternos, que así se compra la eternidad con la moneda del tiempo». Tan sólo debemos vivir para cumplir con todo el empeño posible la voluntad de Dios, y si necesario fuere, dice San Agustín, es preferible padecer algún detrimento temporal antes que comprometer la eternidad ¡Oh, y cuán bien supo San Pablo reparar el tiempo que había perdido! Fue llamado por Dios después de todos los apóstoles, dice San Jerónimo, y, con todo, fue el primero en merecimientos debido a sus obras, «por lo que fue el postrero en la vocación y el primero en merecimientos, dado que trabajó más que todos los demás».

4.º *Ganad méritos para el cielo.*— Si no hubiera más argumentos, pensemos que a cada instante podemos enriquecernos más y más para el cielo. Si os fuera concedido en propiedad todo el terreno que pudieseis recorrer en un día o todo el oro que pudieseis contar en otro, decidme si permaneceríais sin hacer

nada. ¿Perderíais el tiempo u os afanaríais para fatigar pies y manos? Pues a cada instante podéis adquirir tesoros eternos para la otra vida, y ¿aun perderéis el tiempo? Lo que podéis hacer hoy no lo dejéis para mañana, porque perderéis el día de hoy sin volverlo a recuperar. Contáis con hoy, pero no contáis con mañana.

12. El pecado mortal es un gran desprecio de Dios

Escuchad, cielos y presta oídos, tierra, pues es Yahveh quien habla: hijos he criado y engrandecido, pero se han rebelado contra mí (Is. 1, 2). En semejantes términos invita el Señor al cielo y a la tierra a que detesten la ingratitud de que se hacen reos los hombres cuando lo ofenden mortalmente después de haberles criado, alimentando con su sangre y colmado de honores, hasta el punto de hacerlos hijos adoptivos.

I.º Distancia infinita que separa al pecador de Dios, al insultador del insultado.— ¿Quién es este Dios, a quien así desprecian los pecadores? La Majestad infinita, ante quien todos los reyes de la tierra y todos los bienaventurados del cielo son menos que una gotita de agua y como una mota de polvo. Tan grande es Dios, que *todos los pueblos son como nada delante de El, (como) nulidad y vacuidad son por El reputados* (Is. 40, 17). Y el hombre que le ofende, ¿quién es? Responde San Bernardo que un saco de gusanos, alimento de los cuales habrá de ser en el sepulcro. Es un *desventurado y miserable, y pobre, y ciego, y des-*

nudo (Ap. 3, 17). Miserable que nada puede, ciego que nada sabe, desnudo que nada tiene. Y este gusano tiene el atrevimiento de despreciar a Dios y moverlo a indignación, o como dice San Bernardo: «El polvillo se atreve a irritar tan augusta Majestad». Razón tiene el angélico Santo Tomás para escribir que el pecado mortal tiene malicia en cierto modo infinita, a causa de la infinita majestad de Dios. Y San Agustín llama al pecado absolutamente *mal infinito*. De aquí que un infierno y miles de infiernos no basten para castigar un solo pecado mortal.

El pecado mortal contiene este desprecio.— Los teólogos suelen definir así el pecado mortal: «El acto por el que se aparta uno del Bien supremo»; o para emplear una expresión más enérgica y más familiar, el acto por el que se vuelve la espalda a Dios. El señor mismo nos lo representa así cuando dice quejoso al pecador: *Tú me abandonaste, dice Yahveh; me volviste la espalda*. Nunca, dice Dios, me hubiera yo separado de ti si tú, ingrato, no hubieras empezado por abandonarme, y por abandonarme de la manera más insultante.

Este desprecio cae realmente sobre Dios.— El pecador, al despreciar la ley de Dios, es a Dios mismo a quien desprecia, pues sabe que despreciando la ley pierde la divina gracia. *Por la transgresión de la ley afrentas a Dios* (Jn. 15, 6), dice San Pablo. Dios es el soberano Señor de todo cuanto existe, porque ha creado todas las cosas. *En tus manos está el universo entero... Tú hiciste el cielo y la tierra*. Por esto todas las criaturas, aun las privadas de razón, le rinden pleno y entero vasallaje. *¿Quién es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen? El fuego y el granizo, nieve y nieblas, el huracán que cumple su palabra* (Sal. 148,

8). Pero el hombre, en el momento de pecar, dice a Dios: Señor, vos me mandáis, pero yo rehusó obedecer; me mandáis que perdone aquella injuria, pero yo quiero vengarme; me mandáis que respete el bien ajeno, pero yo quiero retenerlo; queréis que me abstenga de placeres deshonestos, pero yo no quiero abstenerse. El Señor reprocha: *Quebraste tu yugo, rompiste tus ataduras y dijiste: «No serviré»* (Jn. 2, 20). En una palabra, el pecador, cuando rompe con el precepto, dice a Dios «No os conozco como mi Señor, como precisamente respondió Faraón a Moisés cuando le intimaba de parte de Dios que dejase en libertad a su pueblo: *¿Y quién es Yahveh para que yo tenga que escuchar su voz, dejando marchar a Israel? No conozco a Yahveh ni dejaré partir a Israel* (Ex. 5, 2).

2.º *El desprecio se agrava por la preferencia indigna que se hace de la criatura sobre el Creador.*—El desprecio que se hace a Dios por el pecado aparece aún más horrible si se atiende a la bajeza de los bienes por los cuales se ofende a Dios. *¿Por qué a Dios desprecia el impío?* (Sal. 10, 13). Sí; ¿por qué tantos hombres cometen el pecado? Por un poco de humo, por un puntillo de honor, por un placer bestial. *Me profanáis entre mi pueblo por unos puñados de cebada y unos bocados de pan* (Ez. 13, 19). Se llega a despreciar a Dios por un puñado de cebada y por un menudrugo de pan. ¡Oh Dios!, y ¿cómo será posible que así nos dejemos engañar tan fácilmente por el demonio? Dice el profeta Oseas que es porque nos servimos de *una balanza fraudulenta*. Dios no puede engañarnos, y lo que pasa es que no pesamos las cosas en su balanza y preferimos pesarlas en la balanza de nuestro enemigo, que no tiene más mira que nuestro engaño y perdición eterna. *Señor, ¿quién como tú?*, preguntaba

David. Dios es bien infinito, por lo que, al verse puesto en comparación con aquel puñado de tierra, con aquella mísera satisfacción, sobrada razón tiene para quejarse por Isaías y decir a los pecadores: *¿A quién, pues me vais a asemejar, de suerte que me cuadre, dice el Santo?* (Is. 40, 25) *¿Conque más pueden ante ti los viles placeres que mi gracia? ¿Por esto me pospusiste? Me has arrojado detrás de tus espaldas* . Por esto añade Salviano: «Nada les parece a los hombres más vil que Dios». *¿Te parece Dios cosa tan vil que merezca ser pospuesto a las cosas deleznables de la tierra?*

Cuando a San Clemente, obispo de Ancira, le enseñó el tirano, oro, plata y piedras preciosas, diciéndole que todo se lo daría si renunciaba a Jesucristo, el santo mártir lanzó un profundo suspiro pensando en la ceguedad de los hombres, que ponen a Dios en parangón con un puñado de tierra. Y muchos pecadores hay que no exigen tanto precio por la gracia de Dios, sino que les basta codiciar algunos bienes terrenos para abandonar a Dios, bien infinito y único bien que les podría colmar de felicidad. De esto se lamenta el Señor por Jeremías, invitando a los cielos a que se pasmen y sus puertas sean sumergidas en el estupor: *Pasmaos, ¡oh cielos!, de esto; y horrorizaos y quedad atónitos en gran manera;* añade a continuación: *Pues dos maldades cometió mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, para excavarse aljibes, aljibes agrietados, que no retienen las aguas* (Jn. 2, 12, 13). Nos maravillamos aún de la injuria que los judíos hicieron a Jesucristo cuando Pilato les preguntó a quién de los dos, a Cristo o a Barrabás, querían libertar, y ellos respondieron: *No a ése, sino a Barrabás,* y, sin embargo, es mucho más triste la conducta de los pecadores, a quienes el demonio propone la elección

entre Cristo, de una parte, y de otra, aquella venganza, aquel placer, aquel puntillo de honor, y ellos responden: Queremos a Barrabás, es decir, al pecado.

La criatura así preferida se trueca en el fin último, en el dios del pecador.— No ha de haber en ti deidad extraña, dice el Señor a su pueblo. No quiero que me abandones a mí, tu Dios verdadero, y te hagas dioses nuevos, a cuyo servicio te dediques. En efecto, según dice San Cipriano, siempre que el hombre prefiere alguna cosa a Dios, la constituye en dios suyo, pues la hace su último fin, cuando nuestro último fin es solo Dios. He aquí sus palabras: «El hombre hace dios cuanto prefiere a Dios». San Jerónimo dice igualmente: «Lo que cada cual codicia hasta el punto de venerarlo, acábase por trocarse en dios suyo». Así es como la criatura que preferimos a Dios se trueca en dios nuestro, e igual que los paganos, que adoraban en sus templos a los ídolos, así los pecadores adoran al pecado en su corazón. Cuando el rey Jeroboán se rebeló contra Dios, procuró arrastrar al pueblo con él a la idolatría, tanto que un día, poniéndoles ante sus ídolos, les dijo: *He aquí, ¡oh Israel!, a tu Dios*. Así hace el demonio. Preséntase al pecador con ciertas satisfacciones y le dice: «¿Qué quieres hacer con Dios? Tu dios es éste; esta satisfacción, este dinero, esta venganza; toma esto y deja lo otro». Y cuando el pecador consiente en las sugerencias infernales, ¿qué es lo que hace? Dejar a Dios y adorar en su corazón, como una divinidad, a esas sugerencias. «El vicio del corazón, decía un orador antiguo, es el ídolo del altar».

3.º Sube de punto el desprecio por la audacia del pecador, que obra en presencia de Dios.— Finalmente, crece de punto el desprecio que el pecador hace a Dios por pecar en su presencia. Escribe San Cirilo de

Jerusalén que hubo pueblos que tomaron por dios al sol para poder durante la noche, en que está oculto, hacer cuanto les viniese en talante, pensando que entonces no había dios que los castigase. Cierto que su desgraciado error no les impedía la culpa, pero, a lo menos, hubieran querido pecar, pero no bajo la mirada de su dios. El cristiano sabe que Dios está en todas partes y que lo ve todo; sí: *¿Por ventura los cielos y la tierra no llenos?* (Jr. 23, 24), y, a pesar de ello, ese cristiano peca y provoca a Dios en su presencia: *Enoja a mi casa continuamente*. Por eso dice después el Señor que el pecador, con su audacia en cometer el mal en presencia de su juez, y lo hace testigo de sus pecados. *Tan cierto como que yo lo sé y soy de ello testigo*. San Pedro Crisólogo escribe: «Cometer el crimen y tener por testigo al propio juez equivale a impossibilitar la defensa». Nada desgarraba tanto el corazón de David como el pensamiento de haber ofendido a Dios a su misma vista: *Pequé contra ti solo, y lo que es malo, ante tus ojos hice* (Sal. 50, 6). Pero pasemos al segundo punto y veamos mejor aún como el pecado mortal es una gran pena causada a Dios.

13. Gran pena causada a Dios por el pecado mortal

1.º El pecado mortal arroja a Dios del corazón en que habita.— Cierto que la mayor de las penas es verse maltratado por personas a quienes habíamos distinguido con nuestra amistad y colmado de beneficios. Pues bien, ¿qué hace el pecador? Desprecia a Dios,

que le colmó de tantos beneficios y le amó hasta morir crucificado por su amor; el hombre con el pecado mortal aparta a Dios de su corazón.

Esta inhabitación es, entre tantos otros, un testimonio señalado de amor.— El alma que ama a Dios es por Dios amada y Dios viene a habitar en ella. Una vez establecido Dios en el alma, nunca sale de ella, a menos que ella misma lo arroje, aun sabiendo que vendrá un día, tarde o temprano, en que se verá forzado a salir. «No abandona, dice el concilio de Trento; si no es abandonado».

Cuando el alma comete el pecado mortal, dice ingrata, a Dios: «¡Apártale de nosotros!». No lo dice con la boca, exclama San Gregorio, pero lo dice con las obras. De sobra conoce el pecador que Dios no puede habitar con el pecado, y sabe, por ende, que, si su corazón se abre al pecado, Dios tiene que salir de él; por lo que le dice: Ya que vos no podéis permanecer con mi pecado, marchad de mí, y buen viaje!

En su lugar viene el demonio.— Por la misma puerta pasa primero Dios en su retirada y luego el demonio, que viene a tomar posesión del alma. En la ceremonia del bautismo intima el sacerdote al demonio la orden de partir: «Retírate de esta alma, espíritu inmundo, y cede el lugar al Espíritu Santo»; pero cuando el hombre consiente en el pecado, dice a Dios: «Retiraos, Señor, y ceded el lugar al demonio, porque a él quiero servir».

2.º Esta expulsión equivale a una especie de muerte.— Escribe San Bernardo que el pecado mortal es tan contrario a Dios, que, si Dios fuera capaz de muerte, el pecado lo privaría de vida; y por eso se aplican al pecador las palabras de Job: *Extendió su mano contra Dios, y contra el Señor echábaselas de valiente* (Job. 15, 25).

El pecador, si pudiera, destruiría la divina justicia.— San Bernardo no se contenta con mostrarnos la voluntad del pecador volviendo toda su malicia contra Dios y haciendo cuanto de sí depende por quitarle la vida, sino que para explicar el misterio añade: «Lo que, sobre todo, quisiera el pecador es que Dios no pudiese vindicar contra él los derechos de su justicia». El pecador sabe que por el pecado es condenado al infierno, y, en consecuencia, quisiera aniquilarlo para escapar a su castigo. *Corría contra él erguido el cuello.* Preséntase con el cuello erguido, es decir, orgullosamente, y corre a ofender a Dios; y como van a medírselas con adversario tan poderoso, toma las armas; pero ¿qué armas?; de la ignorancia, que por eso se le oye exclamar: «No hay en esto gran pecado; Dios es misericordioso, pues la carne es débil; por eso tendrá Dios piedad». ¡Qué temeridad, qué ceguedad!; y cuántos cristianos no ha arrojado al infierno!

Causa a Dios una tristeza a par de muerte.— ¿Qué hace, finalmente, quien comete el pecado mortal? Afli- gir al Corazón divino. Ellos se rebelaron y entristecieron su santo Espíritu. Si una persona a quien honrasteis con vuestra amistad y colmasteis de beneficios quisiera quitaros la vida, ¡cuál no sería vuestro dolor! Ciertamente que Dios no puede sufrir, pero, si fuera capaz de sufrimiento, un solo pecado mortal bastaría para hacerlo morir de melancolía, como dice el P. Medina.

Así, pues, hermano mío, si cometiste un pecado mortal y si Dios hubiera podido morir, tú lo habrías matado. Siempre que pecaste, hubiera Él muerto de dolor viéndote corresponder con insultos y desprecios a los beneficios de que te colmó y al exceso de amor que le hizo derramar su sangre y dar la vida por ti.

14. La vergüenza es falsa por su naturaleza

1.º *Pervierte el uso de la lengua en la confesión.*— Pon, ¡oh Señor!, vigía a mi boca, centinela a la puerta de mis labios. San Agustín, explicando este texto, dice que el profeta David no dijo que se pusiera una llave a sus labios, sino un vigía que velara por que se abriese y se cerrase a placer; que se abriese para la confesión de los pecados y se cerrase antes de justificarnos. Quiere decir que el hombre debe tener el vigía presto para que le cierre la boca a palabras deshonestas, de murmuraciones, de blasfemia y semejantes, y se la abra para confesar los pecados cometidos. Y a continuación termina el santo: «Así hará de su boca instrumento de salvación y no ya de destrucción». Callar cuando está uno tentado a hablar contra Dios o contra el prójimo es un acto virtuoso; pero ¡qué desgracia es callar los pecados en la confesión! Esto es lo que el demonio pretende de nosotros una vez cometido el mal, que nuestra boca permanezca cerrada y no confesemos bien. Cuenta San Antonio que cierto ermitaño piadoso vio un día en la iglesia cómo el demonio andaba cuchicheando al oído de las personas que se preparaban para confesarse, y al preguntarle el monje qué era lo que hacía, respondióle: «Restituir a los penitentes lo que les robé; para hacerles caer en el mal les robé la vergüenza y ahora se la vengó a devolver para que no se confiesen». *Apestan, se corrompen mis heridas debido a mi locura.* Las heridas gangrenadas ocasionan la muerte, e igual acontece con los pecados callados en la confesión, que son las heridas que matan al alma.

2.º *Se opone a la voluntad de Dios.*— Dice San Juan Crisóstomo que «el Señor unió la vergüenza al pecado y la esperanza a la confesión, pero que el demonio

invirtió el orden e hizo que anduvieran juntas la confianza y el pecado, reservando la vergüenza para la confesión». Quiere, pues, el Señor que la vergüenza corra parejas con el pecado, para que nos abstengamos de él, y que la confianza nos acompañe al tribunal de la penitencia, porque promete perdonarnos si somos sinceros. El demonio hace todo lo contrario: sírvese de la esperanza del perdón para excitar al mal, y, una vez cometido éste, para atajar su declaración acude a toda suerte de sentimientos de vergüenza.

15. La vergüenza es falsa en sus efectos

1.º Vencida, procura la gloria de Dios.— Pasando cierto día Sócrates por la puerta de una casa de mala nota, vio a un discípulo suyo presto a salir de ella, quien, al ver al filósofo, entró de nuevo hasta que pasara. Sócrates, que se dio cuenta de la maniobra, entró en el portal y dijo al discípulo: «No te avergüences de salir de este lugar, sino avergüénzate de entrar». Igual os digo yo, pecadores hermanos míos: avergozaos de ofender a un Dios tan grande y tan bueno, pero no os avergoncéis de confesar el pecado una vez cometido. ¿Fue vergüenza para Santa María Magdalena el postrarse a los pies de Jesucristo, reconociéndose públicamente por pecadora que se convertía? Con aquella confesión se hizo santa. ¿Fue vergüenza para Santa María Egipciaca declarar los crímenes que había cometido en tantos años de deshonestidades? Así se santificaron y ahora los vemos honrados con la dignidad de los altares.

En los tribunales terrenos, la condenación sigue a la declaración; en el tribunal de la penitencia no es así, sino que a la confesión sigue el perdón y la corona celestial. «Después de la confesión, dice San Juan Crisóstomo, la señal de la victoria corona las sienes del penitente».

Es la declaración necesaria del mal al médico.— La llaga no se puede curar sin que el médico la vea; de otra suerte se enconará y será causa de muerte. «El médico, dice el concilio de Trento, no puede curar el mal que se le oculta». Así, pobres almas, si os halláis llagadas con el pecado, no os avergoncéis de decirlo al confesor, pues de otra suerte os perderéis. *No te avergüences de ti mismo.*

Hay, pues, que dominar la vergüenza.— Pero ¡si yo experimento tanta vergüenza en confesar este pecado!.— Pues esa vergüenza es la que hay que vencer si te quieres salvar, *porque hay vergüenza que conduce al pecado y vergüenza que es honor y gracia.* Según este texto del Eclesiástico hay que distinguir dos clases de vergüenza: primera, la que sume a los hombres en el pecado, que es precisamente la que hace que se cierre la boca en el tribunal de la penitencia, y otra que se experimenta cuando se confiesan los pecados y nos alcanza la gracia de Dios en el mundo y la gloria en el paraíso.

2.º Victoriosa, es causa de condenación.— Cuando el lobo va a robar una oveja, nota San Agustín, lánzasele a la garganta para impedir que bale y pida socorro; así la robará y devorará seguramente. He aquí como trata el demonio a tantas pobres ovejas de Jesucristo: hácelas sucumbir al pecado y luego se les lanza a la garganta para impedir que se confiesen, y finalmente las precipita en el infierno.

Cambia el remedio en veneno.— Después de una falta grave, no hay salvación posible sino por la confe-

sión. Y ¿qué esperanza de salvación podrá tener quien va a confesarse y calla el pecado y se vale de la confesión para ofender más a Dios y para hacerse doblemente esclavo del demonio? ¿Qué diríais de la vida del enfermo que, en lugar del remedio ordinario, ingiriese una taza de veneno? Y ¿qué es, ¡oh cielos!, la confesión para el pecador que oculta los pecados sino el veneno que inyecta un horrible sacrilegio? Cuando el confesor absuelve al penitente, derrama sobre él la sangre de Jesucristo porque el perdón de los pecados no se alcanza más que en virtud de esta sangre preciosísima. Pero quien calla los pecados en la confesión, ¿qué es lo que hace? Pisotear la sangre de Jesucristo.

Una de sus consecuencias es la comunión sacrilega.— Y cuando a continuación va a recibir la sagrada comunión en pecado es como si arrojara la partícula a una cloaca, dice San Juan Crisóstomo. «Sí, dice el santo, recibir al Hijo de Dios en un corazón manchado y arrojarlo al estercolero son dos crímenes tan detestables el uno como el otro». ¡Maldita vergüenza! ¡Cuántas pobres almas no has arrastrado al infierno, más cuidadosas de su pretendida reputación que de su salvación!, exclama Tertuliano. ¡Desgraciadas, que no ven en la confesión sino la vergüenza de la declaración y no la miran como condición necesaria para su salvación!

16. La vergüenza es falsa en sus pretextos

I.º El confesor. Temor mal fundado.— ¿Qué dirá de mí el confesor cuando oiga la falta? Dirá que eres una de aquellas pobres almas condenadas a vivir en la tierra,

donde tan fácilmente se cae. Dirá que, después de haber obrado mal, ejecutas una acción gloriosa venciendo la falsa vergüenza y confesándote sinceramente de tu falta.

Fácil de vencer.— Si confieso este pecado, temo que se haga público.— Pregunto: ¿A cuántos confesores tienes que declararlo? Basta que lo declares a uno solo, quien así como escucha tu pecado, escucha a la vez miles semejantes de otras personas. Basta que lo confieses una sola vez, y el confesor te dará la penitencia y te absolverá, y así marcharás en paz con la conciencia tranquila.— Pero es que tengo suma repugnancia en decir esto a mi confesor habitual.— Pues dilo a otro sacerdote conocido o desconocido.— Pero si mi confesor se entera lo tomará a mal.— Y ¿qué le vas a hacer? Para no disgustar a tu confesor, ¿quieres cometer un sacrilegio y condenarte? Pecarías también de loco.

2.º El secreto.— Temo que el confesor dé a conocer a otros mi pecado.— ¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Cómo te atreves a hablar así? ¿Imaginas siquiera que el confesor va a ser tan malvado que falte al secreto de confesión? Sábeta que el secreto sacramental es tan riguroso, que el confesor fuera del acto sacramental no puede hablar ni siquiera de un simple pecado venial ni aun al penitente que se acaba de confesar; y si algún confesor faltara a esta ley, cometería gravísimo delito.

3.º La reprimenda que se temen recibir.— Temo que el confesor, al oír mi debilidad, prorrumpa en reproches y recriminaciones contra mí.— ¡Dios mío!, pero ¿y no te das cuenta de dónde vienen estos temores? Del demonio, que te los inspira para lanzarte al infierno. ¡Qué reproches ni qué recriminaciones! El confesor te dará suavemente los consejos que te convengan; sábeta, por los demás, que el confesor no puede tener mayor consuelo que absolver a un penitente que

se acusa sinceramente de sus pecados con verdadero dolor. Si una reina fuese herida de muerte por un vil esclavo y tú hallaras el remedio para curarla, ¿con cuánto gozo la salvarías aplicándole ese remedio! Tal es el consuelo del confesor que absuelve a un alma postrada en el pecado; él con su acción la libra de la muerte eterna y, dándole a recobrar la gracia de Dios, tórnala reina del paraíso.

4.º Ventaja que se espera del silencio.— Y ¿qué? Después de tantos temores como tienes, ¿solamente careces del temor de condenarte por ese tu silencio que te hace reo de una confesión sacrílega? Temes los reproches del confesor, y ¿no temes los de Jesucristo cuando, pasada la vida, comparezcas delante de su tribunal? Tiembblas de que tu pecado sea conocido de algunas personas, cosa imposible, pues lo manifiestas secretamente al confesor, y ¿no temes el día del juicio, en el cual, si ahora callas, el pecado lo habrán de conocer todos los hombres de la tierra? Si supieses que en callando el pecado al confesor se hubiesen de enterar de él todos tus parientes y todos tus paisanos, ciertamente que lo confesarías. Pues bien, ¿tienes o no tienes fe? ¿No sabes, pregunta San Bernardo, que este pecado que rehusas ahora confesar por vergüenza a un solo hombre, pecador como tú, será el día del juicio conocido no tan sólo por tus parientes y amigos, sino también por todos los hombres? «Si te avergüenza, prosigue el santo, declarar tu falta a un hombre, y a un hombre pecador, ¿qué harás cuando el día del juicio final todos los hombres vean al descubierto toda tu conciencia?» Dios mismo, para confusión tuya, si ahora no te confiesas bien, descubrirá no sólo este pecado, sino todas las suciedades que hayas cometido, y los publicará ante

los ángeles y la faz del mundo entero. *Mostraré a las gentes tu desnudez.*

Escucha este consejo de San Ambrosio: El demonio tiene preparada la lista completa de tus pecados para acusarte de ella ante el tribunal de Dios. ¿Quieres librarte de esta acusación?, pregunta el santo. «Adelántate, pues, a tu acusador, acúsate por ti mismo a un confesor, y no tendrás entonces acusador alguno contra ti». Por el contrario, dice San Agustín, «quien se excusa en la confesión guarda el pecado en el alma y excluye el perdón de Dios».

PERORACIÓN: I.º Exhortación apremiante.— Quizás se encuentre aquí algún desgraciado que haya callado por vergüenza algún pecado en la confesión. Entonces le diría yo: ¡Animo, hermano mío!, decídetе a declararlo todo a tu confesor: *Honra al Señor con buenos ojos.* Glorifica al Señor y confunde a Satanás.

Ejemplo.— Cierta persona fue tentada por el demonio a callar por vergüenza un pecado cometido; pero armóse de valor, y cuando iba a confesarse sinceramente se le presentó el demonio, diciéndole: «¿Adónde vas?» A lo que hubo de responderle: «Voy a confundirme y a confundirte». Pues bien, si tuvisteis la desgracia de callar algún pecado mortal, decidlo sencillamente al confesor y confundid así al demonio. Creed que cuanto mayor sea la violencia que os impongáis en confesarlo, tanto mayor será la caridad con que os acogerá Jesucristo.

¡Ea, pues! arrojad del corazón esta víbora que alimentáis para remordimiento continuo vuestro, sin punto alguno de sosiego. ¡Qué infierno padece quien conserva en el corazón un pecado callado por vergüenza! Un infierno anticipado.

Medio fácil.— Por lo demás, basta que digáis al confesor: «Padre, tengo cierto escrúpulo acerca de la vida pasada y tengo vergüenza de declararlo». Bastará esto para que el confesor se dé maña para sacaros la víbora que os muerde la conciencia.

2.º *Explicación. ¡No más escrúpulos!*.— Y aquí, para no crearos obligaciones imaginarias, he de deciros que, si el pecado de que se trata no es un pecado mortal, o si al cometerlo creíais que no lo era, no estáis obligados a confesarlo, porque sólo hay obligación de confesar los pecados mortales. Además, si dudáis haber confesado un pecado de la vida pasada y os consta que en vuestras confesiones anteriores soléis hacer el examen de conciencia y nunca omitís pecado alguno por vergüenza, en este caso, aun cuando la culpa fuese mortal, no estáis obligados a confesarla, dado que moralmente podéis presumir que la habéis ya confesado. Pero si, por el contrario, tenéis conciencia de alguna falta grave que os consta también que no habéis declarado en la confesión, entonces no hay lugar a dudas, o la confesáis u os condenáis.

3.º *¡Presto!, que la felicidad os espera.*— Pero no, ovejuela perdida; vete pronto a Jesucristo, que te espera con los brazos abiertos para perdonarte y abrazarte si te confiesas bien. Yo te aseguro que después de confesarte de todos los pecados experimentarás tal consuelo por haber descargado la conciencia y adquirido la gracia de Dios, que bendecirás siempre la hora en que hiciste una buena confesión. Vete, pues, luego a entrevistarte con el confesor y no des lugar a que el demonio siga tentándote con diferir para más tarde la confesión. Apresúrate, porque Jesucristo te está esperando.

17. Pena que causa a Dios el pecado de escándalo

Introducción, definición.— Ante todo, es preciso explicar en qué consiste el pecado de escándalo. He aquí cómo lo define Santo Tomás: «Es una palabra o una acción que constituye para el prójimo ocasión de ruina espiritual».

El escándalo es, pues, cualquier dicho o acción con la que eres causa u ocasión de contribuir a que el prójimo pierda el alma. Este escándalo puede ser directo o indirecto. Es directo cuando directamente te esfuerzas por inducir al prójimo a cometer un pecado. Es escándalo indirecto cuando con tu mal ejemplo o con tus palabras prevés la caída del prójimo y no te privas de decir aquella mala palabra o de cometer aquella mala obra. Desde el momento en que hay materia grave, el escándalo, ya directo o indirecto, es pecado mortal.

I. Veamos ahora *la pena que causa a Dios el pecado de escándalo*. Para comprenderlo, consideremos:

1.º Cómo Dios creó al alma a su imagen de modo especial.— En primer lugar, la creó a imagen del mismo Dios. *Hagamos un hombre a imagen nuestra*. Dios hizo salir de la nada, con un *fiat*, al resto de las criaturas, como con un guiño de su voluntad; pero al alma la creó con su mismo soplo; por eso se lee: *insuflando en sus narices aliento vital*.

2.º Desde toda la eternidad la creó para el cielo. Además, esta alma, el alma de tu prójimo, fue amada por Dios desde toda la eternidad: *Te he amado con amor eterno; por eso te atraigo con bondad*. Finalmente, la creó para llamarla un día al cielo y hacerla partícipe de su gloria y de su reino, como nos dice San Pedro: *Para que por estos (bienes) os hagáis par-*

ticipantes de la divina naturaleza. En el cielo la hará partícipe de su mismo gozo: Entra en el gozo de tu Señor. Entonces es cuando Dios se dará a sí mismo en recompensa: Soy para ti tu escudo; tu salario será sobre manera grande (Gen. 15, 1).

3.º *Sobre todo, la rescató con la sangre de Jesucristo.*— Lo que sobre todo nos manifiesta cuán grande aprecio tiene Dios del alma es la obra de la redención que Jesucristo llevó a cabo para rescatarla del abismo del pecado. «¿Quieres saber tu valor», pregunta San Euquerio, y responde: «Si no crees a tu Creador, pregunta a tu Redentor. Y San Ambrosio, para darnos a comprender precisamente cuán a pecho debemos tomar la salvación de nuestros hermanos, nos dice: «Considera la muerte de Cristo y deduce lo que vale la salvación de tu hermano». Por tanto, si Cristo dio su sangre para rescatar el alma, tenemos derecho para decir que ésta vale la sangre de Dios, ya que apreciamos el valor de una cosa según el precio en que la tasa un prudente comprador. *Comprados fuisteis a costa de precio (1 Ped. 1, 19).* Por esto San Hilario decía: «Al considerar el precio en que fue tasada la redención humana, parece que el hombre vale tanto como Dios». Por todo ello comprendemos cómo nuestro Salvador nos inculca: *En verdad os digo, cuanto hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeñuelos, conmigo lo hicisteis (Mt. 25, 40).*

II. ESTE PECADO MATA AL ALMA.— Siendo esto así, ¿qué pena tan amarga causa a Dios el escandaloso que le hace perder un alma! Baste decir que le roba y le mata una hija por quien para salvarla había derramado la sangre y dado la vida. Por eso San León llama homicida al escandaloso. «Quien escandaliza, son sus palabras, asesina el alma de su prójimo».

... Y PRIVA A JESUCRISTO DEL FRUTO DE SUS LÁGRIMAS, DOLORES, etc.— El escandaloso comete un homicidio tanto más atroz cuando que arrebatata a su hermano no ya la vida corporal, sino la vida del alma, y priva a Jesucristo del fruto de todas sus lágrimas, dolores y, en una palabra, de cuanto el Salvador padeció para ganar aquella alma. Por esto escribió el Apóstol a los fieles de Corinto: *Y pecando así contra los hermanos y sacudiendo a golpes su conciencia, que es débil, contra Cristo pecáis (1 Cor. 8, 12)*. Quien escandaliza al prójimo se dirá que peca propiamente contra Cristo, porque, al decir de San Ambrosio, quien es causa de que se pierda un alma es causa de que Jesucristo pierda una obra en que empleó tantos años de fatigas y de sufrimientos. Cuéntase que el bienaventurado Alberto Magno empleó treinta años de trabajos en la confesión de una cabeza parecida a la de un hombre, consiguiendo que articulase ciertas palabras, y que Santo Tomás, receloso de que hubiera allí algo diabólico, cogió la citada cabeza y la rompió. Alberto Magno se le quejó diciéndole: «Me rompiste treinta años de trabajo». No entro ni salgo en la veracidad del hecho; pero lo cierto es que, cuando Jesucristo ve perdida el alma por obra y desgracia del escandaloso, puede muy bien echarle en rostro este reproche: «Malvado, ¿qué hiciste? Me perdiste esta alma, por la que empleé treinta y tres años de vida».

Comparación sacada de las Sagradas Escrituras.— Léese en las Sagradas Escrituras que los hijos de Jacob, después de vender a su hermano a los mercaderes, fueron a decir al padre: *¡Una bestia feroz lo ha devorado!* Y para dar a entender mejor a Jacob que José había sido presa de la tal bestia feroz, mojaron su vestido de José en la sangre de un cabrito, preguntándo-

le: *Comprueba, por favor, si es la túnica de tu hijo o no*, a lo que el padre hubo de responder entre gemidos de dolor: *¡La túnica de mi hijo es! ¡Una bestia feroz lo ha devorado!* De igual modo también, cuando un alma, a consecuencia del escándalo, acaba de caer en pecado, los demonios le toman la estola bautismal teñida en la sangre del Cordero inmaculado, es decir, la gracia de que le ha despojado el escandaloso, gracia que Jesucristo le había adquirido con el precio de su sangre, y preguntan a Dios: «¿Es éste el vestido de tu hijo?» Si Dios pudiera estallar en sollozos, a no dudar que a la vista de esta alma así sacrificada, de su hijo asesinado, sus lágrimas correrían más amargas que las de Jacob, exclamando: Sí, es el vestido de mi hijo amadísimo; una bestia feroz lo ha devorado. Y luego, buscando a esta bestia feroz, exclamaría: «¿Dónde está el monstruo feroz que acaba de devorar a mi hijo?»

Conclusión. Profunda irritación de Dios, que le excita a la venganza.— Y una vez hallado este monstruo feroz, ¿qué hará el Señor? *Los asaltaré*, dice *como osa privada de sus cachorros*. Así hablaba Dios por boca de Oseas. Cuando la osa vuelve a la guarida y no halla sus cachorros, sale a recorrer el bosque en busca del ladrón, y si lo encuentra lánzasele para desgarrarlo. Así se precipitará el Señor sobre el escandaloso que le arrebató uno tan sólo de sus hijos.

Tal vez diga el escandaloso: «Si se ha condenado ya aquel prójimo, ¿qué puedo hacer yo?» Puesto que él se ha condenado por culpa tuya, responde el Señor, tuya es la responsabilidad: *Yo he de reclamar su sangre de tu mano*. También se lee en el Deuteronomio: *No tendrás conmiseración: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie*. Sí, dice

el Señor, ya que tú causaste la perdición de un alma, es preciso que también pierdas la tuya.— Pasemos ya el segundo punto.

18. Castigos con que Dios amenaza a los escandalosos

I. AMENAZA DE UN CASTIGO: I.^o *Grande*.— ¡Ay del hombre por quien viene el escándalo! Si grande es la pena que el escandaloso causa a Dios, grande ha de ser también el castigo que le espera. He aquí cómo habla Jesucristo de tal castigo: *Quien escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, mejor fuera que le colgasen alrededor del cuello una muela de tahona y le sumergiesen en alta mar*. El escandaloso merece que se le arroje al mar con una piedra de molino al cuello, y no con una piedra cualquiera, sino con una piedra *asinaria*, es decir, piedra enorme a que en Palestina daban vuelta los asnos en los molinos. Cuando algún malhechor muere ajusticiado en la plaza, los espectadores se mueven a compasión, y si no lo pueden librar de la muerte, al menos lo encomiendan a Dios; pero si el desgraciado es arrojado a alta mar, nadie lo compadecerá. Por esto dice un autor que Jesucristo habló de esta suerte de castigo en relación con el escandaloso, para declararlo tan odioso a los mismos ángeles y santos que ni siquiera tienen ánimo de encomendar a Dios a quien se ha hecho reo de la perdición de una sola alma: «Es indigno de que se le vea y de que se le ayude»

2.^o *Riguroso*.— No se contenta Dios con no dejar nunca impune al escandaloso, sino que le trata siem-

pre con la más rigurosa justicia, porque lo aborrece soberanamente. «Dios, dice San Juan Crisóstomo, es paciente con ciertos pecados aun gravísimos, pero nunca con el escándalo, por lo horrible que es a sus ojos». El Señor lo había ya declarado por boca de Ezequiel: *Tornaré mi rostro contra tal hombre y (lo convertiré) en ejemplo (y proverbio) y lo extirparé de en medio de mi pueblo; y sabréis que soy yo Yahveh* (Ez. 14, 8). Y realmente vemos por las Escrituras Sagradas que uno de los pecados que castiga Dios con mayor rigor es del escándalo. Los padres ya se sabe que escandalizan no tan sólo cuando dan mal ejemplo a sus hijos, sino también cuando no los corrigen como conviene. Pues bien, he aquí lo que Dios dijo del sacerdote Helí, culpable tan sólo por no haber corregido a sus hijos que escandalizaban al pueblo judío robando del altar las carnes sacrificadas: *He aquí que voy a hacer en Israel una cosa que a todo aquel que la oiga le retiñirán ambos oídos*, porque nota la Sagrada Escritura, con motivo del escándalo dado por los hijos de Helí: *Era... el pecado de estos jóvenes muy grave a los ojos de Yahveh* (1 Rey. 2, 17) ¿Cuál era, pues, el grave pecado que cometían? Dice San Gregorio que «inducir al pueblo al mal». También Jeroboam fue severamente castigado, y ¿por qué? Por escandaloso. *Entregaré a Israel, a causa de los pecados que Jeroboam ha cometido y ha hecho cometer a Israel* (3 Rey. 14, 16). En la familia de Acab, enemiga toda ella de Dios, cayó el más espantoso de los castigo sobre Jezabel; fue, en efecto, lanzada de lo alto de una ventana y devorada de los perros, que tan sólo le dejaron el cráneo y las extremidades de los pies y de las manos. ¿Por qué? Responde el Abulense: «Porque Jezabel incitaba a Acab a toda clase de iniquidades».

II. ESTE CASTIGO SE VERIFICARÁ SOBRE TODO EN EL INFIERNO.— El infierno fue creado para castigar el pecado de escándalo. *Al principio creó Dios el cielo y la tierra. ¿Cuándo creó el infierno?* Cuando Lucifer comenzó a seducir a los ángeles para rebelarse contra Dios. En efecto, para impedirle que sedujese a los ángeles que habían permanecido fieles, Dios lo arrojó del cielo inmediatamente después de su pecado.

I.º *Castigo debidamente merecido.*— Jesucristo llamaba a los fariseos, que con su mal ejemplo escandalizaban al prójimo, hijos del demonio, que fue desde el principio el homicida de las almas: *Vosotros tenéis por padre al diablo... El era homicida desde el principio* (Jn. 8, 44). Y cuando San Pedro le escandalizó insinuándole que no se dejara prender y matara a los judíos, con lo que impediría la redención humana, Jesucristo lo llamó demonio: *Vete de ahí, quítame de delante, Satanás; piedra de escándalo eres para mí* (Mt. 16, 23).

Y a la verdad, ¿qué otro oficio ejerce el escandaloso más que ser ministro del demonio? No harían ciertamente los demonio tanta cosecha de almas cuanto hacen si no los ayudarán tan malvados ministros. Hace más daño un compañero escandaloso que lo harían cien demonios.

Explicación.— Comentando San Bernardo las palabras del rey Ezequías: *En salud se me ha trocado la amargura*, pone en boca de la Iglesia de su tiempo las siguientes palabras: «Actualmente la Iglesia no tiene paganos, no tiene herejes que la persigan; pero la persiguen sus mismos hijos, es decir, los cristianos escandalosos. Los cazadores de red para coger avecillas llevan reclamos, que no son mas que otras avecillas atadas por un hilo y ciegas». Así hace el demonio, dice San Efrén: «Cuando coge presa a un alma, en primer

lugar la ciega y la sujeta como esclava, convirtiéndola así en reclamo suyo para engañar a los demás y atraparlos en la red del pecado». Y San León afirma que «no sólo incita (el demonio) a las almas a engañar a los demás, sino que hasta las fuerzas a ello».

2.º *Será castigo terrible, porque será proporcionado a todos los pecados causados por los escandalosos.*— ¡Desgraciados escandalosos! En el infierno tendrán que sufrir la pena de cuantos pecados hicieron cometer a los demás. Cuenta Cesáreo que al punto de morir cierto escandaloso lo vio un santo varón presentarse al tribunal de Dios, donde fue condenado al infierno, a cuya puerta salieron a recibirle todas las almas que había escandalizado, las cuales dijéronle: «Ven acá, maldito; ven a pagar los pecados que nos hiciste cometer», y esto diciendo se le lanzaron encima, como otras tantas bestias feroces, para destrozarlo.

3.º *Será inevitable para los endurecidos.*— Nota San Bernardo que la Sagrada Escritura, al hablar de otros pecadores, deja abierta una puerta a la esperanza de enmienda y de perdón; mas cuando habla de los escandalosos, habla como de precitos que ya estuvieran separados de Dios y sin esperanza de salvación.

III. APLICACIÓN. ESTADO DEPLORABLE Y CASTIGO ATERRADOR: 1.º *De los que predicán el mal, sobre todo a los niños.*— Comprendan el estado deplorable en que se encuentran quienes escandalizan con su mal ejemplo y quienes hablan deshonestamente ante sus compañeros, ante muchachas y ante niños inocentes, que al oír aquellas palabras se detienen a pensarlas, por lo que cometen miles de pecados. Pensad, pues, el dolor con que se lamentarán los ángeles de la guarda de aquellos desgraciados niños viéndolos caer

en pecado y cómo pedirán a Dios venganza contra semejantes bocas sacrílegas que los escandalizaron.

2.º *Castigos de quienes se burlan de las gentes de bien.*— ¡Cuán terrible será también el castigo de quienes con sus continuadas burlas ridiculizan a las gentes de bien! No faltan quienes para hurtar la burla abandonan el bien y se dan a mala vida.

3.º *Castigos de quienes favorecen relaciones culpables y se glorían de sus pecados.*— Y ¿qué decir de quienes favorecen relaciones culpables y de quienes se glorían del mal cometido? Efectivamente, hay quienes, en lugar de sentir desolación y arrepentimiento por los pecados cometidos, lejos de hacer caso de ello, llegan hasta a gloriarse de su abominable conducta.

4.º *Castigo de quienes incitan al mal.*— ¿Qué decir también de quienes incitan al mal, de quienes incitan a cometerlo, de quienes hasta enseñan el mismo mal, crimen de que los mismos demonios no son capaces?

5.º *Crimen de los padres que lo permiten.*— ¿Qué decir, finalmente, de los padres que, lejos de impedir, pudiéndolo, los pecados de sus hijos, consienten que frecuenten malas compañías, que vayan a casas peligrosas y que conversen con jóvenes de diversos sexo? ¡Qué castigos tan terribles se preparan todos estos escandalosos para el día del juicio final!

PERORACIÓN: 1.º *Esperad.*— Y ¿qué?, dirá tal vez alguien; yo, que escandalicé, ¿estaré perdido? ¿No habrá, padre mío, para mí esperanza de salvación?— No; yo no pretendo decir que te desesperes: la misericordia de Dios es grande y prometió el perdón al corazón arrepentido.

2.º *Reparad los escándalos.*— Pero para salvaros es de absoluta necesidad que reparéis vuestros escándalos.

los. San Cesáreo dice: «Muy justo es que, después de haberos perdido a vos mismo perdiendo a los demás, ayudéis al prójimo a salvarse, salvándoos a vos mismo». Ya que te perdiste y con tus escándalos perdiste a muchas almas, justo es que repares el mal. Pues bien, así como llevaste a los otros al pecado, así es necesario que ahora los lleves a la virtud, por lo que no debes tener en adelante más que conversaciones edificantes, buenos ejemplos, fuga de las ocasiones, frecuencia de sacramentos, asiduidad a los cultos de la iglesia y a los sermones.

3.^o *No escandalicéis más.*— De hoy en adelante guardaos, más que de la muerte, de hacer ni decir nada que pueda ser ocasión de escándalo al prójimo. «Baste al caído encontrarse solo por tierra», dice San Cipriano. Y de Santo Tomás de Villanueva: «Bástennos nuestros propios pecados». ¿Qué mal os hizo Jesucristo que no os baste haberlo ofendido vosotros, para que queráis que los demás lo ofendan? Esto es exceso de crueldad.

4.^o *Evitad la compañía de los escandalosos.*— Guardaos en adelante de dar el más mínimo escándalo, y si os queréis salvar, huid cuanto os sea dado la compañía de los escandalosos. Estos demonios encarnados se condenarán, y si no os apartáis de ellos, también acabaréis por condenaros. ¡Ay del mundo a causa de los escándalos!, dice el Señor, para darnos a comprender que son muchos los que se condenan por que no se cuidan de evitar la compañía de los escandalosos.— Pero si es amigo mío, a quien debo muchos favores y en quien tengo grandes esperanzas. *Si tu ojo te escandaliza, sácalo y échalo lejos de ti; mejor te vale con un solo ojo entrar en la vida que con tus ojos ser arrojado en la gehena del fuego.* Por tanto, por muchos

títulos que os ligaran a persona tan querida, tendríais que romper con ella y no volver a verla si os fuere ocasión de escándalo, porque vale más perderlo todo y salvar el alma *sin un ojo* que entrar con ambos en el infierno.

19. Extrema gravedad del pecado de blasfemia

¿Qué es la blasfemia? Según la definición común de los teólogos, es «toda palabra injuriosa a Dios».

I. CONSIDEREMOS LA PERSONA DEL OFENDIDO. EL BLASFEMO ATACA DIRECTAMENTE: I.º *Al omnipotente*.— ¿Dios mío!, ¿con quién se las ha el hombre cuando blasfema? Se las ha directamente con Dios: *Extendió su mano contra Dios*, decía Job. «Blasfemo, preguntaba San Efrén, ¿no temes que en el momento en que tu boca profiere tales blasfemias baje el fuego del cielo y te consuma o se abra la tierra para devorarte?»

«¿Conque los demonios tiemblan al solo nombre de Cristo, exclama San Gregorio Nacianceno, y nosotros arrastramos por el barro de las blasfemias este nombre tres veces adorable?»

El vengativo trata con un semejante, pero el blasfemo diríase que se quiere vengar a Dios mismo, que hace o permite lo que le desagrada. Existe gran diferencia entre ofender el retrato del rey y ofender a la persona del rey; el hombre es la imagen de Dios, pero el blasfemo ofende a Dios mismo, dice San Atanasio.

Crimen de lesa Majestad divina.— Atacar una ley refrendada por el rey equivale a ofender a la misma persona del rey; lo primero es un pecado, y los segundo, hacerse reo de lesa majestad humana; por esto es castigado con la privación de la gracia regia y con horrendos castigos. ¿Qué decir, pues, de quien blasfema e injuria la Majestad de Dios? Ana la profetisa decía en su cántico: *Si un hombre peca contra otro hombre, Dios interviene como árbitro; pero si el hombre peca contra Yahveh, ¿quién puede interceder por él?* (1 Rey. 2, 25) Tan enorme es, por tanto, el pecado de la blasfemia, que se diría que los mismos santos se resisten a rogar por el blasfemo.

2.º El blasfemo ataca a Dios, su bienhechor.— Bocas sacrílegas hay que se atreven a blasfemar contra el Dios que les conserva la vida. «¡Cómo!, exclama San Juan Crisóstomo, ¿te atreves a maldecir al Dios que te colma de bienes y cuida de ti?» Desgraciados pecadores, ¿conque tenéis un pie en el infierno, de modo que si Dios, movido de compasión, no os conserva la vida, caeríais al fondo del abismo, y ¿aun no se lo agradecéis? Más aún: en lugar de agradecersele, en el momento en que os colma de beneficios le respondéis con blasfemia. *Si afrentado me hubiera un enemigo, yo lo soportaría* (Sal. 54, 13). Si me injurias en el tiempo en que te castigo, aun lo toleraría; pero es que maldices en el tiempo en que te colmo de beneficios. «¡Lengua diabólica!, te grita San Bernardino de Siena, ¿qué es lo que te excita a blasfemar de tu Dios, que te creó y rescató al precio de su sangre?».

3.º Ataca a Jesucristo, que merece todo nuestro amor.— Gentes hay que se atreven hasta a blasfemar expresamente de Jesucristo, el Dios que amó a las al-

mas hasta el punto de morir por ellas en cruz para salvarlas. ¡Oh cielos!, si no tuviéramos que morir, tendríamos que desear la muerte por Jesucristo para manifestar un poco de gratitud al Dios que se sacrificó por nosotros. Digo un poco de agradecimiento porque el sacrificio que pueda hacer de sí misma una miserable criatura no puede parangonarse con el que Dios padeció por ella; y tú, lejos de amarlo y de bendecirlo, lo maldices, como se expresa San Agustín: «Los judíos flagelaron a Cristo y ahora la lengua blasfema de los malos cristianos es quien lo flagela».

4.º *Ataca a la Santísima Virgen María, siendo esta blasfemia la más prontamente castigada.*—Otros blasfeman e injurian a la Santísima Virgen María, tierna Madre que nos ama tanto e intercede siempre por nosotros. Dios castiga horriblemente a semejantes malvados. Cuenta Surio que un impío blasfemó de la Santísima Virgen y con un puñal destrozó su imagen que se hallaba en una iglesia; mas no bien salido de la citada iglesia cayó sobre él un rayo y lo redujo a cenizas. El infante Nestorio blasfemó e indujo a otros a blasfemar contra María Santísima, defendiendo que no era verdadera Madre de Dios, y murió desesperado, con la lengua agusanada.

II. LA PERSONA DEL OFENSOR, QUE ES EL CRISTIANO.—*¿Quién es este que habla blasfemia?* ¡Un cristiano! Uno que recibió el santo bautismo, en el que su lengua quedó en cierto sentido consagrada. Escribe un doctor autor que en la lengua del bautizando se coloca sal bendecida para que se santifique y se acostumbre a bendecir a Dios; mas, andando el tiempo, esta lengua se trocará en espada que atravesará el corazón de Dios, como dice San Bernardino de Siena.

III. NATURALEZA DE LA BLASFEMIA: I.º *Encierra la más grande malicia.*—Añade San Bernardino de Siena que «no hay pecado que iguale al pecado de la blasfemia»; ya antes lo dijo San Juan Crisóstomo: «No hay pecado más horrible que la blasfemia, porque resume todos los crímenes y atrae todo género de castigos». También San Jerónimo lo había dicho: «Nada más horrible que la blasfemia, hasta el punto de que después de la blasfemia todo pecado resulte ligero».

Dígase igual de los pecados contra los santos y las cosas sagradas.—Nótese aquí que las blasfemias contra los santos, las cosas y los días santos, como los sacramentos, la misa, el día de Pascua y de Navidad, el Sábado Santo, etc., son de la misma especie que las blasfemias contra Dios, pues según enseña Santo Tomás, así como el honor que se tributa a los santos, a las cosas y días santos, dirígese, en fin de cuentas, a Dios, de igual manera, cuando se injuria a los santos, se injuria también a Dios, fuente de toda santidad. Y añade que este pecado es pecado máximo contra la religión.

2.º *Su malicia es pura y sin mezcla.*—Del texto antes citado de San Jerónimo se puede colegir que la blasfemia es mayor pecado que el hurto, que el adulterio y que el homicidio. Los demás pecados, dice San Bernardino, se pueden atribuir a debilidad e ignorancia, pero la blasfemia no tiene más explicación que su malicia, y, en sentir de San Bernardino de Siena, «los demás pecados provienen en parte de fragilidad y en parte de ignorancia, en tanto que el de la blasfemia no procede más que de su propia malicia».

3.º *Su malicia es infernal.*—Realmente, en la blasfemia hay una voluntad mal dispuesta y cierto como

odio a Dios, por lo que se puede comparar a los blasfemos con los demonios, cuyos labios no se abren para blasfemar, pues no tienen cuerpo, pero cuyo corazón blasfema maldeciendo la justicia de Dios, que los castiga. «Su blasfemia está en el corazón, dice San Tomás, consiste en el odio con que distinguen a la justicia divina». Y añade esta coletilla el santo doctor: «Puede creerse razonablemente que, luego de la resurrección general, los blasfemos harán realmente retemblar con sus blasfemias el infierno, como los santos estremecerán de alegría los cielos con las alabanzas a Dios». Razón tiene cierto autor para llamar a la blasfemia lenguaje del infierno, diciendo que el demonio es quien habla por boca de los blasfemos, como habla Dios por boca de los santos.

Cuando en el palacio de Caifás San Pedro renegaba de Jesucristo, protestando con juramento que no lo conocía, los judíos le respondieron que su lenguaje le delataba por uno de los discípulos de Jesucristo, puesto que hablaba como El: *De verdad que también tú eres de ellos, pues tu modo de hablar te delata*. Así puede decirse al blasfemo: Tú eres del país del infierno y aprovechado discípulo de Satanás, ya que hablas como los condenados. «La única ocupación de los réprobos en el infierno, dice San Antonio, es blasfemar y maldecir a Dios», y en prueba de su aserto trae este texto del Apocalipsis: *Se despedazaban los hombres las lenguas por la furia del dolor y blasfemaron contra Dios del cielo* (Ap. 10, 10-11); y acaba diciendo: «Este vicio delata el estado de condenación, por ser oficio de condenados».

4.º *Añádase la malicia del escándalo.*— Añádase a la malicia de la blasfemia la malicia del escándalo que la mayoría de las veces la acompaña, dado que se sue-

le cometer exteriormente y en presencia de otras personas. San Pablo reprochaba a los judíos el que hubieran con sus pecados provocado las blasfemias que los gentiles proferían contra el Dios verdadero y el desprecio que mostraban contra su ley: *El nombre de Dios por causa vuestra es blasfemado entre las gentes*. Y ¿qué decir de los cristianos cuando con sus blasfemias incitan también a que sus hermanos blasfemen?

Se contagia espantosamente.— ¿De qué depende que en algunas provincias no se oiga blasfemia alguna o rarísimas, y en otras reine, de modo que se pueda decir lo que decía Dios por Isaías: *Continuamente todos los días es mi nombre injuriado?* (Is. 52, 5) Y así, por las plazas y por las casas, en ciudades y en aldeas, no se oye más que la blasfemia. ¿Cómo se explica esto? Es que unos aleccionan a otros, los padres a sus hijos, los amos a sus criados, los mayores a los niños.

Aun en el seno de las familias.— En ciertas familias especialmente diríase que se ha heredado el vicio de la blasfemia. El padre es blasfemo; los hijos y los nietos le imitan, y van sucediéndose en la herencia los sucesores. ¡Maldito padre! En vez de enseñar a tus hijos a bendecir a Dios, quieres enseñarles a blasfemar su santo nombre y el de sus santos. —Pero si yo les reprendo cuando los oigo blasfemar.— Y ¿de qué valen esa tus reprensiones, si les das mal ejemplo con tus palabras? Por caridad, por caridad, padres de familia, no volváis a blasfemar nunca, pero sobre todo cuando os oigan vuestros hijos, porque éste es tan grave pecado que no sé cómo lo soportará Dios. Y cuando oigáis blasfemar a un hijo vuestro, reprendedlo ásperamente y hasta, como dice San Juan Crisóstomo, «rompedle la boca, santificando así vuestra mano». Padres hay que se irritan cuando sus hijos no les obe-

decen lo pronto que ellos quisieran, y les golpean; y si luego les oyen blasfemar de los santos, se ríen de ellos o se callan.

Ejemplo terrible.— He aquí lo que cuenta San Gregorio de un niño de cinco años tan sólo, descendiente de una de la más noble familias romanas. Solía este niño blasfemar el santo nombre de Dios, sin que su padre le corrigiera nunca. Un día que el niño acababa de blasfemar se vio asaltado de unos negros; él acudió a abrazarse a su padre, pero se trataba de otros tantos demonios, que lo arrancaron del regazo paterno, lo mataron allá mismo y se lo llevaron al infierno.

20. Terrible rigor con que Dios castiga el vicio de la blasfemia

I. EN EL INFIERNO. CASTIGO ESPECIAL.—¡Ay de la nación pecadora del pueblo cargado de culpa, ralea de malvados, hijos pervertidos! Han abandonado a Yahveh, han despreciado al Santo de Israel. (Is. 1, 4). ¡Ay, por tanto, de los blasfemos y ay de ellos por toda la eternidad!, porque, como dice Tobías, *mal-ditos serán todos los que te aborrecen*. Dios dijo por boca de Job: *Ya que tu falta inspira tu boca y adoptas el lenguaje de los astutos, tu boca te condena, y no yo, y tus labios testifican contra ti*. Cuando pronuncie la sentencia de condenación dirá el Señor: «yo no soy quien te condeno al infierno, sino quien te condena es tu misma boca, con que te atreviste a maldecirme tanto a mí cuanto a mis santos». Los desgraciados continuarán con sus blasfemias en el infierno para su ma-

yor pena, pues las mismas blasfemias les recordarán siempre que por ellas se condenaron. Terribles serán, pues, los castigos de los blasfemos en el infierno.

II. EN LA TIERRA: I.º *Justo rigor de las leyes.*— La ley antigua mandaba que todo el pueblo apedreara a los blasfemos: *Y el blasfemador del nombre de Yahveh morirá sin remisión; toda la comunidad lo lapidará irremisiblemente* (lv. 24, 16). En la ley nueva las Constituciones imperiales de Justiniano imponían también la pena de muerte. San Luis Rey de Francia mandaba taladrar la lengua de los blasfemos y que se les señalara la frente con un hierro candente; si no bastaba este primer castigo para su enmienda, eran irremisiblemente condenados a muerte. Otros códigos excluían a los blasfemos por infames y les prohibían ser testigos en juicio. Finalmente, leemos en la Constitución del Papa Gregorio XIV que antiguamente se privaba a los blasfemos de la sepultura.

2.º *Maldición divina.*— Véanse ahora algunos de los males dimanados de la blasfemia, según consta de una Constitución del emperador Justiniano: «De la blasfemia proviene el hambre, los terremotos y la peste». ¿Te atreves, pues, a quejarte, blasfemo, de que trabajas y afanas y, a pesar de ello, no tienes éxito?— ¡No sé lo que me pasa, que siempre me veo en la miseria! ¿Qué es eso de excomuniones? ¿Pero aun no sabes lo que es? Pues sencillamente la maldita blasfemia que tienes a flor de labios y que te hace siempre maldito de Dios y empobrecido.

3.º *Triste fin. Ejemplos.*— ¡Cuántos ejemplos funestos se pondrían aducir de blasfemos muertos malamente! Cuenta el P. Séñeri que en Gascuña dos hombres blasfemaron de la sangre de Jesucristo y poco des-

pués fueron asesinados en una reyerta y fueron devorados por los perros.— En Méjico, cierto blasfemo, reprendido caritativamente, exclamó: «Pues ahora voy a blasfemar aún más»; pero el día siguiente se le pegó la boca al paladar y murió así el desgraciado, sin dar señales de arrepentimiento.— Refiere Dresselio que un blasfemo quedó ciego de repente.— Otro que blasfemaba contra San Antonio fue abrasado por una llama que salió de la estatua del santo.— Refiere Sarnelli en su libro contra la blasfemia que en Constantinopla un blasfemo comenzó a desgarrarse las carnes, como perro rabioso, muriendo de esta manera.— Tomás de Cantimpré cuenta de un tal Simón, de Tournai, que en una blasfemia volviéronsele convulsivamente los ojos, cayó por tierra y se puso a mugir como un buey hasta que murió.— Léese en el Mercurio Galicano que un reo condenado a la horca y llamado Miguel, al tiempo en que le ahorcaban blasfemó, y vieron los concurrentes cómo se le separaba la cabeza del tronco y de la boca salía la lengua negra como carbón.— Para no cansaros más omito la relación de otros ejemplos terribles que se pueden leer en el citado libro del P. Sarnelli.

PERORACIÓN: I.º *Refutación de las excusas.*— Concluyamos. Decidme, blasfemos, si alguno hubiera, ¿qué ganáis con vuestras malditas blasfemias? No podéis disfrutar de gusto alguno, dice San Roberto Belarmino, porque es éste vicio que se comete sin algún género de placer, ya que no halaga a ninguno de los sentidos. No sacáis de él provecho alguno, porque, como ya apunté, la blasfemia es criadero de pordioseros. No reportáis honor, pues los mismos compañeros blasfemos, cuando blasfemáis, se horrorizan

y os llaman *bocas del infierno*. Decidme, pues, por qué blasfemáis.— Padre, porque tengo esta costumbre.— Y ¿qué? ¿Es que la costumbre puede excusar ante Dios? Si un hijo apaleara a su padre y dijese: Perdóname, padre, que lo hago llevado de la costumbre, ¿sería excusa suficiente? Dices que blasfemas arrastrando por la ira que te provocan los hijos, la mujer o el amo... ¡Cómo! Tu mujer y tu amo son quienes te irritan, y ¿tú la emprendes con Dios? ¿Qué mal te ha hecho Dios? Si El es quien te colma de beneficios y, esto no obstante, ¿aun te atreves a blasfemar de El? ¿Qué culpa tienen los santos? Ellos interceden delante del Señor por ti. y ¿tú aún blasfemas de ellos?

2.º *Medios para triunfar en las blasfemia*.— La blasfemia es en mí una tentación del demonio.— Pues si el demonio te tienta, haz como hacía cierto joven, que fue a buscar al abad Pemén, quejándose de que el demonio le tentaba incesantemente de blasfemia: El abad le respondió que entonces respondiera así al demonio: «¿Y por qué voy yo a blasfemar contra Dios, que me creó y colmó de tantos bienes? Al contrario, siempre le quiero alabar y bendecir». Así dejó el demonio de tentarlo. En los momentos de cólera, ¿no habrá más palabras que blasfemias? En vez de éstas di: ¡Maldito sea el pecado! ¡Ayudadme, Señor! ¡Señora, dadme paciencia! Y si por desgracia te acostubraste a blasfemar en el pasado, al menos en lo futuro, al levantarte, renueva los propósitos de violentarte para no blasfemar en el día, y a continuación reza *tres avemarías* a la Santísima Virgen María para que te alcance la gracia de resistir a las tentaciones que te asaltaren.

21. Grave error es presentar el pecado de impureza como mal ligero

I. LA IMPUREZA ES MAL GRANDE CONSIDERADO EN SU NATURALEZA: I.º *En relación con Dios.*— El impuro trata su pecado de poca cosa; y ¿por qué? Todos cuantos se le acercan sienten el hedor de sus vicios y los aborrecen, y sólo él no los siente ni aborrece. Semejante, como dice San Pedro, *a la puerca lavada*, (que vuelve) *al revolcadero del cieno*, este pecador se encenaga en sus impurezas hasta el punto de ni siquiera ver el mal que hace.

Es un pecado mortal.— Tú que presentas el pecado de impureza como ligero mal, dime; ¿puedes negar que sea pecado mortal? Si lo niegas, caes en la herejía, porque San Pablo dijo: *No os forjéis ilusiones. Ni fornicarios, ni idólatras, ni adúlteros, ni afeminados, ni sodomistas... heredarán el reino de Dios* (1 Cor. 6, 9-10). Y si es pecado mortal y no de poca monta, pues es más grave que el hurto, la murmuración, la infracción del ayuno y otros pecados mortales, ¿cómo puedes afirmar que es mal ligero? ¿Te parece, por ventura, ligero mal un solo pecado mortal? ¿Ligero mal a despreciar la gracia de Dios, volverle las espaldas y perder su amistad por un breve placer bestial?

Pecado por el que el hombre desprecia a Dios.— Escribe el Doctor Angélico, Santo Tomás, que el pecado mortal, por ser un desprecio hecho a un Dios infinito, contiene cierta malicia infinita. ¿Cómo? ¿El pecado mortal mal ligero? Al contrario, es cosa tan grande, que si todos los ángeles y todos los santos, los apóstoles, mártires y aun la misma Madre de Dios ofreciesen todos sus méritos para satisfacer un solo pecado mortal, no bastarían, sencillamente porque su

satisfacción es finita y el débito es infinito, por atacar la infinita majestad de Dios ofendida.

Pecado que inspira a Dios especial horror y disgusto.— ¡Qué horror no tiene Dios al pecado de impureza! La señora que encuentra un cabello en el plato deja de comer por asco. Pues Dios, que es la misma pureza, ¡con cuánto disgusto verá la acción vergonzosa cometida con desprecio de su ley! El ama infinitamente su pureza y, por consiguiente, odia inmensamente la sensualidad, que los hombres llamamos mal ligero.

Los mismos demonios tientan avergonzados.— Hasta los mismos demonios, puros espíritus sentados antiguamente en el cielo sobre los más sublimes tronos angélicos, tientan asqueados contra la pureza. De ahí que Santo Tomás haga notar que el demonio tentó a Jesucristo en el desierto contra varios pecados, y aun siendo Lucifer en persona, como se piensa, no se atrevió a tentarlo a quebrantar la castidad.

2.º Con relación al hombre, a quien degrada.— ¡El vicio impuro mal ligero?... Pues ¡qué!, ¿es mal ligero ver que el hombre, dotado de alma racional, enriquecida por Dios con tantas gracias, se pone, cuando comete la impureza, al nivel de las bestias? Ya lo dijo San Jerónimo: «La pasión impura y los placeres sensuales pervierten el sentido y al hombre lo truecan en bruto». Al impuro se aplican sobre todo estas palabras de David: *Que el hombre en opulencia no perdura; se asemeja a las bestias, que perecen* (Sal. 48, 13). Decía San Jerónimo que «no hay cosa más vergonzosa que dejarse vencer de la carne» Y ¿será ligero mal olvidarse de Dios y cambiarlo por un miserable placer corporal, del que se avergüenza, no bien pasado, el mismo que lo comete? De aquí el reproche del Señor a los impuros: *Te has olvidado de mí y me has*

arrojado detrás de tus espaldas. Ciertamente que todos los pecados nos alejan de Dios; pero dice Santo Tomás que el pecado de la impureza parece establecer entre el hombre y Dios una barrera infranqueable».

II. GRANDE MAL CONSIDERADO EN SU DESARROLLO: I.º *Pecados multiplicados.*— Añádese que este pecado llega a convertirse en un mal inmenso, dadas las numerosas ocasiones de multiplicar sus actos. El blasfemo no blasfema siempre, sino sólo en la embriaguez o en los accesos de cólera. El ladrón no roba a diario, sino sólo cuando le excita la codicia. El asesino que ejerce el oficio de matón no cometerá más que ocho a diez asesinatos. El impuro, por el contrario, es fábrica de pecados, de pensamientos, de palabra, de miradas, de complacencias, de tocamientos, de modo que le resulta imposible, si se confiesa, explicar el número. Y por si fuere poco, cuando éstos duermen, el demonio les representa imaginaciones obscenas para que al despertarse se deleiten en ellas; y los miserables, esclavos del demonio, obedecen y consienten.

2.º *Malos hábitos.*— No nos extrañemos si nos damos cuenta de que la razón es por haber contraído fácilmente los malos hábitos. A los demás vicios no está el hombre tan propenso: el vicio, por ejemplo, de la blasfemia, de la difamación, del asesinato, en tanto que a este vicio se siente inclinado por naturaleza. Por esto dice San Tomás de Villanueva que no hay pecador más dispuesto al desprecio de Dios que el impuro, a quien arrastran miles de ocasioncillas.

3.º *Otros pecados.*— Y ¡cuántos pecados mortales no arrastra consigo el vicio impuro!: calumnias, robos, odios y, sobre todo, escándalos. Los demás peca-

dos, las blasfemias, los asesinatos, los perjurios, inspiran horror; pero el pecado de impureza mueve al prójimo, que también es de carne, a cometerlo sin tanta vergüenza.

4.º Esclavitud del demonio.— Escribe San Cipriano que el demonio «triunfa de todo el hombre por la lujuria». Triunfa del cuerpo y del alma; triunfa de la memoria, recordándole los placeres para que se complazca; de la inteligencia, para hacerle desear las ocasiones de pecado; de la voluntad, haciéndole amar aquellas deshonestidades como último fin y como si ya no hubiera Dios. Decía Job: *¡Había yo concertado alianza con mis ojos y no prestaba atención a doncella! ¿Cuál es, pues, la parte que envía Eloah desde arriba?* (Job. 31, 1). Temía Job el mirar a una joven, porque decía que, si sucumbiese a tan mal pensamiento, Dios le retiraría su favor. «De la lujuria proceden, en expresión de San Gregorio, la ceguedad de la mente, la presunción, el odio de Dios y la desesperación, causa de la muerte eterna».

Persiste hasta en la ancianidad.— Aun cuando el impuro envejezca, dice San Agustín, no envejece su impureza. Por esto Santo Tomás añadía «que el demonio con el pecado que más goza es con el pecado de la impureza, porque ningún pecado tiene tan fuertes afinidades con la naturaleza humana ni se impone tan victoriosamente como el pecado de impureza; de modo que el apetito venéreo tórnase insaciable». Decid, pues, ahora que la impureza es ligero mal...

En la hora de la muerte.— En la hora de la muerte no hablarás así; entonces todos los pecados sobre esta materia se te harán monstruos infernales. Y menos hablarás así ante el tribunal de Jesucristo, que te dirá con el Apóstol: *Todo fornicario, o impuro, o codicio-*

so, que equivale a idolatría, no tiene parte en la herencia del reino de Cristo y de Dios (Ef. 5, 5). No merece sentarse al lado de los ángeles quien quiso vivir como los animales.

III. GRAN MAL CONSIDERADO EN SU DESARROLLO COMPLETO O EN SUS FRUTOS: 1.º *Ceguedad del ánimo, porque la pasión obscurece la razón e impide pensar en Dios.*— Pidamos a Dios, queridos hermanos, pidámoslos incesantemente que nos libre de este vicio, pues de no ser así se perdería nuestra alma por toda la eternidad. El vicio deshonesto lleva consigo la obcecación y la obstinación. Todos los vicios traen la ceguera del espíritu; pero ninguno tanto como el vicio impuro, según la palabra de Oseas: *Fornicación, vino y mosto quitan el seso.* La impureza, como el vino, hace perder la inteligencia y el sentido común; por ello dice Santo Tomás que «el deshonesto pierde la luz hasta el punto de no ver el mal que hace, ¿cómo podrá aborrecerlo y enmendarse? Según el profeta Oseas, de tal modo ciega la impureza en el fango de las liviandades a estos desgraciados, que ya no piensan en retornar a Dios, porque el vicio les hace desconocerlo: *Sus acciones no les consienten volver a su Dios, pues un espíritu de fornicación reside en su interior y no conocen a Yahveh* (Os. 5, 4). De aquí que después escribiera San Lorenzo Justiniano que «este pecado nos hace olvidar de Dios», y San Juan Damasceno, que «el hombre carnal no puede ver la luz de la verdad»; así también el impuro llega hasta a desconocer qué signifiquen gracia de Dios, juicio, infierno y eternidad.

2.º *La obstinación de la voluntad, porque el impuro no reza.*— Otro defecto del vicio impuro es la obstinación. Para no sucumbir a las tentaciones, y en espe-

cial de este género, se necesita continua oración, como lo advierte el Señor: *Velad y orad para que no entréis en tentación* (Mc. 14, 38). Mas ¿cómo podrá el deshonesto pedir a Dios que le libre de las tentaciones, cuando él mismo va a su encuentro? Y hasta a veces se abstiene de rogar, temeroso de ser atendido y curado del mal al que siente apegado el corazón. Así hizo San Agustín: «Temía, dice él en sus *Confesiones*, ser escuchado prontamente y ser curado, en consecuencia, de la enfermedad de la concupiscencia, que me gustaba más tener que librarme de ella». *Tienen los ojos llenos de la mujer adúltera e insaciables de pecado*, decía San Pedro. Insaciables, sí, porque la impureza conduce a la obstinación, que les hará pecar incesantemente.

Las confesiones del impuro no surten efecto.— Habrá quien diga: «Yo lo confieso todo». Pues ése es tu gran mal, porque siempre recaes en el pecado y te vales de las confesiones para pecar y pensar que lo volverás a confesar. Si estuvieras convencido de que luego de tal pecado serías arrojado al infierno, no dirías: «No me quiero privar de ello, pues a mí ¿qué me importa el infierno!» He aquí, pues, el engaño del demonio, que te dice: ¡Bah! Comete el pecado, que ya lo confesarás.

Para que la confesión sea buena se necesita el acto de dolor acompañado de un firme propósito; y ¿dónde están este dolor y este arrepentimiento cuando tantas veces se vuelve al vómito? Si los hubieses tenido y hubieras recibido la gracia en las confesiones, no habrías recaído o, al menos, te hubieras mantenido mucho tiempo sin recaer. Si recaes cada diez días o cada ocho o aun menos, ¿qué significa esto? Significa que está siempre en desgracia de Dios. Cuando el en-

fermo devuelve en seguida cuanto toma, es señal de que su mal es incurable.

3.º La condenación.— Escribe San Jerónimo que el vicio deshonesto, cuando ha enraizado en alguien, acaba cuando el desgraciado es arrojado al infierno. Los impuros se parecen a los buitres, que antes de dejar la presa prefieren dejarse matar por los cazadores, como lo demuestra el siguiente hecho relatado por el P. Séñeri.

Ejemplo y lección.— Unos jóvenes vivían empecatados. La chica cayó enferma y dio señales de quererse convertir. Como notaba que estaba para morir, pidió al confesor que hiciera venir a su cómplice para exhortarlo desde su lecho de muerte a cambiar de vida. El confesor, sobrado confiado, no sólo no se opuso a ello, sino que hasta le insinuó a la muchacha el modo con que se debía portar para salir airosa. Ved lo que aconteció. A vista del cómplice, la desgraciada, olvidada de los buenos propósitos que había formado, se incorporó penosamente en el lecho, sentóse en él y, echando los brazos al cuello de su amante, le dijo: «Cariño mío, siempre te he amado y te amo aún ahora que voy a morir; sé cierta que por tu causa voy al infierno; pero por el amor que te tengo, hasta no me importa condenarme». Esto dicho, cayó exánime en el lecho ya mortuorio.

¡Cuán difícil es al esclavo del vicio impuro enmendarse y convertirse a Dios de corazón y no acabar, como esta desgraciada joven, dando consigo en el infierno!

22. Grave error es pretender que Dios, indulgente con este pecado, lo deje impune

I. CASTIGOS HISTÓRICOS.— Los deshonestos fantasean que la impureza es debilidad con la que Dios se muestra sobrado indulgente; pero Dios habla muy de otro modo. En efecto, nota Santo Tomás de Villanueva que «por las Sagradas Escrituras vemos cómo lo que Dios castiga más severamente es la impureza».

1.º Fuego del cielo sobre Sodoma.— Las cuatro ciudades sobre las que bajó el diluvio de fuego para abrasarlas perecieron a causa del vicio impuro: *Entonces Yahveh llovió desde el cielo sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego procedente de Yahveh. Destruyó, pues, estas ciudades y toda la llanura, con todos los habitantes de las ciudades y las plantas del suelo.*

Castigo que aun se repite.— Cuenta San Pedro Damiano que la muerte sorprendió a un hombre y a una mujer en el acto del pecado y que los encontraron a entrambos quemados de pies a cabeza y negros como el carbón.

2.º El diluvio, castigo universal.— En el diluvio se suele ver especialmente el castigo de la impureza, y para castigarlo estuvo lloviendo incesantemente cuarenta días y cuarenta noches, de modo que las aguas se elevaron quince codos sobre las más elevadas montañas. Solamente se salvaron las ocho personas que se refugiaron en el arca de Noé; todas las demás perecieron en castigo de sus impurezas; notad, si no, la expresión con que Dios participó al mundo la noticia del castigo: *No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque es pura carne*; (Gen. 6, 3) es decir, según comenta Nicolás de Lira, «porque anda

liado en pecados carnales» Y el Señor añade otra expresión extrañísima: *Estoy arrepentido de haberlos hecho* (Gen. 6, 7). La indignación de Dios no es como la del hombre, que turba la razón y lleva a miles de excesos; los juicios de Dios son tan justos como tranquilos, y sus castigos tienen por finalidad remediar el desorden causado por la culpa. Pero para que nos diéramos cuenta de lo que odia la impureza, por eso habló como arrepentido de haber creado al hombre, que tanto le ofendía con este vicio.

II. OTROS CASTIGOS TEMPORALES.— Aun en nuestros días vemos cómo sobre la impureza caen los más terribles castigos y más que sobre otros pecados. Entrad en un hospital y escuchad los gritos que lanzan tantos desgraciados jóvenes; a éste se le aplica el hierro, y al de más allá, el fuego. ¿Por qué? Por la impureza. Y si no sucumben en la operación, arrastrarán una vida miserable y dolorosa, como se lee en la Escritura: *Ya que te has olvidado de mí y me has arrojado detrás de tus espaldas, por eso carga tú también con tu sensualidad y tu fornicación* (Ez. 23, 25).

III. EL CASTIGO ETERNO: *Sentencias de los Santos Padres que demuestran la inminencia de este castigo.*— Escribe San Remigio que, «quitados los niños, pocos de los adultos se salvan, debido al pecado carnal». Una alma santa tuvo, a este respecto, la siguiente revelación: «El infierno está lleno de ángeles, a causa del orgullo, y lleno de hombres, a causa de la impureza». He aquí la razón que aduce San Isidoro: «Por ningún pecado se hacen los hombres tan esclavos del diablo como por la lujuria». Razón tuvo San Agustín para afirmar: «Diaria es la lucha y rara la victoria». He aquí el motivo por que el infierno se llena de almas.

PERORACIÓN: I.º *No hay que desesperar.*— Cuan-
to os he dicho, oyentes míos, no lo dije para desespe-
rar a ninguno de vosotros, si alguno hubiera víctima
de este vicio; antes al contrario, mi idea ha sido pro-
curarle remedio a su mal.

2.º *Remedios.*— Tratemos, pues, de los remedios.
Dos son los grandes remedios: oración y fuga de oca-
siones.

La oración.— Dice San Gregorio Niceno que «la
oración es salvaguardia y sostén de la castidad». Y ya
Salomón había escrito, apoyado en la propia experien-
cia: *Entendiendo que de otro modo no la alcanzaría,*
si no es que Dios me la daba..., acudí al Señor y le
rogué (Sab. 8, 21). Es imposible resistir al vicio im-
puro sin el auxilio de Dios.

*La invocación de los nombres de Jesús y de Ma-
ría.*— Por tanto, cuando sobrevenga alguna tentación
contra la castidad, hay que recurrir inmediatamente a
Dios, repitiendo al punto los nombres de Jesús y de
María, que tienen especial virtud para expulsar los
malos pensamientos. Dije *al punto*, es decir, sin pres-
tar oído a la tentación ni parlamentar con ella. Aun
cuando no se tratara más que de un pensamiento lige-
ro, rechacémoslo como se rechazan las chispas que
despide el fuego e inmediatamente acudamos a Jesús
y a María.

Fuga de las ocasiones.— «En esta guerra, decía San
Felipe Neri, triunfan los cobardes», es decir, los que
huyen de las ocasiones. Ante todo se impone refrenar
la curiosidad y jamás permitir que los ojos se deten-
gan en personas de diferente sexo; de otro modo será
muy difícil librarse de la impureza. «No os libraréis
de la lujuria, decía Santo Tomás, si no os libráis de
mirar la hermosura de las mujeres». Job decía: *¡Ha-*

hía yo concertado alianza con mis ojos y no prestaba atención a doncella! (Job. 31, 1). Se estremecía ante la vista de una doncella porque de las miradas se pasa fácilmente a los deseos y de éstos a las acciones. San Francisco de Sales decía a este propósito que no daña tanto el ver mujeres cuanto el mirarlas; cuando se ve no se suele caer, pero sí cuando se mira. Si hay que estar alerta contra ciertas miradas, hay que estarlo con mayoría de razón contra ciertas conversaciones.

Santo temor.— Persuadámonos de que en esta materia no hay seguridad bastante, por lo que siempre hemos de temblar y de huir. *El sabio teme y se aparta del mal, mas el insensato se arrebata y se siente seguro,* y acaba por caer.

23. Las conversaciones deshonestas causan mucho mal en quienes las escuchan

I. LA GRAVEDAD DE ESTE MAL SE PRUEBA:
I.º Por su carácter diabólico.— «Ministros de Satanás» llama San Agustín a los que profieren palabras obscenas, porque donde no pueden llegar con sus pérfidas sugerencias llegan con sus discursos licenciosos.

2.º Por las palabras de la Escritura.— Hablando también Santiago de estas malditas lenguas, dice: *Su lengua es fuego... y es inflamada por el fuego infernal.* Sí; fuego encendido por el infierno, con el que quien habla obscenamente se quema a sí mismo y a los demás. *La lengua tercera,* dice el Eclesiástico, *ha sacudido a muchos y los ha arrojado de nación en nación.* ¿Cuáles son las otras dos lenguas? La lengua

espiritual, que habla de Dios; la lengua profana, entretenida con los asuntos mundanos, y la infernal, que habla obscenidades carnales para pervertir a muchas almas y arrojarlas al infierno.

II. EXPLÍCASE SU NATURALEZA: I.º *Seduce al hombre, inclinado al mal.*— El Rey Profeta describe la vida del hombre en la tierra como *senda oscura y resbalosa*. Pues bien, cuando el hombre camina entre tinieblas y por camino resbaladizo, cada paso que da le expone a peligro de caer, a no ser que adopte toda clase de precauciones y evite los pasos peligrosos, que en nuestro caso son las ocasiones de pecar. Si, además, en este camino sembrado de peligros hay quien empuje al caminante para hacerlo caer, será imposible, sin un milagro, que no ruede hasta el abismo. He aquí precisamente lo que los medianeros de Satanás hacen con sus conversaciones deshonestas: arrojar al abismo del pecado a tantos desgraciados como aquí viven entre tinieblas, y que por ser de carne están muy inclinados a la caída. *Es su garganta sepultura abierta*, exclamaba David en su justa indignación. «La boca de quienes no saben hablar más que porquerías, dice San Juan de Crisóstomo, es como sepulcro lleno de cadáveres en putrefacción», y su aliento se asemeja a los miasmas que produce la podredumbre de sepulcro, fétidas exhalaciones que no se pueden respirar sin contraer gérmenes mortales.

2.º *Es violenta y contagiosa.*— *El latigazo produce verdugones, pero el golpe de la lengua rompe los huesos.* Según este texto del Eclesiástico, las heridas del látigo permanecen al exterior, en tanto que las de la lengua obscena penetran de parte a parte a quienes las escuchan. Cuenta San Bernardino de Siena que cierta

joven, de conducta irreprochable hasta entonces, oyó a un joven proferir una palabra deshonestas. La pobre cayó primero en pensamientos lascivos y luego en el vicio impuro, de tal modo, añade el Santo, que, si el demonio hubiera tomado carne humana, no podría cometer mayores excesos que los que ella cometió.

3.º Ciega al culpable en su pecado, que es real, gravísimo y desastroso.— Lo peor de todo es que estas bocas infernales que tan a menudo profieren palabras deshonestas lo toman como cosa de poca monta y nunca se confiesan de ello, y si alguna vez los reprende el confesor, responden: «Lo digo solamente por diversión y sin maldad». ¿Por diversión? ¡Pobre de ti!, pues esta tu diversión hace reír al demonio y a ti te hará llorar por toda la eternidad en el infierno.

Pecado real.— Además, te equivocas también al afirmar que lo dices sin maldad. Primero, es muy difícil que, hablando de esa suerte, no caigas realmente en ese vicio, como escribe San Jerónimo: «Cuando uno habla, no está lejos de hacer lo que dice». Tampoco puedes hablar así ante personas de distinto sexo sin golpetazos de la pasión. Finalmente, ¿no es pecado el escándalo que das? Será, sí, una sola palabra deshonestas la que profieras, pero matarás tantas almas cuantas la oigan», como se expresa San Bernardo.

Pecado gravísimo.— Pecado mayor que si de un tiro de fusil mataras a muchas personas, porque les matarías el cuerpo, en tanto que con la palabras obscenas les matarías el alma.

Pecado desastroso.— Es suma, que tales deslenguados son la ruina de todo el mundo. Uno solo de ellos hace más daño que cien demonios, por la ruina que causa en tantas y tantas almas. No soy yo quien lo

dice, sino el Espíritu Santo: *La boca lisonjera provoca la ruina.*

4.º *Agravado por la ingratitud. Terrible cuenta de que ello se dará.*— Y ¿cuándo se cometen estas ruinas y tantas ofensas a Dios? Cuando Dios nos colma de mayores bienes. Cuando en verano provee para todo el año de grano, de vino, de aceite, de legumbres y otros frutos, ¿no es entonces cuando se cometen más pecados en el campo? ¿No es durante la siega y la vendimia? ¿No es durante la trilla y el lagar? Entonces las palabras obscenas y los pecados saltan más que los granos de trigo y que los racimos de uva. ¿Cómo podrá Dios soportar tamaña ingratitud?

Terrible cuenta que de ello se dará.— Y bien, ¿quienes, son causa de tanto pecado? Los deslenguados deshonestos, que tendrán que rendir a Dios terrible cuenta y serán castigados de cuantos pecados cometan los que les oyen: *Yo he de reclamar su sangre de tu mano.* Pasemos ya al segundo punto.

24. Quienes hablan deshonestamente se hacen mucho mal a sí mismos

I. EL PRIMER MAL ES CAER ELLOS MISMOS EN EL PECADO IMPURO: I.º *A causa del placer que experimentan en tales conversaciones.*— *Transición.* Dirá algún joven: «Yo hablo así, pero sin malicia». Ya en el primer punto del sermón respondí ser difícilísimo mantener conversaciones licenciosas sin experimentar complacencias ilícitas, sobre todo si se tienen delante de chicas o de mujeres.

2.º *A causa del peligro inherente a estas palabras y a la debilidad humana.*— Además, hablando de esta manera se pone al prójimo en grave peligro de pecar de obra, según las palabras de San Jerónimo ya arriba citadas: «Cuando uno habla, no está lejos de hacer lo que dice». *Las inclinaciones del corazón humano son malas desde su mocedad* (Gen. 8, 21). No hay hombre exento de inclinación al mal. Por otra parte, no hay vicio alguno al cual el hombre se sienta más inclinado que al vicio impuro, al que la misma naturaleza impulsa. Por esto San Agustín, al ver cuán pocos son los que adoptan las debidas precauciones, exclamaba: «Diaria es la lucha y rara la victoria». Pues bien, el que habla obscenamente piensa siempre en las impurezas que dice, de que provienen las malas complacencias y los malos deseos, que llevarán pronto a la caída en malas obras. He aquí en lo que vienen a parar los que hablan deshonestamente y luego se contentan con decir: «Yo hablo así, pero sin malicia».

II. EL SEGUNDO MAL ES CONTRAER EL HÁBITO QUE MANCHA TODA LA VIDA Y ARRASTRA AL INFIERNO.— *No seas tachado de doblez ni con tu lengua calumnies*, dice el Espíritu Santo. Ten cuidado de que tu lengua, cual maldita cadena, no te arrastre el infierno, porque, al decir de Santiago apóstol, *la lengua... contamina todo el cuerpo e inflama desde el nacer todo el curso de la vida* (Ecli. 5, 16). Ciertamente que es solamente uno de los miembros del cuerpo, pero cuando habla mal infesta todo el cuerpo e inflama desde el nacer todo el curso de la vida, desde el nacimiento a la muerte; y estos charlatanes obscenos, aun cuando envejecan, se ven como impulsados a las conversaciones o dichos lascivos.

Escribe Surio que, hallándose de viaje San Valero, llegó a una casa para calentarse un poco, escuchó y advirtió que el dueño de la casa se hallaba entretenido en conversaciones obscenas con el juez de la localidad, a pesar de los ancianos que eran; reprendiólos el santo fuerte, pero inútilmente, por lo que Dios castigó a entrambos cegando a uno y llagando al otro tan dolorosamente, que parecía experimentar mil muertes.

Cuenta Enrique Grau de cierto charlatán obsceno que murió repentinamente y se le vio en el infierno despedazándose la lengua, que crecía al paso que él la despedazaba y escupía.

III. EL TERCER MAL ES ATRAERSE LA IRA DE DIOS, A CAUSA DEL NÚMERO Y DE LA CALIDAD DE LAS VÍCTIMAS. *Ejemplos: Terrible responsabilidad.*— Y ¿cómo va Dios a tener compasión con quienes no la tuvieron con las almas de sus prójimos? *El juicio será sin misericordia para quien no hizo misericordia* (Sant. 2, 13) ¡Qué desolación, en efecto, es ver a las veces a jóvenes, a doncellas, a matrimonios jóvenes, y en medio de ellos a uno de tales deslenguados! Y hay quienes tanto más deshonestamente hablan cuanto mayor es el concurso. Y, a pesar de hallarse presentes niños y niñas, no se tiene horror de escandalizar a estas almas inocentes.

Ejemplos.— Cuenta Tomás de Cantimpré que el hijo de cierto noble de Borgoña, educado en el monasterio de Cluny, era un ángel de pureza; entró en un taller y, a causa de las palabras obscenas que profería la mujer del artesano, cayó en el pecado y perdió la divina gracia.

Cuéntase también de un jovencito de quince años que oyó una palabra deshonesto y que a la noche siguiente pensó en ella, consistió en el mal pensamiento y murió.

Enterado el confesor, quiso celebrar la misa en sufragio del pobre joven, pero se le apareció éste para decirle que no la celebrase, pues se había condenado por la palabra oída, y si la celebrara le causaría mayor pena.

Terrible responsabilidad.— ¡Dios mío, cómo llorarían los ángeles si pudieran llorar! ¡Angeles de los pobres niños escandalizados y a quienes la muerte arrebató a causa de semejantes lenguas asquerosas! Pero, a la vez, ¡cuánta venganza pedirían a Dios! Esto significan las palabras que pronunció Jesucristo: *Guardaos no menospreciéis a uno de estos pequeñuelos, porque os digo que sus ángeles en los cielos ven si cesar el rostro de mi Padre* (Mt. 18, 10).

PERORACIÓN: 1.º *Evitad. Sed prudentes respecto a toda palabra impura.*— Tened, pues, mucho cuidado, hermanos míos y temed, más que a la muerte, hablar deshonestamente. Escuchad cómo os exhorta el Espíritu Santo: *Haz para tus palabras una balanza y un peso. Cuida de no resbalar por ella.* Os recomienda tener una balanza para vuestras palabras, esto es, que antes que decir hay que pensar las palabras; y *un peso*, para que cuando acudan a la boca palabras torpes se les cierre la salida; de otra suerte saldrían las palabras y os causaríais, tanto a vosotros como al prójimo, una herida mortal e incurable. Dios nos dio la lengua no para ofenderlo, sino para alabarlo y bendecirlo. Dice San Pablo: *La fornicación y toda impureza o codicia ni se nombren entre vosotros, cual cumple a santos* (Ef. 5, 3).

Aun cuando fuere equívoca o inmodesta.— Nótese la expresión anterior: *toda impureza*, con la cual es preciso entender que se nos prohíben todas las palabras obscenas o equívocas, dichas por pasatiempo;

estas últimas, merced a su giro picante, impresionan más y a veces causan mayor mal que las palabras abiertamente licenciosas; y también es necesario evitar toda expresión inmodesta, toda expresión que no esté de acuerdo con la castidad exigida por los santos, es decir, por los cristianos, como lo entiende San Pablo.

2.^o *Por respeto a vuestra propia dignidad no profiáis lujuriosas, sino edificantes.*— Pensad, dice San Agustín, que vuestras bocas de cristianos, en que tantas veces entró Jesucristo por la sagrada comunión; por esto debéis aborrecer todo discurso lascivo cual diabólico veneno. *Vuestra palabra sea siempre con buena gracia*, decía San Pablo a los Colosenses, y añadía: *sazonada con sal*, es decir, con la palabra de Dios, que mueva a los demás a amarlo y a no ofenderlo. «¡Dichosa lengua, exclama San Bernardo, que no sabe hablar más que de las cosas de Dios!»

3.^o *Huid de quienes hablan deshonestamente. Hacedles callar, sin respecto humano que valga.*— No os guardéis solamente de la inmodestia en el hablar, sino huid, queridísimos míos, como de la peste, de quienes hablan así. No bien veáis que se inicia una conversación de este género, haced lo que dice el Espíritu Santo: *Mira, cerca tu dominio con espinos y haz para tu boca puerta y cerrojo* (Edi. 28, 28). Dice *cerca tu dominio con espinos* para denotar que hay que mostrarse espinoso y reprender calurosamente a quien así hablara, o al menos volviéndole el rostro y haciéndole ver que no gustan tales conversaciones.

Sin respecto humano que valga.— No nos avergonzemos de ser discípulos de Jesucristo si queremos que un día Jesucristo no se avergüence de nosotros ni de admitirnos consigo en el paraíso.

25. Cuándo constituye pecado el mal pensamiento

Dos errores corren como moneda de buena ley entre los hombres respecto a los malos pensamientos.

PRIMER ERROR: TODOS LOS MALOS PENSAMIENTOS SON PECADO:

I. Existe en primer lugar el error de las personas temerosas de Dios, pero que, más o menos ilustradas, temen que todo el mal pensamiento que se les ocurra sea pecado. Este es grave error.

II. *Refutación y explicación:* I.º *No hay pecado donde no hay consentimiento.*— Los malos pensamientos no son pecado, sino los malos consentimientos. Toda la malicia del pecado moral consiste en el voluntario consentimiento en el pecado con plena advertencia de su malicia. De aquí el principio de San Agustín de que no hay pecado donde no hay consentimiento. Por grande que fuere la tentación, la rebelión de los sentidos y los perversos movimientos de la parte inferior, si no consiente, no se peca: «De nada vale sentir, dice San Bernardo, si no se da el consentir».

2.º *Finalidad de las tentaciones: los santos fueron tentados por el demonio.*— Los mismos santos fueron atormentados con tentaciones, y los demonios se encarnizaron mucho más contra ellos que contra los pecadores, porque en ellos harían presa mayor. Dice el profeta Habacuc que los santos son el alimento preferido por el enemigo: *Gracias a ellos sus porción es pingüe, y su comida, succulenta.* Y añade el profeta: *Debido a esto vaciará su esparavel, matará de continuo a los pueblos sin compasión* (Hab. 1, 17, 76), quitándoles la vida de la gracia.

Ejemplos de San Pablo.— El Señor tornó a San Pablo en vaso de elección; con todo, ya sabemos que gemía afligido por tentaciones deshonestas, como él mismo declaraba: *Y a causa de la sublimidad de las revelaciones, por esto, para que no me levante sobre mí, se me dio una espina en mi carne, emisario de Satanás, para que me apuñee* (2 Cor. 7).

Prueba y ejercicio de la virtud.— Entonces se volvió tres veces al Señor, rogándole le librara de ella, y el Señor le respondió: *Te basta mi gracia: Sobre esto tres veces rogué al Señor que se alejase de mí. Y me ha dicho: «Te basta mi gracia, porque la fuerza culmina en la flaqueza»* (Ibid. 8-9). Dios permite que también sean tentados sus santos, tanto para probarlos como para purgarlos de sus imperfecciones.

3.º Regla de conducta en la duda para las almas timoratas.— Para consuelo de las almas temerosas y escrupulosas, quiero aquí exponer, de acuerdo con los teólogos, un punto de doctrina tan consolador como importante. Dicen éstos que, cuando un alma temerosa de Dios y que aborrece el pecado está en duda de haber o no consentido algún mal pensamiento, siempre que no está segura de haberlo consentido no está obligada a confesarlo, porque entonces es moralmente cierto que no ha consentido, porque de haber caído en un pecado mortal no le asustaría la duda, dado que el pecado mortal es tan horrible monstruo que quien es temeroso de Dios no es posible lo consienta sin saberlo.

SEGUNDO ERROR: LOS MALOS PENSAMIENTOS NO SON PECADO SINO CUANDO LES SIGUE LA MALA ACCIÓN.— Pero hay también personas no escrupulosas, sino anchas de conciencia e ignorantes, las cuales piensan que no es pecado el mal

pensamiento, prescindiendo de si se ha consentido, con tal de que no haya seguido la mala acción. Error éste mucho peor que el anterior.

Refutación y explicación: 1.º Basta para el pecado la complacencia voluntaria. Pruebas.— En efecto, desde el punto en que tal acción está vedada, está vedado también complacerse en ella; de donde se sigue que el mal pensamiento en que se consiente reviste la misma malicia que la aludida acción mala. Por esto dice la Sagrada Escritura que no sólo las malas obras rompen la unión con Dios, sino también los malos pensamientos. (Los) *torcidos pensamientos apartan de Dios*, dice el libro de la Sabiduría. Las malas obras, como los malos pensamientos, están siempre patentes a Dios, que condena y castiga los unos y los otros: *Un Dios es Yahveh que sabe todo, (y El solo) aprecia en lo justo las acciones* (1 Sam. 2-3).

2.º Lucas acerca de los grados de culpabilidad: la sugestión, la delectación y el consentimiento.— Con todo, no todos los malos pensamientos son pecado ni todos son culpables en el mismo grado.

El pecado mortal no está en la sugestión.— La *sugestión* es la primera impresión producida en el ánimo por el mal pensamiento. En ello no hay pecado alguno, y hasta puede haber merecimiento si se resiste. San Bernardo decía: «Tantas coronas tendrás cuantas veces resistieres».

Ni en la simple delectación.— A la sugestión sigue la *delectación* que se tiene cuando se pone uno a considerar el halago del mal pensamiento. Si la voluntad no consiente, no se peca mortal, sino venialmente; claro que, si no se resiste, se expone uno al peligro de consentir; mas para que haya pecado mortal en tal exposición se requiere peligro próximo. Con todo, es

preciso notar aquí que en materia de impureza hay obligación, como de ordinario lo enseñan los doctores, de resistir positivamente a la delectación, y esto bajo pena de pecado mortal, dado que, en esta materia de la delectación no combatida, fácilmente nace el consentimiento de la voluntad. «Quien no rechaza la delectación, dice San Anselmo pasará al consentimiento y vendrá la muerte del alma». Por eso, aun cuando no se consienta en el pensamiento deshonesto, desde el punto en que se detiene uno en él con delectación y sin esfuerzo para desasirse de él, se peca mortalmente, porque se expone a peligro próximo de consentimiento. *¿Hasta cuándo se albergarán en tu pecho tus perversos pensamientos?* (Jr. 4, 14), pregunta Jeremías. Y ¿por qué, en lugar de consentirlos, no tratáis de deshacerlos de ellos? Dios quiere que guardemos el corazón con toda cautela, porque del corazón, es decir, de la voluntad, depende toda nuestra vida: *Mas que toda otra cosa guarda tu corazón, porque de él brotan los manantiales de vida* (Pv. 4, 23).

El pecado mortal está en el consentimiento.— Viene, finalmente, el *consentimiento*, que es quien propiamente produce el pecado mortal, y se da cuando se ve claramente que tal cosa es pecado mortal y se la abraza con voluntad plena y completa.

3.º Distinción entre la culpabilidad por deseo y por complacencia.— Con relación a los pensamientos se puede pecar de dos modos: *por deseos y por complacencia*.

Por deseo.— Se peca *por deseo* si se quiere hacer el mal en que piensa o bien se quisiera hacerlo si se presentara la ocasión. Tales deseos constituyen pecados mortales o veniales, según lo que se desee sea o no gravemente ilícito. Es cierto, sin embargo, que el pecado externamente consumado aumenta siempre en la

práctica la malicia de la voluntad, por la mayor complacencia o al menos por la mayor duración de la complacencia; de donde nace que haya siempre que declarar en la confesión si el acto siguió al deseo.

Por complacencia.— La *complacencia* se da cuando uno no quiere actualmente cometer el pecado, pero se complace en él como si actualmente lo cometiera. Llámase también *delectación morosa*, y esto no en razón de su duración en la complacencia del acto impuro, sino con respecto a la voluntad, que se complace de propósito deliberado en la representación del acto impuro; de aquí que este pecado de complacencia se pueda cometer en un instante, como lo enseña Santo Tomás: «Se la llama morosa no porque dure mucho tiempo, sino porque la voluntad se detiene en ella deliberadamente, entreteniéndose adrede en imaginaciones que debiera rechazar al instante». Dice el santo *adrede* para quitar el escrúpulo de las personas temerosas de Dios que contra su voluntad sufren ciertos movimientos y delectaciones carnales, a pesar de toda su violencia para hacerse insensibles. Los sentidos pueden experimentar cierto placer; pero, mientras la voluntad no consienta, no habrá pecado, al menos mortal.

Consejo importante.— Sigamos en tales coyunturas el consejo de San Agustín: «Nunca habrá pecado sin consentimiento de la voluntad». Los maestros de la vida espiritual aconsejan en tales casos lo siguiente: no os fatiguéis tanto en rechazar directamente los malos pensamientos, sino probad más bien apartar la atención y aplicarla a cualquier otro objeto, aun cuando sea espiritual, sino sólo indiferente.

Con el resto de los pensamientos que no sean de impureza, sí es bueno combatirlos de frente.

26. Peligro que encierran los malos pensamientos

PRIMER PELIGRO: SON MÁS DAÑINOS QUE LAS MALAS OBRAS. Hay que precaverse con toda cautela de los malos pensamientos, a quienes en la Sagrada Escritura se llama *abominación de Dios: Abominación para Yahveh son los planes del malo.*— Llámalos así la Sagrada Escritura porque los malos pensamientos, como dice el sagrado concilio de Trento, en especial los que son contra el nono y décimo mandamientos, dañan más a menudo al alma y son más peligrosos que las malas acciones. Y esto por dos razones.

SEGUNDO PELIGRO.— RAZONES DE ESTE PELIGRO: 1.º *La gran facilidad de cometer y de multiplicar estos pecados.*— Es más fácil cometer pecados de pensamiento que pecados de obra. Para cometer los pecados de obra falta a veces la ocasión, en tanto que los pecados de pensamiento se cometen sin ocasión. Cuando el corazón ha vuelto las espaldas a Dios, continuamente busca satisfacciones culpables, de suerte que comete innumerables pecados: *La traza de los pensamientos que formaba su corazón no era sino mala continuamente* (Gen. 6, 5).

2.º *La posibilidad y el peligro de consentir hasta en la hora de la muerte.*— Al acercarse la muerte se tornan imposibles las malas acciones; pero los malos pensamientos pueden atacar siempre, máxime a quienes fueron víctimas de tan deplorable hábito. Añádase a esto que el demonio, aprovechando el poco tiempo que le resta para tentar al alma, redobla entonces su rabia y esfuerzos: *Bajó a vosotros el diablo con gran coraje, sabiendo que cuenta un poco tiempo* (Ap. 12,

12). Refiere Surio que San Eleázaro, durante una grave enfermedad, fue asaltado de pensamientos impuros, y decía después de curado: ¡Cuán grande es el poder del demonio en el momento de la muerte!». El santo triunfó de las tentaciones porque estaba acostumbrado a rechazar los malos pensamientos; pero ¡pobres de quienes están acostumbrados a consentir!

Ejemplo terrible.— Cuenta el P. Séñeri que uno de estos desgraciados habitudinarios estaba para morir, no sin señales de gran dolor de sus pecados. Aparecióse después de la muerte a una persona y le dijo que se había condenado; declaróle que su confesión había sido buena y que Dios le había perdonado, pero que antes des fallecer se le presentó el demonio con el pensamiento de que, sin curaba, sería un ingrato si abandonaba a la persona que tanto amor la había testimoniado. Al principio rechazó la tentación; rechazóla por segunda vez; mas deteniéndose en ella, consistió y se condenó.

27. Remedios contra los malos pensamientos

I.º Fuga de las ocasiones.— *Apartad la maldad de vuestra acciones de delante de mis ojos* (Is. 1, 16). He aquí lo que tenemos que hacer, según el profeta Isaías, para librarnos de los malos pensamientos. ¿Qué quiere decir *apartad la maldad de vuestras acciones*? Quiere decir: apartar las malas ocasiones, las compañías peligrosas; romper con las conversaciones peligrosas, alejarse de los malos compañeros.

Algunas ocasiones.— Es preciso también abstenerse de leer libros obscenos o plagados de otros errores; abstenerse de bailes con mujeres y de comedias profanas, al menos de los bailes y de las comedias palmariaamente deshonestas. Objetará algún joven: «Padre, ¿es pecado cortejar?» Respondo: *per se*, no puedo afirmar en absoluto que sea pecado mortal; mas tales enamorados están en ocasión próxima de pecar mortalmente, y la experiencia enseña que son raros los que resisten al pecado mortal. Ni vale decir que no se tiene mal fin ni siquiera pensamientos malos. Este es un engaño del demonio. Al principio no sugiere pensamiento alguno malo, pero en el transcurso de las frecuentes conversaciones amorosas ciega para que no se vea lo que se hace, y entonces, casi sin saber cómo, se encuentra el alma perdida y perdido a Dios, con muchos pecados de impureza y de escándalo. ¡Cuántos chicos y chicas engañó el demonio de esta manera! Recuerden los padres y madres de familia que tendrán que dar cuenta de estos pecados y de estos escándalos si no se oponen, como es su deber, a relaciones tan peligrosas, pues sin duda que serán causa de todo el mal que arrastran consigo, y Dios los castigará severamente.

2.º Modestia en las miradas.— Sobre todo, si queremos librarnos de los malos pensamientos, deben los hombres privarse de mirar a las mujeres, y éstas a aquéllos. Repetiré aquí la expresión ya citada de Job: *¡Había yo concertado alianza con mis ojos y no prestaba atención a doncella!* (Job. 31, 1) ¿Por qué dice *con mis ojos y no prestaba atención a doncella*? ¿Qué relación hay, en efecto, entre ver y pensar? Si Job, para no pensar en objetos peligrosos, concertó alianza con sus ojos, dice San Bernardo que la razón es porque

«por los ojos penetra en el ánimo el dardo del amor impuro», que luego mata al alma. Nada raro, pues el consejo de la Sagrada Escritura: *Aparta los ojos de mujer bien parecida* (Eclí. 9, 8). Mirar a una chica indecentemente presentada siempre será peligroso; pero mirarla adrede, sin causa justificada, no se podrá excusar, al menos, de pecado venial.

(Quizá a muchos les parezca que aquí San Alfonso M^a de Ligorio se pasa un poco en lo que dice, y que la mayor parte de los teólogos no son tan rigurosos. Por eso creo necesario decir que a San Alfonso se le ha concedido el título de *Príncipe de moralistas*, y que en materia moral, sigue siendo él en la Iglesia la primera autoridad.- *Nota del editor*).

3.º *Resistir lo más que se pueda.*— Por lo tanto, cuando nos asalten los malos pensamientos, que ya se sabe que a veces surgen sin motivo, si fueren materia de impureza hay que apartarlos al instante, sin ponerse a discutir con la tentación. No bien, pues, se presente uno de estos pensamientos de negra faz, rechazadlo, sin darse audiencia para parlamentar con él.

Léese en el libro de las *Sentencias* de los Padres que cierto día San Pacomio oyó que un demonio se vanagloriaba de haber hecho pecar frecuentemente a un monje porque en las tentaciones, en vez de volverse en seguida a Dios, poníase a discurrir con la tentación. Oyó, en cambio, que otro demonio se lamentaba de que con su monje nada podía ganar porque acudía al instante a Dios y así vencía siempre. Sigamos siempre el consejo de San Jerónimo: «No bien se haga sentir la tentación, prorrumpamos en esta exclamación: ¡Señor, ayúdanos!»

4.º *Descubrir las tentaciones al director espiritual.*— Si persistiera la tentación, es muy del caso descubrirla al confesor. Decía San Felipe Neri: «Tentación descubierta es tentación medio vencida». Algunos santos emplearon

en las tentaciones impuras remedios asperísimos: San Benito se revolcó desnudo en un zarzal; San Pedro de Alcántara se lanzó a un estanque helado.

5.º *Rezar y no cesar de rezar.* (Este punto y el siguiente pueden servir de peroración).— Pero el mejor consejo que puedo dar para vencer estas tentaciones es el recurrir a Dios, que seguramente nos alcanzará la victoria: *Invoqué al Señor, digno de loa, y de mis enemigos seré salvo* (Sal. 17, 4). Quizás no ceda la tentación, y entonces no hay que dejar de rezar, sino que, al contrario, hay que multiplicar las oraciones y gemir y suspirar a los pies del Santísimo Sacramento, o del crucifijo si se está en casa, o ante una imagen de María Santísima, Madre de la pureza. Ciertamente que todas nuestras diligencias y todas nuestras industrias de nada valen sin el auxilio de Dios; pero a las veces, para intervenir El y concedernos la victoria, espera a que nosotros hayamos hecho por nuestra parte lo que podamos.

6.º *Buenas resoluciones.*— En tales luchas es muy oportuno renovar el propósito de perder la vida antes que ofender al Señor; hecho esto, roguemos, roguemos y digamos a menudo: «Señor, dadme fuerzas para resistir; no permitáis que me separe de vos. Haced que muera antes que tener la desgracia de perderos».

28. Qué almas se hallan en estado de tibieza

I. NO SE HALLA EN ESTADO DE TIBIEZA EL ALMA QUE VIVE EN DESGRACIA DE DIOS. I.º Por alma tibia no se entiende la que vive en desgracia de Dios.

2.º Tampoco se entiende por alma tibia la que comete faltas veniales, pero por pura fragilidad y sin pleno consentimiento, porque dada nuestra naturaleza, corrompida por el pecado original, nadie puede durante toda la vida evitar este género de faltas, a no ser mediante una gracia especialísima de que sólo la Madre de Dios fue enriquecida. De aquí este dicho de San Juan: *Si dijéremos que no tenemos pecado, a nosotros mismos no engañamos, y la verdad no está en nosotros* (1 Jn. 1, 8). Dios permite estas manchas hasta en sus santos para conservarlos humildes y darles a entender que del mismo modo que caen en tales defectos, a pesar de sus buenos propósitos y promesas, así caerían también en culpas graves si no lo sostuviera su mano divina.

¿Qué hacer? Cuando nos acontezca caer en semejantes faltas, humillémonos y, reconociendo nuestra flaqueza, procuremos pedir continuamente a Dios que nos tenga de su mano y no permita que caigamos en culpas más graves y nos libre de las presentes.

II. SE HALLA EN TIBIEZA EL ALMA QUE A MENUDO COMETE PECADOS VENIALES PLENAMENTE VOLUNTARIOS... - ¿Cuál es, pues, el alma tibia? La que cae a menudo en pecados veniales plenamente voluntarios y deliberados, como mentiras, impaciencias, imprecaciones y faltas por el estilo. Las almas de buena voluntad, resueltas primero a morir antes que pecar deliberada aun cuando venialmente, pueden muy bien, con el auxilio de Dios, evitar todas estas faltas y otras semejantes. Según Santa Teresa, uno solo de estos pecados veniales daña más el alma que todos los demonios del infierno; por eso aconsejaba a sus religiosas: «Que es burla, hijas, sino suplicar a Dios nos libre para siempre de todo mal».

Que se pueden evitar, nos dañan mucho...- Personas hay que se quejan de no experimentar más que arideces y sequedades, sin que el Señor les haga probar jamás una dulzura espiritual. Y ¿cómo queremos que Dios sea liberal con nosotros, cuando nosotros no somos nada generosos con El?

E indican poca generosidad con Dios.- Harto conocido tenemos que tal mentira, tal imprecación, tal injuria al prójimo, tales murmuraciones, si bien no son faltas graves, sin embargo disgustan a Dios, y, esto no obstante, no nos abstenemos de ello, y ¿después queremos que Dios nos favorezca con sus consolaciones divinas?

29. Peligro que corren estas almas

I. LA COSTUMBRE DE PECAR VENIALMENTE CONDUCE POR SU NATURALEZA AL PECADO MORTAL.- Mas tal vez habrá quien diga que los pecados veniales no le privan de la gracia de Dios y que, por muchos que cometa, siempre se puede salvar, y lo que basta es salvarse. ¿Conque te basta salvarte? Oye lo que te dice San Agustín: «Cuando dijiste: *Basta*, allí encontraste la perdición». Comprendamos bien esta sentencia de San Agustín y veamos el peligro que lleva anejo el estado de tibieza en que se hallan los que tienen el hábito de caer en pecados veniales deliberados sin tomarse la pena ni pensar en enmendarse.

I.º Porque se habitúa al peligro y se cae en él.- Nótese que el hábito de los pecados veniales hace que

insensiblemente el alma se deslice en pecados mortales; por ejemplo, el que se habitúa a guardar rencorillos cae fácilmente en odios graves; el que se habitúa a hurtillos de poca monta cae fácilmente en hurtos graves; el que se habitúa a afectillos leves con personas de diversos sexos, fácilmente cae en afec-ciones desarregladas. Decía San Jerónimo que «nunca permanece el alma donde cae». Cae y, en vez de quedar allí, se desliza más al fondo. Las enfermedades mortales, de ordinario no provienen de grandes excesos, sino de pequeños, repetidos frecuentemente.

2.º *Se debilita. Pruebas sacadas de las Sagradas Escrituras.*— De igual modo, la mayoría de las almas no caen en el pecado mortal sino después de haberse habituado al pecado venial, porque el hábito del pecado venial debilita de tal modo que, cuando sobreviene una tentación fuerte, no se tiene fuerza para resistir y se cae.

Muchos cristianos no quieren separarse de Dios con pecados mortales, pero le quieren seguir de lejos, no haciendo caso de los pecados veniales; a éstos les acontecerá lo que aconteció a San Pedro. Cuando prendieron los soldados a Jesús en el huerto de los Olivos, San Pedro no lo quiso abandonar, pero se puso a seguirlo de lejos. *Pedro le había ido siguiendo desde lejos* (Mt. 26, 58). No bien entrado en casa de Caifás y apenas le acusaron de ser discípulo de Jesús, asaltóle el temor y renegó de El tres veces. *Quien menosprecie lo poco se arruinará, dice el Espíritu Santo* (Ecli. 19, 1). Tarde o temprano, el demonio conseguirá lanzar al fondo del abismo al que no se preocupa de las caídas leves, porque, como antes señalamos, al que habituado en dar a Dios pequeños disgustos no le costará mucho el dárselos mayores.

Cogednos zorras, zorras pequeñas, que devastan los viñedos, dice el Señor. No dice que se cojan los leones ni los osos, sino las zorras pequeñas. Los osos y los leones inspiran suficiente temor, y por esto todos suelen evitarlos cuanto pueden, para no ser devorados por ellos; en cambio, las zorras pequeñas no atemorizan y, como pasan inadvertidas, arruinan los viñedos haciendo cuevecillas, por donde comen las raíces de las vides. El pecado mortal aterra al alma temerosa de Dios; pero si se deja caer en multitud de pecados veniales deliberados y sin trabajar por evitarlos, sucederá que tales faltas, semejantes a las zorras pequeñas, harán secar las raíces de la vida espiritual, es decir, los remordimientos de conciencia, el temor de desagradar a Dios, el deseo de progresar en el amor divino, y, al llegar luego alguna violenta tentación, el alma minada por la tibieza perderá miserablemente la divina gracia.

II. DIOS PRIVA A ESTA ALMA DE LOS AUXILIOS NECESARIOS PARA NO CAER.— Más aún: los pecados veniales voluntarios y habituales no nos quitan tan sólo la fuerza de resistir a las tentaciones, sino que impiden también que Dios conceda los auxilios especiales, sin los que se cae en pecado mortal.

I.º *Necesitamos de este auxilio, y sólo Dios lo puede dar.*— Atención a este punto, que es de la mayor importancia. Es cierto, por una parte, que no tenemos fuerzas suficientes para resistir a las tentaciones del demonio, de la carne ni del mundo. Por otra, únicamente Dios puede impedir a nuestros enemigos que nos asalten con las tentaciones que no podríamos resistir. Por esto Jesucristo nos enseñó a rezar: *Y no nos dejes caer en la tentación* (Lc. 6, 13), es decir, que

Dios nos libre de aquellas tentaciones en las que perderíamos la divina gracia. Pues bien, cuando los pecados veniales son deliberados y habituales, nos privan de aquella especial asistencia divina necesaria para perseverar en estado de gracia.

Prueba de que necesitamos este auxilio especial de Dios.— Digo que esta especial asistencia de Dios nos es necesaria, fundado en la sentencia condenatoria del concilio de Trento, contra quien sostuviera la posibilidad de la perseverancia sin especial auxilio de Dios: «Si alguno dijere que el hombre, una vez justificado, puede sin auxilio especial de Dios perseverar en el estado de gracia, o bien que no puede, aun con este especial auxilio, sea anatema». Así pues, es imposible que con solo el auxilio ordinario de Dios podamos sostenernos sin caer en alguna falta grave, por lo que necesitamos para esto el auxilio especial del Señor.

2.º *Dios lo rehusa justamente al alma tibia*, y por ende... Este auxilio especial lo negará el Señor a las almas descuidadas que no se esfuerzan por evitar el pecado venial y lo cometen a ojos abiertos, por lo que las desgraciadas no podrán perseverar en gracia. Quien es avaro con Dios, merece que Dios lo sea con él: *Quien siembra mezquinamente, mezquinamente también cosechará* (2 Cor. 9, 6), dice San Pablo. El Señor le otorgará solamente el auxilio ordinario, que a todos otorga; pero fácilmente le negará el especial.

El alma caerá o vivirá en grave peligro de condenarse.— En semejante estado, como ya hemos dicho, el alma no podrá perseverar sin caer en alguna falta grave, que es lo que Dios manifestó al Beato Enrique Susón: «Las almas tibias, le dijo, que se limitan a evitar el pecado mortal, pero que cometen fácil y voluntariamente muchos pecados veniales, es muy difícil

que se mantengan en la divina gracia» El Venerable Luis de la Puente decía a este respecto: «Muchas faltas cometí, pero nunca pacté con mis defectos». ¡Desgraciado del que pacta con ellos! Escribe San Bernardo que, mientras uno falta y detesta la falta, hay esperanza de que un día se enmiende y se ponga en buen camino; pero cuando se cometen las faltas sin enmendarse ni cuidarse de ello, se andará de mal en peor hasta llegar a perder la gracia de Dios.

3.º *Por la cobardía de esta alma, Dios le retira su auxilio, ella deja de rezar, y de aquí que se halle en grave peligro de condenarse.*— Razón tenía San Agustín para decir que las faltas veniales deliberadas y sin enmienda son como la lepra; la lepra hace leproso al cuerpo, e igual esas faltas tornan leprosa al alma ante Dios, de modo que la alejan de sus abrazos. De aquí procede que el alma no halla pábulo ni consuelo en sus devociones, ni en las oraciones, ni en las comuniones, ni en la visita al Santísimo Sacramento, prescindirá fácilmente de todo ello y, abandonando así los medios de salvación eterna, se perderá con toda facilidad.

30. Quiénes han de temer este peligro

I. LAS ALMAS APASIONADAS.— Crece de punto este peligro en las personas que suelen cometer muchos pecados veniales, debido al imperio que en ellas ejerce la pasión contra la que no quieren luchar, llámase pasión de soberbia, de ambición, de odio a cualquier persona o afición desordenada a cualquiera otra.

1.º *El demonio las encadena poco a poco.*— Decía San Francisco de Asís que, cuando el demonio emprende la lucha contra un alma temerosa de caer en desgracia de Dios, no intenta desde el principio reducirla a esclavitud induciéndola a cometer el pecado mortal, porque esa alma se horrorizaría de ello. El demonio se limita de momento con atarla por medio de un cabello, seguro como está de que luego la podrá atar con un hilo, más tarde con una cuerda y finalmente con la infernal cadena del pecado mortal, consiguiendo entonces la plena esclavitud. Pongamos un ejemplo. Habrá quien nutra cierto afectillo a una persona de otro sexo por mera cortesía, por gratitud o simplemente por sus buenas cualidades; de aquí se pasará a mutuos regalillos; de los regalillos, a expresiones cariñosas, y luego de un diabólico esfuerzo, hete aquí a los dos caídos en el abismo del pecado mortal. Tal acontece con los jugadores, que, luego de perder fuertes sumas de dinero, dominados como están por la pasión, se aventuran a comprometerlo todo y acaban por perderlo todo.

2.º *La pasión las domina.*— ¡Pobre del alma que se deja dominar por la pasión! *Mirad qué fuego tan pequeño qué selva tan grande incendia.* (Iac. 3, 5). La chispilla descuidada acabará por abrasar todo un bosque; es decir, la pasión no mortificada arruinará al alma.

3.º *La pasión las ciega.*— Cosa facilísima es que el ciego caiga en el precipicio cuando menos lo piense. Escribe San Ambrosio que el demonio anda al acecho de la pasión que nos domina o del palacer que nos atrae, para luego ponérselo delante y forjar las cadenas con que hacernos esclavos suyos.

II. LAS ALMAS VIRTUOSAS.— *Debido a sus pecados veniales, bajan paso a paso y caen en abismos de iniquidad.*— Asegura San Juan Crisóstomo haber

conocido muchas personas que, a pesar de las virtudes de que se hallaban dotadas, por no haber hecho caso de las faltas ligeras, cayeron en abismos de iniquidad. Cuando el demonio no puede conseguirlo todo desde un principio, conténtase con lo poco que puede conseguir, porque sabe que de las ganancillas pasará a la ganancia total. Nadie, dice San Bernardo, se hace malo de golpe, sino que, empezando por desórdenes insignificantes, se llega a caer en los de bulto. Y sépase, además, que si una de estas almas favorecidas por Dios con luces y gracias especiales llegare a caer en pecado mortal, su caída no será una simple caída, de la cual fácilmente se levantará, sino precipicio, del que le será dificultosísimo salir para retornar a Dios.

PERORACIÓN.— I.º *Aviso: Considerad vuestro triste estado, el gran peligro en que os halláis y que la tibieza os torna insensibles.*— Hablando el Señor en el Apocalipsis del tibio, dice: *¡Ojalá fueras frío o caliente! Así, puesto que eres tibio, y ni caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca* (Ap. 3, 15-16). Dice: *¡Ojalá fuera frío o caliente!*; es decir: más te valía estar privado de mi gracia, porque entonces se podría esperar tu conversión; mas por cuanto vives en la tibieza, sin pensamientos de enmienda, *estoy para vomitarte de mi boca*; es decir, para abandonarte como alimento que se provoca y luego se tiene horror de volverlo a tomar.

Dice un autor que la tibieza es como la tisis, que no alarma, porque apenas se la siente, y, sin embargo, es tan peligrosa que con dificultad se sale de ella. Y así es en realidad, porque la tibieza hace el alma insensible a los remordimientos de la conciencia, y, por ende, como estaba acostumbrada a la insesibilidad de

los remordimientos acerca del pecado venial, se hará también insensible ahora que vive en pecado mortal.

2.º *Exhortación: ¡Animo! Emplead los remedios.*—Cierto que es muy difícil que el alma tibia se convierta; pero lo pude hacer, con tal de que adopte los siguientes remedios:

Se impone que *desee* salir de su miserable y peligroso estado. Si no tuviere este sincero *deseo*, no tendrá fuerza para adoptar estos remedios.

Tiene, en segundo lugar, que *resolverse a romper con las ocasiones de pecado*; de otro modo no hará sino recaer en sus pecados.

Es necesario también que *pida incesantemente* al Señor se digne librarla de la tibieza. Abandonada a sus propias fuerzas, no podrá nada; mas con el auxilio divino lo podrá todo. Pues bien, Dios prometió escuchar a quien le ruega: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad a golpes, y se os abrirá* (Lc. 11, 9). Hay que rezar, rezar continuamente y rezar confiadamente; si dejamos de rezar, de nuevo seremos vencidos; pero, si perseveramos en la oración, será nuestra la victoria.

31. Los malos hábitos ciegan la mente

1.º *Los pecadores no ven el mal que hacen, por lo que obran sin temor.*—San Agustín decía del mal habituado que, en fuerza de la costumbre de pecar, no ve el mal que hace. El mal hábito ciega a los pecadores para que no vean el mal que hacen ni la ruina que les prepara, por lo que en medio de su ceguera viven

como si no existiera Dios, ni el cielo, ni el infierno, ni la eternidad. «Los pecados más horrendos, dice el mismo santo doctor, no bien se ha contraído el hábito, no parecen más que faltillas ligeras y hasta cosas indiferentes». ¿Cómo podrá, pues, el alma de estos tales ponerse en guardia contra los más monstruosos excesos, si no ve el mal que encierran ni el daño que le ocasionan?

2.º *No tienen vergüenza y se glorían de sus pecados.*— Dice San Jerónimo que los mal habituados se ven sin vergüenza alguna cargados de pecados. El mal obrar implica naturalmente consigo cierto rubor, pero este rubor lo ha perdido el mal habituado. San Pedro llega a comparar al mal habituado al puerco, que se revuelca en el cieno. Ese cieno le ciega, en efecto, los ojos, y de aquí proviene que estos tales, en vez de acongojarse y entristecerse por sus iniquidades, llegan a felicitarse y hasta a gloriarse. *Es para el necio cosa de juego el cometer una infamia. La boca del insensato es causa próxima de ruina.* Razón tienen los santos para pedir incensantemente a Dios sus divinas luces, porque saben que, perdidas éstas, pudieran trocarse en los perversos del mundo. ¿Cómo se explica, pues que tantos cristianos que tienen fe en la existencia del infierno y en el juicio en que Dios no puede menos de castigar a los malvados sigan viviendo en pecado hasta la muerte y hasta llegar a condenarse? Porque *los cegó su malicia*. El pecado los cegó, y por eso se perdieron.

3.º *Acumulan pecados a pecados y todo lo desprecian.*— *Sus huesos estaban llenos de su vigor juvenil,* dice Job. Todo pecado arrastra consigo la ceguera de la mente, por lo que, cuando crecen los pecados en el mal habituado, crece con ellos la ceguera. En la

vasija llena de tierra no puede entrar la luz solar, ni en el corazón plagado de vicios puede entrar la luz de Dios que haga ver el principio a que arrastran los pecados. Los mal habituados, perdida la luz, caen de pecado en pecado, sin pensar en la enmienda. *En torno se pasean los impíos.* Caídos los miserables en la fosa oscura de mal hábito, no piensan sino en pecar, no hablan sino de pecados y desconocen el mal que causa el pecado. En una palabra, se asemejan al irracional, y, en consecuencia, ni piden ni quieren sino placeres sensuales. *Que el hombre en opulencia no perdura; se asemeja a las bestias, que perecen.* De aquí que se cumpla la palabra de la Sabiduría: *Cuando llega el mal, viene también el desprecio.* San Juan Crisóstomo lo aplica al mal habituado, y dice que, una vez caído en este abismo de las tinieblas, lo desprecia todo: desprecia los sermones, las inspiraciones de la gracia, las amonestaciones, las censuras, el infierno y a Dios, y le acontece lo que al buitre que se ceba en un cadáver, que prefiere dejarse matar por los cazadores antes que tener que dejar la carnaza.

Llamamiento a los pecadores: Convertíos prontamente; si no, Dios os abandonará.— Temblemos, hermanos míos, como temblaba David cuando decía: *Ni me trague el abismo ni cierre sobre mí el pozo su boca.* Quien cae en un pozo podrá salir de él mientras vea la boca libre; pero, si la boca del pozo se cerrara, queda por completo perdido. Tal acontece con el pecador perdido en la sima de los malos hábitos: con cada pecado que comete se le cierra más y más el abismo, hasta que, cerrado herméticamente, sobreviene el abandono de Dios. Por esto, querido pecador, si estás habituado en el pecado, trata de salir pronto de ese pozo infernal antes de que se cierre sobre ti, es decir, antes de que Dios

te retire sus luces y te abandone, pues si te las retirara, se acabaría contigo y te condenarías.

32. Los malos hábitos endurecen el corazón

I. GRANDEZA DE ESTE ENDURECIMIENTO.— Además de cegar el mal hábito al pobre pecador, acaba por endurecerle el corazón, como dice Job: *Su corazón es duro como piedra y duro cual la muela inferior*. Bajo la influencia del mal hábito, el corazón se convierte como una piedra.

1.º Nada lo puede ablandar.— En vez de ablandarse con las divinas inspiraciones de la gracia y lo más fuertes sermones sobre el juicio divino, las penas del infierno y la pasión de Jesucristo, se endurece cada vez más, como el yunque a los martillazos. San Agustín abunda en la misma idea: «Su corazón resiste a la lluvia de la gracia, por lo que no puede producir fruto alguno de salvación. Esta lluvia de la gracia son los llamamientos de Dios, los remordimientos de la conciencia, el terror de la justicia divina; pero cuando la víctima del mal hábito, en lugar de aprovechar estos celestiales beneficios para llorar sus iniquidades y convertirse, prosigue el curso de su vida criminal, lo que consigue es endurecer cada vez más el corazón.

2.º Es una señal de reprobación.— Desde entonces empieza a tener señales de cierta reprobación, como dice Santo Tomás de Villanueva: «El endurecimiento es indicio de reprobación», porque, perdidas las luces y endurecido el corazón, vivirá el pecador en su obstinación hasta la muerte, según el terrible pronóstico

del Espíritu Santo: *Sin niñeta falta la luz y sin inteligencia no hay sabiduría* (Ecli. 3, 27).

3.º *El pecador se endurece hasta en sus confesiones.*— ¿De qué le valdrán las confesiones, si poco después de ellas vuelve a recaer en las mismas faltas? Dice San Agustín: «Quien se golpea el pecho y no se enmienda, no quita, sino consolida los pecados». Cuando te golpeas el pecho ante el confesor y no te enmiendas ni quitas la ocasión peligrosa, no los disminuyes, sino que haces más permanentes y sólidos, los pecados, es decir, te tornas en obstinado. *En torno se pasean los impíos*, dice el salmista. Esta es la desgraciada vida de los infelices habituados en el pecado, que se pasean siempre en torno a sus pecados y, si de momento se privan de ellos, de pronto también vuelven a ellos a la primera ocasión. A estos tales les predice como cierta San Bernardo la eterna condenación: «¡Desgraciado del que no sale de este círculo!»

II. CÓMO LLEGAA ELLO EL PECADOR.— Pero, dirá tal vez un joven, yo tengo la idea de convertirme luego y darme por completo a Dios.

I.º *Entra en este endurecimiento difiriendo su conversión.*— Conque vas a dejar que el mal hábito tenga tiempo de posesionarse por completo de ti, y entonces, ¿cuándo te enmendarás? Dice el Espíritu Santo que el joven mal habituado *ni aun cuando hubiere envejecido se apartará de él* (de su camino) (Pv. 2, 6). Los acostumbrados al vicio que sea, no resisten a cometer el pecado aun entre los brazos de la muerte. Cuenta el P. Recupito de cierto condenado a muerte que en el camino de la horca alzó la vista, vio a una joven y consintió en un mal pensamiento.— Cuenta a la vez el P. Gisolfo de cierto blasfemo condenado a la

horca que prorrumpió en una blasfemia cuando recibía el golpe fatal.

2.º *Adelanta con la sustracción de la gracia.*— Así, pues, dice San Pablo, (Dios) *de quien quiere se compadece y a quien quiere endurece* (Rm. 9, 18). En efecto, Dios usa de misericordia hasta cierto sentido y luego endurece el corazón del pecador; pero ¿cómo lo endurece? Lo explica San Agustín diciendo que en Dios endurecer equivale a rehusar la compasión. Dios no endurece positivamente al pecador habitual, sino que le retira su gracia en castigo de haber respondido ingratamente a sus mercedes anteriores, quedando así el corazón del pecador duro como una peña. «En efecto, dice el santo, para endurecer el corazón de este desgraciado, Dios no le infunde la malicia de la obstinación, sino que le retira su misericordia», es decir, la gracia eficaz de la conversión. Cuando el sol se retira de la tierra, el agua se endurece hasta helarse.

3.º *Se afianza de modo que nada le puede conmover.*— No se cae de un golpe, sino poco a poco, en tal miserable estado, dice San Bernardo, ni se endurece uno de pronto hasta el punto de menospreciar todas las amenazas de Dios y obstinarse ante los castigos. «Se llega insensiblemente, son sus palabras, a la dureza del corazón; pero, cuando se tiene el corazón endurecido, de nada valen amenazas ni castigos». En los habituales se verifica lo que decía David: *Dios de Jacob, a la amenaza tuya se entorpecieron.*

Y así es: ni los terremotos, ni los rayos, ni las muertes repentinas les aterran, y, en vez de despertarlos para que se den cuenta de su miserable estado, diríase que concilian el sueño de la muerte, en que se hunden para su perdición.

33. Los malos hábitos debilitan las fuerzas

1.º Cada pecado causa una herida, que debilitan al pecador.—*Me hiende brecha sobre brecha*, dice Job; *embistióme como un guerrero*. (Job. 16, 15). Comentando San Bernardo este texto de Job, se expresa así: Si alguno fuera asaltado por su enemigo, aun tendrá fuerzas para defenderse después de la primera herida; pero luego de la segunda y de la tercera perderá de tal modo las fuerzas, que acabará por sucumbir. Tal acontece con el pecador: después de la primera y de la segunda falta aun le quedarán fuerzas, contando siempre con la divina gracia: mas si continúa cometiendo pecados y da en la habitudinario, el pecado, crecerá como gigante contra quien no podrá el alma defenderse. Así como es muy difícil que un hombre se ponga en pie cuando, aplastado por un peñasco, ni tiene siquiera fuerzas para moverse, «así también es muy difícil, añade San Bernardo, que el habitudinario se levante cuando se siente aplastado por la mala costumbre». Y antes lo había dicho San Gregorio: «El pecado al que se habitúa el alma se convierte en peñasco que la aplasta por tierra; vana-mente se esforzará por levantarse cuando sobre ella pesa esta mole que no cesa de oprimirla».

2.º La tentación ya no halla resistencia.—Escribe Santo Tomás de Villanueva que el alma que ha perdido la gracia de Dios no tardará mucho en cometer nuevos pecados. San Gregorio, comentando el pasaje de David: *Aviéntalos, mi Dios, cual alcauciles, cual hajarasca ante la faz del viento*, (Sal. 82, 14), dice: «Ven la facilidad con que el viento más ligero levanta la pajuela; de igual modo, antes de contraer el mal hábito se resistía, al menos algún tiempo, a la tentación, pero, no bien contraído el hábito, se cae en to-

das las ocasiones y no se hace más que pecar». ¡Qué cosa más tiránica, exclama San Juan Crisóstomo, que el mal hábito, que a menudo, aun a los que no quisieran, les hace caer en acciones ilícitas!» El mal hábito, con el tiempo, hace como necesario al pecado, y, como nota San Agustín, «cuando no se lucha contra la mala costumbre, se trueca en necesidad».

3.º *Los malos hábitos se convierten en segunda naturaleza.*— San Bernardino de Siena añade: «La costumbre se convierte en segunda naturaleza». Así como es necesaria la respiración, así se diría que los habitudinarios no pueden vivir sin pecar. ¡Tan esclavos son de este vicio! Digo *esclavos* porque una cosa son los criados, que sirven por la paga, y otra los esclavos, que sirven a la fuerza y sin retribución alguna; a este extremo de esclavitud llegan los habitudinarios, que pecan quizás sin gusto y quizás también sin ocasión de pecado: ¡hasta tal punto se han hecho esclavos del demonio! San Bernardino de Siena llama a estos tales molinos de viento, que continúan la molienda sin gana alguna de continuarla; es decir, que sin ocasión alguna prosiguen sus pecados, al menos de pensamiento. «Los desgraciados, dice San Juan Crisóstomo, faltos de auxilio de Dios, no hacen lo que quieren, sino lo que quiere el diablo».

PERORACIÓN: I.º *Temed una mala muerte. Ejemplo.*— Escuchad el hecho siguiente, acontecido en una ciudad de Italia, con relación a los malos hábitos, y que refiere un testigo ocular.

Cierto joven habitudinario vivía vida desgraciada. En vano le había Dios movido varias veces a cambiar de vida y en vano le habían avisado personas caritativas. Permitió el Señor que su hermana muriese repentinamen-

te, y entonces tuvo algún temorcillo; pero, apenas enterada aquélla, lo olvidó todo para tornar a las andadas. Dos meses después del fallecimiento de su hermana cayó el postrado por la fiebre, llamando entonces a un confesor, con quien se confesó. A pesar de ello, días más adelante exclamó: «¡Ay de mí, y qué tarde he reconocido los rigores de la justicia divina!» Vuelto al médico, le dijo: «No me atormente más con sus medicinas, porque mi enfermedad es incurable y sé que me llevará al sepulcro». Volviéndose a cuantos le rodeaban, les dijo: «Sabed que, como la vida de mi cuerpo no tienen remedio, tampoco lo tiene la vida de mi pobre alma, y, en consecuencia, me aguarda la muerte eterna. Dios me ha abandonado, como lo experimento por la dureza de mi corazón». Acudieron amigos y religiosos a infundirle ánimo y confianza en la misericordia divina, a lo que sólo respondía: «Dios me ha abandonado». Y dice quien escribió este suceso que, hallándose a solas con el desgraciado joven, le dijo: «Confianza, amigo; recibe el santo viático para unirme a Jesucristo»; y hubo de recibir esta respuesta. «Amigo, estás hablando a un peñasco; la confesión que acabo de hacer la hice sin dolor alguno; no quiero ni confesores, ni sacramentos, ni viático, porque haré cosas horrorosas». Retiróse desconsolado el amigo, y cuando volvió a visitarlo, dijéronle los familiares que había muerto aquella noche sin que le asistiera sacerdote alguno y que al punto de morir se sintieron a su puerta temerosísimos aullidos. He aquí cómo acaban los habituarios.

2.º *Haced confesión general.*— Pecador, hermano mío, si te hallares, desgraciadamente, en tan miserable estado, apresúrate a hacer confesión general, porque puede ser que, debido a los malos hábitos, hayas hecho malas confesiones.

3.º *Salid cuanto antes de la esclavitud del demonio.*— Oíd lo que nos dice el Espíritu Santo: *No entregues... tus años a un hombre cruel* (Pv. 5, 9). ¿Para qué quieres servir a dueño tan bárbaro como el demonio, enemigo tan implacable, que te hace vivir tan desgraciadamente en espera de hacerte vivir vida más desgraciada en el infierno por toda la eternidad?

Exhortación urgente.— *Lázaro, ven afuera.* Salid de la fosa del pecado; daos pronto a Dios, que os llama y está presto a abrazaros si os postráis a su planta; pero temed si esta no será la postrer llamada y si no os condenaréis por resistiros a ella.

34. La muerte es cierta

I. PRUEBAS SACADAS: I.º *De la Sagrada Escritura y su explicación.*— *Está reservado a los hombres morir una sola vez* (Heb. 9, 27). Esta sentencia mira a cada uno de nosotros; por tanto, todos habemos de morir. Dice San Cipriano que todos nacemos con el dogal al cuello, y cuantos más pasos damos, tanto más nos acercamos al patíbulo. El patíbulo de cada uno será la última enfermedad, que vendrá a darnos el golpe de gracia. Por tanto, hermano mío, como te hallas inscrito en el libro de bautizados, un día lo estarás en el libro de los difuntos. Como ahora, al nombrar a tus antepasados, dices: «Mi padre, de feliz memoria; mi difunto tío, mi difunto hermano», así los que en pos de ti vengan dirán de ti cuando hayas partido para el otro mundo. Y así como tantas veces oíste tocar a muerto por otros, así otros oirán tocar a muerto por ti.

2.º *De la oposición de esta certidumbre con las incertidumbres de la vida.*— En el futuro cargado de misterios sólo hay una cosa cierta: la muerte. Lo decía San Agustín: «En nuestro destino todo es incierto, la felicidad o la infelicidad; sólo la muerte es cierta». El niño que acaba de nacer, ¿será rico o será pobre? ¿Gozará de buena o de mala saluda? ¿Morirá joven o anciano? Todo esto es incierto; lo cierto es que ha de morir, por poderoso que sea o descendiente de reyes.

3.º *De la fuerza irresistible de la muerte.*— San Agustín añade: «Se resiste al fuego, al agua, al hierro, al poderío de los reyes; pero ¿quién resistirá a la muerte?» Cuenta el Belovacense que cierto rey de Francia decía en sus últimos momentos: «Con todo mi poder no puedo alcanzar que la muerte espere ni una sola hora». Cuando haya llegado el fin de nuestra vida, no esperará la muerte ni un solo instante. *Su límite fíjate*, dice Job, *y no le traspasará* (Job. 14, 5).

4.º *Del testimonio universal de las cosas y de los hombres.*— Hay que morir. No sólo creemos esta verdad, sino que la vemos con nuestros ojos. Cada siglo ve cómo se llenan de nuevos seres las casas, las plazas y las ciudades, al paso que los antepasados desaparecen en el polvo de la tumba. Y así como para los que vinieron en la tierra desaparecieron los días del vivir, así vendrá un tiempo en que ninguno de los que vivimos viviremos. *Estaban ya mis días determinados cuando ninguno de ellos existía. ¿Qué varon vivirá sin ver la muerte?* Si hubiera quien fantasease que no había de morir, este tal no sólo sería hereje, porque es de fe que todos tenemos que morir, sino que sería también un loco. Sabemos que han fallecido todos los hombres, por poderosos que hayan sido, príncipes, emperadores, y «¿dónde están ahora, pregunta San Bernardo, los

amadores del mundo?», y responde: «No ha quedado de ellos sino ceniza y gusanos». De tantos grandes del mundo como hay sepultados en mausoleos marmóreos, ¿qué quedó sino un puñado de polvo y cuatro huesos descarnados? Sabemos que todos nuestros mayores murieron; esto nos recuerdan sus retratos, sus papeles, sus camas y sus vestidos; y ¿aun dudaremos o esperamos que no habremos también de morir nosotros? ¿Quién de los que hace cien años vivían por estas tierras vive ahora? Todos están en la eternidad viviendo en eterno goce de delicias o en eterna noche de tormentos, y está es la suerte que a nosotros nos tocará.

II. CONSIDERACIÓN MORAL SOBRE: I.º *La locura de quienes no piensan en la muerte.*— Pero, ¡ah Dios mío!, todos sabemos que tenemos que morir, y el mal está en que nos figuramos a la muerte tan lejana como si nunca hubiere de llegar, por lo que la perdemos de vista. Con todo, tarde o temprano, pensemos en ello o no lo pensemos, no sólo es cierto, sino de fe que tenemos que morir, y cada día, en efecto, nos acercamos a la muerte: *No tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos en busca de la venidera* (Heb. 13, 14). Esta tierra no es nuestra patria; estamos en ella como de paso, cual peregrinos: *Mientras estamos domiciliados en el cuerpo, andamos ausentes lejos del Señor*. Nuestra patria es el cielo, que hay que merecer con la gracia de Dios y nuestras buenas acciones. Nuestra casa no es la que habitamos al presente, que nos sirve tan sólo de morada pasajera; nuestra casa es la eternidad: *El hombre se va hacia la casa de su eternidad* (Ecl. 12, 5). ¿En qué género de locura daría el viajero que, al pasar por una región ajena a la suya, gastara su fortuna en comprarse casa, palacio,

con riesgo de tener que volverse a su país y tener que vivir en él vida miserable? Y ¿no será loco el que trata de vivir felizmente en este mundo, que tendrá de que dejar pronto, y con sus pecados se arriesga a vivir desgraciadamente en el otro mundo, del cual no habrá de retornar?

2.º *Locura de quienes buscan la satisfacción de los sentidos y olvidan la cuenta que han de dar.*— Decidme, amadísimos hermanos, si vieseis a un hombre que va condenado, escoltado por los ministros de la justicia, y en lugar de prepararse para la muerte, a que camina, fuese por las calles mirando las casas para encontrar una a su gusto, pensando en festines y en diversiones, pronunciando palabras indecentes y murmurando del prójimo, ¿no diríais del desgraciado o que está loco o abandonado de Dios? Pues ¿qué? ¿No camináis vosotros ahora a la muerte? ¿A qué, por tanto, pensar en la satisfacción de los sentidos? ¿Por qué no trabajar en arreglar las cuentas que un día, tal vez próximo, tendréis que presentar en el tribunal de Jesucristo? Almas de fe, dejad a los locos del mundo pensar en acrecentar la fortuna terrena, y vosotros pensad en la fortuna de la otra vida, que será eterna; la vida presente ha de acabar, y ha de acabar pronto.

III. EXHORTACIÓN: 1.º *Escuchad la voz de los muertos, que os avisa: recordad que tenéis que morir y preparad las cuentas.*— Acercaos al panteón donde descansan vuestros parientes y amigos y escuchad lo que os dicen los cadáveres: *A él ayer y a ti hoy.* Lo que a mí me ha sucedido también te sucederá a ti. También tú te convertirás en polvo y ceniza, y entonces ¿dónde se hallará tu alma si antes de morir no arreglas las cuentas con Dios? Hermanos míos, si queréis vivir bien y tener

arregladas las cuentas para aquel gran día en que se decidirá vuestra eternidad feliz o desgraciada, procurad vivir en los días que os restaren cara a la muerte. *¡Ay muerte, cuán buena es tu ley!* ¡Cuán bien juzga de las cosas y gobierna sus acciones quien juzga y gobierna cara a la muerte! El pensamiento de la muerte desase de todas las cosas terrenas. Decía San Lorenzo Justiniano: «Piénsese en el término de la vida y no habrá amores mundanos». ¡Cuán bien desprecia las riquezas, los honores y placeres de este mundo el que sabe que pronto tendrá que abandonarlo todo para ir al fondo de un sepulcro a ser pasto de gusanos!

Hay quienes rechazan el pensamiento de la muerte, como si bastara no pensar en ella para evitarla; pero no se puede evitar la muerte, y dejar de pensar en ella equivale a exponerse a tenerla desgraciada.

2.º *Mirad los ejemplos de los santos.*— Los santos, al considerar la muerte, despreciaron todas las fortunas terrenas. San Carlos Borromeo tenía sobre la mesa una calavera para que no le abandonara jamás el pensamiento de la muerte. El cardenal Baronio llevaba en el anillo este mote: «Piensa en la muerte». El venerable P. Ancina, obispo de Saluzo, tenía de continuo a la vista esta sentencia grabada en una calavera: «Fuí lo que eres; serás lo que soy». Cuando los santos se retiraban a los desiertos para vivir vida solitaria en las cavernas, llevaban consigo una calavera; y ¿para qué? Para prepararse a la muerte. Por esto, cierto piadoso solitario, cuando le preguntaron el porqué de su alegría cuando estaba para expirar, respondió: «Siempre tuve a la muerte ante la vista, y por eso ahora que llega no me infunde pavor». Por el contrario, ¡con qué terror la ven llegar los que no quisieron pensar en ella!

35. La hora de la muerte es incierta

I. INCERTIDUMBRE SALUDABLE: I.º *Que detiene al pecador.*— Escribe el Idiota: «Nada hay más cierto que la muerte ni más incierto que su hora». No dudamos de que todos hemos de morir y de que ya determinó Dios el año, el mes, el día, el momento en que habremos de dejar la tierra para entrar en la eternidad; pero el momento en que habremos de morir no nos lo ha querido Dios revelar, y muy en justicia, dice San Agustín, porque, si hiciera conocer a cada cual el día establecido para su muerte, muchos continuarían pecando, en la seguridad de que no habían de morir hasta aquel día.

2.º *Que hace vivir cristianamente.*— Dios nos oculta la duración de nuestra existencia, dice el santo, para que vivamos toda ella cristianamente: «Se nos oculta el día postrero para que santifiquemos todos los días».

3.º *Que nos fuerza a vivir preparados.*— De aquí que Jesucristo nos exhorte: *Estad apercebidos, pues a la hora que no pensáis viene el Hijo del hombre* (Lc. 12, 40); con lo que nos quiere dar a entender que la muerte nos asaltará cuando menos lo pensemos a morir, como escribe San Gregorio: «Dios nos deja en la incertidumbre sobre la hora de nuestra muerte para que ésta no nos coja de improviso». San Pablo nos advierte igualmente que el Señor nos vendrá a juzgar como el ladrón que entra de noche en la casa, dándonos con ello a entender que llegaremos a tal día antes de que lo pensemos. Pues ya que la muerte, dice San Bernardo, nos puede quitar la vida en cualquier momento y en cualquier lugar, si queremos vivir santamente y salvarnos es preciso que la estemos esperando en todo tiempo y lugar. «La muerte nos aguarda en

todas partes, son sus palabras; luego en todas partes la debemos esperar».

Repitámoslo con San Agustín: «Si el Señor nos oculta el día de la muerte, es para que santifiquemos todos los días».

II. INCERTIDUMBRE INQUIETADORA: I.º *La muerte se avecina.*— Muchos cristianos tienen la desgracia de condenarse, porque muchos, aun entre quienes la ancianidad inclina sobre la tumba, se imaginan que la muerte está aún lejos y que no los herirá sin darles tiempo para prepararse. «Los hombres, en el endurecimiento de su corazón, dice San Gregorio, miran la muerte como lejana, aun cuando experimenten sus primeros golpes». Amadísimos oyentes, ¿lo juzgáis así vosotros? Pues bien, ¿qué sabéis si la muerte está próxima o lejana?

2.º *Puede venir súbitamente y de improviso.*— ¿Quién os garantiza que se os dará tiempo para prepararos? ¿De cuántos sabemos que murieron súbitamente, unos en el viaje, otros sentados y otros durante el sueño? ¿Había uno solo de ellos que creyese que iba a morir como murió? Sin embargo, así murieron, y si se hallaban en desgracia de Dios, ¿dónde habrán ido a parar sus miserables almas? ¡Desgraciada del alma a la que sobreviene de improviso la muerte!

3.º *Siempre llega de improviso para los pecadores.*— A cuantos viven con la conciencia de ordinario embrollada declaro que morirán de improviso, aun cuando tengan siete u ocho días de preparación, porque difícilmente, como demostraré en el sermón 19, podrán en esos días de confusión y espanto ajustar bien sus cuentas, convirtiéndose verdaderamente a Dios. Pero también repito que puede ser que la muerte asalte de modo

que ni se cuente con el tiempo para recibir los sacramentos. Y ¿quién sabe si estará vivo dentro de una hora? Por esto temblaba Job al decir: *No sé yo cuánto tiempo existiré aún ni si dentro de poco me llevará mí Creador* (Job. 32, 22). Atendamos al consejo de San Basilio, que nos exhorta a que cuando nos acostemos no estemos fiados en que habremos de amanecer.

4.º *Puede arrebatarse al pecador inmediatamente después o en el acto del pecado.*— Cuando el demonio os induzca a pecar diciéndoos que luego os confesaréis y adoptaréis los remedios, respondedle: ¡Quién sabe si hoy será el último de mi vida! Y si después de pecar me sorprendiera la muerte sin darme tiempo para confesarme, ¿qué sería de mí por toda la eternidad? ¡Cuántos pecadores murieron y cayeron en el infierno en el mismo tiempo en que paladeaban el emponzoñado placer! *Como peces que son cogidos en red..., así son prendidos los hijos del hombre en el tiempo aciago* (Eccli. 9, 12), dice el Eclesiástico. Por *tiempo aciago* se ha de entender aquí el momento en que el pecador verifica actualmente el mal. Pecan los pecadores prometiéndose la paz y creyéndose seguros con el pensamiento de que harán una buena confesión para así evitar el infierno, mas la muerte sobrevendrá repentinamente y les arrebatará el tiempo de poner remedio a tanto mal: *Así que digan: «Paz y seguridad», entonces de improviso se les echa encima el extrerminio* (1 Ter. 5, 3).

III. INCERTIDUMBRE FATAL: I.º *La muerte puede causar la pérdida del alma, pérdida total.*— ¡Cosa chocante! Si a alguien se le debe cierto dinero, éste toma sus precauciones y hace que el deudor firme la deuda, pues el acreedor piensa: ¡Quién sabe lo que puede pasar! Puede venir la muerte y me puedo que-

dar sin el dinero. Y ¿por qué no habríamos de usar la misma cautela respecto del alma, que vale más que todos los intereses? ¿Por qué no se piensa igual: Quién sabe lo que puede pasar? Perder cierta cantidad de dinero no es perderlo todo; pero, perdida el alma, todo está perdido.

2.º *Pérdida irreparable.*— Además, el dinero perdido se puede de nuevo ganar, y si se pierde por una parte, se puede ganar por otra, pero, perdida el alma por la muerte, se pierde todo, sin que haya esperanza de recuperarla en la otra vida. Si se muriera dos veces, en la segunda se podría salvar el alma que se perdió en la primera; pero no: *Está reservado a los hombres morir una sola vez* (Heb. 9, 27); una sola vez, por eso nuestra suerte no está más que una sola vez en nuestras manos; si no salimos airoso en la primera vez nos hemos perdido para siempre; que por eso también al condenarse se le llama error sin remedio: «Quien pereció una vez pereció para siempre».

PERORACIÓN: 1.º *Imitad la solicitud de los santos.*— Cuando al Santo P. Juan de Avila, santo apóstol español, le anunciaron la noticia de su muerte, respondió el excelso siervo de Dios, que desde niño había vivido santamente: «¡Ojalá tuviera un poco de tiempo para prepararme a morir!» También el abab San Agatón, al morir después de tantos años de penitencia, exclamaba: «¿Qué sera de mí? ¿Quién sabe los juicios de Dios?»— Y tú, ¿qué dirás, cristiano mío, cuando se te anuncie la noticia de tu muerte y te diga el sacerdote que te asista: Parte, alma cristiana de este mundo? Tal vez digas: Esperad un poco a que me prepare. —No; de prisa, que la muerte no espera. — Por eso ahora es necesario que nos preparemos a morir: *Con temor y temblor obrad vuestra propia salud.* Nos

advierte San Pablo que, si queremos salvarnos, debemos vivir temiendo y temblando que no nos sorprenda la muerte en pecado. Pensad, hermanos, que se trata de la eternidad: *Si un árbol cae hacia el sur o hacia el norte, en el lugar que el árbol cae, allí quedará.* ¡Qué felicidad si en la hora de la muerte el árbol de tu vida cayere al mediodía, es decir, a la eterna salvación! ¡Qué alegría experimentarás al poder decir entonces: «Estoy salvo; lo he asegurado todo, ya no puedo perder a Dios y seré feliz para siempre». Pero si cayeres de la parte del aquilón, es decir, del lado del infierno, ¿qué dirás entonces? Dirás desesperado: «¡Desgraciado de mí, que me engañé y lo perdí todo sin remedio!»

2.º *Decidíos a servir a Dios.*— ¡Ea, pues!, tomad ahora la firme resolución de daros del todo a Dios. Así tendréis una buena muerte y seréis felices por toda la eternidad.

36. Todo acaba

I. TRISTE IMPRESIÓN QUE LES CAUSA A LOS MUNDANOS LA MUERTE.— El hombre que viene entre delicias y honores, aun cuando haya llegado al ideal de sus deseos, verá de pronto sobrevenirle la muerte para decirle: *Dispón lo referente a tu casa, porque vas a morir* (Is. 38, 1).

I.º *Que se anuncia.*— ¡Dolorosa noticia! El desgraciado tendrá que decir entonces: Adiós, mundo; adiós, ciudades; adiós, tierras y propiedades; adiós, parientes; adiós, amigos; adiós, cacerías, adiós, bailes; adiós,

festines y honores; todo se acabó ya para mí. Sí, todo se acabó y, por buenas o por malas, hay que abandonarlo todo. *No lo llevará todo al morir ni habrá de descender tras él su fausto* (Sal. 48, 18). Dice San Bernardo que la muerte obra la terrible separación del alma, el cuerpo y todas las cosas terrenas.

Si a los grandes de la tierra, a quienes los mundanos llaman dichosos, se les hace tan amargo el solo nombre de la muerte que ni quieren oírlo, porque todo su afán es la tranquilidad en la posesión de los bienes terrenos, como dice el Eclesiástico: *¡Oh muerte, cuán amargo es tu recuerdo para el hombre que goza en paz de sus riquezas!* (Eccli. 41, 1), ¡cuántos más amarga se les hará la misma muerte cuando venga en realidad!

2.º *Que llega.*— ¡Desgraciado del que no se hallare entonces desaido de los bienes terrenos! Cada golpe encierra su dolor, por lo que, cuando le llegue al corazón la hora de separarse, por medio de la muerte, de los bienes en que había cifrado todo su amor, experimentará sin igual dolor. Esto es lo que le hacía exclamar al rey Agag: *¡Ciertamente es amarga la muerte!* Esta es la gran miseria de los que próximos ya a ser llamados al juicio de Dios, en lugar de preocuparse en poner en orden los asuntos de su conciencia, se ocupan en pensamientos terrenos. «Este es, dice San Agustín, el castigo reservado a los pecadores, que, por haber olvidado a Dios durante la vida, se vengan a olvidar de sí mismos en la muerte».

II. DESPOJOS Y CASTIGOS QUE OBRA.— Sea cual fuere el apego que se tenga a las cosas de este mundo, hay que abandonarlo todo en la hora de la muerte, y así como entramos en la vida desnudos, desnudos saldremos de la muerte: *Desnudo*, decía Job, *salí del*

seno de mi madre y desnudo volveré allá (Job. 1, 21). Los que pasaron toda la vida reuniendo riquezas, de cuantos bienes amontonaron a expensas de la salud, del descanso y del alma, no podrán llevarse absolutamente nada consigo; abrirán entonces sus ojos, y los infelices nada hallarán de cuanto adquirieron, por lo que, como en el horror de una noche oscura, se apoderará de ellos una tempestad de penas y de tristezas: *Rico se acuesta y no tornará a hacerlo; ha abierto los ojos y ya no existe. Terrores le sobrecogen en pleno día; de noche lo ha arrebatado un torbellino* (Ibid. 27, 19-20). Cuenta San Antonino que el sultán de los sarracenos Saladino ordenó que al llevarlo a la sepultura fuese delante de él un soldado con una pica enhiesta, de la que colgase su propia mortaja, y fuera a la vez pregonando: «He aquí tan sólo lo que el sultán Saladino se lleva a la tumba». – Cuenta también San Antonino a propósito de Alejandro Magno, de quien dice la Escritura que *enmudeció la tierra ante él*. que, al enterarse cierto filósofo de su muerte, pensaba en alta voz y decía: «Ayer Alejandro hollaba bajo sus pies y hacía temblar a la tierra, y hoy yace bajo cuatro palmos de ella; ayer era el mundo pequeño para el vuelo de su ambición, y hoy día tiene que contentarse con unos puñados de tierra». Cierta día que San Agustín u otro célebre autor visitaba el sepulcro de César, exclamaba: «Ayer los patricios te rendían pleitesía, las ciudades te honraban como dios, a todos infundías temor; pero ahora, ¿dónde está tu magnificencia?» He aquí la respuesta de David: *He visto yo al impío engreírse y extenderse cual frondoso cedro; (de allí a poco) pasé y ya no estaba* (Sal. 35, 35). ¡Cuántos de estos espectáculos vemos a diario en el mundo! Aquel pecador primero era pobre y despreciado; se enriqueció y no le faltaron honores y dignidades, tanto que a

todos le envidiaban su suerte; mas al llegar la muerte era público el comentario: «Este supo conquistarse un puesto honroso en el mundo, pero ¿de qué le ha valido, si con la muerte acabó todo para él?»

III. AVISOS QUE HACE A LOS RICOS Y A LOS SOBERBIOS:

1.º *Considerad en lo que os trocaréis por la muerte.*— El Señor dirige este reproche a los que se engríen con los honores y riquezas de esta tierra. Desgraciado, ¿de dónde te viene este orgullo? Por muchos bienes que poseas y honores que se te tributen, no te olvides que eres tierra: *Eres polvo y tornarás al polvo* (Eccli. 10, 9). Día vendrá en que fallezcas, y, una vez muerto, ¿de qué te servirán los títulos y fortunas con que te envaneciste? Vete, dice San Ambrosio, vete al cementerio en que yacen sepultados ricos y pobres y mira si distingues quién fue el rico y quién el pobre; todos están desnudos y no tienen más que cuatro descarnados huesos.

2.º *Desasíos y convertíos, pero no tardéis en hacerlo.*— Si los hombres de mundo quisieran recordarse de la muerte, ¡cuánto bien harían a su alma! *Cuando al cementerio es conducido, sobre un mausoleo vela* (Job. 21, 32). A la vista de aquellos cadáveres se recordará de la muerte y que él un día vendrá a ser uno de ellos, y así despertará del sueño mortal en que tal vez vivía sumido. Desgraciadamente, los mundanos no quieren pensar en la muerte sino precisamente cuando se presenta y en la hora en que han de partir de este mundo para entrar en la eternidad; por eso viven tan apegados a los bienes mundanos, como si nunca tuvieran que marchar del mundo. Pero no; la vida del hombre es breve y pronto acabará; todo acaba, y todo acaba pronto.

37. Todo acaba pronto

I. EL PECADOR OLVIDA LA MUERTE, PERO ELLA SE ACERCA SIN CESAR, CORRE Y PRONTO DA AL TRASTE CON TODO.— Todos los hombres están convencidos de que habrán de morir; pero se figura a la muerte tan lejana como si no tuviese que llegar. Pero no, dice Job: *El hombre..., corto de días y harto de inquietud, brota y se marchita como una flor* (Job. 14, 1). La salud al presente se siente tan debilitada, que la mayoría mueren, como lo patentiza la experiencia, antes de los sesenta años. Y ¿qué otra cosa es nuestra vida, pregunta Santiago, sino *una emanación vaporosa que por un instante parece y luego desaparece* (Sant. 4, 15), con sola una corriente, una fiebrequilla, un ataque de apoplejía, un absceso que da al traste con tantos seres? Decía al rey David la mujer tecuíta: *(Todos) morimos sin remedio y somos aguas derramadas en tierra, que no se pueden ya recoger*; y le sobraba razón, porque como los ríos y riachuelos corren al mar sin que ninguna de sus aguas torne atrás, así corren nuestros días, y la vida se nos desliza a la muerte.

Mis días han sido más rápidos que correo, decía Job. La muerte sale a nuestro encuentro más rápida que la posta, de modo que a cada paso que damos y a cada respiración que emitimos nos acercamos a ella. San Jerónimo, al paso que escribía, pensaba también que era tiempo que le acercaba al morir, y decía: «Lo que escribo lo quito de mi vida». Digamos, pues, con Job: «Pasan los años, y con los años pasan los placeres, los honores, las pompas y cuanto hay en la vida. *Sólo el cementerio me resta*». En efecto, después de tantas fatigas en él como hombres de valor, de talento, de ingenio, ¿en qué acabará todo ello? Acabará en la obscuri-

dad y el pudrilero de la tumba. He aquí, por lo tanto, se dirá el pobre mundano cuando esté para morir, que esta hermosa casa y este jardín, estos mis muebles de tanto gusto, las pinturas y los lujosos vestidos, ya no son míos, y lo único que me queda es un sepulcro.

II. VIENE DE GOLPE A ATERRAR AL PECADOR Y SORPRENDERLE.— Puede el hombre durante la vida estar absorbido en los negocios mundanos y en los placeres terrestres, pero tarde o temprano acontecerá, dice el Crisóstomo, que han de tomar los pensamientos otro curso cuando el temor de la muerte invada al pecador, temor que abrasa las cosas de la vida presente e induce al alma a pensar y a preocuparse de lo que será de ella después de la muerte, en la eternidad. Entonces, dice Isaías, *se abrirán los ojos de los ciegos*, de aquellos que se afanaron toda la vida en adquirir bienes terrenos y atendieron poco a los intereses del alma. A todos estos les acontecerá lo que el Señor nos avisa: que la muerte les sobrevendrá cuando menos lo piensen: *A la hora que no pensáis, viene el Hijo del Hombre* (Lc. 12, 40).

Para estos miserables siempre llega la muerte de improviso: realmente, a estos hombres amantes del mundo no se les habla de ordinario de la muerte sino en el momento en que su estado es desesperado. Ahí lo tenéis, pues, en sus postreros días ante una cuenta de cincuenta o sesenta años vividos en la tierra. Entonces desearán otro mes, otra semana para ajustar mejor las cuentas y ordenar su conciencia, pero *se buscará paz y no la hallarán* (Ez. 7, 25).

III. FINALMENTE, LO LANZA A LA ETERNIDAD CON SUS OBRAS PARA SER JUZGADO.— Como ya no es hora de concesión de tiempo, el sacer-

dote que asista leerá la orden divina de partir de este mundo, diciendo: «Parte, alma cristiana, parte de este mundo». ¡Qué entrada tan funesta en la eternidad hacen los mundanos que mueren envueltos en tantas tinieblas y confusiones por no haber arreglado bien sus cuentas con Dios.

Balanza y platillos justos son de Yahveh (Pv. 16, 11). En el tribunal del Señor no se pesan ni la nobleza, ni la dignidad, ni las riquezas, sino tan sólo dos cosas: los pecados de los hombres y las mercedes de Dios. Quien haya correspondido fielmente a las luces y llamamientos divinos será recompensado, y quien no haya correspondido será condenado. No solemos estimar en mucho las gracias de Dios, pero el Señor sí que las lleva en cuenta una a una, y cuando ve al pecador despreciándolas hasta cierto número, le abandona en su pecado, y así permite que muera: *Lo que siembre uno, eso mismo cosechará* (Gal. 6, 8). De las fatigas por que tuvo que pasar para adquirir honores, riquezas, aplausos, nada recogerá en la hora de la muerte, pues todo lo habrá perdido; solamente se recogen frutos de vida eterna con las obras hechas por Dios o con las tribulaciones por El sufridas.

PERORACIÓN: I.º *Trabajad en vuestra salvación que es el asunto más importante y el único; todo lo demás pasa.*— Por eso San Pablo nos exhorta y aun nos ruega que nos ocupemos en lo que es, sobre todo, de nuestra incumbencia. Y yo pregunto, ¿qué cosa será, sobre todo, de nuestra incumbencia? ¿Amontonar dineros o ser renombrado entre los hombres? No, ya que aquí se habla del negocio del alma, del que habló primero Jesucristo al decir: *Negociad en tanto que vuelvo*. En fin para que el Señor nos puso y conserva en el

mundo es para salvar el alma y alcanzar con las buenas obras la vida eterna. Este es el fin de nuestra creación: *El paradero, la vida eterna* (Rm. 6, 22). La finalidad de nuestra salvación no es el asunto más importante que tenemos entre manos, sino el principal y, por mejor decir, el único, porque, salvada el alma, todo se ha salvado, en tanto que si la perdemos, también lo perdemos todo. En consecuencia, como dice la Escritura, *combate por la verdad hasta la muerte, y Yahveh guerreará por ti* (Eccli. 4, 33). Este es el negociar que el Salvador pide de cada uno de nosotros: *Negociad en tanto que vuelvo*, teniendo siempre ante los ojos el día en que ha de venir para exigirnos cuenta de nuestra vida.

Todas las cosas de este mundo, riquezas, aplausos, honores, todas, como ya dijimos, han de acabar, y han de acabar pronto. *Pasa la configuración de este mundo* (1 Cor. 7, 31); la escena de este mundo pasa. ¡Feliz quien en la representación desempeña bien el papel que le corresponde y logra salvar su alma anteponiendo los intereses del alma a todo interés temporal del cuerpo, según lo dan a entender aquellas palabras: *Quien aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna* (Jn. 12, 25). Necedad de los mundanos es decir: ¡Dichosos los ricos! ¡Dichosos los que sobresalen! ¡Dichosos los que no se privan de placer alguno! Todo ello necedad, porque la única dicha se cifra en amar a Dios y en salvar el alma. Sólo esto pedía a Dios el rey David, la salvación del alma: *Una cosa al Señor tengo pedida y por ella yo anhele* (Sal. 26, 4). San Pablo decía que todo lo despreciaba como estiércol para conquistar la gracia de Jesucristo, que encierra la vida eterna: *Todas las cosas estimo ser una pérdida... y las tengo por basuras a fin de ganarme a Cristo* (Fil. 3, 8).

2.º *No os inquietéis por las cosas de este mundo y, ante todo, servid a Dios.*— Dirá, tal vez, un padre de familia: «Yo trabajo, mas no tanto por mí cuanto por dejar un honrado pasar a mis hijos». A esto respondo: Claro está que si malbaratasen todos los bienes que posees y dejases a tus hijos sumidos en la pobreza, obrarías funestamente y pecarías; pero para dejar holgados a tus hijos, ¿vas tú a perder el alma? Y si te condenas, ¿irán quizás tus hijos a sacarte del infierno? ¡Insigne locura! Escucha lo que dice David: *Nunca he visto al justo abandonado ni a su progenie mendigando el pan* (Sal. 36, 25). Preocúpate tú de servir a Dios, observa las reglas de la justicia, y el Señor cuidará de que nada falte a tus hijos; con ello lograrás salvarte y adquirirás el tesoro eterno de felicidad, que no te podrá nadie arrebatarse, como te arrebatará la muerte, cual ladrón, cuantos bienes posees en la tierra. A esto nos exhorta el Salvador diciéndonos por San Mateo: *Atesoraos más bien tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los hacen desaparecer y donde los ladrones no perforan las paredes y roban* (Mt. 6, 20).

3.º *Recordad la finalidad de la vida, que es adquirir los bienes eternos; los bienes de la tierra sólo son medios, y muy inferiores a los primeros.*— He aquí, para concluir, el hermoso consejo que nos da San Gregorio para vivir cristianamente y merecer la vida eterna: «Tomad por fin la eternidad y como medio los bienes terrenos». Es preciso que nuestras obras tengan en la tierra por finalidad la adquisición de los bienes eternos; en cuanto a los bienes temporales, que tan sólo nos sirvan para sostener la vida en el poco tiempo que habremos de vivir en el mundo. Y continúa diciendo el Santo: «Así como es infinita la dis-

tancia que hay entre la finita vida presente y la eternidad, así tiene también que haber infinita distancia entre la solicitud que debemos tener por los bienes eternos, que habremos de disfrutar para siempre, y los bienes de esta vida, de los que pronto nos despojará la muerte».

38. Muerte del pecador

1.º *El pecador se turba por lo cercano de la muerte.*— *Su vida se acabará en la tempestad* (Job. 36, 14). Los desgraciados que viven en pecado mueren en medio de la tempestad con que de antemano les amenazó Dios: *Una tempestad estalla, sobre la cabeza de los impíos se precipita* (Jn. 23, 19). Durante los primeros días de la enfermedad, el pecador no se aflige mucho ni teme gran cosa, porque los parientes, los amigos y los médicos le dicen: «Es cosa de poco»; por lo que se ilusiona con que pronto va a curar; mas cuando la enfermedad avanza y comienzan a aparecer los síntomas malignos, nuncios de la muerte, que se aproxima, comienza la tempestad anunciada por Dios: *Cuando llegue vuestro espanto cual tormenta* (Pv. 1, 27).

2.º *Y, sobre todo, por lo innumerable de sus pecados.*— El enfermo sentirá estallar esta tempestad con los dolores de la enfermedad, con los temores de tener que partir de la tierra y dejarlo todo y, sobre todo, con los remordimientos de la conciencia, que le pondrá a la vista toda su desarreglada vida: *Al recuerdo de sus delitos vendrán acobardados, y los reconven- drán, alzándose en contra, sus iniquidades* (Sal. 4, 20).

Entonces aparecerán los pecados, y, a su vista, las mismas culpas, sin otro testimonio alguno, asaltarán al pecador y lo convencerán de ser reo del infierno.

3.º *Sólo le pondría calmar una sincera conversión, que es rarísima, porque de ordinario la contribución de este pecador es falsa, porque durante su vida se cegó y endureció voluntariamente, y recibirá su castigo.*—Cierto que estos pecadores se confesarán, dice San Agustín, pero la penitencia que se exige al enfermo es penitencia enfema. Según San Jerónimo, «de cien mil hombres que han vivido empecatados hasta la muerte, a duras penas si se salvará tan sólo uno». Añade San Vicente Ferrer que «sería mayor milagro que se salvara uno de éstos que resucitase un muerto».

Los desgraciados conocerán el mal hecho y querrán, pero no podrán, detestarlo. Antíoco reconoció la malicia de sus pecados, ya que dijo: *Ahora recuerdo los males que hice en Jerusalén*; los recordó, sí, pero no tuvo ánimo para detestarlos y murió acabado de tristeza: *He aquí que muero con gran tristeza*. Igual aconteció con Saúl en la hora de la muerte, como dice San Fulgencio: «Reconoció sus pecados, temió el castigo que por ellos merecía, pero no los odió».

¡Cuán difícil es que el pecador que ha dormido años y años en el pecado se convierta verdaderamente en el momento de la muerte, por tener la mente oscurecida y endurecido el corazón: *Su corazón es duro como piedra y duro cual la muela inferior*. En lugar de ser fieles a la gracia y escuchar los llamamientos de Dios, se endurecieron más y más, como se endurece el yunque a los martillazos, en pena de lo cual seguirá duro el corazón en la hora de la muerte: *Un corazón obstinado tendrá mal fin, y quien ama el peligro sucumbirá en él* (Eccli. 3, 25). Ya que hasta la muerte amaron

los pecadores el pecado y, por lo tanto, el peligro de condenarse, justamente permitirá Dios que perezcan en el peligro en que quisieron vivir hasta la muerte.

Escribe San Agustín que aquel a quien deja el pecado antes de que el pecador lo deje, difícilmente en la muerte lo detestará como se debe, porque entonces lo detestará no por odio que a él tenga, sino forzado por la necesidad. ¿Y cómo podrá odiar al pecado quien lo amó hasta la muerte? Entonces deberá amar al enemigo que hasta ese punto había odiado y deberá odiar a la persona que hasta entonces había amado. ¡Qué montañas de dificultades!

4.º *Poder que el pecado ejerce sobre el pecador.*— Pasará fácilmente entonces lo que pasó a unos hombres que tenían encadenadas ciertas fieras para lanzarlas sobre sus enemigos cuando llegaran: cuando las fueron a soltar, en vez de lanzarse las fieras sobre los enemigos se lanzaron sobre sus guardianes y los devoraron. Cuando quiera el pecador librarse de sus iniquidades, acabarán ellas por arruinarlo o con la complacencia de objetos hasta entonces gratos o con la desesperación del perdón al ver la enormidad y muchedumbre de sus pecados: *Alcanzará al malo la desgracia de modo repentino* (Sal. 139, 12). Dice San Bernardo que el pecador en la muerte se verá como vestido y encadenado por los propios pecados, que le dirán: «Obras tuyas somos; no te dejaremos», y, lejos de quererte abandonar, te acompañaremos hasta el juicio final y hasta la eternidad en el infierno.

39. Los asaltos del demonio

1.º *El demonio ataca fuertemente a los moribundos. Pruebas.*— Bajó a vosotros el diablo con gran coraje, sabiendo que cuenta con poco tiempo (Ap. 12, 12). En el decurso de la enfermedad sabe el demonio que no tardará el alma en salir de este mundo, por lo que emplea todas sus fuerzas para no dejarla escapar de sus manos. Dice el concilio de Trento que Jesucristo nos dejó el sacramento de la extremaunción como firmísima defensa contra las tentaciones que al fin de la vida lanzará el demonio. Y añade que el enemigo en ningún tiempo como entonces desencadena tan violentos combates para perdernos y hacernos desconfiar de la divina misericordia.

2.º *Asalta terriblemente a los santos. Ejemplos.*— ¡Cuán terribles son los asaltos y los brazos que tiende el demonio a las almas de los pobres moribundos, aun de quienes vivieron vida santa! Esto afirmó el rey San Eleázaro luego de verse libre de una gravísima enfermedad. Las tentaciones, dijo, con que el demonio asalta en la hora de la muerte no las pueden comprender sino quienes las experimentan. Léese en la vida de San Andrés Avelino tan fiero combate con el infierno al tiempo de su agonía, que hizo temblar a cuantos religiosos le asistían. Vieron cómo por la agitación se le hinchaba y tornaba negro el rostro, temblábale el cuerpo y le brotaban de los ojos arroyos de lágrimas. Todos lloraban de compasión y estaban llenos de terror viendo cómo moría un santo; con todo, luego hubieron de consolarse cuando, al presentar al santo una es estampa de la Santísima Virgen, se serenó, expirando plácida y alegremente su bendita alma.

3.º *Asalta, sobre todo, terriblemente a los pecadores.*— Si así acontece con los santos, ¿qué acontecerá

con los pobres pecadores que han vivido empecatados hasta la muerte? Entonces es cuando el demonio tentador no viene solo a tentar de mil modos para perderlos por una eternidad, sino que llama en su auxilio a muchedumbre de demonios: *Sus casas se llenarán de buhos*. Cuando se está para morir, llénase la casa de demonios que aúnan sus esfuerzos para perderlos: *Todos sus perseguidores le han dado alcance entre las angustias*. Todos estos enemigos formarán un cerco terrible en medio de tantas angustias de muerte; uno dirá: «No tengas miedo, porque no morirás de esta enfermedad». Otro exclamará: «Has vivido largo tiempo sordo a la voz de Dios, que ahora te tratará bondadosamente». Otro: «Pero ¿cómo te las arreglarás ahora para remediar tamaño mal como has hecho al prójimo en su fortuna y en su reputación? ¿No ves que fueron nulas las confesiones que hiciste, pues no iban acompañadas de verdadero dolor ni seguidas de sincero propósito? ¿Cómo remediarlo ahora que tu corazón está endurecido más aún de lo que sospechas? ¿No ves que estás condenado?» Y en medio de tales angustias e insultos de desesperación, el pobre moribundo, turbado y confundido, pasará a la eternidad: *En plena noche se resuelve un pueblo y desaparecen* (Job. 24, 20).

40. El temor de la muerte eterna

TEMOR FUNDADO, PORQUE MORIRÁ EN SU PECADO.— PRUEBAS: I.º *Dios no ha prometido a los pecadores la gracia de la conversión en la hora*

de la muerte, sino lo contrario.— ¡Desgraciado del cristiano a quien los primeros golpes de la muerte hallaren en pecado mortal! Cuando se vive hasta la muerte en pecado, en pecado se muere: *Moriréis en vuestro pecado* (Jn. 8, 21).

Cierto que en cualquier hora en que el pecador se conviertiere, Dios prometió perdonarlo; pero a ningún pecador prometió Dios que se habrá de convertir cuando vaya a morir. Dice Isaías: *Buscad a Yahveh (ahora) que pude ser hallado* (Is. 55, 6). Por tanto, tiempo vendrá para algunos pecadores en que buscarán a Dios y no lo hallarán: *Me buscaréis y no me hallaréis*.

2.º *En tal momento su penitencia no es sincera.*— Los desgraciados se confesarán en la hora de la muerte, prometerán, clamarán, pedirán a Dios misericordia, pero sin saber lo que hacen. Les pasa a éstos lo que pasaría al que se viese bajo los pies de su enemigo que blande el puñal para hundírselo en la garganta; llorará este tal, pedirá perdón, prometerá servirlo como esclavo toda la vida; pero nada de esto creará su enemigo. Lo que creará es que todas sus palabras son fingidas y sólo para huir de la muerte y que si lo perdonara sería más enemigo que antes. Igualmente, como Dios sabe que todos aquellos arrepentimientos y promesas del moribundo no provienen del corazón, sino del temor de la muerte y de la condenación próxima, ¿cómo lo pondrá perdonar?

3.º *Dios los abandona por justo castigo. Ejemplo de muerte funesta.*— El sacerdote asistente, al pie del lecho, leerá la recomendación del alma y pedirá al Señor que reconozca a su criatura, pero Dios responderá: «Reconozco que esta criatura es mía; pero ella no me ha estimado como Creador, sino que me ha tra-

tado como enemigo». El sacerdote proseguirá rogando: «No te acuerdes, Señor, de sus iniquidades»; y Dios le responderá: «Le perdonaría las culpas cometidas en su juventud, pero sépase que ha continuado despreciándome hasta el momento de la muerte: *Me volvieron la espalda y no el rostro; pero en tiempo de su desventura dicen: «¡Levántate y sálvanos!» ¿Dónde están, pues, tus dioses que te fabricaste? Alcense, a ver si te libran!»* (Jr. 2, 27). Tú, dirá Dios, me volviste las espaldas hasta la muerte, y ¿ahora quieres que te libre del castigo? Clama a tus dioses, es decir, a aquellas criaturas, a aquellas riquezas, a aquellos amigos a quienes amaste más que a mí; llámalos para que ahora vengan a ayudarte y librarte del infierno que te aguarda. Ahora me toca a mí vengarme en toda justicia de las ofensas que me hiciste. Sobrado conocidas te eran mis amenazas a los pecadores obstinados, y no hiciste caso alguno de ellas: *Correspóndeme a mí la venganza y el pago* (Dt. 32, 35). Llegó ya el tiempo de mi venganza y es justo que se ejecute.

Muerte funesta de un pecador reincidente y endurecido.— Cuenta el P. Carlos Bovio que había un gentilhombre en Madrid que vivía licenciosamente; pero, debido a la muerte desgraciada de un amigo suyo, se confesó y se resolvió a ingresar en una religión observante. No ejecutó luego esta inspiración y volvió a su mala vida pasada. Reducido a la miseria, anduvo vagabundo, de trotamundos, y llegó a Lima, donde enfermó, y en el hospital pidió un confesor, prometiendo de nuevo cambiar la vida e ingresar en religión. Al recobrar la salud recobró los malos hábitos y la mala vida, cuando estalló sobre él la venganza divina. El misionero que le había confesado un día el Lima pasaba en cierta ocasión por una montaña y oyó una voz que au-

llaba como una bestia; atendió el aullido y vio a un hombre a quien se le caían las carnes y que, aullaba desesperado; empezó por dirigirle buenas palabras; pero el moribundo, abriendo los ojos, lo reconoció y dijo: «¿También tú, para colmo, de miserias, vienes a ser testigo de las justicias divinas? Sábetelo que soy aquel enfermo a quien confesaste en el hospital de Lima; te prometí cambiar de vida, pero, como no lo hice, muero ahora desesperado». Y, en efecto, en un acceso de rabia y desesperación, rindió su desgraciada alma.

PERORACIÓN: I.º *Aprovechemos el tiempo presente, porque la muerte puede llegar de improviso.*—Acabemos este discurso. Decidme, amadísimos oyentes, si una persona en pecado mortal fuera atacada de repente de apoplejía que la hiciese perder el conocimiento, ¿no os causaría compasión verla morir sin sacramentos y sin señal alguna de penitencia? ¡Qué locura, pues, tan insigne tener tiempo para reconciliarse con Dios y, sin embargo, continuar viviendo en pecado y recayendo en él, con riesgo de morir de improviso y, por ende, en pecado mortal!

El Señor nos lo avisa con tiempo: *Vosotros también estad apercebidos, pues a la hora que no pensáis viene el Hijo del hombre* (Lc. 12, 40). A nosotros también nos puede sobrevenir, como a tantos sobrevino, una muerte en el momento menos pensado. Y no olvidemos que todas las muertes que sobrevienen a los hombres que viven mal son muertes por sorpresa, aun cuando la enfermedad diera algún espacio de tiempo, porque los días de la enfermedad última son días de tinieblas, de confusión, en que es difícilísimo y hasta moralmente imposible poner en orden una conciencia empecatada.

2.º *Dios os llama y os concede ahora tiempo.*— Decidme, hermanos míos, si ahora os hallaseis para morir, desahuciados de los médicos y puestos en trance de agonía, ¿cómo desearíais otro mes más, otra semana para ajustar las cuentas con Dios! Pues ya os concede Dios este tiempo, os llama y os da a conocer el peligro en que estáis de condenaros.

Apresuraos a convertiros a Dios. ¿Qué esperáis? ¿Esperáis a que Dios os tenga que precipitar en el infierno? *Caminad mientras tenéis luz* (Mt. 22, 21). Aprovechaos de estas luces y de este tiempo que ahora os da Dios y poned el remedio ahora que podéis remediarlos.

41. Muerte del justo

1.º *Las miserias de la vida y la muerte, que nos libra de ellas.*— ¿Qué es la muerte? «El fin de todas las miserias», responde San Euquerio. Dice Job que nuestra vida, por breve que sea, está llena de miserias, de enfermedades, de accidentes, de persecuciones y de temores. Los hombres que desean continuar viviendo en la tierra, ¿qué desean, dice San Agustín, sino continuar padeciendo?

Sí, porque la vida presente, nota San Gregorio, no se nos dió para descansar y gozar, sino para fatigarnos y padecer, y con las fatigas y padecimientos merecer el paraíso. Por esto dice el mismo santo doctor que, aun cuando la muerte se dio al hombre en pena de su pecado, sin embargo son tantos los trabajos de

la vida, que se diría que la muerte se nos diera no como pena, sino como liberación.

2.º *Los asaltos de nuestros enemigos y la muerte, que pone fin a estos combates.*— Los trabajos más duros que padecen en esta vida los amadores de Dios son los asaltos del infierno para hacerles perder la divina gracia; por esto dice San Dionisio Areopagita que caminan alegremente al encuentro de la muerte, porque es el término de la lucha, pues terminan los combates y la abrazan alegremente, dado que saben que, teniendo una buena muerte, no temerán caer en pecado. Quien ama a Dios no goza de mayor consuelo que el anuncio de la próxima muerte, pensando que así se verá libre de tantas tentaciones, de tantas angustias de conciencia y de tantos peligros de ofender a Dios. Durante la vida, dice San Ambrosio, caminamos por entre los lazos que nos tienden los enemigos para arrebatarnos la vida de la gracia. Este era el peligro que hacía exclamar a San Pedro de Alcántara en su última enfermedad cuando el hermano que le asistía iba a curarlo: «Deténgase, hermano, que aun estoy vivo y en peligro de condenarme». Este era el peligro que infundía tanto consuelo a Santa Teresa cuando oía sonar el reloj, alegrándose de que ya hubiera pasado una hora de combate y una hora de poder pecar y de perder a Dios. Por esto los santos, lejos de afligirse ante la nueva de la muerte, se alegraban con el pensamiento de que presto se verían libres del peligro de perder la divina gracia.

EFFECTOS DE ESTA LIBERACIÓN DE LOS JUSTOS: 1.º *Reciben la muerte con alegría, porque es el descanso después de los combates.*— Mas el justo, aun cuando muera antes de tiempo, disfrutará de reposo

(Sab. 4, 7). Quien está preparado para la muerte, viviendo en medio de tantos temores y peligros de esta vida, descansa en la muerte, viniera de la manera que viniese. Si alguien viviese en una casa en que las paredes se hallan para caer y el techo y el piso se hallaran resquebrajados, amenazando ruina, ciertamente que desearía salir cuantos antes de ella. En esta tierra todo amenaza ruina a la pobre alma: el mundo, el demonio, la carne, las pasiones, todo nos incita al pecado y a la muerte eterna; por eso exclamaba San Pablo: *¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* (Rm. 7, 24) *¿Quién me librará de este mi cuerpo, que vive moribundo por los combates que experimenta?*; y por esto también miraba a la muerte como ganancia, puesto que merced a ella podía conquistar a Jesucristo, que era su verdadera vida. ¡Dichosos, pues, quienes mueren en el Señor, pues salen de las fatigas y van al descanso!: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor...; que descansen de sus trabajos, porque sus obras los acompañan* (Ap. 4, 13). Cuéntase en la vida de los Padres del desierto de un antiguo solitario que se hallaba ya para morir y manifestaba grande alegría, en tanto que los circunstantes lloraban, y le hubieron de preguntar por la causa de semejante alegría, a lo que contestó: Y vosotros, ¿por qué lloráis, cuando veis que paso del trabajo al descanso? Lo mismo decía Santa Catalina de Siena en la hora de su muerte: «Consolaos conmigo, que cambio esta tierra de penalidades y voy al reino de la paz». La muerte de los santos se llama sueño, es decir, descanso que Dios concede a sus predilectos en premio de las fatigas que pasaron. Por eso las almas amantes de Dios no lloran al oír el anuncio de la muerte, sino que, abrazadas al crucifijo, dicen ardorosas de amor: *No bien me acues-*

to en paz, estoy dormido, porque, Señor, tú sólo hácesme reposar confiadamente (Sal. 4, 9).

2.º *Lo abandonan todo sin pesar: bienes, honores, parientes, amigos.*— El parte, alma cristiana, de este mundo, que tanto aterra a los pecadores en la hora de la muerte, no logra impresionar a los santos: *Las almas de los justos están en manos de Dios, y no les tocará tormento alguno (Sab. 3, 1).*

Los justos no se afligen, como los mundanos, por tener que dejar los bienes terrenos, porque tuvieron el corazón desasido de todo ellos. Iban por el camino de la vida protestando de que Dios era el único dueño de su corazón, toda su riqueza y toda su ambición: *¿Quién sino tú hay para mí en los cielos? Y si contigo estoy, la tierra no me agrada. Desfallece mi carne y mi espíritu, es de mi corazón roca y parcela mía por siempre (Sal. 72, 25-26).*

No se entristecen por tener que dejar los honores, porque el único honor a que aspiraron fué el de amar a Dios y ser de El amados; los demás honores terrenos los reputaron por humo y vanidad, como realmente son.

No se entristecen por tener que dejar a los parientes, porque sólo los amaron en Dios; en la muerte los dejan encomendados al Padre celestial, que los ama más que ellos mismos se pueden amar; y como tienen la seguridad de salvarse, esperan poder atenderlos mejor en el paraíso que en esta tierra. Finalmente, los que en la vida dijeron: *Dios mío y mi todo*, repítenlo con mayor amor en la hora de la muerte.

3.º *Soportan en paz los últimos sufrimientos.*— Ni siquiera pierden la paz entre los dolores que acarrea consigo la muerte, sino que, viendo que se está acabando la vida y que pronto ya no podrán sufrir más

por Dios ni le podrán ofrecer más pruebas de amor, aceptan esos dolores alegremente, ofreciéndose cual postrer muestra de su amor y uniendo su muerte con la Jesucristo en holocausto a la divina Majestad.

4.º *Están tranquilos por lo pasado.*— Los justos, aun cuando se aflijan con el recuerdo de los pecados pasados, sin embargo no se turban, porque la contrición que experimentan les asegura el perdón, ya que no ignoran la promesa del Señor en favor de quienes se arrepienten sinceramente de sus pecados: *Ninguno de los pecados que cometió le será recordado* (Ez. 18, 21-22). Pregunta San Basilio cómo se pondrá persuadir uno de que Dios lo haya perdonado, y responde: «Si puede decir que ha odiado la iniquidad y la ha aborrecido». Quien detesta sus pecados y para expiarlos ofrece la vida a Dios, puede estar seguro de que ha sido perdonado. Dice San Agustín: «La muerte, que antes de la ley de gracia era pena del pecado, en la ley de amor se trocó en sacrificio de expiación por el pecado».

5.º *Están llenos de confianza por lo por venir.*— El mismo amor que tiene a Dios le asegura de que se halla en estado de gracia y le libra del temor de condenarse: *El perfecto amor lanza afuera el temor* (1 Jn. 4, 18). Si en el lecho de muerte no se quiere perdonar al enemigo, ni se quiere restituir lo ajeno, ni romper con la amistad deshonesta, hay que temer por la salvación eterna, porque hay sobrada razón para temer; pero si quiere huir del pecado y no dejar entrar en el corazón nada que sea contrario al amor de Dios y Dios está con uno, ¿qué hay entonces que temer? Si quieres estar seguro de poseer el amor divino, acepta con paz la muerte y ofrécesela de corazón al Señor; quien ofrece a Dios la muerte hace el más perfecto

acto de amor que se pueda hacer, porque, abrazándola de buena gana para agradar a Dios, en el modo y en el tiempo que le plugieren se hace uno semejante a los mártires, cuyo mérito estriba en padecer y morir para agradar a Dios.

42. Nos libra de las faltas cotidianas

1.º *Es imposible vivir sin cometer algunas faltas.*— No se puede vivir sin cometer alguna culpa, al menos venial: *Siete veces cae el justo* (Pv. 24, 16).

2.º *La muerte libra de ellas. Sentimientos de los santos.*— Quien cesa de vivir, cesa de desagradar a Dios. «¿Qué es la muerte, pregunta San Ambrosio, sino la tumba de los vicios?» Efectivamente, nuestros vicios, enterrados con la muerte como en un sepulcro, no vuelven a aparecer. El Venerable P. Vicente Caraffa se consolaba con el pensamiento de la proximidad de la muerte, diciendo: «Ahora que voy a dejar de vivir, voy también a dejar de ofender a Dios». Quien muere en estado de gracia entra en el dichoso estado en que el alma habrá por siempre de amar a Dios sin poderlo ya ofender. «El muerto ya no sabe pecar», decía San Ambrosio. «¿Por qué, añadía, podemos desear esta vida, siendo así que cuando más prolongada es tanto mayor se hace en nosotros la suma de los pecados?»

3.º *La muerte es, por tanto, deseable y ventajosa. Es un beneficio de Dios.*— Por eso el Señor alaba más a los muertos que a los vivos: *Proclamé más felices a los muertos, que ya fenecieron, que a los vivos, que*

viven todavía (Eccl. 4, 2). En efecto, por santo que sea el hombre, mientras viva en la tierra no estará exento de alguna falta. Cierta persona espiritual ordenó que cuando fuese a morir se lo anunciaran de esta manera: «Consolaos, porque llegó el tiempo en que ya no podrás ofender a Dios».

Añade San Ambrosio que Dios quiso que la muerte entrara en el mundo para que los hombres cesaran de pecar. Grande error padecen quienes consideran la muerte como castigo para los que Dios ama; al contrario, es una prueba del amor que les profesa, porque sometiéndoles a la muerte los saca de entre tantos pecados que acabarían por macharlos: *Porque era aceptada su alma al Señor, por eso se apresuró a sacarlo de en medio de la iniquidad* (Sab. 4, 14).

43. Nos libra del peligro de caer en el infierno y nos abre el cielo

INTRODUCCIÓN: *Cuán preciosa es la muerte de los justos.— Es valiosa en los ojos del Señor la muerte de sus santos* (Sal. 115, 15). A los ojos de la naturaleza, la muerte es espantosa y hace temblar; pero a los ojos de la fe, consuela y se hace deseable. Si terrible se hace a los pecadores, tórnase amable y preciosa a los santos. «Verdaderamente preciosa es la muerte, escribe San Bernardo, porque es el fin de los trabajos, la consumación del triunfo, la puerta de la vida». ¡Qué alegría hubo de experimentar el copero de Faraón al enterarse, por boca de José, de que en

breve había de salir de la prisión e iba a reintegrarse a su puesto en la corte regia! Pues mucho mayor será la del alma amante de Dios cuando oiga que va a ser libertada del desierto de este mundo para ir a la patria a disfrutar de Dios.

1.º *Es el fin del desierto.*— Dice el Apóstol que, mientras vivimos con el cuerpo en la tierra, vagamos fuera de nuestra patria, en tierra ajena y lejos de nuestra vida, que es la vida de Dios: *Mientras estamos domiciliados en el cuerpo, andamos ausentes lejos del Señor* (2 Cor. 5, 6). He aquí por qué San Bruno decía hablando de la muerte: «No hay que llamarla fin, sino comienzo de la vida». San Atanasio dijo también en el mismo sentido: «Para los justos la muerte es sólo un traslado, es decir, el paso de la miseria de la vida a las delicias eternas del paraíso. «¡Oh muerte, amable muerte!, exclamaba San Agustín, ¿cómo no desearte, si eres el término de nuestros males, el fin del trabajo y el comienzo del eterno descanso?»

2.º *Es la puerta del cielo.*— Nadie puede entrar en el cielo a presenciar la gloria divina si no pasa por la puerta de la muerte. *Esta es la puerta del Señor; los justos pueden entrar por ella* (Sal. 117, 20). San Jerónimo pedía a la muerte que le abriera las puertas del cielo, diciéndole: «Abreme, hermana mía», porque, si no abrieres, no podré entrar a gozar de mi Dios. Al ver San Carlos Borromeo en su palacio un cuadro que representaba la muerte en forma de esqueleto que llevaba en la mano una guadaña, llamó a un pintor y le encargó que, en lugar de la guadaña, le pusiera en la mano una llave de oro. La muerte, en efecto, tiene el privilegio de abrirnos las puertas del cielo. Si una reina yaciese encerrada en una lóbrega cárcel, ¿cuál no fuera su alegría al oír que se le abren las puertas de la

prisión para llevarla a su palacio! Esto precisamente pedía David cuando decía: *Saca de la prisión al alma mía*. Esta fue asimismo la gracia que el santo anciano Simeón pidió al Niño Jesús cuando lo tuvo en sus brazos; que lo librara con la muerte de la cárcel de la presente vida: *Ahora dejas ir a tu siervo, Señor*. Lo comenta San Ambrosio diciendo: «Como si San Simeón estuviese como forzado a vivir en la tierra, pidió su libertad con la muerte».

3.º *Es el tránsito de la vida verdadera y deseada por las almas que aman a Dios.*— Dice San Cipriano que sobrada razón le asiste al pecador para temer la muerte, cuando de la muerte temporal va a pasar a la muerte eterna; en cambio, los que se hallan en gracia de Dios confían pasar de la muerte a la vida eterna, que es la vida verdadera. Cuéntase que cierto hombre rico dio una fuerte suma a San Juan Limosnero para que con ella distribuyese limonas y alcanzar de Dios larga vida para un hijo que tenía; aconteció que de allí a poco falleció el niño, de lo que se lamentaba amargamente el padre; pero Dios, para consolarlo, le mandó a decir por un ángel que su oración estaba despachada, ya que gozaba en el cielo de la larga vida que había perdido. Esta gracia nos mereció el Redentor, como dijo por Oseas, indicando que sería muerte e hizo que para nosotros dejase de ser muerte, sino que fuera vida. Así se expresó el mártir San Pionio cuando los verdugos le preguntaron cómo podía ir tan alegre a la muerte». «Es que os equivocáis, pues yo no voy a la muerte, sino a la vida». Así igualmente Santa Sinforosa animaba a la muerte a su hijo San Sinforiano: «Hijo, le decía, no es que te arrebaten la vida, sino que te la van a cambiar en mejor».

Escribe San Agustín que quien ama a Dios desea ir cuanto antes a verlo, y por eso padece con vivir y se

alegra con morir. Santa Teresa compuso la famosa poesía: «Vivo sin vivir en mí – y tan alta vida espero, – que muero porque no muero». Doña Sancha Carrillo, discípula del Beato P. Avila, supo por revelación que no le quedaba más que un año de vida, y ella respondió: «¡Ay de mí!, ¿conque un año más lejos de Dios? ¡Oh año triste, que me vas a parecer un siglo!» Así hablan las almas amantes de Dios; y es señal de poco amor no tener deseo de ir luego a verle.

ES UNA VICTORIA: I.º *La lucha postrera.* – Tal vez haya quien pregunte: «Yo deseo ir a ver a Dios, pero no dejo de temer la muerte, y temo los combates que habré entonces de sostener con el infierno; si los mismos santos tiemblan ante la muerte, ¿cómo no he de temblar también yo?»

2.º *Los auxilios de lo alto.* – Respondo: Ciertamente que el infierno no deja de atacar hasta a los propios santos en la hora de la muerte, pero también es cierto que Dios no deja de asistir a sus siervos en aquel trance, y a medida que crece el peligro, crece también el auxilio, como dice San Ambrosio. Aterrado quedó el sirviente de Eliseo al ver la ciudad sitiada por enemigos, pero reanimólo el santo haciéndole ver también muchos ángeles mandados por Dios en su ayuda, diciéndole a la vez: *No temas, pues son más los que están con nosotros que los que están con ellos* (Reg. 4, 16). Sí; el infierno redoblará sus esfuerzos contra el moribundo, pero verá que el ángel de la guarda llega a confortarlo; vendrán sus santos abogados; vendrá San Miguel, destinado por Dios para defender a sus fieles servidores en el último ataque del infierno; vendrá la Madre de Dios a asistir a su devoto; vendrá Jesucristo a defender de los asaltos infernales a su ovejuela, por

la que murió en cruz, y entonces ¡qué confianza le inspirará y qué fuerza le dará para resistir!; tantas, que tendrá que exclamar: *Es el Señor mi luz y mi salud: ¿de quién he de temer?* (Sal. 26, 1). ¡Cuán cierto es lo que dice Orígenes: que Dios tiene más empeño en nuestra salvación que el demonio en nuestra condenación, que es infinitamente mayor el amor que Dios nos tiene que el odio que nos profesa el demonio!

Fiel es Dios, dice el Apóstol, *quien no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis* (1 Cor. 10, 13).

3.º *El temor que experimentaron algunos santos.*— Cierto que algunos santos en la hora de la muerte experimentaron grandes temores, pero fueron los menos, y el Señor lo permitió para purificarlos en aquella hora de sus defectos, como opina el Belovancense.

4.º *Paz con que mueren los justos.*— Los justos suelen de ordinario morir con la sonrisa en los labios. El P. José Scamacca, religioso de santa vida, respondió cuando le preguntaban si moría confiando en Dios: «Pero ¿qué? ¿Serví quizás a Mahoma para que ahora vaya a dudar de la bondad de mi Dios y que no quiera salvarme?» El Señor sabe muy bien consolar a sus servidores en la hora de la muerte, y en medio de sus dolores les hace experimentar extraordinaria suavidad, preludio de la que en el paraíso va en breve a experimentar. Así como los que mueren en pecado comienzan ya desde el lecho a experimentar ciertas pruebas infernales, como temores extraordinarios, remordimientos crueles, arrebatos de desesperación, así, por el contrario, los santos, con los fervorosos actos de amor que hacen entonces, con la confianza y el deseo que experimentan de verlo pronto, ya antes de morir paladean la paz que dentro de poco gozarán en el cielo.

5.º *Varios ejemplos de suaves y santas muertes.*— El P. Suárez murió con tanta paz, que llegó a decir: «Nunca hubiera creído que fuese tan suave morir».— El cardenal Baronio, cuando el médico le decía que no pensara tan fijamente en la muerte, respondía: «¿Y qué? ¿El temor de la muerte me va a abreviar la vida? No sólo no temo la muerte, sino que la amo y la deseo».— Cuando Enrique VIII condenó a la muerte al cardenal Fisher, éste se revistió de sus mejores ornamentos, diciendo que iba a bodas, y al ver de lejos el cadalso, arrojando el bastón, exclamó: «Apresuraos, pies míos, apresuraos, que ya no está lejos el paraíso». El santo, en el postrer momento, entonó el *Te Deum* en acción de gracia por la dicha que Dios le otorgaba de morir por la fe; y así, con suma alegría, presentó la cabeza al verdugo.— San Francisco de Asís entonaba un canto al morir, y Fr. Elías le decía: «Padre, cuando se muere hay que llorar y no cantar». «Pues yo, le repuso el santo, no puedo evitar mis cánticos, ya que veo que dentro de poco voy a disfrutar de Dios en el cielo».— Una religiosa de Santa Teresa dijo en la hora de la muerte a las religiosas que la lloraban: «¡Dios mío!, y ¿por qué lloráis? Voy a encontrarme luego con mi amado Jesús; si me amáis, no lloréis, sino regocijaros conmigo».

Cuenta el P. Granada que cierto cazador halló en un bosque a un solitario postrado por tierra, muriendo y cantando. «¿Cómo, le preguntó, se puede cantar en semejante estado?»; a lo que el ermitaño le respondió: «Hermano, entre Dios y yo no hay más que este muro de mi cuerpo; ahora lo veo caer en pedazos, y los trozos de esta carne que se caen son trozos de la cárcel que se derrumba; por esto es el alegrarme, porque presto veré a Dios».— San Ignacio Mártir experimentaba tanto deseo de ver a Dios, que decía que si

las fieras no se llegaran a devorarlo, él las azuzaría para que lo hicieran.— Santa Catalina de Siena se extrañaba de qu hubiera quien hablase de la muerte como de un mal, y decía: «¡Oh muerte amada, cuán mal vista eres de los hombres! ¿Por qué no vienes a mí, que te llamo día y noche?»

6.º *Muerte de los hijos de María.*— ¡Cuán dichosa será, sobre todo, la muerte de los devotos de la Madre de Dios! Refiere el P. Binet que, asistiendo a un moribundo que había sido devotísimo de la Santísima Virgen, le dijo: «Padre, no puede creer el consuelo que en la muerte se experimenta al pensar que se ha servido a María Santísima! Yo no sé explicarlo».

7.º *Viático de quienes amaron a Jesucristo.*— ¡Qué gozo tendrán también los amadores de Jesucristo al verlo acercarse como viático! ¡Quién pudiera entonces decirle, como le decía San Felipe Neri cuando vio llegar al Santísimo: «He aquí el amor mío; he aquí el amor mío; dadme a mi amor»! Para poder hablar de esta manera en la hora de la muerte hay que haber amado mucho a Jesucristo durante la vida.

44. Cuando vea a su juez (el alma citada)

I. **TERROR DEL ALMA ANTE EL TRIBUNAL DIVINO.**— *Está reservado a los hombres morir una sola vez, y tras esto, el juicio.* Es de fe que tenemos que morir y que, pasada la muerte, habemos de ser juzgados de todas las obras de nuestra vida.

I.º *Terror que experimentan los moribundos.*— ¡Cuál no será entonces el pavor que se apodere de los peca-

dores cuando piensen que presto han de rendir el postrer suspiro, que presto comparecerán ante el juicio, y se sabrá luego a qué atenerse acerca de la eternidad, si feliz o desgraciada?

2.º *Terror compartido por los santos.*— En el momento en que el alma va a pasar del tiempo a la eternidad, el recuerdo de los pecados cometidos, el rigor de la divina justicia, la incertidumbre de la salvación eterna, hacen temblar aun a los santos. Santa María Magdalena de Pazzi temblaba en su enfermedad por el temor del juicio, y cuando el confesor trataba de infundirle ánimo, le atajaba: «¡Ah, Padre mío, gran cosa es comparecer ante Cristo juez!» San Agatón, después de tantos años de penitencia en el desierto, temblaba también ante la muerte, diciendo: «¡Quién sabe lo que será de mí en el tribunal de Jesucristo!» El Venerable P. Luis de la Puente, cuando pensaba en las cuentas que había de rendir a Dios al fin de la vida, se estremecía de tal modo, que hacía moverse la habitación en que se hallaba. El mismo pensamiento del juicio le hizo abandonar el mundo al P. Juvenal Ancina, oratoniano y más tarde obispo de Saluzzo. Oyendo cantar cierto día el *Dios irae*, meditó en el terror del alma al ser presentada ante el tribunal de Cristo, y tomó la resolución de darse completamente a Dios, como en efecto lo hizo.

II. TERROR EXPERIMENTADO POR EL ALMA:

I.º *Cuando comparezca ante el tribunal divino.*— Es sentencia común de los teólogos que, en el mismo momento en que el alma se separa del cuerpo, empieza el divino tribunal, se lee el proceso, y Cristo pronuncia la sentencia. Ante este excelso tribuna, todos habemos de comparecer para rendir cuenta de cuanto

hemos pensado, de cuanto hemos dicho y de cuanto hemos hecho: *Todos nosotros hemos de aparecer de manifiesto delante del tribunal de Cristo, para que reciba cada cual el pago de lo hecho, viviendo en el cuerpo en proporción de lo que obró, ya sea bueno, ya sea malo* (2 Cor. 5, 10). Se han visto criminales sudar de terror al comparecer ante los tribunales terrenos. Cuéntase de Pisón que, al tener que comparecer ante el senado romano vestido de acusado, experimentó tal confusión, que prefirió quitarse la vida, como lo hizo.

2.º *Al ver al juez irritado.*— ¡Qué pena experimentarían un vasallo o un hijo al tener que comparecer ante su rey o su padre, que, irritados, los llamaran para rendirles cuentas del delito que fuese! ¡Qué pena y confusión mayor que la del alma cuando tenga que comparecer delante de Jesucristo indignado por los desprecios de que le ha hecho objeto en la vida! San Lucas, hablando del juicio, escribe: *Entonces verán al Hijo del hombre* (Lc. 21, 27). Le verán en su humanidad con las mismas llagas de su ascensión: «¡Grande alegría, dice el abad Ruperto, para los deseosos de contemplarle y gran terror para los que tienen que padecerle!» ¡Cuánto consolará la contemplación de sus llagas a los justos y cómo aterrará a los pecadores, que verán en ellas el amor que les patentizó el Redentor y la ingratitud con que le pagaron!

Ante su ira, ¿quién puede mantenerse? ¡Qué terror se apoderará, pues, del alma pecadora ante este juez cuando lo vea por vez primera y lo vea indignado? Dice San Basilio que entonces le atormentará más la vergüenza que el mismo fuego del infierno. Un cortesano de Felipe II se atrevió a engañarle, y el

rey le dirigió este reproche: «¿Así me engañas?» El desgraciado volvió corriendo a su casa, donde murió de dolor. Los hermanos de José, cuando le oyeron decirles: *Yo soy José..., no podían responderle, porque estaban espantados en su presencia.* ¿Qué responderá el pecador a Jesucristo cuando le diga: «Yo soy tu Redentor y tu Juez, a quien tantas veces despreciaste»?

3.º *Cuando se vea cercado por todas partes de enemigos.*— «¿Adónde huirá entonces el desgraciado, pregunta San Agustín, cuando vea al juez airado arriba, al infierno abierto abajo; de una parte, los pecados, que le acusan; de la otra, los demonios, que lo arrastran al infierno, y dentro, la conciencia, que lo desgarrará?»

4.º *Cuando ya no haya misericordia para ella.*— Quizás se atreva entonces a pedir misericordia. «Pero ¿cómo, exclama Eusebio de Emesa, podrá osar reclamar misericordia, si, ante todo, ha de rendir cuentas del desprecio hacia la misericordia que le manifestó Jesucristo?»

45. Terror del alma cuando se haga el examen de toda su vida (el alma juzgada)

TRES GRADOS DE TERROR: I. TERROR CAUSADO POR EL EXAMEN: I.º *Examen riguroso sobre nuestra semejanza con Jesucristo.*— Cuando fuere presentada el alma ante el tribunal de Jesucristo, le dirá: *Ríndeme cuentas de tu administración* (Lc. 16, 2); dame cuenta de toda tu vida. Dice el Apóstol que

para que el alma se haga digna del cielo tendría su vida que hallarse conforme con la de Jesucristo: *A los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo...*, y a los que justificó, a éstos también glorificó (Rm. 8, 29-30). También San Pedro asegura que en el juicio que entablará Jesucristo, apenas si se salvará el justo que haya observado la divina ley, perdonado a sus enemigos, venerado a los santos, observado la castidad, la mansedumbre, etc: *El justo, a duras penas se salva* (1 Ped. 4, 18). Pues ¿qué será del pecador? *El impío y pecador, ¿dónde parecerá?* ¿Qué será de los vengativos, de los blasfemos, de los impuros, de los detractores? Y ¿qué será de aquellos cuya vida ha estado siempre en desacuerdo con la vida de Jesucristo?

2.º *Examen completo sobre las gracias recibidas, sobre los pecados cometidos, sobre las buenas obras hechas.*— En primer lugar habrá el pecador de responder de las gracias recibidas para poder salvarse, y de las que no se ha sabido valer. Habrá de responder de los años que tuvo para servir a Dios, y que empleó en ofenderle.

Viene luego la cuenta de los pecados cometidos. Los pecadores cometen el mal y después lo olvidan, pero no se olvida de él Jesucristo, que lo tiene encerrado *como en una bolsa, al decir de Job*. Además, nos hace saber que en el día de las cuentas tomará la luz para buscar todos los actos de nuestra vida: *Y sucederá en aquel tiempo que yo escudriñaré a Jerusalén con linternas*, texto que comenta Mendoza diciendo que la linterna proyecta su luz a todos los rincones de la casa, es decir, que Dios descubrirá todos los defectos de la conciencia, grandes y pequeños, de modo que entonces, dice San Anselmo, se exigirá cuenta hasta de un guiño, y como escribe San

Mateo: *Os certifico que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres darán razón en el día del juicio* (Mt. 12, 36). Dice el profeta Malaquías que así como se acrisola el oro separándole la escoria, así en aquel día se examinarán todas nuestras acciones y se castigará cuanto se hallare impuro: *Y purificará a los hijos de Leví, los acrisolará como el oro y la plata* (Mal. 3, 3). Hasta las obras de justicia, es decir, las obras buenas, las confesiones, las comuniones, las oraciones, pasarán su examen, para ver cómo las hicimos: *Cuando señale el tiempo, yo conforme a derecho juzgaré* (Sal. 74, 3).

Pues si hasta las simples miradas, las palabras ociosas y aun las obras buenas serán juzgadas, ¿con cuánto rigor se juzgarán las palabras deshonestas, las blasfemias, la gravedad de las murmuraciones, los hurtos y los sacrilegios? En aquel día también cada alma verá por sí misma, dice San Jerónimo, y verá para propia confusión, el mal que hizo.

3.º *Sin acepción de personas.*— *Balanza y platillos justos son de Yahveh* (Pv. 16, 11). En la balanza del Señor no se pesa la nobleza, la riqueza, la ciencia, sino la vida y las obras, por lo que el lugareño, el pobre y el ignorante serán premiados si fueren inocentes, al paso que el noble, el rico y el de cultivado talento serán condenados si fuesen reos, como dijo Daniel al rey Baltasar: *Tekel: has sido pesado en la balanza y hallando falto de peso* (Dan. 5, 27). El P. Alvarez lo comenta así: «No se pesaron los oros del rey ni sus reinos, sino el rey mismo».

II. TERROR AGRAVADO POR LAS ACUSACIONES: I.º *Del demonio.*— «El demonio, como escribe San Agustín, de pie ante el tribunal de Jesucristo, leerá nuestra profesión de fe y nos pondrá ante la vista cuantos

pecados hayamos cometido y en el día, en la hora y en el sitio en que los cometimos». *Leerá nuestra profesión de fe*, es decir, que nos recordará las promesas hechas a Dios y quebrantadas. *Nos pondrá ante la vista* la lista completa de nuestros pecados, con el día y la hora en que pecamos, y concluirá la acusación, como el mismo santo dice, con estas palabras: «Señor, yo nada padecí por este ingrato, y os ha vuelto las espaldas a vos, que tanto padecisteis por salvarlo, prefiriendo hacerse esclavo mío, por lo que en justicia lo reclamo».

2.º *Del ángel de la guarda*.— El ángel de la guarda comparecerá también como acusador y, según Orígenes, dirá: «¡Cuántos y cuántos años trabajé por el bien de éste, y él despreció todas mis caritativas advertencias!» Así se verificarán en el alma culpable estas palabras del profeta: *Todos sus enemigos le han sido infieles, se le han trocado en enemigos* (Lam. 1, 2).

3.º *De los mismos pecados*.— Finalmente, le acusarán sus propios pecados quienes, al decir de San Bernardo, exclamarán: «Obras tuyas somos; no te abandonaremos», y te haremos compañía en el infierno por toda la eternidad.

III. TERROR POR LA IMPOSIBILIDAD EN QUE SE VE EL PECADOR: I.º *De excusarse*.— Veamos ahora algunas de las excusas que podría el pecador aducir en su descargo. Dirá que sus malas inclinaciones lo arrastraron al mal, y le será respondido que, si bien es cierto que nuestros sentidos inclinan poderosamente al mal, con todo, ninguno tiene fuerza para hacérmolo cometer a pesar nuestro; antes al contrario, si en todas las tentaciones recurrimos a Dios, nos ayudará con su gracia para resistir. Para este fin nos dejó Jesucristo los sacramentos. Con todo, si abando-

namos éstos, no nos quejemos más que de nosotros mismos, según aquello del Evangelio: *Ahora no tiene excusa de su pecado* (Jn. 15, 22).

Alegará el pecador que el demonio lo tentó; pero le responde San Agustín: «El demonio está encadenado como un perro y, por más que ladre, no morderá a nadie sino a quien con imprudente confianza se le acercare»; por eso continuaba el santo diciendo: «Juzgad lo tonto que será el que se deja morder por un perro atado».

Dirá, finalmente, que el mal hábito ejerce en él gran imperio; pero ni esta excusa le valdrá de nada, porque el mismo San Agustín dice que, aun cuando es difícil resistir a los malos hábitos, se puede vencerlos con la ayuda de Dios. Si el hombre no se abandona al pecado, sino que se encomienda a Dios, con su divina ayuda saldrá victorioso. *Fiel es Dios, quien no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis* (1 Cor. 10, 13).

2.º *De responder a su juez.*— ¿Qué puedo hacer cuando Dios se levante? Y cuando inspeccione, ¿qué le responderé? ¿Qué responderá el pecador en presencia de Jesucristo?; o más bien, ¿qué podrá responder al verse convicto de tanto crimen? Callará confundido, como callaba el hombre de quien hablaba San Mateo y a quien hallaron sin vestido de boda: *El no desplegó los labios*. Sus mismos pecados le taparán la boca: *y toda iniquidad cierra su boca*. Ya no encontrará, dice Santo Tomás de Villanueva, intercesores a quienes acudir; nadie intercederá por él, ni amigos ni padre. Pues ¿quién le salvará? ¿Dios, a quién tantas y tantas veces despreció?, pregunta San Basilio.

Concluyamos, pues, con toda razón que el alma rea de pecado, al salir de la vida y antes de la sentencia,

se condena al infierno ella misma. Y vengamos, finalmente, a la sentencia.

46. Cuando oiga la sentencia de condenación (el alma condenada)

1.º *Felicidad del alma que oyere sentencia de salvación.*—¡Feliz el alma que al salir de la vida viere a Jesús sonriéndole bondadoso y le oyere dirigir estas encantadoras palabras: *Bien, siervo bueno y fiel; en cosas pocas fuiste fiel, sobre muchas te pondré; entra en el gozo de tu Señor* (Mt. 25, 21).

2.º *Desgracia del alma que oyere sentencia de condenación.*— ¡Infeliz, por el contrario, y desgraciada por siempre el alma culpable a quien Jesucristo arroje de su presencia con estas aterradoras palabras: *Apartaos de mí, vosotros los malditos, al fuego eterno!* (Mt. 25, 41) ¡Qué espantoso trueno será para ello la fulminación de esta sentencia!, dice Dionisio Cartujano; y añade Eusebio que «será tal el espanto de los pecadores al oír su sentencia de condenación, que si no fueran inmortales, morirían de nuevo sólo al oírla».

PERORACIÓN: 1.º *Aplicaos estas verdades.*— Amadísimos hermanos, antes de acabar el sermón hagamos algunas reflexiones prácticas. Dice Santo Tomás de Villanueva que hay hombres a quienes dejan indiferentes estas grandes verdades, a las que no prestan atención, como si la sentencia de condenación no pudiera un día afectarles. ¡Cuán locos son los que se creen seguros en medio de tan gran peligro! Hombre habrá, dice también San Agustín, que, a pesar de vivir

en pecado, finja que Dios no lo haya de condenar. «¿Es que Dios me va a condenar?», se pregunta. «No, responde el santo, no hables así; millones de condenados hay que nunca creyeron ir al infierno; pero vino su fin y se cumplieron las amenazas de Ezequiel: *Ahora será el fin sobre ti, y envío sobre ti mi cólera, y te juzgaré con arreglo a tu proceder*» (Ez. 7, 2).

2.º *Se acerca vuestro fin.*— Pecador mío, tal vez esté más cerca de lo que piensas el castigo que te puede sobrevenir en un instante, y, sin embargo, ¿te ríes y duermes en el pecado? ¿Quién no temblará al oír aquellas palabras del Bautista: *Ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol, pues, que no lleve fruto bueno, es cortado y echado al fuego?* (Mt. 3, 10) Por estos árboles se señalan a los pecadores, que ya tienen el hacha a la raíz, es decir, que ya tienen el castigo a la vista.

3.º *Buscad a Dios y calmadlo ahora que tenéis tiempo.*— Sigamos, amadísimos hermanos, el consejo del Espíritu Santo: *Antes de juzgar, examínate a ti mismo.* Ajustémonos las cuentas antes del día de las cuentas. Busquemos a Dios ahora que lo podemos hallar, porque tiempo vendrá en que lo queramos hallar y no podremos: *Me buscaréis y no me hallaréis* (Jn. 7, 34). Dice San Agustín que podemos aplacar al juez antes del juicio, pero no en él. Ahora, cambiando de vida, podemos aplacar a Jesucristo y recuperar su gracia; mas cuando aparezca como juez, si nos halláramos en pecado, tendrá que obrar en justicia y llegaríamos a nuestra perdición.

47. El juicio universal

I. COMIENZO DEL POSTRER DÍA: 1.º *Incendio universal*.— Este día extraordinario comenzará con el fuego que bajará del cielo para abrasar la tierra con cuantos hombres vivan a la sazón y todas las cosas del mundo. *La tierra, dice San Pedro, con cuantas obras hay en ella, será alcanzada por el fuego*, (2 Ped. 3, 10), y todo se resolverá en un montón de cenizas.

2.º *Resurrección de los muertos*.— No bien hayan muerto todos los hombres, sonará la trompeta y todos los hombres resucitarán, como escribe el Apóstol: *Sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles* (1 Cor. 15, 51). «Siempre que pienso en el día del juicio, decía San Jerónimo, tiemblo de terror, porque, haga lo que haga, comer o beber, me parece estar oyendo continuamente la terrible trompeta que anunciará: ¡Levantaos, muertos, y venid a juicio!» Y San Agustín confesaba que nada le apartaba tanto de los pensamientos mundanos como el temor del juicio.

Al sonido de la trompeta descenderán del cielo las almas hermosísimas de los bienaventurados para reunirse con los propios cuerpos con que sirvieron a Dios en la tierra; y subirán del infierno las almas desgraciadas de los condenados a tomar nuevamente los cuerpos malditos con que ofendieron a Dios.

3.º *Diverso estado de los resucitados*.— Mas ¡qué diferencia entre los unos y los otros! Los condenados aparecerán deformes y negros cual tizones del infierno, en tanto que los bienaventurados resplandecerán como otros tantos soles: *Entonces los justos brillarán como el sol* (Mt. 13, 43). ¡Qué alegría experimentarán entonces los que hayan mortificado su cuerpo con penitencias! Deduzcámoslo de lo que San Pedro de

Alcántara dijo luego de morir a Santa Teresa: «¡ Feliz penitencia, que me ha valido tanta gloria!»

II. LO QUE SIGUE A LA RESURRECCIÓN: 1.º *Camino del valle de Josafat.*— Verificada ya la resurrección universal, los hombres recibirán la orden de ir a reunirse al valle de Josafat para ser allí juzgados: *¡Multitudes y más multitudes en el valle del Fallo!; porque está próximo el día de Yahveh en el valle del Fallo* (Joel. 3, 14).

2.º *La separación.*— De pronto los ángeles harán la separación de réprobos y de elegidos, colocando a éstos a la derecha y a la izquierda a aquéllos: *Saldrán los ángeles y separarán los malos de en medio de los justos* (Mt. 13, 49).

3.º *Diverso estado de los resucitados.*— ¡Qué gran confusión padecerán entonces los miserables condenados! Escribe el autor de la *Obra imperfecta*: «¿Os dais cuenta de la vergüenza que se apoderará de los pecadores cuando, separados de los justos, se vean abandonados?». Esta sola pena, dice el Crisóstomo, bastaría para constituir un infierno. El hermano será separado del hermano; el marido, de la mujer; el hijo, del padre, etc.

III. APARICIÓN DEL JUEZ: 1.º *Llegada de los ángeles llevando los instrumentos de la pasión.*— Mas he aquí que se abren los cielos, vienen los ángeles a asistir al juicio trayendo la cruz y demás instrumentos de la pasión del Redentor, como escribe Santo Tomás: «Cuando el Señor venga a juzgar al mundo se expondrán a la vista de todos la cruz y demás instrumentos de la pasión». San Mateo lo señala taxativamente: *Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en cielo y se herirán entonces los pechos todas las tribus de la tierra* (Mt. 24, 30). Derramarán amargas lágri-

mas los pecadores al divisar la cruz, porque, como escribe San Juan Crisóstomo, «los clavos se quejarán de ti, las llagas y la cruz de Jesucristo hablarán en contra de ti».

2.º *Llegada de la Santísima Virgen.*—Acudirá también para asistir al juicio la Reina de los ángeles y de los santos, María Santísima.

3.º *Llegada de Jesucristo.*—Y, finalmente, llegará sobre las nubes, resplandeciente de gloria y de majestad, el eterno juez: *Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con grande poderío y majestad* (Mt. 24, 30). ¡Qué suplicio supondrá para los condenados estar a la vista de su juez! *A su presencia se empavorecen los pueblos.* Escribe San Jerónimo que la presencia de Jesucristo les causará más pena a los condenados que el mismo infierno. De aquí que aquel día, como predijo San Juan, pedirán los pecadores a los montes que caigan sobre ellos y les quiten de la vista de su airado juez: *Y dicen a los montes y a las peñas: «Caed sobre nosotros y escondednos de la faz del que está sentado sobre el tronco y de la cólera del Córdero»* (Ap. 6, 16).

48. Audiencia en el tribunal de Jesucristo

I. EXAMEN Y EFECTO QUE PRODUCE: I.º *Rigor de este examen.*— *El tribunal tomó asiento, y los libros fueron abiertos* (Dan. 7, 10). Abrense los libros de las conciencias, empieza el juicio y nada quedará entonces escondido. *Pondrá al descubierto los diseños de los corazones.* (1 Cor. 4, 5). Dios mismo dice

por Sofonías: *Escudriñaré a Jerusalén con linternas*. A la luz de la linterna se descubren las cosas ocultas.

2.º *Alegría de los justos; ahora hasta los mundanos los aprueban*.— «Terrible será el juicio, dice San Juan Crisóstomo; pero sólo para los pecadores, ya que los justos lo desearán y se regocijaron con él». El juicio atemorizará a los pecadores, pero regocijará y endulzará a los justos, ya que a la sazón Dios colmará sus deseos: *Entonces le vendrá a cada uno la alabanza de parte de Dios* (1 Cor. 4, 5). Dice el Apóstol que los elegidos en aquel día serán elevados por los aires sobre las nubes para ir con los ángeles a aumentar el cortejo del Señor: *Juntamente con ellos seremos arrebatados sobre nubes al aire hacia el encuentro del Señor* (1 Ter. 4, 5).

Los mundanos, que ahora tachan de locos a los santos que viven vida mortificada y humilde, entonces confesarán la propia locura y dirán: *Necios de nosotros, calificamos su vida de locura y de ignominia su remate: ¿cómo fue contado entre los hombres de Dios y entre los santos se halla su herencia?* En este mundo se llaman afortunados los ricos y los colmados de honores, pero la verdadera fortuna consiste en santificarse. ¡Animo, pues, almas cristianas que ahora vivís vida atribulada en la tierra: *Vosotros os acongojaréis, pero vuestra congoja se tornará en gozo* (Jn. 16, 20). En el valle de Josafat ocuparéis tronos de gloria.

3.º *Desesperación de los réprobos y su vergüenza*.— Los réprobos, por el contrario, serán colocados a la izquierda, cual cabritos destinados al matadero, y aguardarán su última condenación. «En el juicio general, dice el autor de la *Obra imperfecta*, no habrá lugar a misericordia», por lo que en vano la podrían esperar los pecadores. «Perder el temor y hasta el pensamiento del juicio venidero, dice San Agustín, es el

mayor castigo que el pecado ocasiona a quienes viven en desgracia de Dios». Pecador que te obstinas en vivir empecatado, continúa empecatado, dice el Apóstol, que día vendrá, y será el del juicio, en el que verás los tesoros de cólera que habrá ido almacenando tu obstinación en el corazón divino.

No tan sólo los pecadores no se podrán esconder, sino que tendrán que padecer el horroroso suplicio de ver que todas las miradas se fijan en ellos. «Ocultarse, dice San Anselmo, es imposible, y tener que ser visto es suplicio intolerable».

II. LOS DEMONIOS ACUSADORES.— Los demonios acusadores desempeñarán su oficio y dirán al juez, según expone San Agustín: «Declara que eres mío, ya que El no quiso ser tuyo».

III. TESTIGOS QUE COMPARECERÁN: 1.º *La conciencia*.— La propia conciencia de los pecadores *da juntamente testimonio* (contra ellos).

2.º *Las criaturas*.— Las criaturas y hasta las mismas paredes de las casas en que pecaron clamarán contra ellos: *La piedra clamará desde el muro*.

3.º *El mismo juez*.— El mismo juez dirá: *Yo lo sé y soy de ello testigo*. Eso le indujo a San Agustín a escribir: «El qué fue testigo de tu vida será juez de tu causa». Y se mostrará de modo particular terrible contra los cristianos condenados, como escribió San Mateo: *¡Ay de ti, Corazaín! ¡Ay de ti, Betsaida! Que si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los prodigios obrados en vosotros, tiempo habría que en cilicio y ceniza hicieran penitencia* (Mt. 11, 21). Cristianos, si las gracias que os dispensé a vosotros se las hubiera dispensado a los turcos o a los idólatras, se habrían arrepentido de sus culpas, y vosotros no habéis cesado de pecar sino forzados por la

muerte. Entonces descubrirá ante la vista de todos los hombres los más recónditos escándalos: *Mostraré a las gentes tu desnudez* (Nah. 3, 5); y para mayor vergüenza de los pecadores publicará sus infamias, sus injusticias y sus ocultas crueldades. *Cargaré sobre ti todas tus abominaciones*, dice el Señor (Ex. 7, 3). Cada condenado llevará escrito en su frente todos sus pecados.

¿Qué excusas podrán entonces alegar para escapar de la sentencia? Mas ¿qué digo excusas, *si toda iniquidad cierra su boca*? Los mismos pecados taparán la boca de los pecadores, de modo que ni siquiera se atreverán a excusarse y se condenarán a sí mismos.

49. Las dos sentencias

I. SENTENCIA DE LOS ELEGIDOS: 1.º *Motivo de su prioridad*.— Dice San Bernardo que la primera sentencia que se pronunciará será la de los justos y que Jesucristo la pronunciará primero para que los réprobos, al verlos llamar a la gloria, experimenten mayor sentimiento al ver lo que perdieron.

2.º *Explicación de la sentencia*.— Así, pues, Jesucristo se volverá primero a los elegidos y con sereno rostro les dirá: *Venid vosotros, los benditos de mi Padre; entrad en posesión del reino que os está preparado desde la creación del mundo* (Mt. 25, 34). Bendecirá luego todas las lágrimas que derramaron en expiación de sus pecados y todas las obras buenas, oraciones mortificaciones y comuniones; sobre todo se felicitará de haber sufrido por ellos los tormentos de su pasión y de haber derramado su sangre por su salvación.

3.º *Efecto sobre los elegidos.*— Los elegidos entonarán el *Aleluya* y, haciendo resonar los aires con alegres canciones, entrarán en el paraíso para amar y alabar a Dios por toda la eternidad.

II. SENTENCIA DE LOS RÉPROBOS.— Luego el divino juez se volverá a los réprobos para pronunciar sentencia con estas palabras: *Apartaos de mí vosotros los malditos; al fuego eterno.*

I. *Explicación de esta sentencia.*— Serán, pues, malditos y, por tanto, separados de Dios y serán enviados a arder por siempre al fuego del infierno: *E irán éstos al tormento eterno; mas los justos, a la vida eterna* (Mt. 25, 46).

2.º *Despedida de los condenados.*— No bien pronunciada la sentencia, dice San Efrén que estos desgraciados, forzados a separarse de sus padres, del cielo, de los santos y de la Madre de Dios, les dirán: «¡Adiós, justo; adiós, cruz; adiós, paraíso; adiós, padres e hijos, pues a ninguno de vosotros os volveremos a ver más; adiós también vos, Madre de Dios!»

3.º *Su caída en el infierno.*— En medio del valle se abre el vasto abismo en que se hundirán los infelices pecadores condenados: después oirán cerrarse sobre ellos las puertas que ya nunca se volverán a abrir. ¡Maldito pecado, he aquí a qué desgraciado fin conduces a tantas almas redimidas con la sangre de Jesucristo! ¡Desgraciadas las almas a quienes se tenga reservado tan lamentable fin!

PERORACIÓN: *Llamamiento a la conversión; aun hay tiempo.*— Pero vosotros, cristianos, hermanos míos, alegraos, que ahora Jesucristo es padre y no juez y está pronto a perdonar a quien se arrepiente. Pidámosle, pues, perdón inmediatamente.

50. Las Penas del infierno

I. EL TORMENTO PRINCIPAL DEL INFIERNO ES EL FUEGO.— El castigo del impío será el fuego y el gusano, dice el libro del Eclesiástico. Además de los remordimientos de la conciencia, se servirá el Señor principalmente del fuego para vengarse del impío, pues Jesucristo condenando a los réprobos dice de particular manera que los envía a abrasarse en el fuego eterno: *Apartaos de mí, vosotros los malditos, al fuego eterno* (Mt. 25, 41). De lo que se sigue que el fuego ha de ser uno de los verdugos para castigar a los condenados.

II. NATURALEZA DE ESTE FUEGO.— Aun en este mundo no hay suplicio que iguale al fuego; sin embargo, dice San Agustín que el fuego de la tierra, en comparación con el fuego del infierno, no es más que fuego pintado. San Anselmo se expresa de igual modo, diciendo que, en mayor proporción que nuestro fuego material supera el fuego pintado, el fuego del infierno aventaja a nuestro fuego. El fuego infernal atormenta de diversa manera que nuestro fuego material, y la razón de ello es clara, porque Dios creó nuestro fuego para utilidad nuestra, en tanto que al fuego del infierno lo creó para atormentar *ex professo* a los pecadores, así que lo ha hecho ministro del departamento de su justicia, como se expresa Tertuliano. La ira divina es quien mantiene siempre encendido este fuego vengador: *Fuego se ha encendido en mi cólera* (Jr. 15, 14).

III. ACCIÓN QUE EJERCE SOBRE EL CONDENADO.—I.º *Lo envuelve*.— *Murió también el rico y fue sepultado* (en el infierno). Al condenado se le sepulta en el fuego del infierno, de modo que tendrá un abis-

mo de fuego debajo, otro arriba y otro a los lados. Si toca, toca fuego; si ve, ve fuego; si respira, respira fuego. Como el pez en el mar se halla rodeado de agua por todas partes, así el condenado se halla por completo sumido en el fuego. En una palabra, es tal el exceso de sufrimientos de los condenados, que el rico epulón, para describir su infierno, se limitaba a decir: *Me abraso en estas llamas* (Lc. 16, 24).

2.º *Lo penetra por completo con sus vivos ardores.*— Dice además el profeta Isaías que el Señor castigará las inmundicias de los pecadores con espíritu de fuego: *Cuando el Señor haya lavado la inmundicia... con espíritu de fuego y espíritu de estremio* (Js. 44), es decir, con la quintaesencia del fuego. Ya se sabe que en todas las cosas, aun en las hierbas o en una flor, la quintaesencia es de tal modo penetrante que llega hasta la medula de los huesos: tal acontece con el fuego. El fuego es tan activo, que bastaría una chispilla para fundir montañas de bronce. Cuenta el Discípulo que se apareció un condenado a cierto religioso, tocó una vasija llena de agua, en la que el religioso metió un candelero de bronce, y al instante se fundió.

Este fuego no sólo atormentará al condenado por fuera, sino también por dentro, por lo que arderán las vísceras en el vientre, el corazón en el pecho, el cerebro en la cabeza, la sangre en las venas y la medula en todos los huesos. El condenado se habrá convertido como en una caldera puesta al fuego, en la que arderán entrañas, carne y huesos. Dice David que los cuerpos de los condenados se trocarán en otros tantos hornos de fuego: *Ponerlos has igual que horno encendido* (Sal. 20, 10).

3.º *Lo devora con fuerza siempre renovada.*— ¡Dios mío!, pecadores hay que no pueden sufrir el viajar a

pleno sol, ni estar al brasero en una habitación cerrada, ni sufrir un chispilla que salta de la llama, y, sin embargo, no temen al fuego del infierno, que, como dice Isaías, no sólo abrasa, sino que devora a los desgraciados condenados: *¿Quién de nosotros podrá morar en fuego abrasador, quién de nosotros podrá morar en ascuas eternas?* (Is. 33, 14) Como el león devora al cabritillo, así el fuego del infierno devorará al condenado, pero lo devorará sin hacerlo morir, de modo que será atormentado con muerte continuada. Continúa, loco, dice San Pedro Damiano al impuro, continúa satisfaciendo tu carne, que día vendrá, o más bien noche, en que tus impurezas se cambiarán en pez ardiendo que alimentará al fuego en tus entrañas. Añade San Cipriano que las impurezas del honesto estarán como en ebullición en no sé que materia pútrida que manará de sus malditos cuerpos.

4.º *Le hace experimentar todos los dolores.*— Escribe San Jerónimo que los pecadores padecerán en este fuego no sólo los dolores propios de él, sino todos los dolores que se padecen en la tierra. ¡Cuántos dolores no hay en la vida! Dolores de costado, de cabeza, de vientre; pues bien, todos estos dolores los padecerán a la vez los condenados simultáneos con el fuego.

51. De las otras penas de sentido

I.º *Los ojos: OSCURIDAD que no impide ver los horrores del infierno.*— El mismo fuego llevará consigo la pena de oscuridad, pues en su negra humare-

da se fraguarán tempestades, tinieblas que cegarán a los réprobos, como dice San Judas: *A los cuales está reservada la lobreguez de las tinieblas eternamente*. Por eso el infierno se llama tierra de tinieblas sumida en oscuridad de muerte: *Antes que me vaya para no volver, a la tierra de tinieblas y sombra, tierra de negrura como oscuridad, sombra y desórdenes*. Compadecemos al delincuente encerrado en una mazmorra cerrada por todas partes, en que no entra rayo alguno de sol, ni siquiera luz de vela; por eso el desgraciado condenado *jamás volverá a ver la luz*. El fuego de la tierra ilumina, pero el del infierno será por completo oscuro. San Basilio, explicando el texto de David: *Voz del Señor que lanza llamaradas*, dice que el Señor en el infierno separa el fuego, que quema, de la llama, que arde; por lo que ese fuego hace tan sólo el oficio de arder y no ya el iluminar. Más brevemente lo dice Alberto Magno: «Separa la luz del calor»; y Santo Tomás añade que tan sólo deja la luz suficiente para atormentar a los réprobos con la vista de los demonios y de los demás condenados. Tal horror causará la vista de estos monstruos infernales, que, si pudieran morir, morirían todos los condenados, dice San Agustín.

2.º *El gusto*: LA SED.— En la tierra se padece también una pena insufrible, la de la sed cuanto no se tiene ni una gota de agua para restañarla. Cuéntase de viajeros que, luego de prolongadas caminatas devorados por sed ardiente, se vieron forzados a detenerse y, al no encontrar ni una gota, cayeron desvanecidos. Tal será la sed del infierno, que, si se ofreciera a un condenado toda el agua de los ríos y del mar, exclamaría: «Pero ¿me bastará toda esa agua para calmar la sed que experimento? Pero ¿a qué hablar de ríos ni de

mares? El miserable condenado ni tendrá una sola gota de agua para refrescar la lengua. Esto pedía el epulón que nos refiere San Lucas cuando suplicaba a Abrahán que enviara a Lázaro para que con sólo el dedo mojado en agua le refrescara la lengua, pues se abrasaba en aquella llama: *Padre Abrahán, compadécete de mí y manda a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque me abraso en estas llamas* (Lc. 14, 24). El desgraciado rico no obtuvo aquella gota de agua ni la obtendrá mientras Dios sea Dios.

3.º *El olfato: EL HEDOR, agravado en razón del número de condenados.*— Atormentará asimismo el *hedor* que se sentirá por todo el infierno, hedor que procederá de los mismos cuerpos de los condenados: *De sus cadáveres subirá el hedor* (Js. 34, 3). Los condenados se llaman cadáveres no porque hayan muerto, sino porque están vivos, y siempre lo estarán para sufrir, pero serán cadáveres en cuanto al hedor que despidan. ¡Qué sufrimiento fuera el de estar encerrado en una habitación con un cadáver putrefacto! Dice San Buenaventura que, si se pudiera en la tierra el cuerpo de un condenado, bastaría su hedor para hacer morir a todos los hombres. ¡Qué será, pues, encontrarse en aquella mazmorra cerrada del infierno entre la inmensa muchedumbre de los condenados?

Locos hay que dicen: «Si voy al infierno, no estaré solo» ¡Desgraciados!, ¿no veis que cuantos más seáis en el infierno, tanto más tendréis que sufrir? Allí, dice Santo Tomás, la compañía de los desgraciados no disminuirá, sino que aumentará la triste situación. La aumentará, porque cada condenado será otro tormento para los demás, por lo que cuando más sean, más se atormentarán mutuamente. Dice Isaías: *Y los pueblos*

son calcinados, convertidos en cal; como espinos cortados arderán en el fuego. Los condenados en medio del fuego serán como granos reducidos a ceniza en virtud del fuego devorador y como espinas, que, unidas unas a otras, unas a otras se hieren.

4.º *El oído: LOS ALARIDOS Y LAS LAMENTACIONES.*— A esta infección del hedor se unirán, además, los alaridos y las lamentaciones. ¡Qué pena causa querer dormir y no poder hacerlo por un enfermo que se queja, por un perro que ladra, por un niño que pasa la noche llorando! Los pobres condenados habrán de estar oyendo continuamente los alaridos y lamentaciones de aquellos desesperados, y esto no sólo una noche, sino mil y una noches y por toda la eternidad, sin que cesen ni un instante.

5.º *El tacto: EL HACINAMIENTO Y LA INMOVILIDAD.*— Vendrá además a aumentar el sufrimiento el hacinamiento, por que, por muy larga que fuese la fosa infernal, con todo resultará sobrado angosta para tantos millones y millones de condenados que como bestias se amontonarán unos sobre otros: *Puestos en el infierno cual rebaño, que la Muerte apacienta.* Dice además la Sagrada Escritura que los desgraciados estarán de tal modo hacinados como las uvas en el lugar, siendo este tormento como la venganza de un Dios irritado: *El lagar del vino del furor de la cólera del Dios omnipotente* (Ap. 19, 15). De aquí se sigue otro tormento, la pena de inmovilidad: *Hundiéndose como plomo en las aguas impetuosas.* Como el condenado caiga en el infierno en el día del juicio universal, de lado, para abajo o para arriba, levantada la cabeza o caída, así tendrá que estar siempre, sin poder cambiar de posición y sin poder mover ni pie, ni mano, ni siquiera un dedo, mientras Dios sea Dios.

En una palabra, dice San Crisóstomo que todos los padecimientos de esta vida, por grandes que se les suponga, son pálida imagen de las torturas del infierno y ni llegan a ser sombra de aquellos suplicios.

52. Los tormentos del alma agravan estos tormentos y la eternidad los hace insoportables

I. LOS TORMENTOS DEL ALMA: 1.º *En la memoria del condenado: el recuerdo de la vida y de todos los beneficios recibidos.*— Al tormento que padecerá el condenado en todos los sentidos vendrá a sumarse el de todas las potencias. En la memoria será atormentado con el doble recuerdo de los años que Dios le concedió en la vida para salvarse, y que él empleó en condenarse, y el recuerdo de tantas y tantas gracias e inspiraciones celestiales de que no supo aprovecharse.

2.º *En la inteligencia; bienes extraordinarios que perdió.*— Comprenderá los grandes bienes perdidos: el alma, el cielo, Dios mismo, y perdidos para siempre y sin remedio.

3.º *En la voluntad: nada de lo que desea y todo lo que rehuye.*— La voluntad será mortificada al considerar que le será negado siempre lo que pide o simplemente desea: *Frústrase el afán de los impíos.* Los desgraciados no tendrán nada de lo que quisieran; quisieran salir de aquellos tormentos y hallar la paz, pero tendrán que estar siempre en ellos sin paz que valga.

II. LA ETERNIDAD. TODOS ESTOS TORMENTOS SE SUFREN: 1.º *Por siempre, sin alivio ni tregua.*— ¡Si, al menos, hubiese algún reposo o algún descanso de cuando en cuando!... Pero no, dice San Cipriano: «No habrá allí refrigerio ni alivio alguno, por lo que sobrevendrá la desesperación, que será el más atroz de los tormentos». En esta vida, por grandes que sean los males que se padecen, siempre hay algún alivio o tregua; pero en el infierno los pobres condenados tendrán que estar en aquellas mazmorras de fuego padeciendo siempre y lamentándose, sin que haya un momento de reposo.

2.º *Sin consuelo.*— ¡Si, al menos, en los tormentos que padecen encontraran a alguien que los compadeciese!... Pero no, que al mismo tiempo que padecen y se hallan tan afligidos no cesan los demonios de echarles en cara los pecados por los que padecen, diciéndoles: «Sufrid, sufrid, quemaos, desesperaos, que vosotros sois la causa de vuestra ruina; aquí tenéis el pago de vuestros méritos».

3.º *Sin excitar la compasión de Dios, ni de los santos, ni de la Santísima Virgen, ni siquiera la de Jesucristo.*— Al menos, los santos y la Madre del Dios que se llama madre de las misericordias, ¿no se compadecerán de ellos? No: *El sol se entenebrece, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo.* Los santos, figurados aquí por las estrellas, no sólo no compadecerán a los condenados, sino que disfrutarán al ver, por fin, vengadas las injurias hechas a su Dios; la Madre de Dios tampoco puede compadecerlos, porque odian a su Hijo; y Jesucristo, que murió por su amor, tampoco puede tener compasión de ellos, porque despreciaron su amor y prefirieron voluntariamente la condenación a la salvación.

Hoy en los libros y en los sermones es muy poco lo que se habla del infierno, porque aunque es de fe que hay infierno y que es eterno, con certeza no sabemos como es. Solamente sabemos con total certeza que Dios es infinitamente bueno e infinitamente justo, y que, por lo tanto, a nadie lo castigará más de lo que merezca, y tendrá en cuenta todos los atenuantes que puedan contribuir en favor del pecador. Dios no quiere condenar a nadie, y solamente lo hará forzado por el pecador obstinado que peca a sabiendas y que no quiere arrepentirse. Por tanto, todo el que se condene, se condenará libremente porque él ha querido, desobedeciendo a Dios y sabiendo perfectamente lo que hace y el castigo que por ello merece. Por tanto, que nadie se escandalice pareciéndole exageradas las penas del infierno. Nadie hay más bueno, ni más justo, ni más misericordioso que Dios; por tanto, el castigo que dé al pecador, nunca será exagerado ni superior a lo que haya merecido. (Nota del editor).

53. Dolor grande que causa a los condenados la pérdida de Dios

I. TRÁTASE DE LA PÉRDIDA DE DIOS, FIN ÚLTIMO DEL HOMBRE.— No, cristianos, los bienes de la tierra no son el fin para el cual nos colocó Dios en el mundo. El fin para que nos creó es para que conquistemos la vida eterna: *El paradero, la vida eterna*. La vida eterna consiste en amar y poseer a Dios por toda la eternidad. Quien llega a este fin entra en posesión de la eterna dicha, y el que por culpa suya no lo

consigue hácese desgraciado por toda la eternidad, teniendo que exclamar: *Ha perecido mi perduración*.

II. CUANTO MAYOR ES UNA PÉRDIDA, TANTO MAYOR ES EL DOLOR DE HABERLA PERDIDO. EN EL CASO, EL OBJETO PERDIDO ES DE INFINITO VALOR, ES DIOS.— Si nos acontece perder un objeto, tenemos una pena proporcionada al valor del objeto perdido. Si alguien pierde una perla valorada en 1.000 pesetas, experimenta un sentimiento notable; si la perla valía 2.000 pesetas, crece el sentimiento, y crece aún más si se valoraba en 4.000.

Ahora pregunto yo: ¿qué bien perdió el condenado? Perdió a Dios, que es bien infinito. La pena, por tanto, dice Santo Tomás, tiene que ser pena infinita. De igual modo se expresó antes San Benardo, diciendo que el «valor de esta pérdida se mide por la infinidad del sumo bien, que es Dios». De aquí se sigue que no formen el infierno el fuego devorador, ni el hedor pestilentísimo, ni los alaridos de los condenados, ni la vista espantosa de los demonios, ni la angostura de aquella mazmorra de tormentos, donde se hacinan unos sobre otros, sino que lo que constituyen el infierno es el haber perdido a Dios; todas las demás penas apenas si son penas comparadas con esta pena. El premio de los siervos fieles en el cielo es Dios, como le dijo a Abrahán: *Soy para ti un escudo; tu salario será sobremanera grande* (Gn. 15, 1). Por lo que así como la recompensa del bienaventurado es Dios, así la pérdida de Dios constituye la pena mayor del condenado.

Razón tenía San Bruno para decir que, aun cuando se añadiesen a los condenados tormentos sobre tormentos, nada igualaría al sentimiento de verse privados de Dios. Es igual decía el Crisóstomo hablando

de la pérdida de Dios. «Si amontonaras infiernos sobre infiernos, nada harías comparable con el dolor de la pérdida de Dios».

1.º *Ahora comprende lo que es perder a Dios.*— Para amar a Dios como Dios merece ser amado, habría que amarlo infinitamente. Efectivamente, tal es su amabilidad, que, embriagados de delicias y extasiados por el amor que le tienen, los bienaventurados no tienen más pensamiento ni deseo que el de amarle con todas sus fuerzas. Ahora los pecadores, antes que renunciar a la dignidad de sus placeres, cierran los ojos para no conocer a Dios y el amor que se merece; pero en el infierno, el Señor, para su castigo, se les dará a conocer como el extraordinario y amable bien que es: *Conocióse el Señor, hizo justicia.*

2.º *Este pensamiento le atormenta más que ningún otro.*— Los pecadores, como viven en la tierra hundidos en el cenagal de los placeres sensuales, apenas si conocen a Dios sino vagamente, por lo que se les hace tan sólo una bagatela perderlo. En el infierno no será así, sino que lo conocerán, mas para su desventura, porque entonces no habrá pensamiento que les atormente más que el considerar que perdieron a Dios por su culpa.— Cierta doctor de la Universidad de París aparecióse después de su muerte a su obispo y le reveló que se había condenado. Preguntóle el obispo si en el infierno tenía todavía la ciencia que lo distinguía en la tierra; a lo que hubo de responder el condenado que en el infierno sólo se piensa en la pena de haber perdido a Dios.

Apartaos de mí vosotros, los malditos, al fuego eterno (Mt. 25, 41). *Apartaos de mí*; ésta es la palabra que constituye el infierno; apartaos de mí vosotros, que ya no seréis míos, como yo tampoco seré vuestro: *Vosotros no sois mi pueblo ni yo soy vuestro Dios* (Os. 1, 9).

«Este cruel pensamiento, al presente, sólo lo temen los que aman a Dios y no los que le desprecian». En la tierra, el temor de vivir eternamente alejados de Dios sólo atormenta a las almas fervorosas; los pecadores, como están resueltos a vivir en las tinieblas del pecado, no abrirán los ojos sino en día en que, para desgracia suya, comprenderán el bien infinito que perdieron por culpa suya.

III. EXPLICACIÓN DE ESTE GRAN DOLOR: I.º *El alma, que tiene una inclinación natural e irresistible hacia Dios, se lanzará hacia El después de esta vida, pero será rechazada. Siempre se sentirá atraída, pero siempre se verá rechazada.*— Convenzámonos de que el hombre ha sido creado por Dios y por naturaleza está inclinado a amarle. En el curso de nuestra existencia nos dejamos invadir por las tinieblas del pecado y por los afectos desarreglados que en ella reinan; de aquí que esté como adormecida en el alma la tendencia e inclinación hacia Dios, sumo bien suyo; por eso no nos acucia la pena de vernos separados de Dios; pero cuando el alma deje el cuerpo y se vea libre de los sentidos, que la tienen entenebrecida, verá claramente que fue creada para Dios y que sólo El es el bien que la puede contentar, como dice San Antonino: «Separada el alma de los estorbos del cuerpo, se convencerá de que Dios es el soberano bien para el que fue creada»; con todo, si se hallare en pecado, Dios la rechazará como enemiga; y aun entonces, rechazada y arrojada lejos de Dios, no perderá la invencible necesidad de unirse con Dios, y esto constituirá su infierno: verse siempre atraída hacia Dios y siempre arrojada de El.

Cuando el lebre l ve pasar la liebre, ¿qué no hace para soltar la cadena que lo tiene atado para lanzarse

sobre su presa? De igual manera, cuando el alma se ve libre del cuerpo, siente, por una parte, cierta fuerza irresistible hacia Dios; pero siente el contrapeso del pecado, que la arrastra al infierno: *Vuestros delitos, dice Isaías, son los que ponen separación entre vosotros y vuestro Dios* (Is. 39, 2).

2.º *Confiesa el vivo dolor que experimenta por ello. Ejemplo de David.*— Así, pues, la desgraciada, apartada de Dios y encerrada en la cárcel del infirno, prorrumpirá en estas quejas: «¿De modo, Dios mío, que ya no volveré a ser vuestra ni volveréis vos a ser mío? ¿De modo que no volveré ya a amaros ni a ser amada de vos?» Esta separación de Dios aterraba a David cuando decía: *¿Es que el Señor por siempre nos desecha, y más, no volverá a sernos propicio?* (Sal. 76, 8).

¿Qué desgracia, exclamaba, supondría para mí si Dios por siempre me rechazara de sí y no volviera a aplacarse conmigo? Esta es la desgracia que padece y padecerá por siempre cada condenado. Cuando David se hallaba en pecado, sentía que la conciencia le reprochaba entre remordimientos: *¿Dónde está tu Dios?* David, ¿dónde está tu Dios, que antes tanto te amaba? Ahora lo perdiste y ya no es tuyo.— Y David, afligido por este dolor, día y noche no cesaba de exclamar: *Día y noche mi pan fueron mis lágrimas, mientras me están diciendo cada día: «¿Dónde está tu Dios?»* (Sal. 41, 4). También los demonios preguntarán al condenado: Desgraciado, ¿dónde está tu Dios?

3.º *No hallará nunca consuelo, porque perdió a Dios para siempre.*— David aplacó y recuperó a Dios por medio de sus lágrimas, pero aun cuando el condenado derramara un mar de ellas no podría ni podrá jamás recuperarlo. Dice San Agustín que si los condenados contemplaran la hermosura de Dios cesarían sus penas al ins-

tante y el infierno se trocaría en paraíso; mas no, nunca podrá el condenado ver la hermosura divina. Cuando David condenó a su hijo Absalón a la prohibición de comparecer ante su presencia, fue tal el dolor que experimentó, que pidió a Joab dijera a su padre David: *¿A qué fin he venido a Guesur? ¡Mejor me fuera estar aún allí! Así, pues, haz que sea recibido a presencia del rey, y si soy culpable, tendrá derecho a hacerme morir* (2 San. 14, 32). Felipe II, al ver a cierto grande del reino estar con poca reverencia en la iglesia, díjole con rostro severo: «No os presenteis más delante de mí». Tanta fue la pena del noble, que murió de pesar apenas entrando en su casa. ¿Qué será cuando Dios diga en la hora de la muerte al réprobo: «Vete de aquí, que no quiero volver a verte ni tú verás ya mi rostro», según aquella amenaza: *Ocultaré de ellos mi rostro... y le alcanzarán muchos males?* ¿Qué gran dolor sentirá el hijo que siempre se hallaba junto al padre, a cuyo lado comía y dormía, cuando lo vea morir que tenga que decir entre lágrimas, sin hallar paz: «Te perdí, padre mío, y ya no volveré a verte»! Si ahora oyéramos gemir amargamente a un alma condenada y le preguntáramos: «Alma, ¿a qué tanto llorar?», nos respondería la desgraciada: «Lloro porque perdí a Dios y ya no volveré a verlo».

54. Qué contribuye a aumentar este dolor

I.º EL CONOCIMIENTO DE LAS ALEGRÍAS DEL CIELO: I.º *Que será entonces su mayor suplicio.*— Aumentará la pena de los réprobos el conocimiento que tendrán de la gloria que disfruta en el cielo los bien-

aventurados, de la cual ellos se ven y se verán para siempre excluidos. ¡Cuál fuera el sentimiento del que fuese invitado por un príncipe a acudir a su palco en el teatro para disfrutar allí de una fiesta tan magnífica como agradable, con cánticos y con bailes, al verse luego excluido de todo por cualquier falta que hubiese cometido, oyendo desde fuera los cánticos de la fiesta y los aplausos con que los asistentes celebran el éxito!

Ahora los pecadores no se preocupan del cielo y hasta llegan a perderlo por futilidades, aun después de que Jesucristo tantas y tantas veces ha derramado su sangre para hacerlos dignos de entrar en él; cuando los infelices condenados se hallen en el infierno, y vendrá el conocimiento del cielo a herirlos como la mayor de las penas que sobrepuja a todas las demás. Escribe San Juan Crisóstomo que los condenados, al verse separados de la patria del contentamiento, experimentarán un dolor que sobrepuje miles y millones de veces los dolores juntos que se padecen en el infierno.

2.º *No pueden forjarse ilusión alguna respecto de esta pérdida.*— ¡Si, al menos, tuviera la esperanza, se dirá el condenado, de que dentro de mil o de millones de siglos pasados en estos tormentos recuperaría la divina gracia para con ella alcanzar que Dios me admitiera a verlo en el cielo! Pero no; que oirá cómo se le dice: *En muriendo el malvado, se desvanece su esperanza.* Mientras se hallaba en la tierra pudo salvarse; pero, no bien muerto en pecado, su pérdida es irreparable. Por esto gemirá desesperado el infeliz: *No veré más a Yahveh en la tierra de los vivientes.*

II. CONTRIBUIRÁ A AUMENTAR ESTE DOLOR EL PENSAMIENTO DE QUE PERDIERON A DIOS Y AL CIELO ÚNICAMENTE POR SU CULPA.— Se au-

mentará la pena de los réprobos al pensar que perdieron a Dios y al cielo solamente por su culpa. Cada uno de aquellos miserables tendrá que decirse: «Podía haber vivido felizmente en la tierra sólo con haber amado a Dios, y con ello habría logrado la inmensa y eterna felicidad del cielo; pero, en castigo de haber amado mis vicios, tendré que estar en este lugar de tormentos mientras Dios sea Dios». Repetirá las palabras de Job: *¡Quién me diera estar cual en los meses de antaño, como en los días en que Eloah me guardaba!* ¡Quién me diera volver al tiempo de mi vida cuando Dios me guardaba para que no cayera en este fuego! No viví entre salvajes, ni entre indios, ni entre chinos, ni privado, como ellos, de los sacramentos, predicaciones, ni maestros que me instruyeran; nací en el seno de la verdadera Iglesia, y sus predicadores y confesores me amonestaron y corrigieron. No son los demonios quienes me arrastraron a esta cárcel, a que vine voluntariamente por mis propios pies; estas cadenas me tienen atado lejos de Dios, y yo mismo las forjé con mi mala voluntad. Frequentemente me hablaba Dios al corazón diciéndome: Corrígete y vuelve a mí; mira no vaya a llegar un tiempo en que no puedas ya remediar tu ruina. ¡Ay de mí! Por desgracia este tiempo vino ya y está dada la sentencia: me hallo condenado, y esta condenación no tiene ni tendrá remedio por toda la eternidad.

III. CONTRIBUIRÁ A AUMENTAR ESTE DOLOR LA IMPOSIBILIDAD DE AMAR A DIOS, AUN VIENDO LO AMABLE QUE ES.— Y ya perdí a Dios, ¡si al menos, lo pudiera amar, aun cuando no lo pudiera ver!; mas no, por haber abandonado su gracia y haberme con el pecado hecho esclavo del demonio, y me veo forzado a odiarlo. Esta es la desesperación del réprobo: verse adversario de Dios por haberlo despre-

ciado durante la vida *¿Por qué me has puesto por blanco tuyo y he venido a ser para mí una carga?* De aquí se sigue que cuando el condenado se vea trocado en adversario, en enemigo de Dios, y esto a la vez que reconozca lo digno que es Dios de infinito amor, no encontrará objeto de mayor horror a los propios ojos que él mismo. Este será el castigo que Dios le envíe, el mayor de todos los castigos: ver si un Dios tan amable y a sí propio tan deforme y trocado en enemigo de su Dios: *Yo te argüiré y pondrélo ante tus ojos.*

55. Cuál es lo sumo de este dolor

I. EL RÉPROBO VE CUANTO HIZO DIOS POR SALVARLO.— El colmo de la aflicción del réprobo será la consideración de lo que hizo Dios para salvarlo: *El impío, al verlo, se enfurece.* Al ver todos los beneficios de que Dios le colmó, todas las luces recibidas, todos los llamamientos hechos, la paciencia que tuvo al soportarlo.

II. EL RÉPROBO VERÁ QUE NO ES AMADO, SINO ODIADO POR JESUCRISTO.— Verá sobre todo el amor que le tenía Jesucristo y lo que por su amor sufrió, y al presente no se verá ya amado, sino odiado por Jesucristo, pero odiado por culpa suya. Repitémoslo con San Juan Crisóstomo: por suplicios que se amontonaran a suplicios, ninguno igualaría en el infierno al suplicio de tener que ser objeto de horror al mismo Jesucristo. El condenado tendrá que decirse: «Aquel tan amable Redentor que, compadecido de mí, sudó sangre, sufrió terrible agonía, murió abandonado en la cruz, ahora no se compadece de mi desdicha.

Lloro y grito, pero El no me oye ni me mira, ni siquiera se acuerda de mí. Tiempo había en que me amaba, y ahora me odia, y le sobra razón para odiarme, porque yo en mi ingratitud he rehusado amarle» Dice David que los precitos están arrojados en un pozo de muerte: *Haráslos descender al pozo de la cárcava*. San Agustín escribió acerca de este pozo: «El pozo se cerrará sobre sus cabezas, se abrirá bajo sus pies, se dilatará a lo ancho, y, perdidos en esta inmensa profundidad, no los conocerá aquel Dios a quien no quisieron conocer en la vida».

III. EL RÉPROBO VERÁ QUE LEJOS DE PODER AMAR A DIOS, ESTÁ OBLIGADO A ODIARLO, A PESAR DEL ATRACTIVO NATURAL QUE SIENTE HACIA EL.— El condenado ve que Dios merece infinito amor y que él no lo puede amar. Santa Catalina de Génova, asaltada cierto día por un demonio, preguntóle quién era, y él respondió lamentándose: «Yo soy aquel maldito privado del amor de Dios». El condenado no sólo no podrá amar a Dios, sino que estará como abandonado en su pecado, forzado al odio, consistiendo su infierno en odiar a Dios, dándose a la vez cuenta de tan infinita amabilidad; ama a Dios vehementemente y lo odia como a vengador de su pecado. ¿Qué miseria, escribe un doctor autor, qué miseria habrá semejante a ésta? Amar ardientemente y a la vez tener que odiar violentamente a quien se ama con todas sus fuerzas... El amor natural lo impulsa continuamente hacia Dios, pero el odio lo retiene, de suerte que, como dos bestias feroces, el amor y el odio desgarran incensantemente el corazón del pobre condenado y le harán vivir en continua muerte por toda la eternidad.

I.º *Obligado a maldecir sus beneficios y los medios de salvación*.— No contento con odiar y maldecir

continuamente al Dios y Señor, el desgraciado odiará y maldecirá todos los beneficios que le ha hecho: la creación, la redención, los sacramentos, y entre éstos de modo especial el sacramento del bautismo, que no le habrá servido más que para hacerlo más culpable; el sacramento de la penitencia, con el que pudo salvarse tan fácilmente si lo hubiera querido; y, sobre todo, el Santísimo Sacramento del altar, en el que Dios se le entregó a sí mismo.

2.º Obligados a odiar en particular al ángel de la guarda, a sus santos patronos, sobre todo a la Santísima Virgen, a la Santísima Trinidad, a Jesucristo y su pasión.— Envolverá en su odio a todos los demás medios de salvación que tuvo a disposición; por tanto, odiará y maldecirá a todos los ángeles y santos, y de modo especial al ángel custodio, a sus especiales abogados los santos, y sobre todo a la Madre de Dios, María Santísima. Concentrará su odio en las tres divinas Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, distinguiendo especialísimamente a Jesucristo, Verbo encarnado, que un día tanto padeció y murió por su salvación, maldiciendo las llagas de Jesucristo, la sangre de Jesucristo y la muerte de Jesucristo.

56. Remordimientos del condenado al pensar en lo poco que necesitaba haber hecho para salvarse

BREVE INTRODUCCIÓN.— Aparecióse cierto día un condenado a San Humberto y le declaró que los dos más terribles remordimientos que le martirizaban en el

infierno eran pensar lo poco que necesitaba haber hecho para salvarse y cómo se había condenado por tan poca cosa. Santo Tomás enseñó idéntica verdad: «La principal pena de los condenados, son sus palabras, consistirá en ver que se perdieron por naderías y que tan facilísimamente se pudieron haber salvado». Detengámonos a considerar el primer remordimiento.

1.º Para salvarse bastaba haberse privado de los placeres y empleado los medios de salvación.— ¡Ah, se dirá el desgraciado, si me hubiera privado de aquel deleite, si hubiera vencido aquel respecto humano, si hubiera huído de aquellas ocasiones, de aquellas malas compañías, no me habría condenado!

¡Si hubiera sido fiel en la asistencia a las reuniones de la cofradía o hermandad, si me hubiera confesado semanalmente, si me hubiera en las tentaciones encomendado a Dios, no habría recaído! ¡Cuántas buenas resoluciones tomé y cuantas veces las quebranté! Empecé, no continué, y por eso me perdí.

Más desgarrador será aún este remordimiento al considerar los buenos ejemplos que recibió de sus compañeros y jóvenes de su edad, quienes, viviendo también en medio del mundo, se mantuvieron castos y devotos. Y más desgarradora será la memoria de cuantos beneficios el Señor le dispensó en vista de su salvación eterna: dones de naturaleza, excelente salud, bienes de fortuna, bienes de naturaleza, talento, dones todos que Dios le concedió no para vivir entre placeres terrenos ni para sobresalir entre los demás, sino para emplearlos en bien del alma y santificarse; dones, además de gracia: inspiraciones divinas, llamadas amorosas, tantos años de vida para remediar el mal hecho.

2.º Ya pasó el tiempo; su pérdida es irreparable, y perdidos los medios de salvación.— Pero oirá que el

ángel del Señor le anuncia que para él terminó el tiempo de salvarse: *Juró el que vive por los siglos de los siglos... que no habrá ya más tiempo* (Ap. 10, 5). ¡Qué espadas tan crueles serán tantos beneficios recibidos para el corazón del pobre condenado que se vea sumergido en la cárcel del infierno y piense que ya no hay tiempo de reparar su eterna ruina! Lanzará alaridos desesperados en unión de todos los condenados, y dirán: *Pasó la siega, concluyó el estío, y nosotros no hemos sido salvados* (Jr. 8, 20). Pasó ya el tiempo de cosechar frutos de vida eterna y acabada es la siega de las buenas obras; no nos hemos salvado y ha llegado el invierno, pero un invierno eterno, en que tendremos que vivir desgraciados y desesperados para siempre jamás, mientras Dios sea Dios.

3.º *El trabajo que le costó salvarse, empleado en su salvación, le hubiera hecho feliz, y ahora está condenado por toda la eternidad.*— ¡Desgraciado de mí! Si los trabajos que me impuse para satisfacer mis caprichos me los hubiera impuesto por Dios; si lo que me fatigué por condenarme me hubiera fatigado por salvarme, ¡qué feliz sería ahora! Pero no; ahora estoy atormentado por toda la eternidad. En una palabra, exclamará por fin, éste es el tormento que me atormentará eternamente más aún que el fuego y que los demás tormentos.

57. Pensará que se condenó por poca cosa

1.º *Se condenó por un placer pasajero. ¡Qué desesperación!*— Prohibió el rey Saúl, bajo pena de muer-

te, que nadie tomara alimento alguno mientras se hallase en el campo de batalla. Su hijo Jonatás, joven aún y con hambre, tomó un poco de miel, y sabiéndolo el padre, ordenó que se cumpliese la ley y fuera ajusticiado el hijo. El pobre hijo, viéndose ya condenado a morir, se lamentaba y decía: *He probado un poco de miel con el extremo de la vara que llevaba en la mano. Heme aquí; moriré* (1 Sam. 14, 43). El pueblo, conmovido a favor de Jonatás, se interpuso entre él y su padre y lo libró de la muerte. El pobre condenado no tendrá quien se padezca de él ni le libre de la muerte eterna del infierno; más todavía, todos aplaudirán su justa condenación ya que por un placer momentáneo quiso perder a Dios y el cielo.

Cuando Esaú comió el plato de lentejas que su hermano le dio a cambio de la primogenitura, dice la Sagrada Escritura que, transido de dolor y de arrepentimiento, lanzó poderosos alaridos: *Lanzó un grito fuerte y en extremo amargo*. ¡Qué alaridos lanzará el condenado pensando que por unas satisfaccioncillas pasajeras perdió el reino del cielo y se condenó a muerte eterna!

2.º *Compara estos placeres fugitivos con los tormentos eternos*.— El desgraciado pensará siempre en el infierno la causa infeliz de su condenación. A los que aun vivimos en el mundo, la vida ya pasada se nos hace un momento y como un sueño. ¿Qué le parecerán al condenado los cincuenta o sesenta años que haya vivido en la tierra cuando se halle sumido en la eternidad y vea que, después de cien y de millones de años de sufrimiento, apenas si habrá comenzado a padecer?

3.º *Comprende que los placeres tan breves no le proporcionaron felicidad alguna en la tierra*.— ¡Si al menos aquellos cincuenta años pasados en la tierra le hubieran parecido cincuenta años de felicidad! Pero

el pecador que vive en desgracia de Dios, ¿hallará siempre en sus pecados alegrías y satisfacciones? ¿Cuánto duran los placeres del pecado? Duran tan sólo un momento; el resto, para quienes viven alejados de Dios, es tiempo de angustias y de penas. ¿Qué parecerán aquellos momentos de placer al pobre condenado cuando se halle sepultado en la mazmorra de fuego?

¿Qué provecho nos trajo la altanería? O la riqueza con jactancia, ¿de qué nos ha servido? Se pasó todo aquello como sombra (Sab. 5, 8-9). ¡Pobre de mí!, exclamará. Viví en la tierra a mi capricho, viví presa de mis delicias, mas ¿de qué me sirvió todo ello? Duraron un momento, me hicieron arrastrar vida inquieta y amarga, y lo que ahora me resta es permanecer ardiendo en estas hogueras, desesperado por siempre y abandonado de todos.

58. Remordimientos del condenado al considerar la grandeza del bien que perdió por su culpa

1.º Perdió un bien grande: el cielo.— La desgraciada Isabel, reina de Inglaterra, cegada por la pasión de reinar, exclamó un día: «Déme Dios cuarenta años de reinado y renunció al paraíso». La infeliz obtuvo los cuarenta años pedidos de reinado, mas ahora que se halla en el infierno no se felicitará por la renuncia del cielo. ¡Cuál no será su pena pensando que por cuarenta años de reinado terreno, siempre entre angustias, turbaciones e inquietudes, vino a perder el reino del cielo eterno! San Juan Crisóstomo dice que la pérdida

del cielo afligirá más a los condenados que todos los demás suplicios del infierno.

2.º *Perdió un bien grande: a Dios.*— La pena mayor del infierno es haber perdido a Dios, sumo bien, que constituye por sí solo la felicidad del paraíso. «Sí, dice San Bruno, añádanse tormentos a tormentos con tal de que Dios no se halle ausente»; entonces, a pesar de esos tormentos, si no estuvieran los condenados privados de la presencia amorosa de Dios, no lo conceptuarían infierno.

I. LO PERDIÓ TODO POR SU CULPA: 1.º *El dolor aumenta en relación con la negligencia que causó la pérdida.*— El infierno consistirá en verse privados de Dios, y esto por culpa propia. Dice Santa Teresa que cuando alguien pierde un objeto cualquiera, aun cuando no sea más que una bagatela, una moneda, un anillo de poco valor, lo lamenta y no halla sosiego pensando que lo perdió por descuido propio; pues bien, ¿cuál no será la pena del condenado pensando que perdió un bien infinito, cual es Dios, y que lo perdió por culpa suya?

2.º *Comprenderá que Dios lo quiso salvar y que era libre.*— El condenado comprenderá que Dios quería salvarlo y había puesto en su mano la elección entre la vida o la muerte eternas, según aquello del Eclesiástico: *Ante el hombre está la vida o la muerte: lo que le pluguiere le será dado* (Eccli. 15, 18). Verá, pues, que en su mano estuvo, si lo hubiera querido, ser eternamente feliz y que libremente se quiso condenar.

3.º *Entre los elegidos verá compañeros de sus desórdenes, pero que se convirtieron a tiempo.*— Verá en el día del juicio a tantos compañeros suyos salvos, en tanto que él, por no haber querido dejar la vida desordenada, ha tenido que acabar por caer en el infierno.

Vuelto, pues, a sus infortunados compañeros de suplicio, tendrá que decirles: «Nos hemos equivocado perdiendo por culpa nuestra el cielo y a Dios, y lo peor es que nuestro error no tiene remedio: *Nada* (hay) *en mis huesos por mi culpa íntegro*. Será una pena que se adentre en la médula de los huesos, que no permita descansar por toda la eternidad al considerar que los mismos condenados fueron causa de su ruina; por tanto, no tendrán objeto mayor de horror que ellos mismos, experimentando tardíamente la amenaza del Señor: *Yo te argüiré y pondrélo ante tus ojos*.

PERORACIÓN: *Llamamiento a la conversión inmediata*. Hermano mío, si en lo pasado fuiste tan loco que quisiste perder a Dios por un miserable placer, no quieras serlo en adelante. Remédialo prestamente, ahora que tienes tiempo. Tiembla, porque, si ahora no te resuelves a cambiar de vida, Dios te abandonará y te perderás para siempre.

Cuando el demonio te tienta, acuérdate del infierno, pues el pensamiento del infierno te librára de él. Te aconsejo que pienses en el infierno y que recurras a Jesús y a María Santísima, pidiéndoles su ayuda, y ellos te librarán del pecado, que es lo único que te puede llevar al infierno.

59. El pensamiento de la eternidad es el gran pensamiento

1.º El pensamiento de la eternidad eleva y purifica al alma. Ejemplos.— ¡Gran pensamiento el de la eternidad!, como lo llama San Agustín. Dice el santo que

Dios nos hizo cristianos y nos instruyó en las máximas de la fe para que pensásemos en la eternidad. Este pensamiento ha hecho abandonar el mundo a tantos grandes de la tierra que, despojándose de sus riquezas, fueron a encerrarse en los claustros, para vivir vida pobre y penitente. Este pensamiento impulsó a muchos jóvenes a internarse en las grutas y desiertos y a tantos mártires a abrazarse con los tormentos y la muerte para salvar eternamente el alma. *No tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos en busca de la venidera* (Heb. 13, 14). Esta tierra, cristianos míos, no es nuestra patria, sino tan sólo lugar de paso por el que habemos de llegar pronto a la casa de la eternidad. *El hombre se va hacia la casa de su eternidad.*

2.º *El pensamiento de la eternidad nos ofrece una terrible alternativa: o cielo eterno o infierno eterno.*— Pero en esta eternidad varía muchísimo la morada de los justos y la de los pecadores, dado que una es la verdadera región de las delicias, y la otra, la cárcel de los tormentos. Y a una de estas dos moradas tendrá que ir cada uno de nosotros irremisiblemente, como dice San Ambrosio; y a donde fuere la primera vez, allí quedará para siempre. *Si un árbol cae hacia el sur o hacia el norte, en el lugar que el árbol cayere, allí quedará* (Ecl. 12, 5). ¿Hacia dónde cae el árbol cuando se le corta? Cae a donde se inclina. ¿Dónde caerás tú, hermano mío, cuando la muerte te corte del árbol de la vida? Caerás hacia donde estuvieres inclinado. Si te inclinas al mediodía, es decir, si te hallas en gracia de Dios, será feliz para siempre; pero si te inclinas del lado del aquilón, no hay remedio, serás siempre desgraciado. No hay otro medio: o siempre bienaventurado en el cielo, o siempre desesperado en el infierno. «Hay que morir, dice San Bernardo; pero en la

hora de la muerte ignoramos la eternidad que nos tocará».

3.º *El pensamiento de la alternativa de las dos eternidades produjo en los santos, y debe producir en nosotros, saludables efectos.*— La incertidumbre de entrambas eternidades tenía siempre preocupado al profeta David, hasta el punto de no poder conciliar el sueño y tenerlo continuamente aterrado: *Me pongo a repasar los días de antaño, de los siglos pasados me recuerdo. Medito por la noche en mi interior, reflexiono y mi espíritu escudriña* (Sal. 76, 5-6). San Cipriano se pregunta cuál fue el móvil que impulsaba a los santos a vivir vida que era continuado martirio debido a sus continuas asperezas, y responde: «El pensamiento de la eternidad». Monje hubo que se encerró en un sepulcro, donde no hacía más que exclamar: «¡Oh eternidad! ¡Oh eternidad!» La famosa pecadora convertida por el abad Pafnucio tenía siempre ante los ojos la eternidad, y decía: «¿Quién me asegurará una eternidad feliz y que no habré de caer en la desgracia?» El mismo temor asaltaba hasta en la muerte a San Andrés Avelino, que entre lágrimas y terrores no cesaba de preguntar: «Que os parece, me salvaré o me condenaré por toda la eternidad?»

¡Ojalá que tampoco nosotros perdiéramos la consideración de la eternidad, y no nos aficionáramos a las cosas de este mundo! Escribe San Gregorio: «Quien fija sus pensamientos en el solo deseo de la eternidad no se aflige con las adversidades, pues nada hay en el mundo que desee ni nada que le intranquilice»; sólo desea la eternidad feliz y sólo teme la desgraciada. Cierta señora apegada a las cosas de la tierra fue a confesarse con el P. Maestro Ávila, y el Beato le aconsejó que al llegar a su casa pensase en

estas dos palabras: «Siempre, jamás». Hízolo así la señora, y perdió el afecto a las cosas mundanas y se consagró a Dios.

Escribe San Agustín que quien piensa en la eternidad y no se convierte a Dios, o no tiene fe o ha perdido el corazón. Y en apoyo de esto dice San Juan Crisóstomo que los gentiles echaban en cara a los cristianos sus mentiras y sus locuras: mentiras, porque no creían lo que hacían profesión de creer, y locuras, porque, si lo creían, no se comprendía cómo pecaban.

60. El tormento de la eternidad es el gran tormento

I. DURACIÓN DE LA PENAS: I.º *Se entra en el infierno, pero no se puede salir.*— «¡Ay de los pecadores!, exclama Cesáreo de Arlés; entran en la eternidad desconocida; pero ay de ellos doblemente, porque entran en ella para no salir más». A quien entra en el infierno se le abren las puertas para entrar, pero no las abrirán para salir: *Tengo las llaves de la muerte y del infierno* (Ap. 1, 18). Dios mismo tiene las llaves del infierno para darnos a entender que quien allí entra debe renunciar a la esperanza de salir. Nota San Juan Crisóstomo que en la misma columna de la eternidad se halla grabada la condenación de los pecitos, de modo que no hay esperanza que se borre de ella.

2.º *Allí no existe el tiempo que se desliza, nuestro tiempo.*— En el infierno no hay calendario, ni cuentan los años. Dice San Antonino que si a un condenado le anunciaran que va a salir del infierno, pero ¿cuándo?,

cuando pasaran tantos millones y millones de años cuantas son las gotas del mar y las arenas del mundo, lo festejaría muchísimo más que el condenado a la horca a quien ya en ella se le dijese que había sido librado y hecho monarca de toda la tierra. Pero no; pasarán esos millones y millones de años tan numerosos como las gotas de mar y las arenas del mundo, y el infierno del condenado estará empezando. Multiplíquense todos esos millones de años infinitas e infinitas veces, y el infierno estará empezando. Y ¿de qué vale, dice San Hilario, multiplicar años en la eternidad? Cuando crees llegar al fin, allí te encuentras con el principio. San Agustín escribe: «Las cosas que tienen fin no se pueden comparar con la eternidad».

3.º *El condenado lo comprende y renuncia a toda esperanza.*— ¡Cuánto disfrutaría cada condenado con poder hacer con Dios el siguiente pacto: «Señor, aumentad mis sufrimientos cuando os pluguiere, fijadles el fin lejano que os plazca; todo lo acepto, con tal de que el infierno tenga fin». Pero no, exclamará el condenado: *Ha perecido mi perduración.* Pero ¿es que sus sufrimientos no acabarán jamás? No; los infiernos retemblarán con el sonido de la trompeta de la divina justicia, que repetirá sin cesar a los condenados que su infierno durará siempre, sin poder acabarse jamás.

II. LA INTENSIDAD DE LOS TORMENTOS SE AGRAVA CON SU DURACIÓN: I.º *Una pena ligera, pero que dura mucho, se hace insoportable.*— Si el infierno no fuera eterno, no fuera infierno. Dice Tomás de Kempis: «Todas las penas que acaban son breves». Si el enfermo tiene que padecer una punzada o botones de fuego, cierto que ha de sufrir, pero pronto cesará ese sufrimiento. Cuando el dolor es duradero, como el de

muelas que durase tres meses, hácese insoportable. Más aún, si hubiera que estar en una blanda cama, pero siempre de un lado durante seis meses u oyendo la misma música y la misma representación teatral todos los días y noches del año, llegaríamos hasta desesperarnos.

2.º *¿Qué acontecerá con la pena del infierno?*— ¡Pobres pecadores! ¡Qué ciegos están! Cuando se les amenaza con las penas del infierno, responden: *Pues si voy al infierno, ¡Paciencia!* No hablarán así cuando se vean en él, condenados a padecer, no en una música ni una representación teatral, no una postura fija en una cama confortable, ni un simple dolor de muelas, sino toda clase de tormentos y de males: *Acumularé desgracias sobre ellos*, y todas estas desgracias no tendrán fin.

No acabarán ni disminuirán en lo más mínimo. El réprobo siempre padecerá el mismo fuego, la misma privación de Dios, la misma tristeza, la misma desesperación; sí, porque en la eternidad, dice San Cipriano, no hay mutación, ya que el decreto divino no se cambia jamás.

III. LA INTENSIDAD DE ESTAS PENAS AUMENTA HASTA EL SUMMUM CON LA CONSIDERACIÓN DE LOS TORMENTOS ETERNOS, SIEMPRE PRESENTE A LA MEMORIA DEL CONDENADO.— Este pensamiento redoblará inmensamente su pena, haciéndoles sentir por anticipado todo cuanto en lo futuro habrán de padecer. Daniel, describiendo la felicidad de los elegidos y la desgracia de los réprobos, exclama: *Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, éstos para la vida eterna, aquéllos para oprobio, para eterna ignominia* (Dan. 12, 2). Tendrán siempre ante los ojos su eterna desgracia, de suerte que la eternidad los torturará pesando sobre ellos

no solamente con el peso de los tormentos actuales, sino de todos los tormentos que han de venir.

61. La eternidad de la penas del infierno es tan verdadera como terrible

I.º NOS ASEGURA LA FE QUE EL FUEGO DEL INFIERNO Y LOS TORMENTOS DE LOS CONDENADOS SON ETERNOS.— No se trata ya de opiniones controvertidas entre los teólogos, sino de verdades de fe claramente expresadas en las Sagradas Escrituras. Pero la Escritura, opone un hereje, dice: *Apartaos de mí, vosotros los malditos, al fuego eterno* (Mt. 25, 41), de lo que se sigue que el fuego sí es eterno, pero no el suplicio del condenado. Así habla este incrédulo, pero sobrado audazmente.

¿Para qué otro fin crearía Dios este fuego eterno sino para castigar eternamente a los eternamente reprobados? Y para quitarnos cualquier sombra de duda, en muchos otros lugares de la Sagrada Escritura se nos habla no sólo del fuego, sino también de la pena eterna del condenado: *E irán éstos al tormento eterno* (Ibid. 46). *Su gusano no muere y su fuego no se extingue* (Mc. 9, 18). *Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos* (Ap. 14, 11). *Pagarán la pena con perdición eterna* (Tes. 1, 9).

II. LA RAZÓN, APOYADA EN LA FE, JUSTIFICA LAS PENAS ETERNAS: I.º *Responden a la malicia infinita del pecado mortal.*— Dice otro incrédulo: «¿Cómo puede Dios castigar justamente el peca-

do, que dura un momento, con una pena eterna?» Respondo que la gravedad del delito no se mide según la duración del tiempo, sino según el peso de la malicia. La malicia del pecado mortal es infinita, como dice Santo Tomás, por lo que el condenado es reo de pena infinita; ahora bien, como la criatura no es capaz de soportar una pena de intensidad infinita, Dios la castiga con una pena infinita en duración haciéndola pena eterna. Además, la justicia exige que la pena se mantenga mientras el culpable persista en su crimen. Se trata a los condenados con la misma medida que a los elegidos: la santidad de los elegidos perdura siempre y siempre perdura su recompensa; respecto a los condenados, ya que su pecado tampoco cesa, no cesará tampoco su castigo. Eusebio de Emesa escribe que, mientras perdure la causa de la voluntad perversa, durará el castigo.

2.º *Responden a la obstinación del condenado.*— Es de tal laya la obstinación del condenado, que, si Dios le ofreciese el perdón, lo rehusaría por el odio que le tiene. El réprobo habla por Jeremías y dice: *¿Por qué se ha hecho perpetuo mi dolor, y mi llaga, desahuciada, rehusa ser curada?* (Jr. 15, 18) En otros términos: mi llaga es incurable porque yo no quiero la curación. Y bien, ¿cómo podrá curar Dios la llaga de la mala voluntad cuando se rehusan los remedios que se pudieran brindar? Por esto el castigo de los réprobos se llama espada y venganza irrevocable: *Yo Yahveh, he sacado mi espada de su vaina y ya no será envainada* (Ez. 21, 5).

III. ES IMPOSIBLE QUE ACABEN LAS PENAS; EL CONDENADO LO SABE Y NO SE FORJA ILUSIÓN ALGUNA EN ESTE RESPECTO.— Así se explica cómo la muerte, que en la tierra era tan espanto-

sa, sea en el infierno tan deseada por los condenados, pero deseada vanamente, puesto que no la hallarán: *Y en los días aquellos buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán; y ansiarán morir, y huye de ellos la muerte* (Ap. 9, 6). Como remedio a su eterna miseria pedirán la propia exterminación y destrucción, pero *no hay veneno de exterminación*. Si acontece que el verdugo, después de echar abajo de la escalera al condenado a la horca, no lo remata, los espectadores se estremecen con un sentimiento de compasión. ¡Pobres condenados! Viven muriendo continuamente en aquellas penas, pero su muerte es el tormento de la muerte, sin que consigan perder nunca la vida.

«Hay dos muertes, decía San Agustín, una que, sin querer, separa el alma del cuerpo, y otra que mantiene en el cuerpo a quien no lo quiere». La primera saca el alma del cuerpo pecador, que no querría morir; la segunda, que es la muerte eterna, retiene en el cuerpo al alma que desearía la muerte. Dice David: *Puestos en el infierno cual rebaño, que la muerte apacienta*. Las bestias, al pastar, rozan el verde, pero no hieren la raíz, para que la hierba no muera y vuelva a retoñar; así hace la muerte con los condenados: los apacienta con su pena, pero no les quita la vida, que vamos a decir que es la raíz de la pena.

Si los desgraciados réprobos no tienen esperanza alguna de salir algún día de su prisión, ¿podrán al menos alimentar alguna ilusión en este respecto? ¿Quién sabe si tarde o temprano no se compadecerá Dios de mí y quebrantará mis cadenas? En el infierno no hay ilusión ni hay dudas. Allí no hay *quién sabe*; allí no hay *quizás*. El condenado está tan seguro de la existencia de Dios como de la eternidad de su infierno. *¿Te imaginabas que era como tú? Yo te argüiré y*

pondrélo ante tus ojos. Tendrá el condenado sin cesar ante los ojos sus pecados y la sentencia de su eterna condenación. *Pondrélo ante tus ojos.*

PERORACIÓN. I.º *Salvemos nuestra alma para no merecer las penas eternas.*— Concluyamos. Amadísimos hermanos, nuestro único asunto ha de ser nuestra salvación eterna. El asunto que aquí se ventila, dice San Euquerio, es la eternidad. Se trata de la eternidad, se trata de que, si nos salvamos, seremos por siempre felices en una ciudad de delicias; y se trata de que, si nos condenamos, seremos para siempre desgraciados en el lugar de los tormentos. No es éste asunto de poco peso, sino asunto en que lo ventilamos todo y por toda la eternidad.

Cuando Santo Tomás Moro fue condenado a la muerte por Enrique VIII, Luisa, su mujer, le tentó instándole a que accediera a la voluntad del rey. «Luisa, le preguntó el mártir, ya ves lo anciano que soy; ¿cuántos años te parece que podría aún vivir?» La mujer le respondió: «Aun podrías vivir veinte años». Y Tomás Moro le contestó: «¡Qué bella ganancia me propones! ¿Cómo? ¿Por otros veinte años de vida en este mundo quieres que me condene a una eternidad de tormentos?»

2.º *Tengamos viva fe en esta verdad.*— ¡Dios mío! ¡Se cree en el infierno y se peca! Oyentes míos, no seamos nosotros también locos, como lo fueron tantos que ahora se hallan gimiendo en el infierno. ¡Desgraciados! ¿Qué les resta de los placeres de que disfrutaron en la vida? Hablando San Juan Crisóstomo de los ricos y de los pobres a propósito de la parábola del rico epulón y del pobre Lázaro, dice: «¡Infeliz felicidad que condujo al rico a una eterna infelicidad! ¡Feliz infelicidad que llevó al pobre a una eterna feli-

ciudad!» Los santos se enterraron vivos para no hallarse enterrados después de muertos por toda la eternidad en el infierno.

Aun cuando la eternidad fuera cosa dudosa, debiéramos emplear todos los medios posibles para evitar una eternidad de penas; pero no, no es cosa dudosa, sino que es de verdad de fe que todos, después de esta vida, hemos de entrar en la eternidad para ser por siempre felices o para siempre desgraciados. Decía Santa Teresa que no pocos cristianos se condenan por falta de fe. Reavivemos, pues, nuestra fe y, cuando recemos las palabras del Símbolo: «Creo en la vida eterna»; recordaremos que después de esta vida tiene que venir otra que nunca acaba.

3.º *Sirvámonos de todos los medios para salvarnos.*— Adoptemos todos los medios; hagámoslo todo; sacrifiquémoslo todo, y si se precisara abandonar al mundo para asegurar la salvación eterna, abandonémosle, que, como dice San Bernardo, no hay seguridad que baste cuando peligra la eternidad.

62. La misericordia divina llama a penitencia

1.º *Llamó a nuestro primer padre Adán después del pecado.*— ¿Cuál no sería la extrañeza de los ángeles cuando vieron cómo Dios, después de haber pecado Adán y andar huyendo de su presencia, lo iba buscando y como suspirando tras de él con estas palabras: *¿Dónde estás?* Palabras, dice Pereira, de un padre que anda buscando al hijo perdido.

2.º *También llama a los pecadores.*— Hermano mío, eso es lo que hizo el Señor contigo; tú huías de Dios, y El tantas veces te ha llamado a penitencia por medio de los confesores y de los predicadores. ¿Quién te hablaba por medio de ellos? Era Dios, cuyos embajadores son los predicadores, como dice San Pablo: *En nombre, pues, de Cristo somos embajadores, como que os exhorta Dios por medio de nosotros* (2 Cor. 5, 20). Por eso el mismo Apóstol escribió a los pecadores de Corinto: *Os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios* (Ibid). San Juan Crisóstomo comenta este paso diciendo: «El mismo Cristo os suplica. Pero ¿qué os suplica? Que os reconciliéis con Dios. La hostilidad no viene de Dios, sino de vosotros». En otras palabras: no es Dios quien se niega a hacer las paces con el pecador, sino el pecador el que se opone a reconciliarse con Dios.

3.º *Llama de distintas maneras.*— Y, a pesar de ello, el Señor no deja de llamarlo con tantas voces interiores, inspiraciones, remordimientos de conciencia y amenazas. Así se portó Dios contigo, cristiano mío, y, al ver que te hacías sordo, se armó contra ti acudiendo a los castigos y llamándote con aquella persecución, con aquella pérdida de intereses, con la muerte de aquel pariente tuyo, con la gravedad de la enfermedad que te amenazaba de muerte; te mostró el arco tendido de su justicia vengadora, no ya para perderte cuanto para salvarte del infierno que habías merecido, como lo dijo por David: *Alzaste una bandera para los que te temen, porque en contra del arco se amparasen, porque sean liberados tus amados* (Sal. 59, 6-7). Tú llamabas desgracias a aquellos reveses, cuando no eran sino misericordias que Dios usaba contigo; eran voces que Dios te daba para que dejases el peca-

do y no te perudieses: *Canséme de gritar, secóse mi garganta*. Hijo, te dice Dios, *cansado estoy de compadecerme*, cansado de rogarte que no me ofendas más.

4.º *Llama lleno de misericordia*.— A causa de tu ingratitud merecías que Dios dejara de llamarte, y, esto no obstante, continúan los esfuerzos de su misericordia. Pero ¿quién te llamaba? El Dios de infinita majestad que un día te ha de juzgar, y que decidirá de tu felicidad o de tu ruina eterna. Y tú ¿quién eres sino un gusanillo merecedor del infierno eterno? Y ¿para qué te llamaba? Para hacerte recuperar la vida de la gracia, que habías perdido. *Arrepentíos, pues, y viviréis*. Para recobrar la gracia de Dios poco serían cien años encerrado en un desierto y entregado a ayunos y maceraciones, pero Dios te la ofrecía por un acto sencillo de dolor.

5.º *Llama lleno de ternura perseverante*.— Te resististe de nuevo, y, lejos de abandonarte, oíste a tu Dios diciéndote: *¿Por qué queréis morir, oh casa de Israel?* (Ez. 18, 32) Como el padre que fuera corriendo quejoso tras el hijo resuelto a echarse al mar, así Dios se te acercó para decirte, lleno de compasión por tu alma: Hijo mío, ¿por qué te quieres condenar? *¿Por qué queréis morir, oh casa de Israel?*

Como la palomita deseosa de entrar en el palomar, cuya ventana está cerrada, va una vez y vuelve ciento y no deja de rondarla hasta que halla abierto un resquicio por donde entrar, así decía San Agustín que hacía con él la misericordia divina cuando se hallaba en desgracia de Dios. Lo propio hizo el Señor contigo, hermano mío. Cuando pecaste y cada vez que pecaste, querías arrojar a Dios lejos de ti, como se expresa Job: *Ellos decían a Dios: «Apártale de noso-*

tros». Y Dios, en vez de abandonarte, ¿qué hacía? Poníase a la puerta de tu ingrato corazón y, dando con los nudillos, te hacía ver que quería entrar: *Mira que estoy a la puerta y doy aldabadas*, y te suplicaba que le abrieses al menos por compasión: «¡Abreme, hermana mía!» Abreme, te decía, porque quiero librarte de tu ruina, y, si rompes con el pecado, te prometo olvidarme de todos los disgustos que me diste.

6.º *Llama lleno de condescendencia*.— ¿Tal vez no quieras abrirme ahora por temor a empobrecerte si restituyes los bienes que no son tuyos o si abandonas la amistad de quien te mantiene? Y ¿es que yo, dice Dios, no te puedo proveer? O ¿quizás temes vivir una vida triste si abandonas la amistad que te tiene separado de mí? Y ¿yo no te puedo contentar y hacer que vivas felizmente? Pregúntaselo a los que aman sinceramente, y te dirán que, contentos y felices con la posesión de mi gracia, no cambiarían su estado, por humilde y pobre que fuere, por todos los placeres y riquezas de los monarcas.

63. La misericordia divina espera a que se conviertan los pecadores

I. ¿QUIÉN ESPERA?: I.º *Un Dios omnipotente, que, lejos de castigaros, como estaba en su derecho, os colma de beneficios*.— Después de haber considerado la misericordia con que Dios se digna llamar a los pecadores, consideremos ahora la paciencia con que los espera a penitencia. Al considerar la divina paciencia con los pecadores, la gran sierva de Dios doña

Sancha Carrillo, penitente de S. Juan de Ávila, decía que deseaba edificar una iglesia y dedicarla a *La Paciencia de Dios*.

¡Ah, pecadores míos!, y ¿quién pudiera ejercer con vosotros la paciencia que ejerció Dios? Si hubierais insultado a un hombre como insultasteis a Dios, aun cuando hubiera sido vuestro mejor amigo o aun vuestro propio padre, no habría tenido más remedio que vengarse. Cuando ofendíais a Dios, podía haberos castigado al instante; tornasteis a ofenderle, y Dios, en vez de castigaros, os devolvió bien por mal, os conservó la vida, os rodeó de todos su cuidados providenciales, aparentó no ver los pecados, y todo con la mira de ver si conseguía que os enmendaseis y cesarais de injuriarlo.

2.º *Un Dios santo, que tolera tantos y tantos pecados.*— Pero ¿qué, Señor? No podéis soportar la vista de un solo pecado, ¿y luego toleráis en silencio que tantos hombres se entreguen a la iniquidad? *No puedes contemplar (indiferente) la iniquidad. ¿Por qué miras a esos pérfidos y callas?* (Hab. 1, 13) Veis al vengativo, que prefiere su honor al vuestro; al ladrón, que, en vez de avergonzarse de sus liviandades, se vanagloria de sus excesos; al escandaloso, que, no contento con ofenderos, incita a los demás a la ofensa. Veis todo esto y calláis. Y ¿cómo se explica que no lo castigéis?

3.º *Un Dios clemente, que detiene la venganza de las criaturas.*— Escribe Santo Tomás que todas las criaturas que sirven al Creador arden en deseos de vengarse de los pecadores, y como dijo el libro de la Sabiduría: *La Creación, sirviendo a ti, su Hacedor, se embravece para castigo de los injustos*. Sí, dice Santo Tomás, la tierra, el fuego, el aire, el agua, como siervos del Señor, quisieran, como por natural instin-

to, castigar al pecador y vengar las injurias con que ofende al Creador. Dios, empero, en su infinita bondad, las detiene.

II. ¿QUÉ ES LO QUE ESPERA? AL PECADOR QUE ABUSA DE SU BONDAD.— Pero, Señor, vos esperáis al pecador para que se convierta, y ¿no veis que abusan de vuestra misericordia para ofenderos más? En efecto, los esperasteis tanto tiempo, detuvisteis su castigo, y ¿qué provecho sacasteis? Que anduviesen de mal en peor. ¿Por qué tanta paciencia con semejantes ingratos? ¿Por qué continuáis esperándolos y no los castigáis? *Yahveh, dice Isaías, espera confiado en obrar graciosamente con vosotros; por eso ansía de vosotros compadecerse* (Js. 26, 15), a fin de que el pecador entre en sí mismo y Dios pueda perdonarlo y salvarlo. *Vivo yo, afirma el Señor Yahveh, que no me complazco en la muerte del impío, sino en que el impío se convierta de su camino y viva* (Ez. 33, 11). San Agustín llega a decir que, si Dios no fuese Dios, sería injusto por la sobrada paciencia que usa con los pecadores. En efecto, que Dios perdone al pecador y que éste se sirva de su paciencia para pecar más, parece una injusticia que se hace al honor divino. El santo doctor continúa: «Cometemos el pecado y nos aficionamos a él, y hay quienes de tal modo pactan con sus crímenes, que duermen en ellos semanas y meses; nos gloriamos del pecado, pues hay quienes se glorian de sus bajezas, y vos, Dios mío, quedáis tranquilo. Os provocamos a cólera, y vos nos provocáis a misericordia...» Diríase que luchamos con Dios, nosotros provocando sus castigos y El ofreciéndonos su perdón.

III. ¿CÓMO LE ESPERA? *Tiernamente, llamándole con invitaciones amorosas.*— ¿Qué es un hom-

bre, pregunta Job, para que en tanto le tengas y para que pongas en él tu atención, para que lo inspecciones cada mañana y a cada momento lo escudriñes? (Job. 7, 17) Los pecadores se alejan de Dios, escribe San Dionisio Areopagita, pero Dios, a impulsos del ardor de su caridad, corre en pos de ellos, conjurándoles que no se pierdan. Ingratos, les dice, ¿por qué huís? Yo os amo y sólo quiero vuestro bien. Santa Teresa decía: «Mirad, mirad que os ruega ahora el juez que os ha de condenar... ¡Oh, váleme Dios! ¡Oh, váleme Dios! ¿Qué gran tormento es para mí cuando considero qué sentirá un alma que siempre ha sido acá tenida, y querida, y servida, y estimada, y regalada, cuando entienda claro que no ha de tener fin: que allí no le valdrá querer no pensar las cosas de la fe (como acá ha hecho), y se vea apartar de lo que le parecerá que aun no había comenzado a gozar».

64. La misericordia divina acoge a los pecadores arrepentidos

¿Cómo acoge la misericordia divina?

I.º *Seguramente.*— Si un súbdito se rebela contra su rey y se le presenta para pedirle perdón, éste se desdeña de recibirlo y ni siquiera le favorece con una mirada. No obra así Dios cuando vamos a pedirle humildemente perdón: *Yahveh, Dios nuestro, es clemente y misericordioso, y no apartará de vosotros su rostro si os convertís a El* (2 Par. 30, 9). Dios no entiende de volver el rostro a quienes caen arrepentidos a sus plantas, como el mismo Jesús declaró por estas pala-

bras: *Al que viniere a mí no le echaré fuera.* Y en realidad, ¿cómo lo podría rechazar, cuando El mismo lo invita a volver, prometiéndole sus abrazos? Y en el libro de Zacarías dice el Dios de los ejércitos: *Vol-veos a mí dice Yahveh Sebaot, y yo me volveré a vosotros* (Zac. 1, 3).

2.º *Tiernamente.*— ¡Con cuánta ternura abraza Dios al pecador que se convierte! Esto precisamente quiso dar a entender a Jesucristo cuando dijo, como apuntamos en el exordio, que El es el buen pastor, que al encontrar a la ovejuela perdida la carga amorosamente sobre los hombros: *Y en hallándola, pónesela sobre los hombros.* Lo mismo significó en la parábola del hijo pródigo, dándonos a entender que es el padre que al retornar el hijo perdido sale a su encuentro, lo abraza, lo besa y, al recibirlo, no puedo contener la alegría que lo embarga: *Estando él muy lejos todavía, vióle su padre, y se le enterneció el corazón, y, corriendo hacia él, echósele al cuello y se lo comía a besos* (Lc. 15, 5).

3.º *Generosamente.*— Más aún: Dios afirma que, no bien el pecador se arrepiente, le son perdonados sus pecados y se olvida de ellos, como si nunca le hubiera ofendido. *Si el impío se convierte de todos sus pecados que cometió, y observa todos mis preceptos, y practica el derecho y la justicia, vivirá de seguro, no morirá. Ninguno de sus pecados que cometió le será recordado* (Ez. 18, 21-22). Y hasta llega a decir por Isaías estas palabras: *Venid, hagamos cuentas, dice Yahveh; aun cuando vuestros pecados fuesen como la grana, como la nieve han de blanquear; aunque fuesen rojos cual la púrpura, quedarán (blancos) como la lana* (Js. 1, 18). Si vuestras conciencias fuesen horriblemente negras, Dios promete blanquearlas más

que la nieve. Pecadores, parece decir Dios, venid y, si yo no os perdonare ni os diere mi amistad, echadme en cara el haber faltado a mis promesas. Pero no, Dios no sabe despreciar el corazón que se humilla y se arrepiente: *Un corazón contrito y humillado, ¡oh Dios!, no lo desprecias* (Sal. 50, 19).

El Señor cifra su gloria en usar de misericordia y perdonar a los pecadores: ¡Oh, Dios, le dice la santa Iglesia, que manifiestas tu omnipotencia sobre todo cuanto perdonas y te compadeces!»

PERORACIÓN.— No pienses, pecador hermano mío, que el perdón se haga esperar mucho tiempo, pues se te dará tan pronto como tú quieras. He aquí las palabras de la Escritura: *No has de llorar en modo alguno; con certeza obrará gracia contigo, atendiendo a la voz de tu grito de auxilio; en cuanto lo oiga te responderá* (Js. 30, 19). No, no tendrás que llorar durante mucho tiempo, pues a la primer lágrima de dolor de tus pecados, Dios se compadecerá de ti: *En cuanto lo oiga te responderá*. No obra Dios con nosotros como obramos nosotros con El. Dios nos llama, y nos hacemos sordos; Dios, no: *en cuanto lo oiga te responderá*. Nada más que te oiga decirle: «Perdonadme, Dios mío», te responderá al punto y te concederá el perdón. (Excitación al arrepentimiento.)

65. Compasión de Jesucristo manifestada por la Redención

I. LA REDENCIÓN CONSIDERADA EN SÍ MISMA.— Nuestro amantísimo Redentor, conmovido has-

ta las entrañas de su misericordia con los hombres, que gemían desgraciadamente bajo la esclavitud del pecado y del demonio, bajó del cielo a la tierra para redimirlos y salvarlos de la muerte eterna con su propia muerte. Así lo cantó Zacarías, padre del Bautista, cuando fue a su casa la Santísima Virgen María, hecha ya Madre del Verbo encarnado: *Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, por las cuales nos visitará un Sol que nace desde lo alto* (Lc. 1, 78).

II. EN LA FINALIDAD DE LA REDENCIÓN: 1.º *Jesucristo quiso que los pecadores tuviesen la vida, y una vida más abundante que la que perdieron por el pecado.*— Jesucristo mismo, al declarar que era el buen pastor que había bajado a la tierra para salvar a sus ovejuelas, dijo: *Yo vine para que tengan vida y anden sobrados* (Jn. 10, 10). Notad la expresión *anden sobrados*, que da a entender que Jesús no vino tan sólo a hacer que recuperásemos la gracia perdida, sino para darnos una vida más abundante y mejor que la que perdimos por el pecado. Sí, porque, como dice San León, Jesucristo con su muerte nos trajo mayores bienes que males nos había traído el demonio con el pecado. Esto quiso dar a entender el Apóstol cuando escribió: *Donde aumentó el delito, sobrerrebosó la gracia* (Rm. 5, 20).

2.º *Con tantos sufrimientos y muerte tan cruel quiso conquistar su amor.*— Pero, mi Señor, puesto que quisisteis revestiros de carne humana, bastaba una sola oración vuestra para redimir todos los hombres. ¿A qué, pues, vivir vida tan pobre y despreciada durante treinta y tres años? ¿A qué morir tan amarga e ignominiosamente en infame patíbulo y derramado toda vuestra sangre a puros tormentos? —Sí, responde Jesucristo, comprendo que fueran bastantes una sola

gota de mi sangre, una sencilla súplica mía para salvar al mundo; pero no eran bastantes para demostrar el amor que profeso a los hombres. Por esto quise padecer tanto y morir muerte tan atroz, para que los hombres me amasen luego de verme muerto por su amor. Esto trae consigo el ser buen pastor: *Yo soy el buen pastor. El buen pastor expone su vida por las ovejas* (Jn. 10, 11).

III. EL AMOR QUE LA INSPIRÓ: I.º *Jesucristo dio su vida en señal del afecto que nos tenía.*— ¡Oh, hombres; oh, hombres!, ¿qué mayor prueba de afecto os podía dar el Hijo de Dios que sacrificar la vida por sus ovejas? *En esto hemos conocido, dice San Juan, la caridad, en que El dio su vida por nosotros* (1 Jn. 3, 16). Y Jesucristo dijo: *Mayor amor que éste nadie le tiene: que en dar uno la vida por sus amigos* (Jn. 15, 13). Pero vos, Señor, hicisteis más, ya que no moristeis tan sólo por los amigos, sino también por nosotros, que con nuestros pecados éramos enemigos vuestros: *Siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo* (Rm. 5, 10).

2.º *El Padre sacrificó a su Hijo, y el Hijo se inmoló por nosotros a la justicia divina.*— «¡Oh amor inmenso de nuestro Dios, exclama San Bernardo, que, para perdonar a los esclavos, ni el Padre perdonó al Hijo ni el Hijo se perdonó a sí mismo!» Para perdonarnos a nosotros, viles esclavos rebeldes, el Padre rehusó perdonar al Hijo, y el Hijo no quiso perdonarse a sí mismo, sino que satisfizo con su muerte a la justicia divina por los pecados que nosotros cometimos.

66. Conmovedores rasgos de la vida del Salvador

I. JESUCRISTO PERDONA A LOS PECADORES Y LOS DEFIENDE. LOS SAMARITANOS.— Próximo ya a la pasión, fue un día Jesucristo a Samaria; los samaritanos no quisieron recibirlo, por lo que Santiago y San Juan se indignaron contra ellos por la injuria que hacían a su Maestro, y, vueltos a El, le preguntaron: *Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?* (Lc. 11, 54) Jesús, lleno siempre de mansedumbre, aun con quienes lo despreciaban, ¿qué les respondió?: *Vuelto a ellos, los reprendió, diciendo: No sabéis de qué espíritu sois, porque el Hijo del hombre no vino a perder las almas de los hombres, sino a salvarlas* (Lc. 9, 55-56). Acre reprimenda, cuyo sentido era éste: Ese no es espíritu mío, que lo es de paciencia y de compasión con los pecadores, pues yo vine a salvar las almas y no a perderlas, y ¿aun me habláis de fuego, de castigos y de venganzas? Y en otra circunstancia decía a sus discípulos: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11, 20). No quiero que aprendáis de mí a castigar, sino a practicar la mansedumbre y a soportar y a perdonar las injurias.

II. VA EN SU BUSCA Y LOS ACOGE ALEGREMENTE. LA OVEJA PERDIDA.— Sobrado conocida es la ternura de su corazón cuando dijo: *¿Qué hombre de vosotros que tenga cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y se va a buscar la perdida, hasta que la halla?* (Lc. 15, 4) Y luego añade: *Y en hallándola, pónsela sobre los hombros gozoso, y, llegando a su casa, convoca a los amigos y a los vecinos y les dice: Dadme el parabién, porque hallé mi*

ovejuela perdida (Lc. 5, 5-6). – Pero, Señor, la alegría debe ser no tanto vuestra cuanto de la ovejuela por haberos encontrado a vos, su pastor y su Dios. – Sí, dice Jesucristo, la ovejuela disfrutará al encontrarse a mí, su pastor; pero mayor es el contento mío al recobrar la ovejuela perdida. – Y concluye diciendo: *Os digo que de igual manera habrá en el cielo mayor gozo por un solo pecador penitente que no por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia* (Lc. 15, 7). Y ¿habrá pecador tan duro que, oyendo esto y conociendo el amor con que Jesucristo está presto a abrazarlo y cargarlo sobre sus hombros si se arrepiente de sus pecados, dude en lanzarse al punto a sus plantas?

III. LOS ACOGE CON TERNURA Y GENEROSIDAD CUANDO RETORNAN. EL HIJO PRÓDIGO.— De igual modo declaró el Señor su ternura con los pecadores en la parábola del hijo pródigo, como lo refiere San Lucas, refiriendo cómo cierto joven, impaciente por liberarse de la autoridad paterna, para seguir con toda libertad la carrera del libertinaje, decidió reclamar la herencia. El padre tuvo que dársela, muy a su pesar, previendo la desgracia que iba a acontecer. Efectivamente, el joven dejó la casa paterna, y, habiendo en poco tiempo disipado el capital, cayó en miseria tal, que para poder vivir tuvo que ponerse a guardar una manada de puercos.— He aquí la imagen del pecador que ha abandonado a Dios, perdido la divina gracia y disipado cuantos méritos había adquirido, viniendo a caer en postración tal que se ve reducido a la esclavitud del demonio. Refiere luego San Lucas que, al verse el joven reducido a miseria tanta, resolvió retornar a su padre; y el padre, figura de Jesucristo, cuando vio que el hijo volvía a sus plantas, sintióse al punto movido a compasión: *Vióle su padre, y*

se le enterneció el corazón (Lc. 15, 20). Después, en vez de tratarlo con el rigor que merecía su ingratitud, ¿qué es lo que hizo? *Corriendo hacia él echósele al cuello y se lo comía a besos* (Ibid). Después dijo a sus criados: *Presto, sacad el mejor vestido y vestídselo* (Ibid. 22). El *mejor vestido* representa la gracia divina, que Dios restituye a los pecadores al concederles el perdón con el acompañamiento de los dones celestiales nuevos, como explica San Jerónimo y San Agustín. *Ponedle una sortija en su mano* (Ibid); dadle el anillo de esposa, porque el alma, al recobrar la gracia de Dios, vuelve a ser esposa de Jesucristo. *Y traed el novillo cebado y matadle, y comamos y hagamos fiesta* (Ibid). El novillo cebado representa a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, místicamente sacrificado e inmolado en el altar, es decir, en la comunión. *Presto, comamos y hagamos fiestas*. Pero ¿por qué, Padre divino, tan fiesta por el retorno de un hijo que ha sido tan ingrato? *Porque este hijo mío estaba muerto y revivió, estaba perdido y fue hallado* (Lc. 15, 24). Lo celebro porque este hijo mío estaba muerto para mí y ahora resucita; lo había perdido y ahora lo vuelvo a encontrar.

IV.AL PUNTO LOS PERDONA: I.º *A pesar de la muchedumbre de su pecados. María Magdalena, etc.* – ¡Qué prueba de ternura no dio también Jesucristo a la mujer pecadora, que San Juan Crisóstomo cree haber sido Santa María Magdalena, la cual se postró un día a los pies de Jesucristo, como se lee en San Lucas, y se los lavó con sus lágrimas! Vuelto el Señor a ella, la consoló diciendo: *Quedan perdonados tus pecados. Tu fe te ha salvado; vete en paz* (Jn. 5, 14).

¡Qué prueba de ternura no manifestó también al pobre desde hacía treinta y ocho años enfermo de cuer-

po y alma! El Señor lo curó de su mal, perdonóle sus pecados y le dijo: *Mira, has sido curado; no peques ya más, no sea que te acaezca algo peor.*

También experimentó esta ternura el leproso, que dijo a Jesucristo: *Señor, si quieres, puedes limpiarme* (Mt. 8, 2). Y Jesucristo le respondió: *Quiero; sé limpio.* Cual si dijera: «Lo quiero, porque para esto bajé del cielo, para consuelo de todos; estás curado como deseas»; y así aconteció al instante: *Y al punto fue curada su lepra* (Ibid).

2.º *A pesar del escándalo de sus crímenes. La mujer adúltera.* – Lo experimentó también la mujer adúltera que presentaron a Jesucristo los fariseos diciéndole: *En la ley, Moisés nos mandó que a semejantes mujeres las apedreásemos; tú, pues, ¿qué dices?* (Jn. 8, 5) Y esto, como nota San Juan, lo decían para tentarlo a que respondiese, para poderlo acusar como transgresor de la ley si respondía que no se la castigase o para mancillar su espíritu de mansedumbre si respondía que se la apedrease. Así opina San Agustín. Y ¿qué respondió el Señor? No respondió ni una cosa ni otra, sino que, inclinándose, escribió con «el dedo en la tierra». *Jesús, inclinándose hacia el suelo, escribió con el dedo en la tierra* (Ibid). Este escrito en la tierra era, según los intérpretes, probablemente, algún texto en la Sagrada Escritura trazado por nuestro Señor en la arena, y en que los fariseos podían leer sus propios pecados, mayores tal vez que los de la mujer; y luego de ello les dijo: *Quien de vosotros esté sin pecado, sea el primero en apedrearla* (Ibid) Ellos, como nota el evangelista, se escaparon uno tras otro, quedando solamente la mujer, vuelto a la cual el Señor, díjole: *¿Nadie te condenó?* Ella dijo: *Nadie, Señor. Dijo Jesús: Tampoco yo te condeno: anda, y desde ahora no peques más* (Jn. 8, 10-11).

67. Invitaciones apremiantes que Jesucristo dirige a los pecadores más obstinados

I. SÚPLICA A LOS MÁS OBSTINADOS PECADORES PARA QUE TENGAN COMPASIÓN DE SU ALMA.— No, Jesucristo no vino a condenar a los pecadores, sino a librarlos del infierno, con tal de que se quieran convertir. Cuando los ve obstinados en su perdición, les suplica, hasta cierto punto, con lágrimas: *¿Por qué queréis morir, oh casa de Israel?* (Ez. 33, 11) Cual si pretendiese decir: «Hijo míos, ¿por qué queréis morir, por qué queréis ir al infierno, si yo bajé del cielo para libraros con mi muerte de él?» Y luego añade por el mismo profeta: «Estabais muertos; volved a mí y os restituiré la vida que habíais desdichadamente perdido. *No me complazco en la muerte de cualquier que sea, afirma el Señor Yahveh; arrepentíos, pues, y viviréis*» (Ez. 18, 32).

Mas puede ser que haya algún pecador sobrecargado de pecados que se diga a sí mismo: «Y ¿quién sabe si Jesucristo no me rechazará?» «No, le responde Jesucristo: *Al que viniere a mí no le echaré fuera* (Jn. 6, 37). No rechazaré a nadie de cuantos a mí acuden arrepentidos de sus pecados, aun cuando fueran ellos muchos y enormes».

II. PROMÉTELES EL PERDÓN DE SUS PECADOS Y LES DA PLENA SEGURIDAD DE ELLO. — He aquí todavía con qué términos nuestro Redentor nos anima a caer a sus plantas, con la segura esperanza de ser perdonados y consolados: *Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y yo os aliviare* (Mt. 11, 28). Venid a mí todos, pobres pecadores que os fatigáis tanto para condenaros y que gemís bajo el peso de vues-

tras iniquidades; venid, y yo os aliviare de todas vuestras angustias. Y llega hasta decir: *Venid, hagamos cuentas, dice Yahveh; aun cuando vuestros pecados fuesen como la grana, como la nieve han de blanquear* (Js. 5, 18). Venid arrepentidos de las ofensas que me hicisteis, y si no os perdonare, hacedme cuentas; como si dijese: Atreveos conmigo y echadme en cara mi falta de palabra, ya que os prometí que aun cuando fuesen vuestros pecados como la grana, es decir, aun cuando fuesen horrendos y enormísimos, vuestra conciencia, por medio de mi sangre, con que la lavare, quedará blanca y bella como la nieve.

PERORACIÓN: 1.º *Vayamos a Jesucristo.*— Ea, pues, pecadores mis hermanos, vayamos, vayamos a Jesucristo, a quien abandonamos.

2.º *Apresurémonos, no sea que nos perdamos.*— Apresurémonos, no sea que nos sorprenda la muerte en pecado y seamos condenados al infierno, donde todas las misericordias que el Señor nos prodiga actualmente serán, si no nos encomendáramos, otras tantas espadas que nos desgarrarían el corazón por toda la eternidad.

68. María es la reconciliadora de los pecadores con Dios

I. DIOS CONSTITUYÓ A MARÍA RECONCILIADORA ENTRE EL Y LOS HOMBRES: 1.º *Pruebas.*— María fue dada al mundo como medianera de paz entre los pecadores y Dios. He aquí cómo la hace hablar el Espíritu Santo en el libro del Cantar de los Cantares: *Yo*

soy muralla; mis pechos son como torres; soy, pues, a su ojos como quien ha hallado la paz (Cant. 8, 10). Yo soy, dice nuestra Madre, el refugio de quienes se encomiendan a mí; mis pechos, es decir, mi misericordia, es cual torre de defensa para cuantos en mí se refugian; sepan, pues, los que incurrieron en su cólera que Dios me confió la misión de reconciliar los pecadores con El. «Gracias a María, dice el cardenal Hugo, los pecadores hallan la paz; los moribundos, la salud; los desesperados, la misericordia». Por esto ella misma se proclama *hermosa... cual los pabellones de Salomón*. En los pabellones de David no se hablaba más que de guerra, en tanto que en los de Salomón sólo se trataban asuntos de paz. Quiero decir que María en el cielo no trata sino asuntos de paz y perdón para nosotros, pobres pecadores. Por esto San Andrés Avelino la llamaba *la negociadora del paraíso*. Pero ¿cuál es este cometido de María? Estar incesantemente en presencia de su Hijo rogando por nosotros, como dice el Venerable San Beda; y el Beato Amadeo añade igualmente que la Santísima Virgen está siempre ante el trono del Creador ofreciéndole sus poderosas oraciones en favor nuestro.

2.º *Explicaciones*. – He aquí el ministerio de María Santísima ante Dios: alcanzarnos con sus poderosísimas oraciones toda clase de gracias, si no las rehusamos. Y ¿se hallará tal vez quien rehuse las gracias que le quiera alcanzar esta Madre de Dios? Ciertamente que los hay, y son cuantos no quieren abandonar el pecado, tal amistad, tal ocasión; los que no restituyen los bienes ajenos; estos tales rehusan las gracias de María, porque María les quiere alcanzar la gracia de restituir, la de cortar con la amistad infame o con la ocasión peligrosa, y ellos no lo quieren hacer, y al no querer hacerlo rehusan positivamente las gracias de la Señora.

II. MARÍA DESEMPEÑA REALMENTE ESTE OFICIO DE MISERICORDIA.— ¿Cómo podría la Santísima Virgen dejar de compadecerse de nosotros y rehusar venir en nuestro socorro con la ternura más maternal, ella que desde lo alto del cielo ve tan claramente nuestras miserias y nuestros peligros? «Ella sabe, dice el Beato Amadeo, los peligros que corremos, y, por su bondad y clemencia, su corazón maternal se compadece de nosotros».

1.º *Se compadece de los pecadores.*— Cierta día oyó Santa Brígida que Jesucristo decía a María Santísima: «Pídeme, Madre mía, lo que quieras». Y María le respondió: «Pido misericordia para los desgraciados. Pues ya que me habéis constituido Madre de misericordia y abogada de los desgraciados, ¿qué he de pedir sino que seáis compasivo con los pecadores?» En suma, dice San Agustín, que en el cielo no tenemos entre todos los santos quien más solícito sea por nuestro bien que María Santísima.

2.º *Los protege contra los golpes de la venganza divina.*— Isaías se lamentaba diciendo: *He aquí que tú te airaste, pues hemos pecado... Y no hubo nadie que invocase tu nombre, que despertara para aferrarse a ti.* Dice San Buenaventura que con razón hablaba así el profeta, porque entonces no existía María; en tanto que, si al presente quisiera Jesucristo castigar a un pecador y éste se encomendara a María, ella con sus ruegos ante su Hijo lo salvaría del castigo. Nadie como ella tan apto, prosigue el santo, como lo es María para detener con sus manos la espada de la divina justicia de encima de la cabeza del culpable.

3.º *Los reconcilia con Dios.* — Sobrada razón tenía San Andrés Cretense para saludar a María como la paz de Dios con los hombres; y San Juan Justino la

llamaba árbitra suprema. Llámase árbitro a aquel a quien ambas partes escogen para ponerlas de acuerdo. Con esto quiere dar a entender San Justino que Jesucristo pone en manos de su Madre las razones que le asisten como juez contra el pecador, para que ella negocie las paces; el pecador, por otra parte, también se pone en sus manos; y de este modo María procura que el pecador se enmiende y se arrepienta y que su Hijo le otorgue el perdón, sellando así las paces. Este es el oficio de misericordia que no cesa ella de desempeñar.

Cuando Noé vio que había cesado el diluvio, soltó una paloma, que retornó con un ramo de olivo en el pico, que era como señal de la paz que Dios concedía al mundo. Esta paloma fue imagen de María. ¡Oh María!, le dice San Buenaventura, vos sois la fidelísima paloma de Noé y fidelísima medianera entre Dios y el mundo, sumergido en el diluvio espiritual. Sois, ¡oh María!, la paloma fidelísima a quien la invoca, que, intercediendo ante Dios por nosotros, nos alcanzasteis la paz y la salvación. San Epifanio le decía: «Por vos nos fue dada la paz celestial». El autor del Pomerio se pregunta por qué se mostraba Dios tan severo en la antigua ley, que castigaba con diluvios, lluvias de fuego, serpientes venenosas y castigos similares, al paso que ahora usa de tanta misericordia para quienes tal vez tenemos mayores pecados. Y responde: «Todo esto lo hace por la Virgen»; todo lo hace por amor a María Santísima, que intercede por nosotros. «Tiempo hace ya, dice San Eugenio, que el cielo y la tierra se habrían desconcertado si no los hubiera contenido María con sus oraciones».

69. María se llama con justicia nuestra esperanza

I. LA IGLESIA PROCLAMA A MARÍA ESPERANZA NUESTRA: I.º *Explicaciones*. La Iglesia quiere que llamemos a María Santísima nuestra esperanza. No llevaba en paz el impío Lutero que la Iglesia nos enseñase a llamar a María esperanza nuestra, alegando que debemos poner únicamente nuestra esperanza en Dios, y no ya en criatura alguna, porque Dios maldice a quien confía en el hombre: *Maldito el hombre que confía en el hombre*. Es cierto, pero sólo cuando se confía en las criaturas en cosas de ofensa de Dios, o independientemente de Dios, pero no cuando confiamos en María como mediadora ante el Señor. Así como Jesucristo es nuestro mediador de justicia ante el Padre Eterno, ya que por su pasión nos obtuvo, a título de justicia, la gracia del perdón a los pecadores arrepentidos, así María es mediadora de gracia ante el Hijo, y tal mediadora que con sus oraciones alcanza al punto cuanto quiere de su Hijo; que por esto ordenó el Hijo que todas las gracias pasasen por manos de su Madre. «Dios, dice San Bernardo, puso la plenitud de todos los bienes en manos de María, de modo que, si esperamos algo, la gracia, la salvación, reconozcamos que todo lo recibimos por mediación de María.» El Señor puso en manos de María el tesoro de todas las misericordias que quiere dispensarnos, pues desea nos convenzamos de que por su mediación nos dispensa toda clase de bienes, que por eso San Bernardo la llamaba su máxima confianza y toda la razón de su esperanza, y acababa exhortando a todos a pedir las gracias por medio de María. Por esto también la Iglesia, a despecho de Lutero, enseña a llamar a María esperanza nuestra.

II. LOS SANTOS APLICAN A MARÍA LOS NOMBRES SIMBÓLICOS DE LA SAGRADA ESCRITURA: I.º *Explicaciones.*— Por esto también los santos llaman a María escalera, ciudad de refugio y luna. Llámase la escalera de los pecadores, dice San Bernardo, es decir, de aquellos a quienes sus pecados separaron de Dios, porque, como dice Isaías, *vuestros delitos son los que ponen separación entre vosotros y vuestro Dios*. El alma en gracia está unida con Dios y Dios con ella: *Quien permanece en el amor, en Dios permanece y Dios en él*; pero cuando el alma vuelve a Dios las espaldas por el pecado mortal, sepárase de Dios y cae en el abismo de las miserias, alejada de Dios mientras perdura el pecado.

2.º *Escalera.*— Pues bien, ¿dónde habrá una escalera por la que estas infelices almas puedan subir para unirse nuevamente a Dios? Esta escalera es María, y si el pecador acude a ella, por cargado y maloliente de pecados que esté, María no se desdeña de tenderle la mano y sacarlo de la sima de la perdición. San Bernardo dice a María: «No aborreces al pecador, por sucio que se halle; al contrario, si se llegare a ti, lo acoges con ternura maternal y lo sacas del abismo de la desesperación».

3.º *Luna. Hermosa cual la luna.*— Porque, como dice San Buenaventura, así como la luna se halla entre el sol y la tierra, así María se interpone continuamente entre Dios y los pecadores para alcanzarles la divina gracia.

4.º *Ciudad de refugio.*— Por esto también se la llama *ciudad de refugio*, como le hace decir San Juan Damasceno: «Yo soy la ciudad de refugio y recibo a cuantos en mí se refugian». Había en la antigua ley cinco ciudades de refugio, y les bastaba a los crimina-

les franquear sus puertas para librarse del castigo de la justicia. Hoy no hay tantas ciudades de refugio, sino una sola, que es María Santísima, y el que consigue refugiarse en ella estará seguro que no habrá de ser castigado por la divina justicia. En aquellas ciudades no estaban seguros todos los delincuentes, ni valían para todos los delitos cometidos; pero María es ciudad de refugio que recibe y salva a toda suerte de reos. No hay pecador, dijo ella a Santa Brígida, tan abandonado que, si se me encomienda, no pueda volver a Dios y alcanzar misericordia.

70 María merece la confianza de todos los pecadores

1.º *María cifra su felicidad en socorrer a los pecadores y es su obligación.*— María no sólo no se desdén de auxiliar a los pecadores, sino que cifra en ello su felicidad. Así lo dijo a la venerable sor María Villani: «Después de la dignidad de Madre de Dios no tengo otro título del que más me gloríe que del de ser abogada de los pecadores». El fin para que María Santísima fue hecha Madre de Dios, dijo el Idiota, tomándolo de San Juan Crisóstomo, fue para que los que no se pudieran salvar atendiendo a la justicia divina, se salven mediante las súplicas maternas. Este fue el fin principal que Dios le encomendó al crearla y colocarla en el mundo: *Pastorea tus cabrillas*, en las que estaban representados los pecadores; cabritillos que fueron encomendados a María para que el día del juicio, si merecieron estar a la izquierda, estuviesen a

la derecha en virtud de su intercesión. «Sí, dice el abad Guillermo, conduce a los pastos los cabritos de tu rebaño, que los habrás de convertir en dóciles ovejuelas, y cuando llegue el día del juicio se los verá salvos por tu intercesión, colocados no a la izquierda, sino a la derecha del juez supremo».

2.º Todo pecador, con tal de que rece y esté animado de buena voluntad, puede confiar en María Santísima.—Aquí es preciso preguntarnos con el abad Guillermo cuáles son los pecadores que se pueden llamar cabritillos de la Virgen: «No son, dice este autor, los que no alimentan devoción alguna hacia esta Santísima Virgen ni le piden la gracia de convertirse, porque éstos no estarán a la derecha del juez». Santa Brígida oyó que un día Jesucristo decía a la Virgen: «vos tendéis la mano a quienes se esfuerzan por levantarse hasta Dios». María ayuda a los que se esfuerzan por salir de su depravada vida y volver a Dios o, al menos, le piden les obtenga esta buena voluntad. Por lo que hace a quienes no tienen ni este deseo, es moralmente imposible que la Señora los ayude. Para que un pecador alcance, pues, la ayuda de María se requiere que la honre con particular confianza, y, como desdichadamente se halla en desgracia de Dios, tiene que pedir a la Santísima Virgen que le alcance su perdón y le ayude a salir de su miserable estado. Si esto hace, puede esperar el perdón, puesto que Dios nos dio a la Santísima Virgen precisamente para salir del pecado y emprender luego el camino de cielo. «La escogí, decía cierto día el Señor a Santa Catalina de Siena, para valerme de ella como de cebo exquisito en que piquen los hombres, y sobre todo los pecadores». La propia Santísima Virgen, empleando otra comparación, decía a Santa Brígida: «Igual que el imán atrae al hierro, atraigo yo a los más duros cora-

zones», para llevarlos a Dios, con tal, empero, de que estos corazones endurecidos por el pecado quieran salir de su miserable estado.

3.º *Esta confianza jamás fallará.*— ¡Si todos los pecadores fuesen a las plantas de María, a todos los habría de salvar, aun cuando sólo tuviesen deseo de ello! Y ¿qué temor de perderse, pregunta el abad Adán, podría tener el pecador que se encomienda a María y al que María se brinda por abogada y por Madre? Y dirigiéndose a María le dice: «O ¿es que no habías de rogar por el redimido al Redentor?» «Sin duda que lo habrías de hacer, porque quien puso a tu Hijo como mediador entre Dios y el hombre, te puso también como mediadora entre el juez y el reo».

PERORACIÓN: 1.º *Gratitud al Señor por habernos dado a María como mediadora.*— «Por lo tanto, pecadores míos, os dice San Bernardo, dad gracias al que os proveyó de semejante mediadora». Agradecemos a nuestro Dios que para manifestarnos su misericordia no sólo nos dio por abogado a su mismo Hijo, sino que, para infundirnos más ánimo y confianza, quiso darnos también a María como mediadora de paz.

2.º *Pongamos nuestra confianza en ella.*— Por esto la llama San Agustín la única esperanza de los pecadores. Y San Buenaventura añade: «Si temes que Dios te rechace airado por tus pecados, recurre a la esperanza de los pecadores, que es María». «Ella no puede rechazarte, pretextando que eres muy miserable, porque precisamente su oficio es el de prestar ayuda y asistencia a los miserables».

3.º *Encomendémonos a ella con esta confianza.*— Lo mismo dice Guillermo de París: «Tu oficio es ponerte como mediadora entre Dios y los hombres». Por esto, cuando recurramos a María, dígame cada cual con San-

to Tomás de Villanueva: «Por favor, abogada nuestra, cumplid con vuestro oficio». Ea, pues, Madre de Dios, puesto que sois la abogada de los miserables, cumplid con vuestro ministerio, ayudadme precisamente por ser lo miserable que soy, porque, si vos no me ayudáis, me perderé. Y continuémosle diciendo con San Agustín: «Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!, que jamás se oyó decir que ninguno de los que han implorado vuestra protección haya sido de vos abandonado». No quiero ser yo el primero que tenga la desventura de recurrir a vos y verse abandonado. (Acto de contrición.)

71. Cómo abusan los pecadores de la misericordia divina y cómo necesariamente provocan la cólera de Dios

I. ESTOS PECADORES MIRAN SÓLO LA MISERICORDIA DE DIOS Y DESPRECIAN LOS DE-RECHOS DE SU JUSTICIA: 1º. *Se dejan engañar por el demonio, que los excita, ya a la desesperación, ya a la desconfianza.*—Dice San Agustín que de dos modos engaña el demonio a los cristianos, con la desesperación y con la esperanza. Cuando el pecador se ve sumido en pecados y pecados, el enemigo lo tienta a desconfiar de la misericordia de Dios, poniéndole ante los ojos el rigor de la divina justicia. Antes del pecado le pone ante los ojos la gran misericordia de Dios, para que el temor de los castigos no sea parte a impedir la satisfacción de las pasiones.

San Agustín nos da, en consecuencia, este consejo: «Después de pecar espera en la misericordia, pero

antes de pecar teme la justicia». Después de pecar si desesperas de alcanzar el perdón de Dios, le ofendes con nuevo y mayor pecado recurre a su misericordia y te perdonará. Pero antes de pecar teme la justicia de Dios y no te apoyes en su misericordia, porque quien abusa de ella para ofenderlo no merece que Dios la ejerza con él. Quien ofende a la justicia, dice el Tostado, puede recurrir a la misericordia; pero quien ofende o irrita a la misericordia, ¿a quién recurrirá?

2.º *No se fijan en que Dios no prometió la misericordia cuando se abusa de ella.* —Dime a ver quién te prometió la misericordia a que te acoges cuando vas a pecar. No fue ciertamente Dios, sino el demonio, para que perdieses a Dios y te condenaras. «Cuídate, dice San Juan Crisóstomo, de mirar al perro que te promete la misericordia de Dios». Si en lo pasado ofendiste a Dios, pecador mío, espera, porque El prometió perdonar a quien se arrepiente del mal hecho; pero, si quieres proseguir en tu mala vida, teme que el Señor no te vuelva a mirar misericordiosamente y te envíe al infierno. ¿Para qué espera Dios al pecador? ¿Para que continúe injuriándolo? No; lo aguarda para que abandone el pecado y así pueda ejercer con él compasión y pueda perdonarlo: *Por eso Yahveh espera confiado en obrar graciosamente con vosotros, por eso ansía de vosotros compadecerse* (Js. 30, 18). Pero cuando el Señor ve que el pecador se vale del tiempo que le da para llorar los pecados cometidos aumentándolos aún más, ármase entonces de rigor, córtale los pasos enviándole la muerte, para que cese por fin de ofenderle, y, sin miramientos al perverso estado de su alma, lo llama a juicio en el mismo tiempo en que debía hacer penitencia.

3.º *Olvidan que, si la misericordia de Dios es infinita, son finitos los actos de tal misericordia.* —¡Qué

engaño tan común entre los cristianos y a cuántos ha condenado! Porque difícilmente se halla pecador tan obstinado que diga: *Yo quiero condenarme*. Pecan los cristianos y se quieren salvar diciendo: *Dios es misericordioso; cometeré este pecado y luego lo confesaré*. He aquí el engaño, o por mejor decir, he aquí la red con la que el demonio arrastra tantas almas al infierno. *Peca, pues luego lo confesarás*.

Pero atended a lo que dijo Dios: *No digas: Grande es su misericordia, perdonará la multitud de mis pecados* (Ecci. 5, 6). No digas, dice el Señor, que la compasión del Señor es grande. ¿Por qué? Oíd la consideración que añade la Escritura: *Misericordia y enojo se dan en Él, y sobre los pecadores descansará su saña*. Hay mucha diferencia entre la misericordia y las misericordias de Dios. Su misericordia es infinita, pero los actos de esta misericordia son finitos. Dios es misericordioso, pero también es justo. Escribe San Basilio que los pecadores quieren considerar a Dios a medias, pensando que sólo es misericordioso para perdonar y no justo para castigar, y de esto se quejaba en cierta ocasión el Señor a Santa Brígida: «Yo soy justo y misericordioso, y los pecadores solamente ven mi misericordia». Y San Basilio añadía: «El Señor es bueno, pero también justo; no queramos considerarlo a medias». Puesto que Dios es justo, es imposible que los pecadores escapen a sus castigos. Decía el Santo P. Juan de Ávila que tolerar a quien se autorizara de la misericordia para ofender a Dios no sería ya misericordia, sino falta de justicia. La misericordia está prometida a quienes temen a Dios: *Su misericordia por generaciones y generaciones para con aquellos que le temen*. (Lc. 1, 50)

II. CUENTAN VANAMENTE CON LA MISERICORDIA DE QUE HAN SIDO OBJETO Y SE MUES-

TRAN INGRATOS.—Escuchemos al temario: «Dios siempre me ha tratado tan misericordiosamente; ¿por qué no había de esperar que me tratase de igual manera en adelante?» Respondo: ciertamente será así si es que cambias de vida, pero, si quieres seguir ofendiendo a Dios, declara el que se vengará de ti haciéndote caer en el infierno: *Correspóndeme a mí la venganza..., porque próximo está el día de su ruina, y precipítase su destino fatal* (Dt. 32, 35). Y David nos amonesta: *Si no se convirtieren, afilará su espada, y el arco tenderá y lo asestará* (Sal. 7, 13). El Señor tiene el arco tendido y espera que te conviertas, y si no quieres hacerlo, disparará contra ti la saeta y te condenarás. ¡Dios mío!, algunos no quieren creer en el infierno sino cuando se abra para caer en él; pero cuando esto suceda, ya no habrá para ellos misericordia.

¿Podrás tú quizás, cristiano mío, lamentarte de la misericordia de Dios después de haber usado contigo de tantas misericordias, esperándote tanto tiempo? Deberías estar siempre rostro en tierra para agradecerse-lo, diciendo: *Es misericordia de Yahveh que no estemos aniquilados*. Si las ofensas que has hecho a Dios las hubieras hecho a tu hermano carnal, ciertamente que no lo habría él soportado; Dios te ha sufrido con tanta paciencia y ahora vuelve a llamarte; si después de todo esto te precipita en el infierno, ¿lo acusarás de injusto? Dios te respondería: *¿Qué más cabía hacer a mi viña que yo no hiciera en ella?* (Is. 5, 4).

III. TIENEN UNA CONFIANZA FALSA E INJURIOSA A DIOS:

1º. *Confianza falsa y maldita*.—Escribe San Bernardo que la confianza que alimentan los pecadores cuando pecan, fiándose de la bondad de Dios, no les atrae las bendiciones, sino las maldiciones divinas. ¡Falsa

esperanza, que a tantos cristianos perdió! «Para animarse a pecar se acude a la esperanza, dice San Agustín; ¡maldita sea tal esperanza! No esperan que Dios les perdone los pecados de que se arrepienten, y esperan que, continuando en sus pecados, Dios use con ellos de misericordia, de modo que hacen a la misericordia divina esclava de sus pecados. ¡Sí, maldita sea tal esperanza!, a quien Dios Abomina: *Su esperanza será rendir el alma* (Job. 11, 2), dice el libro de Job. Esta esperanza hará que Dios los castigue más pronto, como el dueño que castiga al criado que le ofende, precisamente abusando de su bondad. Así, nota San Agustín, obra y dice el pecador: «Bueno es el Señor; hagamos lo que nos plazca». ¡A cuántos engañó esta vana esperanza! San Agustín lo recuerda también con estas palabras: «No se pueden contar los engañados por esta vana esperanza». San Bernardo dice que el castigo de Lucifer no se hizo esperar porque al rebelarse esperó que no se le castigaría. El rey Manasés había sido perdonado por Dios de sus pecados, y, al verlo, su hijo Ammón se entregó al desorden en la esperanza de que también a él se le perdonaría; pero para Ammón no hubo misericordia. Dice San Juan Crisóstomo que hasta Judas se perdió por traicionar a Jesús confiando en su bondad.

2.º *Confianza injuiciosa para Dios.*—Quien peca con la esperanza del perdón, diciendo: *Ya me arrepentiré, y Dios me perdonará*, éste, dice San Agustín, «se burla de Dios y no se arrepiente». Por el contrario, dice el Apóstol que Dios no se deja burlar: *De Dios nadie se burla* (Gal. 6, 7). Sería burlarse de Dios ofenderlo siempre que se quiera y siempre alcanzar el perdón. *Lo que siembre uno, eso mismo cosechará* (Gal. 6, 8), sigue diciendo San Pablo. Quien siembre pecados no

puede esperar más que odio de Dios y el infierno: *¿O es que menosprecias las riquezas de su benignidad, de su paciencia y de su longanimidad?*, continúa preguntando el Apóstol (Rm. 2, 4). Así desprecias, pecador, las riquezas de la bondad, de la paciencia y de la tolerancia que Dios usa contigo. Dice *riquezas* porque la misericordia que Dios usa con nosotros al no castigarnos luego del pecado es riqueza más preciosa que todos los bienes terrenos. *¿Ignoras, prosigue el Apóstol, que la benignidad de Dios te lleva al arrepentimiento?* *¿No sabes que el Señor te espera y te trata con tal bondad, no para que continúes ofendiéndole, sino para que llores las ofensas que le hiciste?* De otro modo, siempre según San Pablo, con tu obstinación e impenitencia acumularás tesoros de ira para el día de la ira, que será el del juicio de Dios contigo: *Según tu dureza en impenitente corazón, atesoras para ti ira para el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios* (Rm. 2, 5).

72. Estos pecadores serán castigados sobre todo con el abandono de Dios

I. CÓMO ABANDONA DIOS A ESTOS PECADORES:

1.º *Dios ordena a la muerte que hiera de improviso al pecador.*—Al endurecimiento del corazón siguióse el abandono de Dios, que dirá al alma empecatada lo que dijo de Babilonia: *Hemos intentado curar a Babilonia, mas no sana; abandonémosla.* Mas ¿cómo abandona Dios al pecador? Ordenando a la muerte que

le hiera súbitamente cuando se halla en pecado mortal.

2.º *O privándole de las gracias necesarias para convertirse de verdad.*—A este pecador déjale Dios sólo con la gracia suficiente, con la que podría salvarse; pero no se salvará. La ceguera del espíritu, el endurecimiento del corazón, la fuerza de los malos hábitos, hará moralmente imposible su salvación, por lo que no estará absoluta pero sí moralmente abandonado: *Quitaré su seto y servirá ella de pasto*; cuando el viñador quita la tapia y permite la entrada a cuantos quieran entrar, es señal de que la abandona, Así obra Dios cuando abandona el alma; quítale la valla del santo temor, el remordimiento de la conciencia, y la deja en la oscuridad.

3.º *Por su parte, el pecador se entrega a todos los vicios y llega hasta despreciarlo todo.*—Entonces penetran en el alma todos los vicios: *Echas tú las tinieblas y es de noche; en ellas se deslizan todas las alimañas de la selva.* El pecador abandonado en el profundo de tales pecados acabará por despreciarlo todo: avisos, excomuniones, llamamientos divinos, castigos e infierno, y hasta se mofará de su propia condenación: *Cuando llega el mal, viene también el desprecio, y con la ignominia, el oprobio* (Pv. 18, 3).

II. LA PROSPERIDAD DE QUE DISFRUTA EL PECADOR HACE MÁS CIERTO ESTE ABANDONO.—Preguntaba el profeta Jeremías: *¿Por qué el proceder de los impíos prospera?* (Jr. 12, 1). Y a continuación exclamaba: *Sepáralos como ovejas para el degüello.* ¡Pobre del pecador que prospera en esta vida! Señal es de que Dios quiere recompensarle en la vida sus obras naturalmente buenas, reservándolo como víctima de su justicia para el infierno, donde, cual maldi-

ta cizaña, será arrojado a arder por toda la eternidad, según aquello del Evangelio: *Al tiempo de la siega dirá a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla.* (Mt. 13, 30).

III. LA PROLONGACIÓN DE LA VIDA HACE MÁS TERRIBLE ESTE ABANDONO.— Que Dios deje vivir al pecador sin castigo es el más terrible de los castigos con que amenaza por Isaías a los pecadores obstinados: *Si el impío es compadecido, no aprende justicia* (Is. 36, 10). San Bernardo decía comentando este texto: «Yo no quiero tal género de misericordia, pues se me hace más terrible que todos los estadillos de la ira divina». El mayor de los castigos es el abandono en manos del pecado, ya que, al permitir Dios que se caiga de pecado en pecado, se acabará por ir a padecer en los infiernos por todos los pecados cometidos, según aquello de David: *Haz que añadan maldad a su maldad..., sean borrados del libro de los vivos* (Sal. 68, 28). San Roberto Belarmino dice a este propósito: «No hay castigo mayor que aquel en que el pecado es castigo del pecado». Más les valdría a tales pecadores haber muerto luego del primer pecado, pues muriendo con el cúmulo de tantas iniquidades tendrán que padecer tantos infiernos cuantos pecados cometió.

1.º *Ejemplo en apoyo de esta doctrina.*— Esto acaeció a cierto actor de Palermo llamado César. Paseábase con un amigo y le contó lo siguiente: «Un gran misisionero, el P. Luis de Lanuza, me predijo que Dios me concedía aún doce años y que, si en este tiempo no me convertía, acabaría desgraciadamente. Desde aquel día me puse a recorrer mundo; muchas veces estuve enfermo, y especialmente una vez, en que me vi reducido al extremo de gravedad; en este mes en que se

cumplen los doce años de plazo me hallo mejor que todos los pasados, por lo que te invito a que vengas a presenciar una nueva comedia que estrenaré, compuesta por mí». Y ¿qué es lo que aconteció? El 24 de noviembre del 1668, día en que había de estrenar la comedia, cuando estaba para salir a escena, le dio un ataque de aplopejía, del que murió repentinamente en brazos de otra cómica, acabando tan trágicamente para él la escena de este mundo.

PERFORACIÓN.— Para terminar, apliquémonos el sermón.

1.º *Repasad vuestros pecados pasados y temed.*— Hermano mío, te ruego que eches una ojeada a todos los años pasados, para ver los que hayas ofendido a Dios y las misericordias que Él ha tenido contigo, las luces que te ha dispensado, las veces que te ha llamado para que cambiaras de vida. Hoy, por medio de este sermón, ha tornado a llamarte, y me parece que te dice: *¿Qué más cabía hacer a mi viña que yo no hiciera en ella?* (Is. 5, 4) *¿Qué más debiera haber hecho por ti que no lo haya hecho?* Responde, a ver. *¿Quieres entregarte a Dios o quieres seguir ofendiéndole?* Piensa, dice San Agustín, que se te ha diferido, pero no perdonado, el castigo. «Árbol infructuoso, son sus palabras, si el hacha te ha perdonado hasta ahora, no te creas seguro, porque puede caer sobre ti». De modo que, si en adelante abusares de la divina misericordia, puedes ser abatido, es decir, te sobrevendrá el castigo. *¿Qué esperas? ¿A que el mismo Dios te lance al infierno?* El Señor calló hasta ahora, pero no siempre calla; y cuando llegue el tiempo de la venganza, te dirá: *Esto hiciste, ¿y yo voy a callar? ¿Te imaginabas que era como tú? Yo te argüiré y pondrélo ante tus ojos* (Sal. 49, 21). Te pondrá ante la vista las gracias

de que te colmó y tú despreciaste, y ellas serán quienes te juzguen y te condenen.

2.º *Apresuraos a convertiros.*—Ea, pues, no resistáis más a Dios, que os llama, y recelad no sea ésta la postrer llamada suya. Confesaos prestadme y formad la resolución de cambiar de vida, porque de nada valdría que os confeseis y volvierais luego a las andadas.

3.º *Confiad en Dios, que os sostendrá.*—¡Ah!, me diréis, no tenemos fuerzas para resistir las tentaciones. ¿Sí? Pues escuchad lo que dice el Apóstol: *Fiel es Dios, quien no permitirá que seáis tentados más que lo que podéis* (1Cor. 10, 13). Luego, si experimentáis no tener fuerzas por vosotros mismos para resistir al demonio, pedidlas a Dios y Él os la dará: *Pedid y recibiréis* (Jn. 16, 24). *Invocaré al Señor, digno de loa, y de mis enemigos seré salvo* (Sal. 17, 4), decía David. Y San Pablo añadía: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta* (Fil. 4, 13). No puedo nada, pero con la ayuda divina lo puedo todo. Así habéis de encomendaros a Dios en todas las tentaciones, y Dios os dará fuerzas para resistir y no sucumbir.

73. A qué medio ha de recurrir el pecador para salvarse

I. DEBE RESOLVERSE A CAMINAR POR EL CAMINO ESTRECHO.—*Y le dijo uno: Señor, ¿son pocos los que se salvan? El les dijo: Procurad con empeño entrar por la puerta estrecha, porque muchos, os lo aseguro, tratarán de entrar, y no lo lograrán* (Lc. 13, 23-24) ¿Por qué? Porque quieren entrar en el cielo, pero

sin violentarse, sin luchar contra el atractivo de los placeres ilícitos. Por esto dice Jesucristo: *Procurad con empeño entrar por la puerta estrecha*. La puerta del cielo es estrecha y para entrar en él hay que esforzarse.

II. DEBE ENTRAR EN ÉL LO MÁS PRONTO POSIBLE.— Persuadámonos, sobre todo, de esto: que lo que podemos hacer hoy no estaremos en condiciones de poder hacerlo siempre. Este es el engaño que a tantos precipitó en el infierno. En efecto, como ya apuntamos en el punto primero, más tarde nuestra alma se sentirá más débil, más cegada, más insensible, y fallará el auxilio divino, quedando así muerta en sus pecados.

Decís: *Más tarde me convertiré*, luego reconocéis que para salvaros tenéis que abandonar el pecado. Y si es necesario abandonar el pecado, ¿por qué no le abandonáis ahora que Dios os llama? «Si alguna vez hay que hacerlo, decía San Agustín, ¿por qué no hacerlo ahora?» El tiempo que ahora tenéis para convertirlos, más tarde no lo tendréis, la misericordia de que Dios hace ahora gala a favor vuestro no la usará siempre. Por lo tanto, si queréis salvaros, lo que tendríais que hacer más tarde, hacedlo ahora. Confesaos lo más pronto posible y temed que el más mínimo retardo voluntario no sea causa de vuestra ruina eterna.

Dice San Fulgencio: «Si estuvieras enfermo y el médico te prometiera la curación inmediata, ¿rehusarías el curar entonces, esperando que luego curarías? Nadie, prosigue el santo, debe permanecer en pecado, esperando en la misericordia divina, como tampoco quiere nadie permanecer enfermo con la esperanza de que luego sanará». ¿Cómo, pues, te atreverías a permanecer en pecado, comprometiendo tu eterna salvación, y todo ello fiado en que más adelante usará Dios

contigo de misericordia, ¿qué sería de ti sino una nueva víctima más del infierno? Concluyamos, pues, con el Apóstol: *Según tengamos oportunidad, obremos el bien*. Quizás este tiempo nos falte más adelante. Por esto nos exhorta el Señor a permanecer vigilantes, porque ignoramos la hora en que Dios haya de venir a tomar las cuentas de nuestra vida: *Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora* (Mt. 25, 13).

Quien tiene en el dedo un diamante de gran valor, lo mira a menudo, no sea que desaparezca, y esto debemos hacer a menudo con las cosas del alma. Si, por desgracia, la viéremos perdida por el pecado, debemos al punto recuperarla con toda diligencia, recurriendo a nuestro Salvador Jesús, como hizo la Magdalena, *la cual, enterándose que comía en casa del fariseo*, se postró a los pies de Jesús y obtuvo el perdón con sus lágrimas.

III. DEBE ROMPER VALIENTEMENTE TODAS LAS CADENAS.— Leemos en San Lucas: *El hacha está puesta a la raíz de los árboles*. Quien se halle en estado de pecado no olvide que la espada de la divina justicia pende sobre su cabeza para cortarle el hilo de la existencia cuando llegue el día de la venganza. ¡Ea, pues, alma cristiana!, tú, que gimes aherrrojada por cualquier mal hábito, rompe luego las cadenas y no permanezcas más tiempo esclava de Satanás. *Desata la ligaduras de tu cuello*. San Ambrosio añade: «Tú, que pisaste el abismo de la culpa, apresúrate a retirar la planta». El abismo es el pecado, que lleva a la boca del infierno; pie atrás retrocede, que de otro modo te aguarda una infelicidad eterna.

PERORACIÓN: 1.º *Con la oración hallaréis fuerza para vencerlo todo.—El mal hábito es más fuerte*

que yo. Si quieres romper con el pecado, ¿quién te obligará a él si resistes?

Con la gracia de Dios se triunfa de todos los malos hábitos y de todas las tentaciones del infierno. Encomendaos de todo corazón a Jesucristo y os dará fuerzas para vencerlo todo.

2.º *Apartad todas las ocasiones*— Si os halláis en alguna ocasión de pecado, apartadla cuanto antes, que, si no, volveréis a caer. Escribe San Jerónimo: «Más bien que desatar, corta». No te entretengas en soltar el nudo poco a poco, sino córtalo de golpe, pues el demonio lo que va buscando es ganar tiempo. Vete a buscar un buen confesor, y él te enseñará lo que tengas que hacer.

3.º *Confesaos inmediatamente luego de la recaída.*—Si después de todo esto tuvieras la desgracia de recaer en cualquier pecado mortal, vete de prisa al confesor en aquel mismo día, si puedes; mas ¿qué digo?, aun en aquella misma noche.

4.º *No despreciéis un consejo que tal vez pueda ser el último.*—Escucha, finalmente, lo que ahora te digo: Dios está presto a socorrerte, de ti depende el querer salvarte.

Tiembla, hermano mío, si desprecias mis palabras, que se convertirían en espada que te desgarraría en el infierno por toda la eternidad.

74. Idea general de la felicidad del cielo

I. LOS BIENES DEL CIELO SON INCOMPREENSIBLES. TEXTO DEL APÓSTOL.—Dice el Apóstol que los bienes que Dios tiene preparados para las al-

mas que le aman son incomprensibles mientras vivamos en la tierra: *Lo que ojo no vio, no oído oyó, ni a corazón de hombre se antojó, tal preparó Dios a los que le aman* (1Cor. 2, 9)

II. LOS BIENES DEL CIELO SON INCOMPARABLES: 1.º *Elevados por cima de cuanto se puede pensar.* En la tierra nos podemos tener idea de otros bienes que de los temporales que disfrutamos por medio de los sentidos. ¿Creemos tal vez que el cielo vaya a ser bello con la belleza de la campiña en tiempo primaveral, florida de arboledas y sonora deavecillas cantoras? ¿O quizás lo imaginamos como un florido jardín bordeado de fuentecillas murmuradoras? Al contemplar tales jardines exclamamos: ¡Esto es un paraíso! Pero, las bellezas del cielo son infinitamente mayores que esto.

2.º *Agradables y sin mezcla de pena alguna.*— San Bernardo escribía del cielo y decía: ¿Quieres, hombre, saber lo que es el cielo? Pues es la patria feliz donde nada hay que desagrade y se halla todo lo que se puede desear. Ciertó que hay cosas en la tierra que agradan a los sentidos, pero, en desquite, ¡cuántas hay que causan sufrimiento! Nos agrada la luz del día, pero nos desagrada la oscuridad de la noche. Nos agrada la amenidad primaveral y otoñal, pero nos mortifican los calores estivales y el frío invernal. Añadid a esto las penalidades de la enfermedad, las persecuciones de los hombres, las escaseces de la pobreza. Más aún, sumad las angustias interiores, los temores, las tentaciones de los demonios, las angustias de la conciencia y la incertidumbre de la salvación eterna.

75. Felicidad secundaria

I. EL ALMA BIENAVENTURADA ESTÁ AL ABRIGO DE TODO SUFRIMIENTO. EXPLICACIÓN.— Más cuando los bienaventurados entren en el cielo, no tendrán ya tales angustias, pues Dios les habrá enjugado las lágrimas derramadas en la tierra: *Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y la muerte no existirá ya más, ni habrá ya más duelo, ni grito, ni trabajo; lo primero pasó. Y dijo el que estaba sentado en el trono: «He aquí que hago nuevas todas las cosas»* (Ap. 21, 4-5). En el cielo no hay muerte ni temor de morir, no hay dolores ni enfermedades, no hay pobreza ni incomodidades, no hay sucesión de días ni de noches, de verano ni de invierno; allí se disfruta de un día siempre sereno, de primavera siempre florida. Allí no hay persecuciones ni envidias, pues todos se aman tiernamente y cada cual disfruta con el bien ajeno como si fuese propio. No hay allí temores de perderse, porque el alma confirmada en gracia no puede pecar ni perder a Dios.

II. DISFRUTA DE TODAS LAS DELICIAS.— En el cielo, dice San Bernardo, se halla todo lo que se puede desear. *He aquí que hago nuevas todas las cosas*. Todo allí es nuevo: nuevas hermosuras, nuevas delicias, nuevos goces, y cada cosa satisfará nuestros deseos.

1.º *Disfrute de la vista: hermosura del cielo, de los santos, de la Santísima Virgen María, de Jesucristo.*— La vista disfrutará del cautivador espectáculo de tan hermosa ciudad.

¡Qué delicia fuera ver una ciudad en que las calles fueran de cristal, las casas de plata, con sus ventanas de oro, y enguirnaldada toda ella de fragantísimas flo-

res! y ¡cuánto más hermosa será la hermosa ciudad del paraíso! La belleza de aquel lugar aumentará con la belleza de sus moradores, todos ellos vestidos de reyes, pues todos lo son, como dice San Agustín: «Tantos reyes cuantos ciudadanos». ¿Qué habitantes del cielo? ¿Qué será mirar la belleza de Jesucristo? Santa Teresa, con sólo ver una mano de Jesucristo, quedó arrebatada ante tamaña hermosura.

2.º *Satisfacción del olfato.*— El olfato será saciado con perfumes celestiales.

3.º *Satisfacción del oído: cánticos embriagadores de la patria celestial.*— Para el oído también habrá armonías celestiales. San Francisco oyó en cierta ocasión que un ángel pulsaba un instrumento musical, y creyó morir de suavidad. ¡Qué será oír a los santos y ángeles cantar las alabanzas divinas! *Te alaban de continuo.* Y, sobre todo, ¡qué cautivador será oír cómo María exalta la gloria divina! Dice San Francisco de Sales que la voz de María será como la del ruiseñor, que supera a todas las avecillas del bosque. En una palabra, que en el cielo se hallan reunidas todas las delicias que se pueden anhelar.

76. Felicidad principal

I. LA FELICIDAD PRINCIPAL Y ESENCIAL DEL CIELO CONSISTE EN LA VISIÓN BEATÍFICA. DESARROLLO: 1.º *La visión y el amor de Dios forman el cielo.*— Pero la reunión de todas estas delicias sólo constituye la menor parte del cielo. Lo que forma en verdad el cielo es el ver y amar

cara a cara a Dios. «En dos sílabas, dice San Agustín, expresamos lo que esperamos: Dios».

2.º *Esta es la recompensa prometida.*— El premio que Dios nos promete no son tan sólo las hermosuras, las armonías ni las delicias de la patria celestial; el premio principal, que constituye el paraíso, es el mismo Dios manifestándose a los bienaventurados: *Tu salario será sobremanera grande*, dijo el Señor a Abram. (Gen. 15, 1)

3.º *Sin Dios no hay cielo, con Dios, todo es cielo.*— San Agustín es de opinión que, si Dios dejara ver a los condenados la belleza de su rostro, «el infierno se convertiría al instante en cielo deleitoso»; y añade que si un alma salida de esta vida tuviera que escoger entre bajar al infierno con la seguridad de ver allí a Dios o bien ir a disfrutar del cielo, pero de tal suerte que no vería a Dios, el alma, dice el santo, se decidiría por el infierno, donde Dios le mostraría la hermosura de su rostro.

II. ESTA FELICIDAD SE EXPERIMENTA, SOBRE TODO, EN EL AMOR DIVINO INSPIRADO POR LA VISIÓN BEATÍFICA. DESARROLLO: 1.º *Grandeza de esta felicidad: amar a Dios en la tierra hace ya a uno feliz, ¿qué no le hará el amor beatífico?*— Los goces del espíritu sobrepasan inmensamente a los de los sentidos. Amar a Dios, aun en esta vida, es cosa tan dulce que, cuando se comunica a las almas sus predilectas, llegan éstas a elevarse de la tierra con sus cuerpos. San Pedro de Alcántara fue una vez arrebatado en éxtasis tan fuerte, que arrancó y llevó consigo por los aires un árbol al que se había agarrado y con la fuerza del éxtasis desarraigó. Tanta es la dulzura del amor divino, que los santos mártires, cuando se hallaban en los tormentos, se diría que no los sentían

y se alegraban de padecerlos; por esto escribe San Agustín, hablando del padecimiento de San Lorenzo en la parrilla, que el ardor del amor divino no le hacía sentir el ardor del fuego. Más aún: hasta en las mismas lágrimas de arrepentimiento de los pecadores sabe Dios mezclar una dulzura muy superior a todas las satisfacciones de los sentidos; por lo que exclama San Bernardo: «Si tan dulce es llorar contigo, ¿qué será, Señor, disfrutar de ti?»

¡Qué suavidad experimenta el alma a la que Dios en la oración ilumina con un rayo de su luz y le muestra su infinita bondad, las misericordias de que la ha colmado y el amor que le ha testimoniado Jesucristo al morir por ella! Siéntese entonces el alma consumida y desfallecida de amor.

Con todo en esta tierra no vemos a Dios tal cual es, sino de modo obscuro; y como dice San Pablo: *Ahora vemos por medio de espejo en enigma; mas entonces, cara a cara* (1Cor. 13, 12). De momento, el Señor no se nos manifiesta, sino que se esconde tras el velo de la fe.

¿Qué sucederá cuando se levante este velo y nos conceda contemplarlo cara a cara? Entonces veremos la hermosura de Dios, su grandeza, su perfección, su amabilidad y cuánto nos ama.

2.º *Auméntase esta felicidad por la certidumbre de amar a Dios y por el recuerdo de su amor y de sus beneficios.*— Ningún hombre sabe si es objeto de amor o de odio. (Eccl. 9, 1). La mayor pena que aflige a las almas amantes de Dios en esta vida es el temor de no amar y de no ser amadas de Dios; en el cielo están seguras de que aman y de que son amadas de Dios; ven que el Señor las tiene abrazadas con grande amor y que este amor no se romperá ya por toda la eternidad.

Acrecentará entonces este amor el considerar cuánto la ha amado Jesucristo al sacrificarse por ella en la cruz y haber quedado por su alimento en el Sacramento del altar. Verá a la vez, indistintamente, todas las gracias de que el Señor la ha colmado y todos los auxilios que ha recibido para no sucumbir a las tentaciones y para atraerla a su amor; comprenderá entonces que aquellas tribulaciones, pobreza, enfermedad, persecuciones, que pensaba eran desgraciadas, fueron otras tantas pruebas de amor y medio de que la divina Providencia se valió para llevarla al paraíso. ¡Cuántas luces, cuántas invitaciones llenas de amor, cuántas señales de misericordia recibidas de Dios, a pesar de tantos pecados! Finalmente, desde lo alto de la montaña venturosa del paraíso descubrirá muchedumbre de almas menos culpables que la suya, condenadas a gemir en el infierno, mientras ella disfruta, segura de no poder perder a Dios.

3.º *Lo que llega al summum: el alma está plenamente saciada de Dios, disfrutando siempre una alegría nueva; se pierde deliciosamente en Dios; ama a Dios perfectamente y sin cesar.*— Los bienes de la tierra no sacian nuestros deseos, y aun cuando al principio halaguen los sentidos, nos habituamos a ello y acabamos por encontrarlos insípidos. Mas los bienes del cielo sacian y contentan siempre el corazón: *Saciar-me he, al despertar, con tu figura.* Y, a pesar de saciar plenamente, siempre se los desea y siempre se los alcanza. Dice San Gregorio: «El disfrute responde inmediatamente al deseo». Por esto el deseo de los bienaventurados no engendra pena, porque está siempre saciado, y el disfrute de cada instante, completo, desbordante, no causa sed, saciando siempre de contento. El alma está, pues, siempre ávida y siempre

colmada en sus deseos. Así como los condenados son casos llenos de ira y de pena: *Vasos de ira dispuestos para la perdición*, así los bienaventurados son vasos llenos de misericordia y de gozo, de modo que no tiene más que desear: *Dasles a beber en el torrente de tus mismas delicias* (Sal. 35, 9). Entonces sucederá que el alma, al contemplar la hermosura de Dios, será de tal modo inflamada y embriagada en amor divino, que se perderá felizmente en Dios, se olvidará por completo de sí misma y no pensará desde entonces sino en mar y alabar el inmenso bien que posee y poseerá por toda la eternidad, sin temor de volverlo a perder.

Cierto que en la tierra las almas santas aman a Dios, pero no lo pueden amar con todas las fuerzas ni amarlo siempre actualmente. Dice Santo Tomás que este perfecto amor se concede sólo a los ciudadanos del cielo, que aman a Dios con todo el corazón y nunca dejan de amarlo actualmente.

PERORACIÓN: 1.º *Esforcémonos cuanto podamos para merecer el cielo.*—Razón tiene San Agustín para decir que para merecer la gloria eterna del cielo hay que abrazarse con un perpetuo trabajo. *Los padecimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se ha de manifestar* (Rm. 8, 18), dice San Pablo; es decir, que para merecer el cielo serán poco los padecimientos posibles llevados resignadamente.

2.º *Soportemos todos los sufrimientos en vista de la felicidad celestial.*—Suframos en adelante pacientemente, amadísimos hermanos, cuanto hayamos de sufrir en los días que nos restaren de vida; todo es poco, por no decir todo es nada, a trueque de alcanzar el paraíso. Llevémoslo también alegremente; día habrá

en que acaben estas penalidades, dolores y persecuciones, y se trocarán para nosotros, si nos salvamos, en gozo y eterno contento: *Vuestra congoja se tornará en gozo* (Jn. 16, 20), dijo Jesucristo. En consecuencia, cuando nos aflijan las cruces de la vida, alcemos lo ojos al cielo y consolémonos con la esperanza del paraíso. San Zósimo, abad, preguntó a Santa María Egipciaca, en la hora de la muerte, cómo había podido pasar cuarenta y siete años en medio de tantos sufrimientos en el desierto, y ella le respondió: «Con la esperanza del cielo». También ahora sentiremos las tribulaciones de esta tierra, pero alegrémonos; amemos a Dios y merezcamos el cielo. Allí nos esperan los santos, la Santísima Virgen y el mismo Jesucristo con la corona para hacernos reyes de aquel reino celestial.

ÍNDICE

Prólogo	3
1. Perdida el alma, se habrá perdido todo	7
2. Perdida el alma, se habrá perdido para siempre	12
3. Los mundanos viven vida desgraciada	14
4. Los mundanos se ponen en peligro de caer en una eternidad mucho más desgraciada todavía	17
5. Cuán desgraciada es la vida del pecador	23
6. Cuán feliz es la vida del pecador	30
7. Los verdaderos insensatos son los pecadores	32
8. Los santos son los verdaderos sabios	38
9. El tiempo es precioso	41
10. Se desprecia desgraciadamente el tiempo ...	42
11. Perder el tiempo es un mal y un peligro	43
12. El pecado mortal es un gran desprecio de Dios	50
13. Gran pena causada a Dios por el pecado mortal	55
14. La vergüenza es falsa por su naturaleza	58
15. La vergüenza es falsa por sus efectos	59
16. La vergüenza es falsa por sus pretextos	61
17. Pena que causa a Dios el pecado de escándalo	66
18. Castigos de Dios para los escandalosos	70
19. Extrema gravedad del pecado de blasfemia ...	76
20. Terrible rigor con que Dios castiga la blasfemia	82

21. Gravedad del pecado de impureza	86
22. Gran error ser indulgente con la impureza ..	93
23. Las conversaciones impuras causan un enorme mal	96
24. Hablar deshonestamente es hacerse mucho mal a sí mismo	99
25. Cuando constituye pecado el mal pensamiento	104
26. Peligro que encierran los malos pensamientos	109
27. Remedios contra los malos pensamientos ...	110
28. Qué almas se hallan en estado de tibieza	113
29. Peligro que corren estas almas	115
30. Quiénes han de temer este peligro	119
31. Los malos hábitos ciegan la mente	122
32. Los malos hábitos endurecen el corazón	125
33. Los malos hábitos debilitan las fuerzas	128
34. La muerte es cierta	131
35. La hora de la muerte es incierta	136
36. Todo acaba	140
37. Todo acaba pronto	144
38. Muerte del pecador	149
39. Los asaltos del demonio	152
40. El temor de la muerte eterna	153
41. Muerte del justo	157
42. Nos libra de las faltas cotidianas	162
43. Nos libra del peligro de caer en el infierno...	163
44. Cuando vea a su juez (el alma citada)	169
45. Terror del alma cuando sea examinada y juzgada	172
46. Cuando oiga la sentencia de condenación ...	177

47. El juicio universal	179
48. Audiencia en el tribunal de Jesucristo	181
49. Las dos sentencias	184
50. Las penas del infierno	186
51. De las otras penas de sentido.....	188
52. El pensamiento de la eternidad los hace insoportables	192
53. El gran dolor de la pérdida de Dios	194
54. Qué contribuye a aumentar este dolor	199
55.Cuál es lo sumo de este dolor	202
56. Remordimientos del condenado	204
57. Pensará que se condenó por poca cosa	206
58. Tristeza enorme al considerar el gran bien que perdió	208
59. El pensamiento de la eternidad, ¡gran pensamiento!	210
60. El tormento de la eternidad es el gran tormento	213
61. La eternidad del infierno es cosa terrible	216
62. La misericordia divina llama a penitencia...	220
63. La misericordia divina espera que se conviertan	223
64. La misericordia divina acoge a los pecadores	226
65. Compasión de Jesucristo manifestada en la redención	228
66. Conmovedores rasgos de la vida del Salvador	231
67. Invitaciones apremiantes de Jesucristo	235
68. María es la reconciliadora de los pecadores ...	236
69. María es con justicia nuestra esperanza.....	240